



FANTASIA

Jonathan Carroll

de **EL PAÍS
DE LAS RISAS**

«Quienes volvieron con pesar del otro lado del espejo, viajaron a la Tierra Media y al País de Oz, apreciarán este libro» - Los Angeles Times

Lectulandia

Thomas admira al escritor de libros infantiles Marshall France, algunos de cuyos títulos son difíciles de conseguir. Conoce a Saxony cuando descubre que ella se le ha adelantado en la compra de uno de estos libros, comienzan una relación sentimental y deciden escribir una biografía sobre su admirado autor. Para ello deciden ir al pueblo donde vivió toda su vida...

Lectulandia

Jonathan Carroll

El país de las risas

ePub r1.0

Titivillus 02.09.2019

Título original: *The land of laughs*
Jonathan Carroll, 1989
Traducción: José Sampere
Diseño de cubierta: Antoni Garcés

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para June,
que es el mejor de los Rostros Nuevos,
y para Beverly, la Reina de Todo.

*Lleva una vida corriente y ordenada
de burgués;
así podrás, en tu obra, ser violento
y excéntrico.*

Flaubert

Primera parte

1

—Oye, Thomas, ya sé que te lo habrán preguntado un millón de veces, pero ¿qué tal era en realidad ser el hijo de...

—... Stephen Abbey? —Ah, la pregunta de siempre. Hace poco le dije a mi madre que no me llamo Thomas Abbey, sino más bien Hijo de Thomas Abbey. Esta vez dejé escapar un suspiro y revolví en el plato los restos de mi pastel de queso—. No sé qué te diga. Sólo recuerdo que era muy cordial, muy cariñoso. Tal vez estuviera bebido constantemente, y nada más.

Con esto se le animaron los ojos a la muchacha. Casi alcanzaba a oír las ruedecitas dentadas girando dentro de su cabeza. ¡De modo que era alcohólico! Y se había enterado de boca de su propio hijo. Procuró disimular su satisfacción mostrándose comprensiva y dándome la oportunidad de cambiar de tema si lo deseaba.

—Supongo que, como todo el mundo, he leído muchas cosas acerca de él. Pero nunca se sabe qué hay de cierto en esos artículos, ¿verdad?

Yo no tenía más ganas de hablar de ello.

—Es probable que la mayoría de cosas que se cuentan de él no vayan muy desencaminadas. Al menos las que yo he oído o leído. —Por suerte acertó a pasar la camarera, así que aproveché para pedirle la cuenta, echarle un vistazo y pagarla..., cualquier cosa con tal de dar por terminada la conversación.

Cuando salimos a la calle diciembre seguía reinando y el ambiente olía a productos químicos, como el de una refinería o una clase de ciencias naturales, centrada en los secretos de las sustancias fétidas. Ella enlazó su brazo con el mío. La miré y me sonrió. Era una chica bonita; corto cabello pelirrojo, ojos verdes que estaban siempre muy abiertos con cierta expresión de alegre asombro, y tenía muy buen cuerpo. Así que no pude remediar el sonreír también, y por primera vez aquella noche me alegré de que estuviera conmigo.

Del restaurante a la escuela había casi dos millas, pero ella se empeñó en que fuéramos y volviéramos a pie. Lo primero nos abriría el apetito y lo segundo nos ayudaría a hacer la digestión. Cuando le pregunté si la leña se la cortaba ella misma, ni siquiera se limitó a sonreír. A veces la gente no capta mi sentido del humor.

Al regresar a la escuela nos tratábamos ya bastante amistosamente. No me había preguntado nada más sobre mi padre y se había pasado casi todo el tiempo contándome una divertida anécdota de un tío suyo de Florida, que era homosexual.

Llegamos a Founders's Hall, obra maestra de la arquitectura neonazi, y me percaté de que me había detenido encima del tejado de la escuela, que se erguía a nuestros pies. Al darse cuenta me apretó el brazo con más fuerza; me dije que daba igual que se lo preguntara entonces o en otro momento.

—¿Te gustaría ver mis máscaras?

Ella soltó una risita entrecortada que sonó como un desagüe vaciándose. Luego agitó el dedo delante mío de un modo que indicaba ¡no, no, niño malo!

—No te referirás a tu colección de aguafuertes, ¿verdad?

Había abrigado esperanzas de que fuera algo humana, pero este malicioso numerito a lo Betty Boop hizo que se me cayera el alma a los pies. ¿Acaso una mujer no podía ser maravillosa una vez siquiera? Ni provocativa, ni liberada, ni fatua...

—No, en serio; verás, tengo una colección de máscaras, y...

Ella volvió a apretarme el brazo y me cortó la circulación en la parte superior del mismo.

—Lo decía en broma, Thomas. Me encantaría verla.

Los pisos que ofrecían las tacañas escuelas privadas de enseñanza secundaria de Nueva Inglaterra a sus profesores, sobre todo a los solteros, eran feísimos. El mío comprendía un minúsculo recibidor, un despacho que en otro tiempo estuvo pintado de amarillo si bien costaba trabajo notar lo, un dormitorio, y una cocina provista de utensilios tan antiguos y frágiles que jamás se me ocurrió utilizarla, puesto que los gastos de las reparaciones corrían por cuenta mía.

Sin embargo, me había apresurado a hacerme con cuatro litros de pintura de la mejor calidad para que al menos la pared donde estaba expuesta la colección quedase un poco decente.

La puerta principal —y única— daba al recibidor, de modo que entramos en el piso sin complicaciones. Estaba nervioso, pero me moría de ganas de ver cómo reaccionaría la muchacha. No paraba de arrimarse a mí y de hacerme fiestas, pero en esto llegamos al final del pasillo y pasamos a mi dormitorio salón.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué...? ¿De dónde has sacado...? —Su voz se apagó y fue sustituida por nubecillas de vaho que exhalaba al acercarse a mirar con más detenimiento—. ¿De dónde has sacado, eh, a éste?

—Lo compré en Austria. ¿Verdad que es estupendo? —Rudy el Campesino era de color pardo oscuro, y estaba magníficamente tallado con aparente tosquedad, lo cual daba realce a sus facciones torvas, porcinas, de borracho. Además tenía brillo, puesto que por la mañana había estado experimentando con un nuevo tipo de aceite de linaza que aún no se había secado.

—Pero..., si parece de verdad. ¡Si brilla y todo!

Al llegar a este punto, las esperanzas que tenía se incrementaron rápidamente. ¿Estaba asustada? De ser así, la perdonaría. Pocas personas se habían asustado de las máscaras. A quienes les ocurría tal cosa les miraba con otros ojos.

No me molestó que tocara algunas de ellas conforme las iba viendo. Incluso sus preferencias resultaron de mi agrado. El búfalo de agua, Pierrot, el *Krampus*.

—Empecé a comprarlas cuando iba a la universidad. Mi padre, al morir, me dejó algo de dinero, así que hice un viaje por Europa. —Me acerqué a la Marquesa y toqué suavemente su barbilla de color rosáceo melocotón—. Ésta, la Marquesa, la vi en una tiendecita que estaba en una callejuela de Madrid. Fue la primera que compré.

Mi Marquesa, con sus peinetas de carey, sus dientes enormes y blanquísimos, que había estado sonriéndome durante casi ocho años. La Marquesa.

—Y ésta, ¿qué es?

—Una mascarilla de John Keats.

—¿Una mascarilla?

—Sí. Algunas veces, cuando muere una persona célebre, se saca un vaciado de su rostro antes de enterrarla. Luego se hacen copias y... —Me callé al darme cuenta de que me miraba como si fuera Charles Manson.

—¡Pero es que son tan *siniestras*! No sé cómo puedes dormir con ellas en la habitación. ¿No te dan miedo?

—No más que tú, querida.

Aquí terminó todo. Al cabo de cinco minutos se había marchado y yo estaba aplicando una capa de aceite de linaza sobre otra máscara.

2

Mi padre, cada vez que terminaba de trabajar en una película, aseguraba que había sido la última vez. Pero aquello, como casi todo lo que decía, no era más que un cuento, pues al cabo de unas semanas de descanso y tras haber recibido un buen montón de pasta amasada por su agente, volvía a los platós para su cuadragésimo tercera reaparición triunfal.

Después de cuatro años dedicados a la enseñanza, yo decía otro tanto. Ya estaba harto de boletines de notas, reuniones de profesores, y de entrenar al equipo de baloncesto de mi curso. El dinero que mi padre me había dejado en herencia me bastaba para hacer lo que me viniera en gana, aunque, a decir verdad, no tenía nada claro lo que quería hacer. Rectifico: lo tenía muy claro, pero era una idea fantástica. Yo no era escritor, no tenía la más remota idea de documentación, y ni siquiera había leído todos sus libros, los cuales, por otra parte, no eran muy numerosos.

Mi ilusión era escribir una biografía de Marshall France, el enigmático y sublime autor de los libros infantiles más grandiosos del mundo. Libros como *El país de las risas* y *El lago de estrellas*, que a lo largo de mis treinta años me habían ayudado a no perder el juicio en varias ocasiones.

Fue en mi noveno cumpleaños —¡día memorable!— cuando mi padre tuvo para conmigo el único detalle maravilloso de su vida; me regaló un cochecito rojo con motor de verdad, que aborrecí nada más verlo, una pelota de béisbol en la que se leía «Del admirador número uno de tu papá, Mickey Mantle», y por fin, en una ocurrencia que estoy seguro debió de tener posteriormente, la edición de Shaver-Lambert de *El país de las risas* ilustrada por Van Walt. La tengo todavía. Me senté en el cochecito porque sabía que era lo que mi padre esperaba, y leí el libro de cabo a rabo por primera vez. Como un año después me negara a dejarlo, mi madre me amenazó con avisar al doctor Kintner, mi psicoanalista de cien dólares el minuto, y explicarle que no quería «colaborar». No le hice el menor caso, comportamiento éste muy propio de mí en aquella época, y volví la página.

«El país de las risas lo alumbraban ojos que veían las luces que nadie ha visto jamás».

Yo me imaginaba que todo el mundo conocía esta frase. La decía constantemente para mí, en voz baja e íntima, la que los niños emplean para hablar melodiosamente consigo mismos cuando están a solas y contentos.

En vista de que nunca me habían hecho falta conejitos rosa ni perros de peluche para ahuyentar a los fantasmas nocturnos o a los zampaniños, mi madre me permitió, finalmente, ir con el libro bajo el brazo a todas horas. Creo que estaba dolida porque nunca le pedí que me lo leyera. Pero para entonces era tan egoísta en lo referente a *El país de las risas*, que ni siquiera quería compartirlo con la voz de otra persona.

Envié en secreto una carta a France, la única carta de admirador que he escrito nunca, y me quedé extasiado al recibir su contestación.

Querido Thomas:

Los ojos que alumbran el país de las risas te ven y con un guiño te dan las gracias.

Tu amigo,
Marshall France

Cuando iba a la escuela de enseñanza secundaria tenía la carta enmarcada y la miraba cada vez que me hacía falta una dosis de paz espiritual. France tenía una caligrafía corrida, muy fina, con las *e*s y las *g*es sobresaliendo mucho, y la mayoría de las letras no estaban enlazadas. El sobre llevaba matasellos de Galen, Missouri, que es donde France residió durante casi toda su vida.

Aparte de esto, sabía muy pocas cosas acerca de él. No pude resistir la tentación de hacer de detective aficionado. Falleció de un ataque cardíaco a los cuarenta y cuatro años estaba casado y tenía una hija llamada Anna. Detestaba la publicidad, y después del éxito que tuvo su libro *La pena del Perro Verde*, desapareció literalmente de la faz de la tierra. Una revista le consagró un artículo que incluía una fotografía de su casa de Galen. Era uno de esos monstruos enormes de la época victoriana que habían sido abatidos en una callecita corriente y moliente en mitad de la Norteamérica Central. Cada vez que veía casas como ésa me acordaba de una película de mi padre en la que el protagonista regresaba de la guerra pero al final moría de cáncer. Dado que un noventa por ciento de la acción transcurría en el salón y la terraza, mi padre la tituló *La casa del cáncer*. La película tuvo mucho éxito y a mi padre le propusieron para otro Oscar.

En febrero, el mes en que el suicidio me parece más atrayente, di una clase sobre Poe que me decidió a solicitar por lo menos una licencia temporal

para el otoño próximo antes de que a mi cerebro le ocurriera algo irremediable. Un zoquete habitual, de nombre David Bell, tenía que comentar en clase «La caída de la Casa Usher». Se puso en pie delante de nosotros y dijo textualmente lo que sigue: «“La caída de la Casa Usher”, de Edgar Allan Poe, que era alcohólico y se casó con su prima más joven que él». Ambas cosas se las había contado yo unos días antes, confiando en avivar su curiosidad. Prosigamos, «... que se casó con su prima más joven que él. Esta casa, este relato, quiero decir, trata de la casa de un conserje (usher)...».

—¿Que se cae? —le insinué, exponiéndome a descubrirles la trama a sus compañeros de clase, que tampoco habían leído el relato.

—Sí, que se cae.

Era hora de marcharse.

Grantham me comunicó que habían aprobado mi solicitud. Con su olor característico a café y pedos me rodeó la espalda con el brazo, y empujándome hacia la puerta, me preguntó qué pensaba hacer con mis «vacacioncitas».

—Se me ha ocurrido que podría escribir un libro. —No le miré porque tenía miedo de que pusiera la misma cara que pondría yo si alguien parecido a mí acabara de decir que iba a escribir un libro.

—¡Magnífico, Tom! ¿Una biografía de tu papá, tal vez? —Se llevó un dedo a los labios y miró teatralmente a un lado y a otro como si las paredes oyesen—. No te preocupes por mí. No se lo diré a nadie, te doy mi palabra. Estos temas están muy *de moda* hoy en día, ¿sabes? Qué tal eran las cosas en realidad de puertas adentro, y todo eso. Ten presente, sin embargo, que cuando se publique yo querré un ejemplar firmado.

Verdaderamente, era hora de marcharse. Lo que restaba del trimestre de invierno pasó muy de prisa, y las fiestas de Pascua llegaron demasiado pronto. Durante las mismas me entraron varias veces tentaciones de arrinconar el asunto, puesto que lanzarse a la buena de Dios a una empresa que ni siquiera sabía cómo acometer, y mucho menos terminar, no era nada alentador. Pero en la escuela ya habían contratado a mi sustituto, había comprado una pequeña autocaravana para hacer el viaje a Galen, y los alumnos no me agarraban precisamente de los faldones para que me quedase. Por tanto me dije que, pasara lo que pasase, librarme de la exquisita sensibilidad de David Bell y Pedos Grantham sería muy beneficioso para mí.

Entonces ocurrieron algunas cosas extrañas.

Me encontraba una tarde curioseando en una tienda de libros raros cuando vi en el mostrador la edición de Alexa de *Sombras de color melocotón*, de

France, con las ilustraciones originales de Van Walt. El libro, no sé por qué, llevaba años agotado y yo no lo había leído.

Fui tambaleándome hacia el mostrador y, tras frotarme las manos contra los pantalones, lo cogí reverentemente. Advertí que un enano que parecía haber sido enterrado en polvo de talco me observaba desde un rincón de la tienda.

—¿Verdad que es un ejemplar espléndido? —Alguien apareció inesperadamente y me lo arrebató dejándolo caer sobre el mostrador. Tenía acento del sur y me recordó a cierto personaje que vive con el cadáver de su mamá en un caserón y duerme bajo una mosquitera.

—Es estupendo. ¿Cuánto vale?

—Oh, pues, bien, verás, ya está vendido. Es una rareza. ¿Sabe por qué ya no se encuentra? Porque a Marshall France no le convencía y no dejó que lo reimprimieran al cabo de un cierto tiempo. ¡Caramba con don France! No era extraño ni nada el hombre.

—¿Le importaría decirme quién lo ha comprado?

—Lo siento, no la he visto nunca; pero está usted de suerte, porque la muchacha dijo que vendría a recogerlo —echó un vistazo a su reloj, un Cartier de oro, observé— a esta hora, más o menos, sobre las once, dijo.

La muchacha. Ese libro tenía que ser mío, y ella me lo iba a vender, costara lo que costase. Le pregunté si podía hojearlo hasta que llegara, y él dijo que no veía por qué no.

Como me había ocurrido con las demás obras de France, me sumergí en el libro y abandoné este mundo durante un rato. ¡Las palabras! «Los platos no soportaban a los cubiertos, quienes, a su vez, no soportaban a los vasos. Se cantaban canciones crueles unos a otros. Ping. Clang Ting. Maldades así tres veces al día». Cuando uno se familiarizaba con los personajes, aun siendo éstos completamente nuevos, se preguntaba cómo había podido vivir sin ellos. Eran como las últimas piezas de un rompecabezas que encajan exactamente en el centro.

Lo terminé y me apresuré a releer las partes que me habían gustado especialmente. Había muchas, así que cuando sonó la campanilla de la puerta y oí que alguien entraba en la tienda traté de no hacer caso a quienquiera que fuese. Si era la muchacha, cabía esperar que no quisiera vendérmelo, con lo cual no habría más ocasiones de disfrutar del libro, por tanto quería devorarlo al máximo hasta el momento de la confrontación decisiva.

Durante un par de años me dediqué a coleccionar plumas estilográficas. En cierta ocasión me encontraba en Francia paseando por un mercado de

baratijas y vi a un individuo que estaba delante mío cogiendo una pluma de la mesa de uno de los puestos y examinándola. Por la estrella de seis puntas que llevaba en la tapa entendí en el acto que se trataba de una Montblanc. De una Montblanc antigua. Me detuve en seco y me puse a salmodiar entre mí: ¡DÉJALA, NO LA COMPRES! Pero no sirvió de nada..., el tipo la seguía mirando cada vez con más detenimiento. Luego deseé que se muriese allí mismo para así poder arrancar la pluma de su mano laxa y quedármela yo. Estaba de espaldas a mí, pero tan intensa era la aversión que sentí por él, que debió de afectarle de una u otra forma, ya que de repente dejó la pluma en la mesa, me miró temeroso por encima del hombro, y se escabulló precipitadamente.

Lo primero que vi al levantar los ojos del libro de France fue un bonito trasero cubierto con una falda tejana. Tenía que ser ella. ¡DÉJALO, NO LO COMPRES! Me esforcé por atravesar la falda con la mirada, y luego la piel de debajo, hasta alcanzarle el alma, dondequiera que se encontrase. ¡LÁRGATE, MUJER! ¡TE HAGO MAL DE OJO PARA QUE TE LARGUES Y DEJES AQUÍ, AQUÍ, AQUÍ ESTE LIBRO!

—Aquel señor lo está mirando. Me imaginé que no le importaría.

De pronto tuve la romántica y disparatada convicción de que sería hermosa y risueña. Hermosa y risueña porque en cuestión de libros tenía el mejor de los gustos. Pero no era ni lo uno ni lo otro. Sonreía sólo a medias — con una mezcla de perplejidad y cólera incipiente—, y tenía un rostro mitad bonito y mitad feo. Un rostro bien proporcionado y saludable, de persona que se ha criado en una granja o en algún lugar campestre pero que no ha estado mucho al sol. Cabello castaño que le caía lacio hasta los hombros, pero antes de llegar a ellos se torcía hacia fuera como si temiera tocarlos. Unas cuantas pecas desvaídas, nariz griega, grandes ojos. Cuanto más la miraba uno, más fea que bonita la encontraba, aunque la palabra «saludable» no se me iba del la cabeza.

—Preferiría que no lo hubiera hecho.

No sabía a quién de nosotros se dirigía. Pero en esto se acercó a mí resueltamente y me arrancó el libro de la mano, como si fuera mi madre y me hubiera pillado mirando una revista obscena. Pasó dos veces los dedos por la portada de color verde claro, y sólo entonces me miró directamente. Tenía las cejas finas y rojizas, de puntas inclinadas hacia arriba, con lo cual, si bien fruncía el ceño, no parecía excesivamente enojada.

El librero se aproximó raudo y le quitó mi tesoro de las manos, diciendo «¿Me permite?», y pasó detrás del mostrador, donde empezó a envolverlo en

papel de seda *beige*.

—Llevo doce años en este rincón de mundo y en ocasiones he tenido algún que otro France, pero por lo general hay escasez de ellos, una completa escasez como la del agua en tiempo de sequía. Indudablemente, la primera edición de *El país de las risas* es fácil de encontrar, ya que por aquel entonces France era muy popular, pero las primeras ediciones, o las que sean, de *La pena del Perro Verde* son tan difíciles de encontrar como los dientes de la Hidra. Escuchen, por si le interesa a alguno de ustedes, me parece que tengo un ejemplar de *El país de las risas* en la trastienda.

—Nos miró, con los ojos brillantes, pero yo ya poseía una primera edición del libro por la que había pagado una fortuna en Nueva York, y mi adversaria estaba rebuscando en mi bolso, de modo que no le quedó más remedio que resignarse a la venta fallida y siguió envolviendo.

—Serán treinta y cinco dólares, señorita Gardner.

¡Treinta y cinco! Yo habría pagado...

—Hum, ¿señorita Gardner? Hum, ¿estaría dispuesta a venderme el libro por cien dólares? Mire, puedo pagárselos ahora mismo, al contado.

El dueño de la tienda se encontraba detrás de ella cuando oyó la suma que le ofrecía, y vi que sus labios se revolvían como dos serpientes malheridas.

—¿Cien dólares? ¿Pagaría cien dólares por este libro?

Era el único libro de France que me faltaba, y por si fuera poco era una primera edición, pero el tono de su voz, no sé por qué, me hizo sentirme asquerosamente rico. Pero sólo un momento, sólo un momento. Como se trataba de Marshall France, me daba igual comportarme asquerosamente con tal que pudiera hacerme con el libro.

—Sí. ¿Quiere venderlo?

—Yo no soy quién para intervenir, señorita Gardner, pero cien dólares es un precio exorbitante, aun por este France.

Si le daban tentaciones de renunciar al libro, y si éste significaba tanto para ella como para mí, entonces debía de estar padeciendo mucho. En cierto modo, casi me inspiró lástima. Finalmente, me miró como si le hubiera hecho una mala pasada. Yo sabía que iba a aceptar mi oferta y a llevarse un chasco.

—Hay un sitio en la ciudad en el que hacen fotocopias en colores. Primero quiero fotocopiarlo, y luego se..., luego se lo venderé. Venga a buscarlo mañana por la noche. Vivo en el 189 de la calle Broadway, segundo piso. Venga a..., no sé..., venga a las ocho.

Lo pagó y se fue sin decir palabra a ninguno de los dos. En cuanto se hubo marchado, el dueño de la tienda leyó la tarjetita que estuviera en el libro y me

dijo que se llamaba Saxony Gardner, y que además de haberle pedido que la avisara si conseguía más libros de Marshall France, lo hiciera igualmente en caso de que fueran libros antiguos sobre títeres.

Vivía en un barrio en el que uno elevaba las ventanillas del coche no bien se adentraba en él. Su piso estaba en un edificio que en otro tiempo debió de ser bastante llamativo: muchos adornos de relumbrón y una amplia y cómoda galería que ocupaba toda la fachada principal de la casa. Pero ésta, actualmente, no tenía vistas más que al chamuscado armazón de un Corvair al que habían despojado de todo salvo del espejo retrovisor. Un viejo negro que llevaba un jersey gris con capucha estaba sentado en una mecedora, en la galería y, puesto que había oscurecido, tardé un momento en ver que tenía un gato negro en el regazo.

—¿Qué hay, chaval?

—Hola. ¿Vive aquí Saxony Gardner?

En vez de contestarme, levantó el gato hasta su cara y bisbiseó «miz, miz, miz...» delante de su hocico, su nariz, o lo que sea. Los animales no me atraen demasiado.

—Hum, disculpe, pero ¿podría *decirme* si...?

—Sí, aquí estoy. —La puerta de tela metálica se abrió de par en par y apareció ella. Se acercó al viejo y le tocó la coronilla con el pulgar—. Es hora de acostarse, tío Leonard.

El anciano sonrió y le dio el gato. Ella le miró marcharse y luego me hizo una imprecisa señal con la mano para que me sentara en su silla.

—Todo el mundo le llama tío. Es un hombre muy agradable. Él y su esposa viven en el primer piso, y yo estoy en el segundo. —Llevaba algo debajo del brazo, y al cabo de unos momentos me lo alargó bruscamente—. Toma el libro. Si no me hiciera falta el dinero no te lo habría vendido de ninguna manera. Seguramente, en eso a ti no te va ni te viene nada, pero simplemente quería decírtelo. Te guardo un poco de rencor y al mismo tiempo te estoy agradecida. —Esbozó una sonrisa, pero entonces se interrumpió y se pasó la mano por el pelo. Era una curiosa peculiaridad suya, a la que costaba acostumbrarse al principio: casi nunca hacía dos cosas a la vez. Si le sonreía a uno, entonces tenía las manos quietas. Si quería apartarse el pelo de la cara, dejaba de sonreír hasta haberlo hecho.

Al coger el libro vi que lo había envuelto de nuevo cuidadosamente en un papel de música que debía de ser una imitación de alguna antigua partitura escrita a mano. Era un rasgo de amabilidad, pero lo único que deseaba hacer era arrancar el papel y ponerme a releer el libro. Sabía que comportarse así

sería una desconsideración, pero ya me imaginaba lo que haría al llegar a casa. Moler café en el Moulinex y prepararme una buena cafetera, sentarme luego cómodamente en el sillón de junto a la ventana y encender la acogedora lámpara de lectura...

—Ya sé que no es asunto mío, pero ¿por qué demonios estás decidido a pagar cien dólares por este libro?

¿Cómo se explica una obsesión?

—Y tú, ¿por qué estuviste decidida a pagar treinta y cinco? A juzgar por lo que has dicho, no puedes permitirte *ese* lujo.

Se apartó de la columna en la que había estado apoyándose y sacó la barbilla, al estilo de los tipos duros.

—¿Cómo sabes lo que puedo permitirme y lo que no? Mira, no tengo por qué vendértelo. Ni siquiera he tomado tu dinero todavía.

Me levanté de la desvencijada silla de Leonard y me metí la mano en el bolsillo para sacar el billete de cien dólares que llevaba siempre oculto en un compartimiento secreto de mi cartera. Yo no necesitaba a la muchacha para nada, y viceversa; además, estaba refrescando, y quería irme de aquel barrio antes de que empezaran a sonar los tambores de guerra de la selva y se iniciaran las danzas tribales sobre el capó del Corvair.

—Hummm, de verdad que he de irme. Ten el dinero, pues; y siento mucho haberte tratado groseramente.

—Así es. ¿Quieres tomar una taza de té?

Seguí tentándola con el crujiente billete, pero no quiso cogerlo. Me encogí de hombros otra vez y acepté la taza de té; me condujo entonces al interior de la Casa Usher.

Una luz amarillenta de tres vatios estaba encendida en el zaguán del piso que supuse era el del tío Leonard. Me había imaginado que el lugar olería a paso subterráneo, pero no era así. Reinaba, en realidad, un olor fragante y especial; estaba convencido que se trataba de incienso de alguna variedad. A pocos pasos de la luz había una escalera. Resultó tan empinada que pensé que a lo mejor llevaba a un campanario, pero en seguida llegué al final de la misma a tiempo de ver a la muchacha cruzar una puerta mientras decía algo que no alcancé a entender. Lo que dijo seguramente fue: ¡ojo con la cabeza!, pues lo primero que hice al entrar por aquella puerta fue enredarme en una telaraña de miles de hilos, lo cual me provocó un leve ataque cardíaco. La telaraña en cuestión no resultó ser más que una serie de hilos de títeres, o debiera decir los hilos de uno de los títeres, ya que estos últimos estaban

colgados en toda la habitación en posturas siniestras, cuidadosamente variadas, que me recordaron algunos sueños que había tenido.

—Te ruego que no los lames títeres. Son marionetas. ¿Qué prefieres: té de manzana o manzanilla?

El agradable olor, que era efectivamente de incienso, procedía de su piso. Vi, sobre una mesita baja, varios palitos que ardían en un pequeño cuenco de loza repleto de arenilla blanca. Había, además, un par de extrañas piedras de colores vivos y lo que presumí sería la cabeza de una de las marionetas. La tenía en la mano y la estaba inspeccionando cuando la muchacha volvió con el té y un pan de plátano que había confeccionado ella misma.

—¿Entiendes de marionetas? Ésa es una reproducción del espíritu maligno Natt, del Teatro de Marionetas birmano.

—¿Te dedicas a esto para ganarte la vida? —Indiqué la habitación haciendo un amplio gesto con la mano y estuve a punto de dejar caer a Natt sobre el pan de plátano.

—Sí, o al menos hasta que me puse enferma. El té, ¿lo tomas con miel o azúcar? —A juzgar por cómo había dicho «me puse enferma», no me pareció oportuno preguntarle qué enfermedad había padecido o si ya se había repuesto.

Cuando terminé de beberme la taza de líquido caliente más asqueroso que había tomado nunca —¿manzana o manzanilla?— me invitó a recorrer la estancia. Me habló de Ivo Puhonny, Tony Sarg y de las figuras de Wajang y Bunraku como si fuéramos amigos de siempre. Pero me agradó el entusiasmo de su voz, y el increíble parecido entre los rasgos de algunos de los títeres y mis máscaras.

Al volvernos a sentar, cuando ya me era cien veces más simpática que al principio, dijo que quería enseñarme una cosa que me gustaría mucho. Pasó a otro cuarto y regresó con una fotografía enmarcada. Solamente había visto una foto de France en mi vida, así que no supe de quién se trataba hasta que vi su firma al pie de la misma.

—¡Santo Dios! ¿De dónde la has sacado?

Ella la volvió a coger y la miró detenidamente. Su voz, cuando siguió hablando, era lenta y calmada.

—Cuando era pequeña estaba jugando con unos niños delante de una hoguera de hojarasca. Tropecé no sé cómo y me caí en ella; las quemaduras que me hice en las piernas fueron tan graves que tuve que pasarme un año en el hospital. Mi madre me trajo sus libros y yo los leí y releí hasta que se

soltaron las tapas. Los libros de Marshall France, y libros acerca de títeres y marionetas.

Me pregunté entonces por primera vez si en verdad France sólo atraería a bichos raros como nosotros: a chiquillas internas en hospitales obsesionadas por los títeres, y a niños sometidos a psicoterapia desde los cinco años, la sombra de cuyo padre era más poderosa que la suya propia.

—¿Pero de dónde la has sacado? Yo no he visto más que una fotografía suya, y de cuando era joven; ésa en la que no lleva barba.

—¿Te refieres a la de la revista *Time*? —Volvió a mirar la suya—. ¿Recuerdas que te he preguntado por qué estabas dispuesto a pagar tanto dinero por *Sombras de color melocotón*? Pues, bien, ¿sabes cuánto me gasté en esto? Cincuenta dólares. ¿Mira quién habla, eh?

Me miró y tragó saliva con tanta fuerza que oí el *glub* que hizo su garganta.

—¿Te chiflan sus libros tanto como a mí? Lo que quiero decir es que..., tener que dártelo casi me revuelve el estómago, lo digo en serio. Hace años que ando buscando un ejemplar. —Se tocó la frente y luego se pasó los dedos por el costado de su cara lívida—. Quizá será mejor que lo cojas y te vayas ahora mismo.

Me levanté bruscamente del sofá y dejé el dinero en la mesa. Antes de irme, anoté mi nombre y dirección en un papel. Se lo entregué y le dije en broma que viniese a ver el libro cuando quisiera. Fatídica decisión.

3

Una semana después, aproximadamente, me quedé en vela una noche con la intención de leer un poco. Para una vez era agradable estar en mi ratonera de piso debido a que se había desencadenado una de esas tormentas de invierno que oscilan entre la lluvia más violenta y el aguanieve. Pero a mí, habiendo vivido en California, donde todos los días son igual de soleados, siempre me han gustado los cambios de tiempo que se producen en Connecticut.

A eso de las diez sonó el timbre y tuve que levantarme, diciéndome que seguramente algún payaso habría arrancado una pila de la pared en el lavabo de los chicos, o tirado por la ventana a su compañero de cuarto. Vivir en el dormitorio de un internado es quizá el tercer o cuarto círculo del infierno. Abrí la puerta, dispuesto para emitir un gruñido indiferente.

Saxony llevaba un capote negro que le llegaba a las rodillas, con la capucha bien metida en la cabeza. A pesar de que la prenda era de goma, la muchacha me recordó un inquisidor.

—He venido a verte. ¿Te sabe mal? Traigo algunas cosas que enseñarte.

—Estupendo; pasa, pasa. Me estaba preguntando por qué *Sombras de color melocotón* resultaba tan emocionante hoy.

Estaba a medio quitarse la capucha cuando lo dije. Se detuvo y me sonrió mirándome desde abajo. Era la primera vez que me daba cuenta de lo menuda que era. En contraste con el capote negro y lustroso por las gotas de lluvia, sus facciones brillaban con húmeda palidez. Tenían un singular color rosa pálido, que resultaba atractivo y se parecía un poco al de los bebés al mismo tiempo. Colgué el abrigo que goteaba y la hice pasar al salón indicándole el camino con el dedo. En el último instante me acordé de sus títeres y de que aún no había visto mis máscaras. Pensé en la última mujer que había venido a verlas.

Saxony dio un par de pasos por el salón y se detuvo. Yo estaba detrás de ella, por tanto no llegué a ver la cara que puso primeramente. Ojalá la hubiera visto. Al cabo de unos segundos avanzó hacia ellas. Me quedé en la puerta, preguntándome cuáles querría tocar o descolgar de la pared.

Ninguna. Se pasó largo rato mirándolas, y en un momento dado alargó la mano para tocar el rojo demonio mejicano de cuya nariz descendía una gran

serpiente azul y se introducía en su boca, pero cambió de idea y dejó caer la mano.

Dándome la espalda todavía, dijo:

—Sé quién eres.

Le dediqué una de mis mejores sonrisitas afectadas, con la vista clavada en sus riñones.

—¿Sabes quién soy? Quieres decir que sabes quién es mi padre. No es ningún secreto de estado. Cualquier noche de éstas mira *Sesión de Madrugada* en la televisión.

Se dio la vuelta e introdujo las manos en los bolsillos superpuestos del mismo vestido de dril azul que llevaba aquel día en la librería.

—¿Tu padre? No, me refiero a ti. Sé quién eres. El otro día llamé a la escuela y pregunté por ti. Les expliqué que colaboraba en un periódico y estaba escribiendo un reportaje sobre tu familia. Después consulté un antiguo *Quién es quién* y algunos libros más y busqué cosas acerca de ti y tu familia. —Cogiéndola entre dos dedos, se sacó una hojita de papel del bolsillo y la desplegó—. Tienes treinta años y tenías un hermano, Max, y una hermana, Nicolle, que eran mayores que tú. Ambos se mataron en un accidente de aviación, junto con tu padre. Tu madre vive en Litchfield, Connecticut.

Me quedé pasmado, tanto por los datos que acababa de leerme como por su desfachatez al reconocer con tanta tranquilidad lo que había estado haciendo.

—La secretaria de la escuela dijo que estudiaste en la universidad de Franklin y Marshall y te licenciaste en 1971. Llevas cuatro años trabajando de maestro en esta ciudad, y uno de los alumnos de tu clase de literatura con quien hablé dijo que eras un «buen» profesor entre comillas. —Volvió a doblar el papel y se lo guardó de nuevo en el bolsillo.

—¿Y a qué viene esta investigación? ¿Soy sospechoso de algo?

Ella siguió con la mano en el bolsillo.

—Me gusta conocer a la gente.

—¿Ah sí? ¿Y?

—Y nada. Cuando ofreciste tanto dinero por un libro de Marshall France me entraron ganas de saber más cosas de ti, eso es todo.

—Mira, no estoy acostumbrado a que la gente forme expedientes sobre mí.

—¿Por qué dejas tu empleo?

—No lo dejo. Se llama licencia temporal, J. Edgar Hoover. Además, ¿y a ti qué te importa?

—Mira lo que he traído para que lo veas. —Se llevó la mano a la espalda y sacó algo de debajo de su suéter gris. Al dármelo rompió a hablar en tono muy entusiasmado—. Ya sabía que existía pero nunca pensé que tendría la suerte de encontrar un ejemplar. Creo que solamente tiraron mil de ellos. Lo encontré en la librería Gotham, de Nueva York, después de pasarme años removiendo el cielo y la tierra.

Era un librito muy delgado, impreso en papel espléndidamente grueso y de textura áspera. A juzgar por la ilustración de la portada (un Van Walt, como siempre), era una obra de France, si bien no tenía ni idea de cuál en concreto. Se titulaba *La noche corre tras Anna*, y lo primero que me causó extrañeza fue que la única ilustración era la de la portada. Un sencillo dibujo en blanco y negro, a pluma, de una niña en mono de granjera caminando hacia una estación de tren al ocaso.

—Nunca he oído hablar de él. ¿Qué..., cuándo lo escribió?

—¿Ah no? ¿En serio? ¿Nunca has...? —Me lo quitó suavemente de mis manos codiciosas y pasó los dedos por la tapa, como si leyera braille—. Era la novela en la que estaba trabajando antes de morir. ¿Verdad que resulta increíble? ¡Una novela de Marshall France! Al parecer, llegó a terminarla, pero su hija, Anna, no quiere que se publique. Éste —hablaba en tono colérico, hiriendo la portada con el dedo en ademán acusatorio— es el único fragmento que nadie ha visto nunca. No es un libro infantil. Cuesta creer que lo escribiera él, porque es muy diferente de sus restantes obras. Es muy misterioso, y tan triste.

Lo volví a coger de su mano y lo abrí cuidadosamente.

—Ten en cuenta que no es más que el primer capítulo, pero aun así es realmente largo..., casi cuarenta páginas.

—¿Te..., eh, te importa que le eche una ojeadita?

Ella sonrió amablemente y afirmó con la cabeza. Cuando levanté los ojos, la vi entrar en la estancia con una bandeja provista de tazas, mi tetera de latón, que humeaba, y todos los panecillos ingleses con los que pensaba desayunarme dos mañanas seguidas.

Puso la bandeja en el suelo.

—¿Te molesta que los haya cogido? Es que no he comido nada en todo el día y tengo un hambre que no veo. Estaban en la cocina, y...

Cerré el libro y me retrepé en la silla. La miré devorar mis panecillos. No pude menos que sonreírme. Luego, sin saber cómo ni por qué, me descolgué diciéndole que me proponía escribir la biografía de France.

Me daba cuenta de que ella era, por fuerza, la única persona con quien podía hablar antes de empezar a trabajar en el libro, si bien al concluir me sentí avergonzado de mi entusiasmo. Me levanté, me acerqué a la pared de las máscaras e hice como que enderezaba a la Marquesa.

Ella no decía palabra, y seguía sin decir palabra, conque finalmente me di la vuelta y me encaré a ella. Pero sus ojos eludieron los míos, y por vez primera desde que nos conocimos, me habló sin mirarme.

—¿Me dejas que te ayude? Yo podría buscar datos para ti. Ya lo hice en la universidad, para uno de mis profesores, pero esta vez sería mucho mejor, puesto que se trataría de investigar *su* vida. La vida de *Marshall France*. Lo haría por muy poco dinero. De verdad. Por el salario mínimo..., ¿cuánto es actualmente, dos dólares la hora?

Oooh. Una magnífica chica, como solía decir mi madre cuando me presentaba a otro de sus «hallazgos», pero yo no necesitaba ni siquiera que nadie colaborase conmigo en esta tarea, aunque Saxony supiera muchas más cosas que yo sobre France. Si verdaderamente iba a llevar a cabo mi proyecto, entonces no quería complicarme la vida dejando que otra persona interviniera en él, y aún menos una mujer que me parecía una mandona en potencia, o una egoísta, o lo peor de todo, una caprichosa. Sí, tenía sus buenas cualidades, pero la ocasión no era nada propicia. Por lo tanto, comencé a andarme con rodeos y hacerme el remolón, y, gracias a Dios, no tardó mucho en comprenderlo.

—Me estás diciendo fundamentalmente que no.

—Yo..., fundamentalmente... Así es.

Bajó la vista y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Ya veo.

Permaneció así un minuto más, luego se volvió sobre sus talones y, cogiendo la novela de France, se dirigió hacia la puerta.

—Eh, oye, no tienes por qué irte. —En mi mente se había formado la aterradora imagen de ella volviéndose a meter el libro debajo del jersey. El pensar en ese montón de lana me descorazonaba profundamente.

Había levantado los brazos para que el capote, que seguía mojado, se deslizara por ellos. Durante un momento tuvo el aspecto de un Bela Lugosi de goma. De hecho, rompió a hablar sin bajar los brazos.

—Creo que te equivocas de medio a medio si quieres escribir en serio ese libro. De verdad, estoy segura de que podría ayudarte.

—Ya sé lo que..., hummm, ya...

—Quiero decir que podría *ayudarte* realmente. No acabo de entender... Oh, déjalo. —Abrió la puerta y la cerró silenciosamente al salir.

Al cabo de un par de días, cuando volvía a casa después de dar una clase, me encontré una nota pegada a la puerta. Estaba escrita con un rotulador Magic de punta gruesa y no reconocí la letra en absoluto.

PIENSO HACERLO DE CUALQUIER MODO. NO TIENE NADA QUE VER CONTIGO. LLÁMAME EN CUANTO LLEGUES. HE ENCONTRADO UN MATERIAL DE PRIMERA. SAXONY GARDNER.

Lo único que me faltaba era que alguno de mis modélicos alumnos viera la nota e inmediatamente leyera «droga» donde ponía «material», y empezara a correr la voz de que el bueno del señor Abbey se entregaba a extravagancias privadas. Ni siquiera tenía el número de teléfono de Saxony, y no estaba para ponerme a buscarlo. Pero me llamó ella por la noche y, a juzgar por el tono de su voz, se diría que estuvo enojada durante toda la conversación.

—Ya sé que no quieres que me meta en esto, Thomas, pero tendrías que haber llamado a pesar de todo. Me he pasado mucho tiempo en la biblioteca buscando datos para ti.

—¿Ah sí? Pues te lo agradezco de veras. ¡Lo digo en serio!

—Entonces más vale que cojas papel y lápiz porque hay muchas cosas.

—Adelante. Ya los tengo. —Con independencia de los motivos que tuviese Saxony para obrar así, yo no tenía el más mínimo propósito de renunciar a esta cómoda fuente de información.

—Vale. En primer lugar, no se llamaba France en realidad, sino Frank. Su nombre legal era Martin Emil Frank, y nació en Rattenberg, Austria, en 1922. Rattenberg es un pueblecito de montaña que está a unas cuantas millas de Innsbruck. Su padre se llamaba David, y su madre, Hanna, con H.

—Espera un segundo. Continúa.

—Tenía un hermano mayor, Isaac, que murió en Dachau en 1944.

—¿Eran judíos?

—No cabe duda, France llegó a América en 1938 y se trasladó a Galen, Missouri, al cabo de un cierto tiempo.

—¿Y por qué a Galen? ¿Lo averiguaste?

—No, pero seguiré investigando. Esta faena me gusta. Es muy interesante trabajar en la biblioteca intentando averiguar cosas de alguien que te encanta.

Cuando hubo colgado me quedé con el auricular en la mano, y luego me rasqué la cabeza con él. No sabía si el hecho de que me volviera a llamar en cuanto averiguase más cosas me alegraba o disgustaba.

Según ella (un par de días después), France fue a Galen porque su tío Otto tenía una pequeña imprenta en dicho pueblo. Sin embargo, antes de viajar al oeste, nuestro escritor residió durante un año y medio en Nueva York. Por un motivo u otro, Saxony no lograba descubrir lo que hizo allí. Con esto se le ofuscó un poco la cabeza y cada vez que llamaba estaba más y más enfurecida.

—No consigo averiguarlo. ¡Aaay, me estoy volviendo loca!

—Tómalo con calma, Sax. Si continúas rebuscando como lo has estado haciendo, acabarás por descubrirlo.

—Oh, no me trates con tanta benevolencia, Thomas. Te pareces realmente a tu padre en la película que vi anoche. El viejo James Vandenberg, el granjero bonachón.

Entorné los ojos y agarré con más fuerza el teléfono.

—Mira, Saxony, no hace falta que me insultes.

—Yo no quería... Perdona. —Colgó. La volví a llamar en seguida pero no contestó. Me pregunté si habría llamado desde alguna cabina perdida allá donde Cristo dio las tres voces. El pensarlo me dio tanta lástima de ella que fui a una floristería y le compré un árbol bonsái japonés. Me cercioré de que no estaba en casa antes de dejarlo frente a la puerta de su piso.

Me dije que ya iba siendo hora de que hiciera algo personalmente para variar, en vez de dejarla trajinar por su cuenta y riesgo; por tanto, cuando a finales de abril hicimos un largo puente en la escuela, resolví trasladarme a Nueva York a fin de sugerir al editor de France lo de la biografía. No le puse al corriente de ello hasta la noche antes de mi partida, y, hete aquí que fue ella la que telefoneó, desbordante de emoción.

—¿Thomas? ¡Lo he averiguado! ¡He averiguado lo que hizo durante su estancia en York!

—¡Estupendo! ¿Qué hizo?

—¡Agárrate fuerte! Trabajó para el empresario de una funeraria, un italiano llamado Lucente. Fue ayudante suyo o algo parecido. Sin embargo, en el sitio donde encontré el dato no especificaba a qué se dedicó exactamente.

—Está muy bien. Pero ¿te acuerdas de aquella escena de *El país de las risas* en la que el Bufón de la Luna y *Lady Oil* mueren? Habría de saber alguna cosa acerca de la muerte para poderla escribir.

4

El ir a Nueva York me produce siempre la misma sensación. Hay un chiste malo sobre un hombre que se casó con una mujer hermosa y se moría de ganas de que llegara la noche de bodas para acostarse con ella. Pero entonces, cuando por fin llegó el momento, su flamante esposa se quitó una peluca rubia de su calva, se desenganchó la pierna de madera, y se sacó la dentadura postiza que daba a su sonrisa un aire tan seductor. Volviéndose a él, dijo: «Ya estoy lista, cariño». Así somos Nueva York y yo. Cada vez que viajo a esta ciudad —sea en avión, tren o en coche—, me muero de ganas por llegar a ella. ¡La urbe! ¡Espectáculos! ¡Museos! ¡Librerías! ¡Las Mujeres Más Bellas del Mundo! Todo lo imaginable se encuentra allí, y me ha estado esperando desde la última vez que me marché. Extiendo la vista desde el tren y a mis ojos se ofrece la Estación Central, la dirección de puertos o el Aeropuerto Kennedy: el núcleo de todo. Y mi corazón se pone a bailar la conga, como exclamando: ¡Fíjate en la velocidad! ¡En las mujeres! ¡Me encanta! ¡Todo! Pero, en cuanto a lo último, la cosa empieza a complicarse, puesto que «todo» incluye al mendigo que se va tambaleante a un rincón a vomitar, y a un aborrecible quinceañero portorriqueño que lleva unos tacones transparentes, altos como cohetes, y me pide (amenazadoramente) un dólar. Etcétera, etcétera. No hace falta que me extienda en consideraciones acerca de ello, pero la verdad es que no consigo hacerme a la idea de cómo es de verdad Nueva York, ya que todas las veces que vengo casi espero que Frank Sinatra, vestido de marinero, se cruce conmigo bailando y cantando «New York, New York». Una vez, de hecho, un individuo que se parecía remotamente a Sinatra pasó bailando cerca de mí en la Estación Central. Fue bailando hasta la pared y se puso a mear contra ella.

Hoy por hoy, por lo tanto, me ciño a un método. Bajo del tren de buen humor. A continuación, hasta que se produce el primer desastre, me encuentro estupendamente y disfruto de cada instante que paso en la ciudad. En cuanto tiene lugar dicho desastre, dejo que la rabia y la decepción que embargan mi ánimo exploten y se volatilicen, y luego sigo con mis gestiones.

Esta vez fue un taxista. Al salir de la estación le hice una señal para que se detuviera, subí al taxi y le di la dirección de la editorial, que caía en la Quinta

Avenida.

—En la Quinta hay desfile, hoy.

—¿Ah sí? —En su tarjeta de matrícula ponía que se llamaba Franklin Tuto. Me pregunté cómo lo pronunciaría él. Vi sus ojos en el espejo retrovisor, escrutándome.

—Así que he de ir por Park.

—Ah, de acuerdo. Perdona, pero ¿cómo pronuncia usted su apellido? ¿Tooto o Tutto?

De inmediato clavó los ojos en el retrovisor, traspasándome con la mirada antes de contestar tan peligrosa pregunta.

—Y eso, ¿a usted qué le importa?

—Nada. Tenía curiosidad, nada más. —Tonto que soy, me dije; probaría de hacerme el gracioso, a ver qué pasaba—. Me figuraba que a lo mejor era usted pariente de los Tut de Egipto.

—Y una leche. Quería comprobar si soy de su lista, ¿verdad? —Agarró la visera de su gorra de golf a cuadros, la sobó con dos dedos y se la caló con fuerza.

—No, no; verá, he visto su nombre en la tarjeta...

—¡Es otro inspector! ¡La madre que os *parió*, tíos! ¡Que ya fui a renovarme la licencia de los cojones, hostia! ¿Qué coño queréis de mí ahora? —Se detuvo junto al bordillo y me dijo que me bajara de su puñetero taxi..., que podía retirarle la licencia si me daba la gana, pero que estaba hasta la coronilla de «nosotros». De modo que bajamos todos de su taxi, dijimos adiós con la mano a Franklin y, exhalando un suspiro, llamamos a otro.

El conductor del segundo se llamaba Kodel Sweet. Soy especialista en leer los nombres de los taxistas. Por lo general, mirar el paisaje me aburre. Llevaba puesta una de esas horribles gorras de terciopelo negro que se diría han caído del cielo sobre la cabeza de uno y se han instalado allí a perpetuidad. Para bien o para mal no abrió la boca en todo el trayecto, salvo para decir «entendido» cuando volví a darle las señas de la editorial. Pero luego, al apearme del taxi, dijo: «Que pase un buen día», y pareció que lo decía sinceramente.

El edificio era una de esas construcciones enteramente de cristal al estilo de Un Mundo Feliz, que semejaba una enorme piscina enderezada sobre un extremo sin que el agua se derramara. Este tipo de arquitectura sólo era de mi agrado los días de primavera u otoño en que hacía sol radiante y las innumerables ventanas despedían reflejos en todas direcciones.

Me causó sorpresa descubrir que varias de las plantas del edificio comprendían despachos ocupados por el personal de la editorial. Plantas y más plantas llenas de gente que trabajaba en el campo de los libros. Me gustaba la idea. Me gustaba, asimismo, que Kodel Sweet me hubiera deseado un buen día. En el ascensor perduraba un placentero aroma, del sensual perfume de alguna mujer... La aprobación que me expresaba Nueva York.

Mientras subía en el ascensor el estómago me dio un extraño salto al pensar que dentro de unos minutos estaría conversando con alguien que conoció verdaderamente a Marshall France. La gente me ha importunado durante toda la vida con preguntas acerca de cómo era mi padre y nunca lo he podido soportar, pero en este momento era yo el que quería preguntar un montón de cosas sobre France. Conforme iba subiendo se me antojaron un montón de cosas más, hasta que las puertas del ascensor se descorrieron y salí en busca del despacho de David Louis.

Louis no era ningún Maxwell Perkins pero gozaba de una considerable reputación, por lo cual se oía hablar de él de cuando en cuando. Al releer los artículos acerca de France me enteré de que Louis había sido una de las escasas personas con las que aquél había tenido una relación permanente. Además, había publicado todas las obras de France y actuó como testamentario del escritor. Soy un perfecto desconocedor de todo cuanto se refiere a los testamentarios (cuando murió mi padre entré en un estado de completa hibernación, y no salí de él hasta que el campo de batalla quedó limpio de escombros y cadáveres), pero presumí que France debía de tener en cierta estima a Louis para haberle designado supervisor último de sus bienes.

—¿Qué desea?

La secretaria llevaba puesta —lo juro por Dios—, una camiseta de lamé de oro en la que estaba escrito «Virginia Woolf» con letras de lentejuelas doradas que cruzaban sus apetecibles pechos. Sobre su mesa había un ejemplar abierto y boca abajo de *Las super secretarias*.

—Tengo una cita con el señor Louis.

—¿Es usted el señor Abbey?

—Sí. —Aparté la mirada porque de repente sus ojos habían adquirido el brillo que suele anteceder el consabido «¿No es usted...?», y no estaba de humor para contestar sus preguntas.

—Espere un minuto, que comprobaré si... —Descolgó el teléfono y marcó el número de una extensión.

En una pared de la sala de espera había una vitrina que contenía los libros que la editorial había publicado recientemente. Me puse a mirar las novelas,

pero lo que atrajo mi atención fue un libro de enorme formato y cuidadísima encuadernación: *El mundo de los títeres*. Valía veinticinco dólares, pero visto a través del cristal parecía tan grueso que debía de incluir todas las fotografías de cabezas de madera y cuerdas que se hubieran tomado nunca. Resolví comprarlo para Saxony, como compensación por lo mucho que se había esforzado. No se me ocultaba que pudiera atribuir a este rasgo un significado que acaso yo no quería darle, pero tal cosa me era indiferente. Ella se lo merecía.

—¿Señor Abbey?

Me volví y me encontré a Louis. Tendría unos sesenta o sesenta y un años, era de baja estatura, regordete e iba muy atildado. Vestía un pulquérrimo traje color canela de anchas solapas, una camisa azul marino con dibujo de espiguilla y un foulard rojo oscuro en vez de corbata. Llevaba unas gafas con montura de plata que le hacían parecerse a un director de cine francés. Estaba parcialmente calvo, y me dio un apretón de manos que recordaba un pez agonizante.

Me hizo pasar a su despacho, y antes de que cerrara la puerta oí que su secretaria reventaba un globo de chicle. Las paredes de la estancia se hallaban abarrotadas de libros, y al echar un vistazo a algunos de los títulos me di cuenta de lo importante que debía de ser aunque sólo publicara a la mitad de esos autores.

Sonrió como disculpándose y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Le sabe mal que comparta con usted el sofá? Siéntese, siéntese, haga el favor. La semana pasada me lastimé la espalda jugando al *squash*, y todavía me resiento de ella.

Traje de Ted Lapidus, secretaria con lentejuelas, *squash*... Tanto si aprobaba su estilo como si no, era la persona más próxima a Marshall France con quien contaba por el momento.

—Dijo usted que quería hablar de Marshall, señor Abbey. —Estaba sonriendo, si bien me pareció que con cierta fatiga. ¿Se habría visto anteriormente en esta situación?—. Es curioso, ¿sabe usted?... desde que en las universidades se iniciaron los cursos de literatura infantil, y desde que se reivindica a autores tales como George MacDonald o los hermanos Grimm y se les convierte en literarios entre comillas, el interés por la obra de France se ha reavivado. Ello no quiere decir que las ventas de sus libros hayan mermado alguna vez. Pero actualmente, en los programas de lectura de varias escuelas figuran diversas obras suyas.

A continuación me diría que doce autores iban a publicar, el mes próximo, otras tantas biografías definitivas de Marshall France. Tenía miedo de preguntárselo, pero me veía en la obligación de hacerlo.

—Entonces, si el momento es el más oportuno, ¿cómo es que todavía no se ha escrito ninguna biografía suya?

Louis volvió la cabeza poco a poco, de suerte que se me quedó mirando frente a frente. Hasta entonces había tenido la vista clavada en el suelo, contemplando algo fascinante que había allí, delante nuestro. No le veía los ojos con mucha claridad puesto que sus gafas reflejaban la luz que entraba por la ventana, pero sus facciones parecían estar serenas.

—¿Es por eso por lo que ha venido, señor Abbey? ¿Quiere usted escribir una biografía?

—Sí. Me gustaría intentarlo.

—De acuerdo. —Respiró a fondo y volvió a mirar en dirección al suelo—. Entonces le diré lo que les he dicho a los demás. A mí, personalmente, me encantaría que se escribiera una biografía de Marshall. Según lo poco que sé, llevó una vida fascinante, que se volvió más monótona con la edad y al irse a vivir a Galen... aun así, a todas las figuras de las letras se las habría de retratar. Sin embargo, Marshall aborrecía la notoriedad inherente a la fama. Nunca he dudado de que fue eso lo que acabó con él tan prematuramente... Se veía acosado por gentes de todas partes, y, simplemente, no fue capaz de sobrellevarlo. En absoluto. De todos modos, su hija... —Se interrumpió y se humedeció los labios—. Su hija, Anna, es una mujer muy extraña. Jamás ha perdonado al mundo por el hecho de que su padre muriese tan joven. Sólo tenía cuarenta y cuatro años, ya sabe. Actualmente vive sola, en esa enorme casa de Galen, y se niega a hacer comentario alguno sobre cualquier cosa que tenga relación con él. ¿Sabe cuánto tiempo llevo tratando de sacarle el original de su novela? Años, señor Abbey. ¿Conoce su novela, verdad?

Afirmé con la cabeza. El biógrafo erudito.

—Pues bien, suerte que tiene. Aparte de que reportaría pingües beneficios a Anna —y no quiero parecer mercenario—, creo que todo cuanto escribí debiera darse al público; Marshall fue todo un genio, el único genio con el que he tropezado desde que dirijo esta casa, y puede repetir mis palabras. Por el amor de Dios, sus admiradores le idolatran de tal manera, que un librero del centro de la ciudad me dijo el otro día que había vendido un ejemplar de *Sombras de color melocotón* ¡por setenta y cinco dólares!

Ejem.

—No, señor Abbey, ella no quiere hacerme caso, ni a mí ni a nadie. Marshall, antes de morir, no le dijo que el libro estuviera terminado, aun cuando en las cartas que me envió daba a entender que sí lo estaba. Pero para ella está incompleto, o sea, que no se puede publicar. Por tanto, le he pedido que me lo dejara sacar a luz con una larga nota diciendo que está incompleto, pero ella se limita a cerrar sus ojillos saltones y huye de nuevo al país de Anita, y ahí termina todo.

»Pero debo decirle asimismo que Marshall no quería que se escribiera ninguna biografía suya, de modo que ella, claro está, respetó también esta decisión. A veces creo que hace todo lo posible por guardar bien oculto lo que queda de su padre. Es probable que, de poder hacerlo, quitara todos sus libros a las personas que los tienen en las estanterías de sus casas. —Se rascó la cabeza, cubierta de canas hirsutas como estopa de acero—. Pero ¿qué quiere que le diga?... Eso de no publicar la novela, de no permitir que se redacte ninguna biografía, de no recibir nunca a los periodistas que se han desplazado hasta allí para escribir algún artículo acerca de él... ¡Por Dios! Está intentando escamoteárselo al resto del mundo. —Meneó la cabeza y miró hacia el techo. Yo hice lo mismo, pero no vi nada. El despacho era silencioso y cómodo, y los dos estábamos pensando en el hombre extraordinario que tanto había influido en nuestras vidas.

—¿Y no cabría la posibilidad de escribir una biografía que no *estuviera* autorizada, señor Louis? Me refiero a que deben de existir maneras de informarse acerca de él sin haber de recurrir a su hija Anna.

—Oh, ya lo han probado. Hará un par de años pasó por aquí un industrioso licenciado de Princeton antes de emprender la marcha hacia Galen. —Esbozó una sonrisa enigmática y se quitó las gafas—. Era un petulante de mucho cuidado, aunque yo nada tenía que objetar a eso. Sentía curiosidad por ver cómo le iría con la invencible Anna. Le pedí que me escribiera si pasaba alguna cosa, pero no volví a saber de él.

—¿Y qué dijo Anna?

—¿Anna? Oh, lo de siempre. Me escribió una carta virulenta diciéndome que dejase de enviar a fisgones para que husmearan en la vida de su padre. Ninguna novedad, créame. A su modo de ver, yo soy el judío de Nueva York que se aprovechó de su padre hasta mandarlo derecho a la tumba. —Volvió las palmas de las manos hacia arriba y se encogió de hombros.

Aguardé a que dijera algo más, pero no lo hizo. Me froté la mano contra la áspera lona del brazo del sofá y me esforcé por atinar en otra pregunta. A mi lado se encontraba la persona que había conocido a Marshall France —que

había hablado con él, leído sus originales—, por tanto, ¿qué había sido de las preguntas que pensaba hacerle? ¿Por qué de repente no encontraba palabras?

—Le contaré unas cuantas cosas acerca de Anna, Thomas. Puede que le den una idea de las dificultades que tendría en el supuesto de que decidiera escribir ese libro. Le citaré solamente un ejemplo extraído de mi interminable idilio con la encantadora Anna.

Se enderezó del sofá y se acercó a su mesa de despacho. Abrió una cajita barnizada —de las que se ven en las tiendas de regalos rusas— y sacó de ella un puro que parecía la raíz nudosa de un árbol.

—Hace años fui a Galen con objeto de hablar con Marshall acerca de un libro en el que estaba trabajando. Éste resultó ser *La noche corre tras Anna*, del cual había escrito exactamente la mitad. Me dio a leer lo que tenía y me gustó, aunque había partes que exigían ciertos retoques. Era la primera novela que escribía, y le estaba saliendo mucho más seria que sus restantes obras. — Dio una chupada al puro y miró cómo la punta se volvía anaranjada. Era una de esas personas a las que agrada explicar las cosas a trancas y barrancas, que se detienen siempre en el preciso momento de llegar al punto culminante, sabedoras de que su auditorio arde en deseos de que continúe. Por de pronto, Louis se había interrumpido exactamente después de decirle a Marshall France que algo que había escrito «exigía retoques».

—¿Le supo mal el comentario? —Me removí en el sofá haciendo crujir los muelles y me esforcé por simular que podía pasarme todo el día esperando su respuesta. Al mismo tiempo estaba ideando una parte de la biografía que diría lo siguiente: «Al serle preguntado si a France le sabían mal las correcciones de estilo, David Louis, su editor de siempre, se recreó morosamente con su cigarro De Nobili, y repuso...».

Chupada. Bocanada. Chupada. Bocanada. Una larga mirada por la ventana. Desprendió la ceniza con un golpecito y, tras apartar el cigarro del cenicero, le dio un último vistazo sosteniéndolo a prudente distancia de su traje.

—¿Si le sabía mal? ¿Se refiere a la crítica? No, qué va; ni pensarlo. No sé si me haría mucho caso, pero, cuando a mi juicio algo era incorrecto o exigía retoques, nunca vacilé ni un momento en decírselo.

—¿Y hubo de hacerlo a menudo?

—No. La mayoría de las veces recibía sus originales como productos acabados. Efectué muy pocas correcciones en los libros de Marshall tras la publicación del primero de ellos. Por lo general, algún que otro error de puntuación y sintaxis, nada más.

»Pero deje que siga con lo de la novela. Una vez allí, tardé un par días en leerla detenidamente y tomar notas. Anna, por entonces, tendría..., oh, unos veinte o veintidós años. Acababa de abandonar sus estudios en Oberlin, y se pasaba casi todo el día en casa, en su habitación. Según Marshall, había ido a aquella ciudad para estudiar en el conservatorio, ya que tenía dotes para llegar a ser pianista de concierto, aunque en determinado momento renunció a ello y regresó precipitadamente a Galen.

El tono de su voz era difícil de describir: objetivo, pero salpicado constantemente con trocitos de cólera.

—Ahora bien, lo interesante es que en el conservatorio se vio envuelta en algún tipo de suceso misterioso; había pasado algo, o alguien... —Se frotó la oreja y se chupó la parte interior de la mejilla—. ¡Exacto! Alguien había muerto, creo. ¿Su novio? No estoy seguro. Marshall, naturalmente, no fue muy explícito al respecto, puesto que estaba su hija de por medio. Con todo, ella llegó en el primer tren que pudo coger.

»Durante mi estancia allí solía verla por la casa, caminando con paso ligero, llevando siempre vestidos de seda negra y con la cabellera suelta. Acostumbraba a llevar libros de Kafka o Kierkegaard apretados contra el pecho. Yo estaba cada vez más convencido de que los llevaba con el título a la vista para que cualquiera que la mirase pudiera enterarse de cuáles eran sus lecturas.

»Marshall tenía tres gatos llamado Uno, Dos y Tres. Llevaban muy poco tiempo en la casa, pero eran los amos del cotarro. Se paseaban por su escritorio cuando estaba trabajando, y se plantaban de un salto en la mesa mientras comíamos. Nunca llegué a saber a quién apreciaba más, si a Anna o a los gatos. Su mujer, Elizabeth, había muerto dos años antes, de modo que en aquella casa monstruosa sólo vivían ellos dos y los gatos.

»Una noche, después de cenar, estaba yo sentado en la galería, leyendo. Anna, entonces, salió con un gato debajo de cada brazo...

Louis se levantó nuevamente del sofá y se sentó en el borde de su mesa de despacho, de cara a mí, a unos dos metros y medio de distancia.

—Tengo que representarlo o no le hará ningún efecto. Pues bien, yo estoy sentado donde usted, Thomas, y Anna está donde yo, ¿de acuerdo? Trae los dos gatos bajo los brazos, y los tres me miran con hosquedad. Yo sonreí forzosamente, pero no reaccionaron, de manera que continué leyendo. De repente oí que los gatos se ponían a dar chillidos y bufidos. Alcé la vista, y Anna me estaba mirando como si yo fuera la peste bubónica. Siempre la había tenido por excéntrica, pero eso fue cosa de locos. —Se había puesto en pie y

separado los brazos de los costados, doblándolos como si estuviera sosteniendo alguna cosa. Apretaba el puro entre los dientes, y tenía el ceño fruncido y los ojos entornados—. Luego se acercó a mí y dijo algo así cómo: «¡Te odiamos! ¡Te odiamos!».

—Y usted ¿qué hizo?

Le cayó un poco de ceniza en la solapa y se la quitó de un manotazo. Se le relajó el semblante.

—Nada, porque lo que viene ahora fue lo más extraño de todo. Vislumbré a Marshall, que estaba al otro lado de la puerta de tela metálica. Era evidente que había presenciado toda la escena. Me quedé mirándole, esperando, naturalmente, que hiciera algo. Pero lo único que hizo fue permanecer allí un minuto; luego se dio la vuelta y entró de nuevo en la casa.

Después de contarme este raro detalle anecdótico, Louis me preguntó si quería tomar café. La muchacha de la camiseta con la inscripción Virginia Woolf entró y salió del despacho y, entretanto, charlamos de menudencias. Lo que me había referido acerca de Anna resultaba tan extraño e increíble que me quedé un rato sin saber qué decir. Me alegré de que el café sirviera de distracción momentánea.

—¿Quién era Van Walt?

Eché un poco de miel en su café y lo removió.

—Van Walt. Van Walt era otro de los enigmas de Marshall France. Según él, era un solitario que vivía en Canadá y no quería que nadie le molestara. Marshall insistió tanto en ello que finalmente tuvimos que aceptarlo, con lo cual todas las relaciones que teníamos con él se hacían a través de France.

—¿Nada más?

—Nada más. Cuando un escritor de la importancia de France dice que no le molestemos, no le molestamos.

—¿Se refirió alguna vez a su infancia, señor Louis?

—Por favor, llámeme David. No, casi nunca hablaba de su pasado. Sé que nació en Austria. En un pueblecito llamado Rattenstein.

—Rattenberg.

—Sí, exacto, Rattenberg. Años atrás me picaba la curiosidad, así que durante un viaje que hice por Europa fui a verlo. Está situado a la orilla de un río, y resulta muy pintoresco porque a lo lejos se ven los Alpes. Es todo muy *gemütlich*.

—¿Y su padre? ¿Mencionó alguna vez a su padre o a su madre?

—No, nunca. Era una persona muy reservada.

—¿Y qué me dice, pues, de su hermano, Isaac..., el que murió en Dachau?

Al hacer yo esta pregunta, Louis se disponía a dar una calada al cigarro, pero detuvo éste a unos centímetros de sus labios.

—Marshall no tenía ningún hermano. Eso lo sé de cierto. No, ni hermanos ni hermanas. Recuerdo claramente que me comentó que era hijo único.

Saqué mi agenda de bolsillo y pasé las hojas hasta encontrar los datos que Saxony me había facilitado.

—«Isaac Frank murió en...».

—¿Isaac *Frank*? ¿Quién es Isaac Frank?

—Pues, bien, verá, la persona que me busca la información —yo sabía que Saxony me mataría si llegaba a enterarse de que me refería a ella en estos términos—, descubrió que su apellido era Frank, pero que se lo cambió por el de France al trasladarse a América.

Louis me sonrió.

—Me temo que en este punto le han engatusado, Thomas. Muy posiblemente, sin contar a sus allegados, yo era el que mejor le conocía, y *siempre* se llamó Marshall France. —Meneó la cabeza—. Y no tenía hermano alguno. Lo siento.

—Sí, pero...

Levantó la mano para hacerme callar.

—De verdad. Se lo digo para que no pierda tiempo con ello. Puede pasarse el resto de su vida en la biblioteca, pero no dará con lo que anda buscando, le doy mi palabra. Marshall France fue siempre Marshall France, y además, era hijo único. Lamento decírselo, pero la cosa no tiene vuelta de hoja.

Charlamos un rato más, pero su manifiesto escepticismo por lo que había dicho tornó insípida la conversación. Al cabo de unos minutos estábamos frente a la puerta del despacho. Me preguntó si, a pesar de todo, seguía teniendo la intención de escribir el libro. Asentí con la cabeza, pero no dije palabra. Me deseó suerte con escaso entusiasmo y me pidió que le comunicara mis adelantos. Unos segundos después me encontraba en el ascensor, camino de la planta baja, mirando al vacío y cavilando. France/Frank, David Louis, Anna... Saxony. ¿De dónde diablos había sacado esos datos respecto a Martin Frank y un hermano muerto que jamás había existido?

—¿Crees que estoy mintiendo?

—Claro que no, Saxony. Lo que pasa es que Louis mantuvo cabezudamente su afirmación de que no existía ningún hermano y de que France no se llamaba Frank.

Me encontraba en la calle Sesenta y cuatro, en una cabina que carecía de puerta y olía sospechosamente a plátanos. Había telefoneado a Saxony poniendo una conferencia tras hacerme con cuatro mil monedas de veinticinco centavos en un *drugstore*. Escuchó en silencio mis aventuras con Louis y ni se inmutó cuando le insinué la posibilidad de que los datos que me había facilitado fueran una sarta de mentiras. De hecho, parecía estar muy tranquila. Hablaba con una voz distinta, baja y sensual.

No me fiaba mucho de su aparente calma. Hubo un largo silencio, durante el cual vi a un taxista arrojar un periódico por la ventanilla de su taxi.

Cuando rompió el silencio, su voz sonaba aún más tranquila.

—Hay una manera de verificar lo de Martin Frank, Thomas.

—¿Cuál es?

—El empresario de funeraria para quien trabajó..., Lucente. Tiene todavía el negocio montado, en el centro de la ciudad. Hace unos días consulté una guía telefónica de Manhattan. ¿Por qué no vas a verle y le preguntas por Martin Frank? A ver qué te dice.

Su voz era tan suave y persuasiva que yo, obediente como un parvulito, le pregunté las señas de Lucente y colgué.

Cosas tales como *El padrino* y *La muerte en América* hacen que el oficio de empresario de funeraria parezca lucrativo, cuando no entretenido, aunque bastaba echar un vistazo a la «Funeraria Lucente e hijo» para que uno cambiara de parecer.

Estaba situada en el hueco de una esquina, en las proximidades del barrio de Little Italy, junto a una tienda en la que vendían *madonnas* fluorescentes y santos de piedra, de los que se colocan en el jardín para darle un sabor italiano. Al principio no la encontraba, pues había una entrada muy pequeña y solamente un minúsculo letrero en el ángulo inferior de la vidriera que daba a la calle, en el que se anunciaba el negocio de la familia.

Al abrir la puerta oí ladrar a un perro a lo lejos, en algún sitio de la parte posterior del local; éste se hallaba iluminado por una luz amarillenta, procedente de la calle, que penetraba por las persianas venecianas a medio bajar.

Una silla y una mesa de despacho metálicas, de color verde —de las que se ven en las cajas de reclutamiento—, otra silla delante de la mesa, un calendario de la compañía petrolífera de Arthur Siegel, de Nueva York, que indicaba el agosto del año anterior: eso era todo. No sonaba música suave para los afligidos parientes, ni había tupidas alfombras persas que mitigaran el ruido de las pisadas, así como tampoco necrófagos profesionales rondando empalagosos en torno a uno, esforzándose para hacer que se sintiera más «a gusto». Todo ello me acudió al pensamiento al recordar el entierro de mi padre.

—¡Ah, Zito!

La segunda y última puerta del local se abrió de sopetón y por ella salió un viejo precipitadamente. Levantó los brazos con brusquedad y, mirando por encima del hombro hacia la habitación que acababa de dejar, cerró la puerta de un puntapié.

—¿En *qué* puedo servirle?

Durante un momento me pregunté cómo me sentiría si mi madre acabara de fallecer y acudiera a este sitio con miras a disponer lo necesario para su entierro. Un viejo chiflado irrumpe soltando tacos... Menuda funeraria. Si bien al pensarlo posteriormente, hube de admitir que en cierto modo me gustaba más así: sin fingimientos ni farsas.

Lucente era bajito y delgado, aunque nervudo. Tenía la tez tostada, tirando a color tabaco, y llevaba su pelo cano cortado al estilo militar, a ras de cráneo. Nada de afectaciones. Tenía los ojos verdiazulados e inyectados de sangre. Me dije que frisaría en los ochenta, pero así y todo parecía bastante fuerte y pletórico de energías. Como no respondí, puso cara de enojo. Se sentó tras la mesa.

—¿Quiere sentarse?

Me senté, y estuvimos un rato mirándonos. Juntó las manos en el centro de la mesa de despacho y cabeceó, más para sí que para mí. Me fijé en sus ojos y me di cuenta de que eran demasiado pequeños para contener toda la vida que latía detrás de ellos.

—Usted dirá, señor. ¿En qué puedo servirle, pues? —Abrió un cajón de la mesa y sacó un largo cuaderno amarillo y un bolígrafo Bic del mismo color, con capuchón negro.

—En nada, señor Lucente. Yo, hummm, me refiero a que no ha muerto ningún familiar mío. He venido a hacerle unas preguntas, si no le sabe mal. Acerca de una persona que hace tiempo trabajó para usted.

Destapó el bolígrafo y, pausadamente, se puso a trazar círculos superpuestos en el papel.

—¿Preguntas? ¿Quiere hacerme preguntas sobre alguien que trabajó para mí?

Me erguí en la silla y no encontré ningún sitio en el que apoyar las manos.

—Sí, verá, nos hemos enterado de que un hombre llamado Martin Frank trabajó para usted hace años. En 1939, aproximadamente. Ya sé que hablo de mucho tiempo, pero me preguntaba si usted se acordaría de él, o de alguna cosa relacionada con él. Por si le sirve de algo, poco después de trabajar aquí se cambió el nombre por el de Marshall France, y posteriormente se convirtió en un escritor *muy* famoso.

Lucente paró de dibujar círculos y dio unos golpecitos en el cuaderno con el bolígrafo. Levantó los ojos una vez, inexpresivo, luego se dio la vuelta en la silla y lanzó un grito por encima del hombro.

—¡Eh, Violetta!

Como no hubo respuesta, frunció el entrecejo, tiró el bolígrafo en la mesa y se puso en pie.

—Mi mujer es tan vieja que ya no oye siquiera el agua del grifo. Me paso la vida cerrándolo yo. Aguarde un momento. —Fue hacia la puerta con paso cansino y vi por primera vez que calzaba un par de pantuflas de pana de color ciruela. Abrió la puerta pero no entró en la habitación. En lugar de eso volvió a llamar a Violetta a grito pelado.

Repuso una voz áspera como estopa de acero.

—¿Qué? ¿Qué quieres?

—¿Te acuerdas de Martin Frank?

—¿Martin *qué*?

—¡Martin *Frank*!

—¿Martin Frank? ¡Ja ja ja ja!

Al darse la vuelta otra vez y mirarme, Lucente mostraba una sonrisa desquiciada. Señaló la oscura habitación y agitó la mano como si acabara de quemársela con algo.

—Martin Frank. Sí, claro que nos acordamos de Martin Frank.

6

De vuelta, durante el largo viaje en tren, tuve tiempo de sobra para reflexionar en lo que me había contado Lucente. Violetta, su mujer, no llegó a salir de la otra habitación, pero ello no fue óbice para que, a gritos, le fuera apuntando cosas al viejo. «¡Cuéntale lo de los dos enanos y el tren!»... «¡No te olvides de las mariposas y la galleta!».

Al parecer, el primer día que pasó France en la funeraria, Lucente trajo a un individuo que se había arrojado de lo alto de un edificio y al que habían recogido raspándolo del suelo con una pala y metido luego en una caja. Según el empresario de la funeraria, su nuevo empleado echó un vistazo al cadáver y vomitó. Lo probaron varias veces más, pero ocurrió lo mismo. Sin embargo, como la señora Lucente era inválida, le pusieron a trabajar en el piso donde vivían ambos; allí limpiaba, cocinaba y lavaba la ropa. Ni que decir tiene que al principio resultó harto deprimente oír que el autor de mi libro predilecto no fue despedido de su empleo gracias a que preparaba una lasaña formidable.

Pero un día, más adelante, Lucente estaba trabajando en una hermosa joven que se había suicidado ingiriendo una sobredosis de somníferos. Cuando ya le faltaba poco para terminar, hizo un alto para ir a comer. Al regresar, la mujer tenía el brazo sobre la barriga y una gran galleta de chocolate en la mano. Junto a ella, sobre un pequeño trincherero, había un vaso de leche. Lucente opinó que era una broma estupenda: el humor negro de esta suerte era tradicional en la profesión funeraria. Al cabo de unas semanas, una vieja agarrada que vivía en aquella misma calle murió en la cama. La trajeron a la funeraria, y, a la mañana siguiente, apareció una gran mariposa amarilla y negra pegada con cinta adhesiva en su nariz. Lucente se echó a reír otra vez, pero yo lo entendí de otra manera: quizá Marshall France había estado creando a sus primeros personajes.

El nuevo aprendiz no sólo llegó a dominar su repugnancia, sino que pronto se convirtió en un ayudante inapreciable. Se hizo con un ejemplar de la *Anatomía de Gray*, y lo estudiaba a todas horas. Dijo Lucente que al cabo de seis meses Frank adquirió una extraordinaria capacidad para modelar expresiones en las caras, confiriéndoles una ilusión de vida que jamás había visto.

—Eso es lo más difícil, ¿sabe? Lograr que parezcan vivos es lo más difícil que hay. ¿No ha mirado nunca dentro de un ataúd? Desde luego, basta con echar un vistazo para darse cuenta de que están muertos. ¡Gran cosa! Pero Martin tenía algo especial, no sé si me entiende. Tenía algo que hasta me daba envidia. Miraba una de sus obras ¡y te preguntabas qué diablos estaría haciendo aquel sujeto allí tumbado!

Mientras residió en Nueva York, Frank pasaba casi todo el tiempo en compañía de los Lucente, ya en el trabajo, ya en su piso, que se encontraba detrás de la funeraria. Pero los domingos, todos los domingos, salía con los Turton. Los Turton eran enanos. Les conoció una vez que entró por casualidad en su confitería. A los tres les encantaban los trenes y el pollo frito, de manera que cada semana se daban un banquete de pollo frito en un restaurante y luego se iban a la Grand Central o a la Estación de Penn y se subían a un tren de cercanías. Los Lucente no les acompañaban nunca a tales excursiones, pero cuando Frank volvía por la noche les explicaba dónde habían ido y lo que habían visto.

Lucente no terminaba de entender del todo el motivo por el que Frank abandonó el trabajo. Cuanto más se dedicaba a él, tanto más parecía fascinarle; pero un día llegó y dijo que a fin de mes se marcharía. Pensaba irse a los estados centrales a vivir con su tío.

Al llegar me encontré a uno de los chicos de la escuela delante de mi piso.

—Hay una mujer en su piso, señor Abbey. Creo que le pidió a la señora Rosenberg que la dejara entrar.

Abrí la puerta y dejé caer el maletín en el suelo. Cerré la puerta con el pie y entorné los ojos. El olor a *curry* lo invadía todo. Detesto el *curry*.

—¿Hola? —dijo una voz.

—Hola. Hum, hola. ¿Saxony?

Apareció por el pasillo con mi vieja cuchara de madera en la mano, en la que se habían pegado unos cuantos granos de arroz. Sonreía un tanto exageradamente, y tenía las mejillas muy encendidas. En parte, supongo, por haber estado cocinando, y en parte por su nerviosismo.

—¿Qué haces aquí, Sax?

La cuchara había descendido hasta su costado, y la sonrisa se borró de su semblante. Bajó la vista.

—Me figuré que puesto que te habías pasado el día en la ciudad, probablemente no habrías comido gran cosa, con tanto ajetreo... —Se quedó

cortada, si bien la cuchara volvió a subir y la agitó en el aire como una varita mágica. Acaso quería que terminara yo la frase.

—Oh, Dios mío, mira, da igual. ¡De verdad que eres muy amable!

Los dos estábamos turbados a más no poder, así que yo me retiré precipitadamente al baño.

—¿Te gusta el *curry*, Thomas?

En mitad de la comida tenía la lengua como una alarma contra incendios, pero contuve las lágrimas parpadeando repetidamente, dije que sí con la cabeza, y señalé mi plato con el tenedor un par de veces: «... me encanta». Tal vez fuera lo peor que había comido en mi vida. Primero su pan de plátano, luego el *curry*...

En su divina misericordia, Dios le había hecho comprar de postre bizcochos de chocolate con nueces Sara Lee, los cuales, después de tres vasos de leche, aplacaron el ardor de mi boca.

Luego de lavar los platos, me puse a contarle mi experiencia con el taxista. Había llegado al punto en que Tuto me mandó bajar de su coche, cuando ella se mordió el labio y apartó la mirada.

—¿Qué pasa? —Estuve a punto de decir algo así como: «¿no te estaré aburriendo?», aunque para entonces ya sabía que habría sido inoportuno y superfluo.

—Es... —Me miró, luego apartó la vista, me miró otra vez y volvió a apartarla—. Esta tarde me lo he pasado muy bien aquí, Thomas. He venido justamente después de hablar contigo por teléfono. Me lo he pasado pero que muy bien, cocinando... ¿Entiendes lo que quiero decir? —De nuevo se mordió el labio, pero sin que dejara de mirarme con fijeza.

—Sí, bien, claro. Es decir, claro que lo entiendo... *Vaya*, ese *curry* era excelente, Saxony.

Más tarde, cuando le di el enorme libro sobre títeres, le echó un vistazo y rompió a llorar. Y entonces no quiso cogerlo: se levantó de la silla y se acercó a mí. Me rodeó el cuello con los brazos y me abrazó una y otra vez.

Empezamos a acariciarnos y fuimos a la cama. Nos pusimos a desnudarnos recíprocamente lo más deprisa posible. Pero aún íbamos demasiado despacio, de modo que nos separamos y cada uno lo hizo por sí mismo. Aun cuando me daba la espalda, me detuve al ver que se quitaba la blusa por la cabeza. Me encanta mirar desnudarse a una mujer. Tanto si va uno a hacer el amor con ella, como si la está espiando por una ventana, hay en ello algo maravillosamente excitante y que provoca deliciosos cosquilleos en el estómago.

Apoyé el pulgar en su nuca y lo deslicé pausadamente a lo largo de las prominencias de su espina dorsal. Me miró de reojo e hizo un ligero mohín.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Cómo no.

—Me da mucha vergüenza que me miren cuando me estoy desnudando. Perdona, pero ¿te sabría mal cerrar los ojos o mirar hacia otro lado mientras lo hago?

Me incliné hacia ella por encima de la cama y la besé en el hombro.

—Claro que no. A mí me pasa lo mismo.

Era perfecto. Me da no sé qué quitarme los pantalones delante de una mujer a la que no conozco. Por lo tanto, me parecía de perlas..., me pondría de espaldas a ella, me quitaría los pantalones mientras ella se quitaba los suyos, nos meteríamos los dos bajo las sábanas al mismo tiempo, apagaría la luz un ratito... ¡RRRriinnnggg!

Acababa de despojarme de los calzoncillos cuando sonó el teléfono. Nadie me llamaba nunca, y menos a las doce de la noche. El teléfono estaba en el fondo de la habitación, así que, desnudo, fui corriendo a cogerlo. Saxony lanzó una exclamación admirativa, y yo, sin pensar, me volví y la miré. Tenía sus bragas verdes bajadas hasta las rodillas, y a juzgar por la cara que puso, no sabía si terminar de quitárselas o subírselas de nuevo.

—Thomas, ¿dónde te habías metido? ¡Llevo días intentando hablar contigo!

—¿Mamá?

—Sí. La única manera de encontrarte es llamando en plena noche. ¿Recibiste los calzoncillos de Bloomingdale's que te envié?

—¿Calzoncillos? Mamá... —Puse la mano en el auricular y miré a Saxony—. Mi madre quiere saber si recibí los calzoncillos de Bloomingdale's que me envió.

Sax miró inmediatamente las bragas que tenía en la mano y luego a mí. Los dos nos echamos a reír. Me las arreglé para colgar lo antes posible.

Durante las semanas siguientes nos dedicamos a investigar, cosa que hacíamos juntos cada vez con mayor frecuencia. Nos llegamos a New Haven a ver una obra de teatro, y una noche cogimos la carretera y fuimos a cenar a Sturbridge Village, y nos quedamos en una casita de campo que tenía mi madre a orillas de Rhode Island, en espera de que amainase una granizada que nos había sorprendido.

Una tarde me preguntó tímidamente si podía ir a Galen.
—Sí, pero sólo si me prometes que irás conmigo.

Segunda parte

1

—¡Saxony, no puedes llevarte tantas maletas! ¿Dónde te imaginas que vamos? ¿A dar la vuelta al mundo?

Lo único que necesitaba para redondear su exposición era un antiguo baúl de camarote. Había una primorosa cesta de mimbre roja y amarilla, una zarrapastrosa mochila que abultaba como una salchicha, una vieja maleta de cuero con cerraduras y cantoneras de latón. Había rematado el conjunto con diversas prendas recién salidas de la tintorería envueltas en plástico y colgadas en perchas de metal.

Me miró ceñuda y fue hasta la parte posterior de la camioneta. Abrió de golpe la puerta y colocó en el interior el primero de sus incontables trastos.

—No me fastidies, Thomas. Ya he tenido un día bastante desastroso para que encima me fastidies, ¿vale?

Tamborileé sobre el volante con los dedos, eché un vistazo a mi nuevo corte de pelo en el espejo retrovisor, y me pregunté si valía la pena discutir. Me había pasado una semana diciéndole que quería viajar con tan poca carga como fuera posible. Puesto que habíamos estado juntos casi todos los días desde mi viaje a Nueva York, había llegado al convencimiento de que Saxony tenía unas tres blusas, dos vestidos y un guardapolvo blanco que parecía desechado por un campesino. Un día quise comprarle un vestido indio del que se enamoró al verlo en un escaparate y ella no me lo permitió, a pesar de lo mucho que insistí. «Todavía no» dijo, sin aclararme a qué se refería exactamente.

Por lo tanto, ¿qué era lo que llevaba en esos bultos? Una nueva pesadilla se formó en mi mente: ¡comestibles y un hornillo! ¡Pensaba encargarse de cocinar durante todo el viaje a Galen! Pan de plátano..., *curry*..., té de manzana.

—De todos modos, ¿qué llevas ahí dentro, Sax?

—¡No hace falta que chilles!

La miré por el retrovisor y vi que se había puesto las manos en las caderas. Pensé en lo bonitas que eran esas caderas sin ropa encima.

—Vale, perdona. Pero ¿cómo es que te llevas tantas cosas?

Oí crujir la grava, y en esto apareció Saxony junto a la portezuela. Alcé la vista y la miré, pero estaba ocupada en desatar las correas de la cesta de mimbre.

—Echa un vistazo, anda.

Estaba llena de apuntes, recortes de revistas, blocs amarillos por estrenar, lápices del mismo color, y las gruesas gomas de borrar de color rosado que le gustaba utilizar.

—Aquí es donde llevo mis instrumentos de trabajo. ¿Los puedo traer conmigo o no?

—Sax...

—La bolsa de lona contiene toda mi ropa...

—Mira, yo no quería decir que...

—Y en la maleta hay algunas marionetas en las que estoy trabajando. — Esbozó una sonrisa y corrió los pestillos de la bolsa—. Éste es el único rasgo mío al que tendrás que acostumbrarte, Thomas: adondequiera que vaya, siempre llevo mi vida conmigo.

—Ya me lo figuro, ya.

—Oh, eres muy chistoso, Thomas. Muy listo.

La ceremonia de entrega de títulos había tenido lugar a mediados de junio, varios días antes; al marcharnos, por tanto, los jardines de la escuela habían tomado un color verde veraniego y se hallaban silenciosos y un poco tristes. Las escuelas sin alumnos siempre me han resultado bastante siniestras. Las aulas están excesivamente limpias y los suelos demasiado brillantes. Cuando suena un teléfono se levantan ecos por todo el edificio, y el timbre se repite ocho o nueve veces hasta que alguien tiene ganas de contestar o bien el que llama llega a la conclusión de que no hay nadie y cuelga. Pasamos por delante de una enorme haya roja, que era uno de mis árboles predilectos, y comprendí que no volvería a sentarme a su sombra durante mucho tiempo.

Saxony alargó la mano y puso la radio.

—Thomas. ¿Te da pena marcharte?

Estaba sonando la última parte de «Hey, Jude», y me acordé de la muchacha con la que salía en Nantucket, en mil novecientos sesenta y tantos, cuando la canción empezaba a oírse por vez primera.

—¿Si me da pena? Sí, un poco. Pero al mismo tiempo me alegro mucho. Al cabo de un cierto tiempo se da uno cuenta de que habla y se mueve en estado hipnótico. ¿Sabes que este año estudiamos *Huckleberry Finn* por cuarta vez? Es un libro magnífico y lo que quieras, pero había llegado al

extremo de no prepararme siquiera las clases. Ya ni me hacía falta. Eso no es bueno.

Guardamos silencio y escuchamos el final de la canción. La emisora debía de estar ofreciendo un programa retrospectivo de los Beatles, puesto que a continuación pusieron «Strawberry Fields Forever». Subí por el acceso de la autopista de Nueva Inglaterra, pagué el peaje y entramos en ella.

—¿Nunca quisiste ser actor? —Me quitó un hilo de la manga de la camisa.

—¿Actor? ¿Con el precedente de mi padre? Qué va.

—Recuerdo que me enamoré perdidamente de Stephen Abbey después de verle en *Los principiantes*.

Di un bufido pero no hice ningún comentario. ¿Quién no se había enamorado de mi padre?

—No te rías de mí... ¡Es verdad! —Lo dijo casi en son de enojo—. Acababa de ingresar en el hospital por primera vez y mis padres me trajeron un televisor portátil. Me acuerdo perfectamente de todo. Fue en el programa *La película del millón de dólares*, en el que a lo largo de una semana repetían la misma película antigua todas las tardes. Yo no me perdí ni una sola vez dos de las películas que ponían: *Los principiantes* y *Yanqui Dandy*.

—¿*Yanqui Dandy*?

—Sí, la de James Cagney. En el hospital estaba perdidamente enamorada tanto de James Cagney como de tu padre.

—¿Cuánto tiempo pasaste allí?

—¿En el hospital? Cuatro meses la primera vez, y dos la segunda.

—¿Y qué te hicieron? ¿Injertos de piel y ese tipo de cosas?

No contestó. La miré de soslayo pero sus facciones no mostraban gesto alguno. Mi ánimo no había sido curiosear, y como el silencio continuaba, tuve ganas de pedirle perdón; pero no lo hice.

Se estaba preparando una tormenta de órdago sobre los montes que se alzaban delante nuestro; cruzamos un telón de nubes amenazadoras de color perlino oscuro. Miré por el espejo retrovisor y vi que el sol seguía luciendo en el lugar de donde habíamos salido poco antes. Bien sabía yo que allí casi nadie tenía idea de lo que les esperaba hacia media tarde.

—¿Cuándo te enamoraste de mi padre?

—Thomas, ¿de verdad quieres que te cuente lo de mi estancia en el hospital? Nunca me ha gustado hablar de ello, pero si te interesa saberlo, a ti te lo contaré.

Lo dijo tan convencida que no supe qué responder. Antes de que se me presentara la oportunidad de decir nada, ya había empezado a hablar.

—La primera vez fue horrible. Me metían en una especie de bañera para que la piel muerta se desprendiese y la nueva pudiera empezar a crecer. Me acuerdo de que me atendía una estúpida enfermera llamada señora Rasmussen, que me hablaba siempre como si yo fuera imbécil. No conservo muchos más recuerdos de entonces, salvo que tenía miedo y estaba harta de todo. Supongo que mi subconsciente se ha encargado de borrar infinidad de detalles. La segunda vez me sometieron a un montón de tratamientos, y todo el mundo parecía ser mucho más amable. Es probable que fuera debido a que sabían que volvería a caminar. Durante mi estancia allí me di cuenta de que la gente le trata a uno mucho más..., no sé, humanamente, al comprobar que se restablecerá.

Un serpentino relámpago amarillo hendió las nubes, seguido de cerca por uno de esos truenos secos y breves que te hacen pegar un brinco a pesar tuyo. La radio casi se había convertido en un puro torrente de estática, de modo que la apagué. Empezaron a caer goterones de lluvia, aunque esperé hasta el último instante para conectar los limpiaparabrisas. La ventanilla de mi lado estaba bajada, con lo cual percibía el paulatino enfriamiento del aire y la pesadez de la atmósfera. Imaginé a una pequeña Saxony Gardner sentada muy tiesa en una cama de hospital, con sus piernecitas de niña vendadas de arriba abajo. La imagen era tan tierna y conmovedora que me arrancó una sonrisa. De haber tenido yo una hija en semejante estado, le hubiera comprado tantos juguetes y libros que se habría asfixiado bajo su peso.

—¿Qué tal era ser el hijo de Stephen Abbey?

Respiré a fondo para intentar distraerla un minuto. En lo que llevábamos juntos me había hecho muy pocas preguntas relativas a mi familia, y le estaba la mar de agradecido.

—Mi madre le llamaba Punch. A veces terminaba de rodar una escena en pleno día, venía a casa, y nos llevaba a sitios como Knott's Berry Farm o bien a la playa. Se divertía corriendo de acá para allá y nos compraba frankfurts y Coca-Colas, y nos preguntaba si nunca lo habíamos pasado tan bien. A veces se volvía un poco maníaco, pero a nosotros nos encantaba todo lo que hacía. Mi madre, suponiendo que se trastocara demasiado, le decía «Tranquilo, Punch», y en esos momentos yo la odiaba. Cuando se dejaba ver tenía que ser el alma de la fiesta, siempre, pero como en aquella época se dejaba ver en tan contadas ocasiones, le colmábamos de carantoñas.

La lluvia caía formando cortinas transparentes, y se la oía salpicar bajo las ruedas. Circulaba por el carril para vehículos lentos, y cada vez que nos adelantaban venía a parar tal cantidad de agua en el parabrisas que los pobres limpias se veían negros para mantener el ritmo adecuado. En este momento los rayos y truenos eran simultáneos, con lo cual yo sabía que la tormenta se hallaba exactamente encima de nosotros.

—Una vez me llevó al estudio durante el rodaje de *Incendio en Virginia*. Supongo que, hasta cierto punto, fue uno de los días más importantes de mi vida. Lo único que recuerdo es que había alguien que no paraba de preguntarme si quería un helado, y que luego me quedé dormido y me llevaron a su camerino. Al despertarme me lo encontré de pie a mi lado, mirándome, como una montaña blanca, esbozando su famosa sonrisa. Llevaba puesta una camisa blanca y un sombrero de jipijapa color crema con una banda negra. —Meneé la cabeza y tamborileé una melodía sobre el volante para ahuyentar el recuerdo. Un camión Grand Union con remolque pasó junto a nosotros rodando en cámara lenta.

—¿Le querías? —Lo dijo en voz suave y contenida, e imagino que con cierto temor.

—No. Sí. No lo sé... ¿cómo puede uno no querer a su padre?

—Es bien fácil..., yo no quería al mío. Su sueño dorado se realizó el día que uno de sus alumnos consiguió ingresar en Harvard.

—¿Qué quieres decir? ¿Que tu padre era profesor?

—Ajá.

—No me habías dicho nada.

—Sí. También enseñaba inglés.

Le lancé una mirada, y ella hinchó las mejillas de tal manera que se parecía a una ardilla con un montón de nueces en la boca.

—Supongo que no debiera decirlo, pero, por lo que recuerdo de él, era un bruto de cuidado. —Apoyó las manos en el tablero de instrumentos y se puso a tamborilear una especie de suave ritmo africano, hablando al mismo tiempo—. Acostumbraba a comer piña en rodajas y a leernos *Hiawatha* a mi madre y a mí.

—¿*Hiawatha*? «By the shores of Gitchy Gummy,/On the bottom of the lake,/Hiawatha and his buddies/Playing poker for a stake^[1]».

—Caramba, tú también tendrías que ser profesor de inglés.

El cielo estaba tan oscuro que encendí los faros y aminoré la velocidad a cuarenta. A menudo me preguntaba qué aspecto tendría Saxony de niña. Esa bonita cara, pálida como la luna, en miniatura. Me la imaginaba en un rincón

oscuro del salón, jugando con sus marionetas hasta las nueve, hora en que su madre le mandaría acostarse. Blancos calcetines que se le caían y negros zapatos de charol con hebillas doradas.

—Mira, Thomas; puede que lo más interesante que hizo nunca mi familia cuando yo era pequeña fuese ir a Peach Lake los fines de semana en verano. Yo solía sufrir quemaduras del sol.

—¡Ah sí! Pues a mí lo más interesante que me ocurrió nunca fue leer *El país de las risas* y beber cerveza Hires sin alcohol en un botellón de vidrio. ¿Qué habrá sido de la cerveza Hires sin alcohol en botellones de vidrio?

—Venga, ya; no irás a decirme que pasarte la vida rodeado de famosos no era estupendo. No hace falta que te esfuerces por consolarme.

—¿Por consolarte? Ni lo pienses. ¡Tú al menos tuviste un padre normal! A ver si me entiendes, ser hijo suyo era como vivir en una jaula para pájaros. ¡No podías abrir la boca sin que todo quisque te tratara con falsa amabilidad o te dijera lo mucho que le gustaban las películas de tu papá! ¿Qué coño me importaban a mí sus películas? ¡Yo era un chiquillo, por Dios! Lo único que quería era montar en bicicleta.

—No grites.

—No tengo que... —Quería añadir algo más, pero vi entonces el desvío que llevaba a una zona de servicios y, en lugar de hacerlo, puse el intermitente y lo tomé. Mientras avanzaba despacito por la carretera de salida me di cuenta de que estaba tan oscuro como si hubiera anochecido. El aparcamiento estaba repleto de autocaravanas y coches con bacas rebosantes. Como muchos de ellos se encontraban expuestos a la lluvia, las maletas descubiertas, los cochecitos y las bicicletas habían quedado completamente empapados y relucientes. Me introduje en el hueco que dejó un Fiat blanco con matrícula de Oklahoma que por un pelo no me embistió al dar marcha atrás. Paré el motor y nos quedamos inmóviles escuchando el repiqueteo de la lluvia sobre el techo. Saxony tenía las manos juntas en el regazo, pero yo seguía aferrado al volante. Tenía ganas de arrancarlo de cuajo y dárselo.

—Está bien, ¿quieres comer algo o qué?

—¿Comer? ¿Por qué? Si solamente llevamos una hora en la carretera.

—Ah, pues lo siento, *querida*... Yo no puedo tener hambre, ¿eh? No tengo derecho a comer ni nada a menos que tú hagas otro tanto, ¿me equivoco? —Parecía un niño que acaba de descubrir el sarcasmo pero no sabe aún cómo servirse de él.

—Ya vale, Thomas. Sal del coche y ve a comerte un bocadillo, o lo que sea. Me da igual lo que hagas. Si estás enojado no me echas la culpa a mí.

No podía hacer otra cosa que irme. Tanto ella como yo sabíamos que me estaba poniendo en ridículo por momentos, pero a estas alturas ya no sabía qué hacer para remediarlo. En su lugar, yo estaría mortalmente fastidiado por mi actitud.

—¿Quieres que te traiga...? Oh, mierda. Vuelvo en seguida.

Abrí la puerta y metí de lleno el pie en un charco descomunal; el zapato y el calcetín se me empaparon en el acto. Volví la cabeza para comprobar si Saxony lo había visto, pero tenía los ojos cerrados y las manos todavía en el regazo. Extendí entonces la otra pierna y, con cuidado, introduje el pie seco en el charco y lo dejé dentro hasta notar que el frío penetraba en el zapato. A continuación me puse a chapotear con ambos pies en mi improvisada palangana. Chip chap.

—¿Qué... estás... haciendo?

Chip chap.

—Thomas, no hagas eso. —Se echó a reír. Su risa sonaba mucho mejor que la lluvia—. ¡No seas loco! Cierra la puerta.

Estaba de espaldas a ella y noté que me agarraba por el jersey. Se rió más fuerte y me dio un tirón.

—¿Quieres hacer el favor de entrar? ¿Qué estás haciendo?

Levanté la vista hacia la lluvia; ésta caía con tanta furia que me vi obligado a cerrar los ojos.

—¡Penitencia! ¡Penitencia! Durante toda mi puñetera vida la gente no ha parado de preguntarme qué tal era ser el hijo de Stephen Abbey. Cada vez que intento contestarles parezco más y más estúpido.

Dejé de dar patadas en el agua. Me sentía muy triste, como un idiota redomado. Quería darme la vuelta y mirarla, pero no podía.

—Perdóname, Sax. Si tuviera algo que decirte, sabe Dios que no te lo ocultaría.

El viento me lanzaba la lluvia a la cara. Una familia pasó por allí y se me quedaron mirando boquiabiertos.

—No me importa, Thomas. —Sopló una ráfaga de viento y volví a cerrar los ojos. No sabía si la había oído bien.

—¿Cómo dices?

—Digo que tu padre no me interesa. —Me tocó la espalda con la palma de la mano; lo había dicho con voz firme, apremiante y cariñosa.

Me di la vuelta y la rodeé con mis brazos mojados. Besé su cálido cuello y sentí sus labios en el mío.

—Abrázame fuerte, esponja usada. Me has puesto como una sopa. —Me abrazó con más fuerza y me dio un mordisco en el cuello.

No se me ocurría nada que decir salvo una frase de una obra de France, *La pena del Perro Verde*: «La Voz de la Sal amaba también a Krang. Cuando estaba con ella, cuchicheaba siempre».

2

Nos habíamos propuesto realizar el viaje en dos días, pero inesperadamente hacíamos alto en una tienda de Stuckey para comprar almendras garrapiñadas, en Frontier Town, Santa Claus Village o bien en Reptile City, cada vez que las veíamos anunciadas en algún escaparate, y, además, en cualquier sitio en general si nos venía en gana.

—Aguarda un segundo. ¿Quieres ver... esto... el campo de la Batalla del río Verde?

—No lo sé. Claro. ¿En qué guerra tuvo lugar?

—¿Y qué más da? Faltan cinco millas. Sax, ¿cuál de los libros de France prefieres?

—No sabría con cuál quedarme, si con *El lago de estrellas* o *El país de las risas*.

—¿*El lago de estrellas*? ¿En serio?

—Sí; me atrevería a decir que contiene mi escena preferida. Cuando la chica va a la playa por la noche y ve al anciano y al pájaro blanco haciendo agujeros azules en el océano.

—¡Demonios!, yo no soy capaz de decir cuál es mi escena preferida. Alguna de *El país de las risas*, tal vez. Desde luego. Aunque se me haría cuesta arriba tener que elegir entre una escena cómica y otra mágica. Ahora, por varios motivos, me gustan más las escenas cómicas, pero de pequeño, esas batallas entre las Palabras y el Silencio... ¡Buf!

—Thomas, no te salgas de la carretera.

A veces nos deteníamos en una zona de aparcamiento, nos encaramábamos al caliente techo de la camioneta y mirábamos como pasaban zumbando los coches. Ni ella ni yo decíamos nada; no teníamos ninguna prisa por llegar antes a nuestro destino.

La primera noche de viaje la pasamos en un pueblecito situado al oeste de Pittsburg. Los dueños del motel donde nos alojamos criaban sabuesos de cazar mapaches, atigrados, y después de cenar llevamos a unos cuantos cachorros al césped de delante del motel y dejamos que nos mordisquearan un poco.

—¿Thomas?

—¿Hum? Eh, cógelo antes de que se escape.

—Escúchame, Thomas, esto va en serio.

—Está bien.

—¿Sabes que es la primera vez que estoy en un motel con alguien?

—¿De verdad?

—Ajá. ¿Y sabes qué más? Que estoy muy contenta. —Me dio un cachorro y se puso en pie—. Hace unos años, cuando no paraba de pensar en mis quemaduras, me decía que con esa pinta ningún hombre querría ir conmigo a un motel.

A la mañana siguiente, cuando estábamos a punto de partir, la dueña del motel salió del despacho y nos dio un par de paquetes que contenían un magnífico almuerzo y, por si fuera poco, cerveza y barras de caramelo La Vía Láctea. Le dijo algo a Saxony en voz baja y luego regresó al despacho.

—¿Qué te ha dicho?

—Que como estabas tan flaco tendría que darte mi Vía Láctea.

—Claro que sí.

—Ni hablar.

Todo el viaje fue una sucesión de momentos así de gratos, por tanto, cuando entramos en St. Louis y vimos el Saarinen Arch nos pusimos un poco tristes por haber llegado ya tan lejos. Hacia mediodía nos detuvimos en Pacific, Missouri, y deambulamos por el parque de atracciones de Seis Banderas que allí se alzaba. Por la noche volvimos a nuestra habitación de motel refrigerada e hicimos el amor. Ella no se cansó de murmurar mi nombre una y otra vez. Nunca me había acostado con nadie que hiciera tal cosa. Por ahora todo estaba yendo a las mil maravillas. Miré en todos los rincones oscuros de mi vida y me pregunté en cuál de ellos se escondería la liebre que salta en el momento menos pensado... No hubo respuesta. A decir verdad, tampoco esperaba ninguna.

3

Me detuve en una gasolinera Sunoco y una bonita rubia que llevaba una rojísima gorra de béisbol de los St. Louis Cardinals salió del garaje.

—Llénelo, por favor. A propósito, ¿falta mucho para Galen?

Ella se agachó y se puso las manos en las rodillas. Me fije en que llevaba las uñas cortas y que dos de ellas las tenía completamente ennegrecidas. Como si le hubiera caído encima algo de mucho peso provocándole un agolpamiento de sangre.

—¿Galen? Oh, unas cuatro millas. Vayan recto por esta carretera hasta el cruce, tuerzan a la derecha y llegarán en pocos minutos.

Fue a llenar el depósito y yo miré a Saxony. Aunque sonreía, saltaba a la vista que estaba tan nerviosa como yo.

—Bien... —Agité la mano en el aire.

—Bien... —Inclinó la cabeza en señal de conformidad.

—Pues, bien, chica; ya casi hemos llegado.

—Sí.

—*El país de las risas...*

—La tierra de Marshall France.

La carretera se componía de una serie de largas subidas y bajadas que se sucedían progresivamente, cosa que resultaba agradable después de la recta monotonía de la autopista. Dejamos atrás un vagón restaurante de tamaño real, un aserradero desde el que nos llegó fugazmente el fresco olor a madera recién cortada, y la consulta de un veterinario en la que se oían los ladridos frenéticos de los perros asustados y enfermos del interior. En el cruce había una señal de *STOP* acribillada a balazos y cubierta de pequeñas abolladuras anaranjadas por el óxido, producidas por balines de escopetas de aire comprimido. Un muchacho estaba plantado junto a ella, haciendo autostop. Parecía bastante inofensivo, si bien he de reconocer que un par de escenas de *A sangre fría* se me pasaron por la cabeza a la velocidad del rayo.

—Galen.

Le dijimos que también nosotros nos dirigíamos hacia allí y le invitamos a subir. Era pelirrojo, y llevaba una especie de peinado rizado y lacio al mismo tiempo, y cada vez que miraba yo por el retrovisor me encontraba con sus

ojos que se clavaban en los míos, o bien con su zarza ardiente de melena que me tapaba el paisaje.

—¿Vais a Galen? He visto que lleváis matrícula de Connecticut. —Lo pronunció Con *nect-ticut*—. ¿No habréis hecho tantos kilómetros sólo para ir a Galen, verdad?

Asentí con la cabeza afablemente y le miré por el espejo. Un breve y enfático cambio de miradas. El viejo juego de a ver quién sostiene más tiempo la mirada.

—Pues sí, efectivamente.

—¡Jolines! De Connecticut a Galen —dijo sarcástico—. Menudo viajecito.

Había tenido en clase a tantos sujetos como él que su grosería no me molestó. Un *hippie* de las marismas. Lo único que le faltaba era una camiseta con la palabra «KISS» y los calzoncillos asomándole por encima de los tejanos.

Saxony se dio la vuelta en el asiento.

—¿Vives allí?

—Sí.

—¿Conoces a Anna France?

—¿A la señorita France? Y tanto.

Di casualmente otro vistazo en el espejo retrovisor, y sus ojos seguían fijos en mí, pero ahora se estaba mordisqueando con satisfacción la uña del pulgar.

—¿Habéis venido a verla?

—Sí, hemos de hablar con ella.

—¿Ah sí? Pues bien, es una persona muy maja. —Sorbió por la nariz y se cambió de posición—. Una mujer que sabe ir por el mundo, muy dueña de sí, ¿sabéis?

De pronto, nos encontramos en Galen. Tras rebasar una pequeña elevación, pasamos ante una casa blanca provista de dos estilizadas columnas y un rótulo de dentista colgado en una farola en el jardín. Después venía el Servicio de Reparación de Cortacéspedes Dagenais, emplazado en una caseta de planchas de hojalata de color azul metálico, una sucursal de la cadena de establecimientos Montgomery Ward, una estación de bomberos con sus grandes puertas abiertas de par en par, aunque sin ningún camión en el interior, y una tienda de productos agrícolas en la que se anunciaba una oferta especial de bolsas de comida para perros Purina de veinticinco kilos, válida para toda la semana.

Helo aquí. Era aquí donde había escrito todas sus obras. Era aquí donde había comido, dormido, paseado, conocido a gente y comprado cosas como patatas, periódicos y gasolina para su coche. La mayoría de vecinos del pueblo le habían conocido. Habían *conocido* a Marshall France.

El centro del pueblo se encontraba al otro lado de la vía férrea. Cuando ya llegábamos al paso a nivel las barreras empezaron a descender y una campana lanzó su toque de precaución. Esta interrupción momentánea me encantó. Cualquier cosa que sirviese para aplazar nuestra visita a Anna France merecía mi beneplácito. Siempre me ha gustado detenerme a ver pasar los trenes. Me acuerdo de las excursiones a campo traviesa que solíamos hacer mi madre y yo la época en que mis padres aún estaban casados.

No bien nos detuvimos frente a las barreras bajadas paré el motor y apoyé el brazo en el respaldo del asiento de Saxony, que estaba caliente y pegajoso. Había resultado ser uno de esos días de verano en los que el aire recuerda el plomo fundido y las nubes no saben si decidirse a soltar un chaparrón o simplemente a seguir avanzando.

—Podéis dejarme aquí mismo.

—¿Nos puedes decir dónde vive la señorita France?

Metió su escuálido brazo entre los dos asientos delanteros y señaló hacia adelante con el dedo índice agitándolo al mismo tiempo que hablaba.

—Id hasta el final de esta calle. Hay como unas tres esquinas. Luego doblad a mano derecha en Connolly Street. Su casa es la número ocho. Si no la encontráis, preguntádselo a alguien de por allí y os lo dirá. Gracias por el paseo.

Bajó de la camioneta y mientras se alejaba vi que llevaba parches de colores cosidos a los bolsillos traseros de los pantalones. Uno de ellos figuraba una mano que hacía el ademán de enviar a tomar por el saco, y el otro una cuyos dedos formaban la V de la paz. Ambos parches eran rojos, blancos y azules, y los dedos tenían estrellas estampadas a todo lo largo.

El tren, que avanzaba con suma lentitud, resultó ser de carga, con doscientos vagones, que desfilaban pasajeramente mostrando los rótulos de sus puertas: Erie Lackawanna, Chesapeake & Ohio, Seatrain... Cada vagón sonaba de distinta manera al pasar, con estrepitoso retumbo o con uniforme traqueteo. Y en último lugar pasó el furgón de cola, pintado de rojo ladrillo, pequeño y acogedor, con una persona al otro lado de su alta ventana cuadrada que leía el periódico y fumaba en pipa, ajena al resto del mundo. Aquel largo momento me encantó.

En cuanto hubo pasado el tren, las barreras rojas y blancas empezaron a subir despacio, como si estuvieran cansadas y se elevaran en contra de su voluntad. Arranqué el motor y crucé las vías a trompicones. Miré por el retrovisor y vi que no llevábamos a nadie detrás.

—¿Ves la diferencia que hay entre esta parte de mundo y el este?

—¿Cuál es?

—¿Cuánto tiempo hemos estado parados en el paso a nivel? Cinco u ocho minutos, ¿no? Pues, bien; en el este se formaría una cola de coches de diez millas de longitud en la mitad de tiempo. En esta parte de mundo..., no tienes más que mirar detrás nuestro y verás lo que quiero decir. —Ella así lo hizo pero no dijo palabra—. ¿Lo ves? Ni un coche. No hay nadie. He aquí la diferencia.

—Ya. Thomas, ¿te das cuenta de en qué parte de mundo nos encontramos? ¿Te das cuenta de que estamos aquí realmente?

—Procuro no pensar en ello todavía. Me produce dolor de estómago. —Un eufemismo. Tener que entrevistarme con Anna France me daba cada vez más escalofríos, aunque no quería que Saxony lo supiera. No podía quitarme de la cabeza nada de lo que David Louis había dicho de ellas. Bruja. Neurótica. Para evitar que continuara la conversación bajé la ventanilla y respiré a fondo. El aire olía a cisco caliente y a alguna otra cosa.

—¡Eh, fíjate, Sax, un banquete al aire libre! ¿Qué te parece si vamos a comer?

En un descampado que se extendía entre la casa Phend de artículos deportivos y la compañía de seguros Glass habían levantado un amplio toldo verde. Debajo del mismo estaban sentadas unas veinte personas ante largas mesas de secoya, comiendo y charlando. Enfrente había un letrero pintado a mano que hacía saber que se trataba del banquete anual del Lions Club. Aparqué el coche junto a una sucia camioneta descubierta y me apeé. El carbón vegetal y la carne a la brasa seguían perfumando el ambiente. Corría un poco de brisa. Me dispuse a estirarme, pero al mirar por casualidad hacia los comensales me interrumpí en seco.

Casi todos ellos habían parado de comer y nos estaban contemplando; a excepción de una mujer de corto cabello negro y aspecto atractivo que se afanaba de un lado a otro con dos cajas de panecillos para hamburguesas en las manos, todos se habían paralizado en sus posturas respectivas: un hombre obeso con sombrero de paja que sostenía una costilla a medio roer cerca de su boca abierta, una mujer que echaba el contenido de una lata de Coca-Cola ya

vacía en un vaso lleno, un niño que sujetaba un conejo de peluche por encima de su cabeza con ambas manos.

—¿Qué es esto, *Oda a una urna griega*? —musité para nadie en particular.

Vi como la de los panecillos abría una de las cajas con un tenedor grande. La parálisis que se había apoderado de los demás duró cosa de diez largos segundos, hasta que por fin un ruidoso motor, que resultó ser el de un camión que transportaba un caballo alazán de crin y cola blancas, rompió el hechizo. Uno de los que estaban detrás de las parrillas esbozó una sonrisa y nos saludó agitando una grasienta espátula.

—Tenemos comida de sobra, amigos. Venid a apoyar a los Lions de Galen.

Echamos a andar hacia allí, y el de la espátula asintió con la cabeza. Había sitio en uno de los bancos, de manera que Saxony se sentó mientras que yo me dirigía a las humeantes parrillas.

Mi nuevo amigo raspó la grasa de las varillas cromadas, haciéndola caer en el fuego, y por encima del hombro pidió que le trajeran más costillas.

—¿Connecticut, eh? ¿No habréis venido de tan lejos sólo para probar mis costillas?

Llevaba puesto un voluminoso guante de cocina con la palma cubierta de oscuras manchas de grasa. Esbocé una estúpida sonrisa y me reí por la nariz.

—Pues, verás, yo he traído las costillas y Bob Schott las hamburguesas. Yo de ti, sin embargo, no me las comería, ya que Bob es médico y a lo mejor quiere envenenaros para tener después a un par de clientes nuevos.

Bob pensó que era lo más divertido que había oído nunca. Miró alrededor para comprobar si alguien se estaba riendo tan fuerte como él.

—Ahora bien, probad unas cuantas costillas de las mías y sabréis lo que es cosa fina; os lo digo porque soy el tendero del pueblo y esta carne la han traído esta misma mañana. Es de lo mejorcito que tengo. —Señaló las costillas que se estaban haciendo sobre las brasas. Estaban pringadas de salsa roja, y la grasa caliente que desprendían iba cayendo en las ascuas, que a su vez chirriaban casi constantemente. Olían muy bien.

—Claro, Dan, claro. Si lo sabrás tú: no son otras que las que no pudiste vender la semana pasada.

Cuando miré a Saxony por encima del hombro para ver cómo le estarían sentando esas ocurrencias, me llevé una sorpresa al comprobar que se estaba riendo.

—Con nuestras burradas no te vamos ni a dejar comer, amigo. ¿Qué queréis tomar tú y tu novia?

Dan, el maestro de ceremonias, era calvo como una bola de billar, si bien conservaba un poco de pelo castaño a ambos lados de la cabeza. Tenía los ojos oscuros, de expresión simpática, y una cara gruesa, colorada y tersa, a juzgar por la cual diríase que había comido innumerables costillas en el curso de los años. Llevaba una camiseta blanca, arrugados pantalones color canela, y negras botas de faena. En conjunto, me recordaba a un actor que había fallecido un par de años antes, de nombre Johnny Fox, quien tenía una nefasta reputación por causa de las palizas que propinaba a su mujer, pero que, no obstante, hacía invariablemente el papel de alcalde o tendero cobarde en las películas del oeste. El tipo de personaje que no se atreve a desafiar a la banda de los Dalton cuando llegan al pueblo dispuestos a destrozarlo todo.

Mi padre solía traer a casa a gente como Johnny Fox, quienes siempre se quedaban estupefactos por el hecho de que les hubiera invitado realmente a cenar. Entraba por la puerta principal y a gritos avisaba a Esther, nuestra cocinera, de que contase con otra persona para la cena.

Si yo me encontraba en la habitación de mi madre, ésta profería invariablemente un gemido y alzaba los ojos, como si la respuesta se hallara escrita en el techo. «Tu padre ha encontrado a otro monstruo», decía, y luego se levantaba de su silla con infinito cansancio, para recibirle de pie, por lo menos, cuando apareciese en la puerta acompañado de su nuevo amigo.

Con un aire entre tímido y malicioso, vociferaba: «¡Mira quién viene a cenar, Meg, Johnny Fox! ¿Te acuerdas de Johnny, verdad?».

Johnny se adelantaba sigilosamente y le estrechaba la mano, como si mi madre fuera una anguila eléctrica a punto de lanzar una descarga. Todos le tenían un miedo cerval, y se daban cuenta, a pesar de la gran cortesía de que hacía gala invariablemente, de que no podía soportar tenerles en su casa, y mucho menos a su mesa. Pero las comidas discurrían apaciblemente. Solían charlar de las películas en las que estaban trabajando, contar chismes, las golosinas de su mundo. Más tarde, cuando habíamos terminado, Johnny (o quienquiera que fuese) se retiraba lo más deprisa que podía, dando servilmente las gracias a mi madre por la exquisita comida. En cierta ocasión, un cámara llamado Whitey, quien le había roto la crisma a su mujer con una tostadora y le habían condenado a treinta días de cárcel por ello, se cayó de bruces en el felpudo de la entrada y al pugnar por escabullirse se torció el tobillo.

En cuanto se iban los invitados la familia solía pasar al salón, en donde mi padre encendía un puro Montecristo y ella ocupaba su sitio junto a la ventana, desde el que, de espaldas a él, daba comienzo a la batalla.

Decía, en tono desapasionado: «¿No es ése el que pega a su mujer (atracoó una casa de comidas, criaba perros de pelea, ayudaba a pasar la frontera a mejicanos)?».

Él expelía sonoramente un amplio abanico de humo gris y contemplaba el puro, un hombre feliz.

—Sí, así es. Ha salido de chirona hace sólo dos semanas. Bryson se temía que habríamos de buscar a otro que hiciera el papel de alcalde. Es una suerte que su mujer no decidiese querellarse.

—Sí, ¿verdad? —Trataba de escupirlo con llameante cinismo, pero su corazón o su lengua no estaban en condiciones para ello, por lo tanto sus palabras sonaban como si en verdad se alegrase por Johnny.

—Un tipo curioso. Un tipo curioso. Trabajé con él hará cosa de cinco años en una película. Se pasaba la vida borracho o intentando llevarse a la cama a una secretaria de dirección la mar de fea que tuvimos.

—Encantador. Haces buenas migas con la gente más entrañable, Stephen.

La conversación duraba el tiempo que invertía él en fumarse el puro. A continuación se acercaba a ella por detrás y le ponía las manos en la cintura o bien salía de la estancia. Cada vez que hacía tal cosa, ella se daba la vuelta y se quedaba mirando hacia la puerta largamente.

—¿Costillas o una hamburguesa?

—¿Perdón? ¡Oh, costillas! Sí, póngame costillas, por favor.

Dan sacó de las brasas varias costillas rojas y crepitantes y las puso en un descomunal plato amarillo junto con dos panecillos. La grasa de la carne se extendió por el plato y empezó a impregnar los panecillos.

—Serán dos con cincuenta, y no te cobro nada por el espectáculo.

Me hice con dos Coca-Colas y volví a la mesa. Una canosa anciana, de hundidas y arrugadas mejillas y un diente negruzco que asomaba de su labio superior estaba sentada al lado de Saxony hablando con voz baja y rápida. Me pareció un poco raro, si bien Saxony prestaba gran atención a lo que la otra le estuviera diciendo, y cuando le puse el plato delante ni siquiera se inmutó. Sintiéndome un tanto ofendido, cogí una de las costillas. Estaba quemando y la dejé caer en la mesa. No me pareció que hiciera tanto ruido, pero en cuanto levanté la vista todo el mundo me estaba mirando fijamente otra vez. Dios

mío, cómo odio este tipo de situaciones. Soy la clase de persona que pedirá un filete y cuando el camarero, en cambio, le traiga pescado, se lo comerá igualmente, sólo por no hacer una escena. Detesto las discusiones en público, los pasteles de cumpleaños entregados en restaurantes en medio de vítores, tropezar, tirarme un pedo o hacer a la vista de todo el mundo cualquier cosa que haga detenerse a la gente y mirarle a uno durante los segundos más largos de su existencia.

Dediqué a quienes estaban en torno mío una sonrisa que proclamaba «¿Verdad que soy calabacín?», pero no sirvió de nada. Siguieron mirándome, y mirándome y mirándome...

—¿Thomas? —La entrañable Saxony acudía a rescatarme.

—¡Sí! —Creo que respondí lo bastante fuerte como para sobresaltar al más pintado. Saxony recogió la costilla y la volvió a poner en mi plato.

—Te presento a la señora Fletcher. Señora Fletcher, Thomas Abbey.

La anciana alargó la mano por encima de la mesa y me dio un vigoroso apretón. Aparentaba unos sesenta y ocho o sesenta y nueve años. Me la imaginé a cargo de la oficina de correos del pueblo o bien de la concesión de palomitas y caramelos de la sala de cine. No tenía la reseca piel de serpiente de una persona que se ha pasado toda la vida al sol, sino que por el contrario la tenía descolorida, de una palidez de interior que había empezado a tornarse agrisada como una vieja tarjeta postal.

—¿Cómo estás? ¿Así que pensáis quedaros una temporadita?

Miré a Saxony y me pregunté cuántas cosas le habría contado a la señora Fletcher. Ella me hizo un guiño entre bocado y bocado de costilla.

—¿Y a lo mejor queréis alquilar alojamiento?

—Pues..., pues, sí, es posible. Lo que pasa es que aún no sabemos el tiempo que nos vamos a quedar, ¿sabe?

—Eso no tiene ninguna importancia. La planta baja de mi casa es tan espaciosa que la podría alquilar para que instalasen una bolera. Dos boleras. —Sacó del bolso una cajetilla de cigarrillos negra y dorada. Abriéndola, extrajo un cigarrillo de diez centímetros de largo y un mechero *Cricket* negro. Lo encendió y dio una potente calada inicial que produjo rápidamente un largo cilindro de ceniza. Éste fue creciendo e inclinándose más y más conforme iba hablando, pero ella no se molestó en hacerlo caer.

—Dan, estas costillas tienen muy buena cara. ¿Me podrías servir un plato?

—Desde luego, Goosey.

—¿Os habéis fijado en que me llama Goosey? Todos mis amigos lo hacen.

Afirmé con la cabeza; ignoraba si sería una falta de educación ponerse de nuevo a comer mientras ella hablaba.

—Conmigo no tenéis que preocuparos de si estáis o no casados. —Nos miró por separado y golpeó con la punta de los dedos el anillo que llevaba en la mano izquierda—. Estas cosas me han traído siempre sin cuidado. Ojalá la gente hubiera pensado así cuando yo era joven. ¡Me lo habría pasado en grande, podéis estar seguros!

Miré a Saxony para ver cómo reaccionaba, pero seguía sin apartar la vista de la señora Fletcher.

Ésta se disponía a decir algo pero se detuvo y tamborileó sobre la mesa con los dedos.

—Os alquilaré mi planta baja... Os la alquilaré por treinta y cinco dólares a la semana. Caramba, este precio no lo encontraréis en ningún motel de los alrededores. Además, hay una cocina estupenda.

Iba a decirle que nos lo pensaríamos cuando Dan le trajo su plato de costillas.

—Oye, Dan, ¿tú qué opinas de que alquile mi planta baja por treinta y cinco dólares semanales?

Él cruzó los brazos sobre su barriga y aspiró a través de los dientes, lo cual sonó como una plancha de vapor.

—¿Os proponéis quedaros en Galen durante algún tiempo, verdad? —Acaso se debiera únicamente a cierta paranoia por mi parte, pero estaba seguro de que su voz se había vuelto de pronto menos cordial.

Saxony intervino sin darme ocasión para hacerlo yo.

—Quisiéramos hablar con Anna France, si es posible. Estamos muy interesados en escribir un libro acerca de su padre.

¿Acaso entonces no hubo un gran silencio? ¿No se dibujó en los semblantes de quienes nos rodeaban un apático interés que avanzó hacia nosotros por el aire como humo en una atmósfera cargada de humedad?

—¿Anna? ¿Dices que queréis escribir un libro sobre Marshall? —La voz de Dan descolló sobre la carne que se asaba en la parrilla, sobre la quietud del lugar, sobre la brisa que salía sin pausa de la nada y se extinguía con idéntica rapidez.

Estaba muy enojado con Saxony. Mi intención era indagar disimuladamente por el pueblo durante algunos días antes de revelar a la gente el motivo que nos había llevado allí. No hacía mucho había leído un artículo sobre un escritor joven y prometedor que vivía en un pueblecito del estado de Washington. Los habitantes del lugar se mostraban muy reservados

con los forasteros en todo lo concerniente a él, puesto que le tenían un gran aprecio y deseaban proteger su intimidad. Aun cuando Marshall France había muerto, no me cabía ninguna duda de que los vecinos de Galen se lo pensarían dos veces antes de hablar de él. Era en verdad la primera estupidez que había cometido Saxony. A lo único que se podía atribuir era al nerviosismo que le provocaba encontrarse allí realmente.

Dan se dio la vuelta y le gritó a uno de sus amigos:

—Este muchacho quiere escribir un libro sobre Marshall France.

—¿Marshall?

Una mujer con tejanos y una camisa masculina de batista, que estaba sentada a una mesa enfrente de nosotros, exclamó inesperadamente:

—¿Sobre Marshall, dices?

Tuve ganas de subirme al banco y proclamar por un megáfono: «¡SÍ, AMIGOS! ¡QUIERO ESCRIBIR UN LIBRO SOBRE MARSHALL FRANCE! ¿OS PARECE BIEN?». Pero, naturalmente, no lo hice. En vez de eso tomé un traguito de Coca-Cola.

—¿Anna?

No estaba seguro de haberlo oído bien. Por el tono de su voz se diría que había llamado a alguien antes que limitarse a decir su nombre.

—¿Sí?

La voz se oyó a mis espaldas y yo sentí mis intestinos dilatarse y contraerse.

Con mi espalda vuelta hacia Anna France, me vi inmerso en el efímero limbo que precede a un cambio radical en nuestras vidas. Quería volverme, pero no me atreví. ¿Qué aspecto tendría? ¿Cómo sería su voz, sus ojos, sus rasgos distintivos? El convencimiento de que estaba lo más cerca que estaría jamás de Marshall France se materializó furtivamente detrás mío en un banquete al aire libre, y me quedé paralizado.

—¿Me permiten? —Su voz cayó en mi hombro izquierdo, como una hoja. Alargando simplemente el brazo hacia atrás podría haberla tocado.

—Claro que sí, Anna. Esta pareja se moría por conocerte, según han dicho. Vienen de Connecticut.

Oí que Saxony se corría un poco para hacerle sitio en el banco. Las dos mascularon «hola». Tuve que mirar.

Era la mujer que antes iba cargada con las cajas de panecillos para hamburguesas. Tenía el pelo negro y lustroso, cortado a la manera de los monjes pero de modo que le cubría las orejas, si bien sus lóbulos que los tenía bastante grandes, se veían claramente. Una linda naricilla, cuya punta se

doblaba un poco hacia arriba, unos ojos que eran casi orientales, grises o de un verde empañado. Tenía gruesos labios purpúreos, y yo estaba seguro de que era ése su color natural, aunque a veces se le ponían tan oscuros que se diría había estado comiendo moras. Vestía un mono de carpintero blanco, una camiseta negra, no llevaba encima joya alguna e iba calzada con unas chancletas negras. En resumen, era muy guapa, al estilo, por decirlo de algún modo, de un ama de casa de los estados centrales bastante joven, bien proporcionada y al día. ¿Dónde demonios estaba el personaje de Charles Addams al que David Louis se había referido? Esta mujer tenía el aspecto de acabar de llevar la autocaravana familiar a la estación de servicio Shell para que le dieran un lavado.

Me tendió la mano; era suave y fría, y, al contrario que yo, no la tenía sudorosa.

—¿Es usted Thomas Abbey? —Sonrió y afirmó con la cabeza como si ya supiese que lo era. Siguió sin soltarme la mano. Por un pelo no la había retirado bruscamente cuando dijo mi nombre.

—Sí, hum, hola. ¿Cómo sabía...?

—David Louis me escribió diciéndome que venía.

Fruncí el ceño al oírlo. ¿Por qué lo habría hecho? Suponiendo que fuera la Medusa que me había descrito, el estar enterada de la razón que me había traído hasta aquí no la induciría sino a tapar todas las grietas en la vida de su padre que yo hubiera podido descubrir investigando furtivamente por mí mismo, de incógnito. Juré entre mí mandar a Louis una carta furibunda de diez folios a las primeras de cambio. No era sorprendente que ningún biógrafo hubiera salido bien parado al acudir a ella. Con él por en medio, echando zancadillas a diestro y siniestro, Anna tenía veinte millas de ventaja.

—¿Les importa que me siente? Hoy he trajinado tanto por aquí, con este calor agobiante que hace... —Meneó la cabeza y su peinado monacal se agitó como una ceñida faldita de hierba.

Me di cuenta de que no le había presentado a Saxony correctamente.

—Señorita France, le presento a mi colega, Saxony Gardner. —¿Colega? ¿Cuándo había utilizado esa palabra por última vez?

Cambiaron sonrisas y se dieron la mano, aunque advertí que fue un apretón breve y superficial.

—¿También es usted escritora, señorita Gardner?

—No, yo me ocupo de investigar y Thomas se encargará de escribir.

¿Por qué no dijo «Thomas *se encarga* de escribir» antes que expresarlo en futuro? Habría sonado muchísimo más profesional.

Observé las facciones de ambas e hice esfuerzos por alejar de mi mente el pensamiento de que Anna era una belleza y Saxony una chica saludable. Puede que sólo se debiera a mi momentáneo pique con ella.

—¿Quiere escribir un libro acerca de mi padre? ¿Cómo es eso?

Me figuré que lo más aconsejable sería decírselo con toda franqueza, sin rodeos, y esperar a ver cómo reaccionaba.

—Porque su padre es insuperable, señorita France. Los únicos libros que he leído en mi vida que me hicieran penetrar de lleno en el mundo que describían han sido los suyos. No es que importe mucho, pero soy profesor de inglés en una escuela privada de enseñanza secundaria, y ni siquiera las obras consideradas «cumbre» me han impresionado tanto como *El país de las risas*.

Pareció quedar complacida de los elogios, si bien torció los ojos hacia arriba y me tocó ligeramente la mano.

—Le he dicho un millón de veces que no exagere, señor Abbey. —Sonrió como una chiquilla absolutamente encantada consigo misma. La broma y la sonrisa me hicieron sentirme a mi vez encantado con ella.

¿A qué demonios se refería David Louis al describirla como una especie de fiera lunática que deambulaba lúgubrementemente con una vela negra en la mano? Era guapa y divertida, y llevaba un mono de lo más informal, y a juzgar por lo que había visto hasta ahora, todo el pueblo la conocía y la apreciaba.

—Es cierto, señorita France —dijo Saxony con tanto fervor que nos interrumpimos y la miramos.

—¿Les dijo David, sin embargo, cuál era mi opinión respecto a una biografía de mi padre?

Contestó Saxony.

—Dijo que se oponía usted rotundamente a que se escribiera.

—No, eso no es del todo verdad. Me he opuesto a ello debido a que las personas que se proponían escribir su biografía han acudido a nuestro pueblo por los motivos más erróneos. Todos ellos deseaban convertirse en los sumos conoedores de Marshall France. Pero tan pronto habla uno con ellos se convence de que no les interesa nada la clase de hombre que fue. Para ellos no es más que una figura de las letras.

Diríase que un rencor soterrado emanaba de su voz como un banco de niebla. Estaba de cara a Saxony, de modo que sólo la veía de perfil. Tenía la barbilla angulosa y puntiaguda. Al hablar, sus blancos dientes asomaban por debajo de aquellos labios oscuros y carnosos formando un acentuado contraste, pero en cuanto se detenía volvían a ocultarse de inmediato. Tenía

las pestañas largas y poco pobladas, con el aspecto de habérselas rizado hacía poco, y un cuello largo, pálido e increíblemente vulnerable, en el que se hallaban las únicas arrugas de la parte visible de su cuerpo. Supuse que tendría unos cuarenta años o estaría a punto de cumplirlos, pero toda su persona parecía rebosante de vigor y buena salud, y pude imaginármela viviendo hasta una edad muy avanzada. A no ser que tuviera el corazón tan débil como su padre.

Se volvió a mí y se puso a jugar con el tenedor de plástico azul que me habían dado junto con las costillas.

—De haber conocido usted a mi padre, señor Abbey, comprendería en seguida por qué me afecta tanto este tema. Era una persona muy reservada. Los únicos amigos verdaderos que tuvo, aparte de mi madre y la señora Lee, fueron Dan —sonrió y señaló con la cabeza en dirección al tendero; éste se encogió de hombros y modestamente dirigió la vista hacia su espátula—, y unas cuantas personas más del pueblo. Todo el mundo le conocía y le apreciaba, pero él no podía soportar ser el centro de atención y, ciertamente, se esforzaba mucho por evitarlo.

Habló Dan, pero dirigiéndose únicamente a Anna.

—Lo que más le gustaba era venir a mi tienda y sentarse conmigo detrás de la tabla de carnicero, en los pequeños taburetes de madera que tengo allí, ¿sabes? Algunas veces, cuando faltaba alguno de los dependientes, solía ocuparse de la caja registradora para echarme una mano.

¡Qué forma tan estupenda de iniciar mi biografía! Empezar con France haciendo de cajero en la tienda de Dan, en Galen... Aun cuando no existiera ninguna posibilidad de escribir el libro, daba gozo estar acompañado de las personas que habían convivido con él durante tanto tiempo. Les envidiaba a todos en grado sumo.

—Y yo sabía muy bien cuándo él estaba ahí detrás contigo, Dan. ¡En la tienda nunca había nadie que atendiera a los clientes!

Dan se rascó la cabeza y nos hizo un guiño. Había una idea que no dejaba de rondarme por la cabeza. Ese simpático hombrecillo regordete, un tendero, probablemente se había pasado una barbaridad de años en compañía de mi ídolo. ¿De qué hablarían? ¿De béisbol? ¿De mujeres? ¿Del que se emborrachó en la estación de bomberos la noche antes? Era una actitud detestable y llena superioridad, pero ¿por qué no podía yo haber ocupado su lugar detrás de la tabla de carnicero por lo menos una de aquellas tardes? Una tarde charlando de tonterías con Marshall France, y hasta puede que hablando de libros y de historias fantásticas... de los personajes de sus libros.

—Oye, tú, Marshall, ¿cómo se te pudo ocurrir lo de (llenar el espacio en blanco)?

Él se apoyaría contra un par de piernas de cordero y diría algo así como: «De pequeño conocí a un tragasables...».

A continuación pondríamos la radio y escucharíamos el partido de béisbol en ese estado de apacible somnolencia en que se ponen los hombres cuando están de palique y mirando a las musarañas. Hablaríamos del promedio de golpes certeros del bateador Stan Musial o bien del tractor nuevo de Fred...

Estaba inmerso en mi mundo de sueños charlando con France, cuando oí que Saxony decía no-sé-qué, no-sé-qué Stephen Abbey. Eso me hizo regresar a la realidad, y en cuanto mis ojos volvieron a enfocar mi contorno, vi que la señora Fletcher me estaba contemplando boquiabierta.

—¿Tu padre era Stephen Abbey?

Me encogí de hombros y me pregunté por qué puñetas a Saxony se le había ido la lengua. Más adelante íbamos a tener una encantadora conversación, vaya que sí.

El llanto de un bebé, que recordaba el sonido agudo de una pequeña sierra mecánica, surcó el aire y justificó que se interrumpiera la conversación durante unos instantes.

—Este muchacho es el hijo de Stephen Abbey.

Eso fue el sùmmum. Se alzaron los ojos, cayeron las hamburguesas en los platos, el bebé dejó de llorar. Eché a Saxony una mirada asesina. Ella se inmutó visiblemente y apartó la vista. Trató de salvar la situación diciendo a Anna que, dado que ambos tuvimos padres famosos, era muy posible que tuviéramos, asimismo, bastantes cosas en común.

—Si eso es verdad, entonces mi padre estaba en una órbita distinta a la del padre del señor Abbey. —Anna me miraba al decir esto. Sus ojos me escudriñaban el rostro con entera libertad. En parte me gustó el examen y en parte me disgustó.

—¿Es verdad, pues? ¿Su padre era Stephen Abbey?

Cogí una costilla fría y le di un bocado. Quería quitar tanta importancia a mi respuesta como fuera posible; me dije, por tanto, que hablar entre dientes, con la boca llena de carne, sería una buena manera de empezar.

—Sí. —Ñam, ñam—. Sí, lo era. —Dirigí la mirada, hipnóticamente, hacia la costilla y hacia mis dedos pringosos. Masticar era fácil, tragar no lo era tanto. *Embuché* la carne con media lata de Coca-Cola.

—¿Te acuerdas de cuando tu padre y yo te llevamos a ver *Los principiantes*, Anna?

—¿Me llevasteis?

—¿Qué quieres decir con eso de si te llevamos? Claro que sí. Fuimos a ese cine de Hermann y tú te pasaste toda la película yendo y viniendo del lavabo.

—¿Qué tal era, señor Abbey?

—Dígamelo usted a *mí*, señorita France. —Le sonreí durante dos segundos con una sonrisa malintencionada que ella captó y me devolvió al instante.

—Dos personas con padre famoso sentadas a la misma mesa con nosotros, Dan. —La señora Fletcher aplaudió; luego, extendiendo las manos sobre la mesa, se puso a frotarla con ellas como si la estuviera lijando.

—¡Anna, tienes que traerme más panecillos!

Ella se levantó, se miró los pantalones de carpintero y se quitó unas cuantas migajas con la mano.

—¿Por qué no hablamos un poco más del tema? ¿Les parece bien? ¿Quieren venir a cenar a mi casa esta noche? ¿A eso de las siete y media? Eddie ya les dijo la dirección y cómo llegar allí, ¿verdad?

Me quedé pasmado. Cambiamos apretones de manos y ella se fue. ¿A cenar esta noche en la casa de Marshall France? ¿El chaval *hippie* al que habíamos llevado en el coche? Era del todo imposible que hubiera llegado al lugar del banquete antes que nosotros.

Acompañamos a la señora Fletcher a su casa, que se encontraba en el otro extremo del pueblo. Era estupenda. Para llegar a ella se subía por un paseo enlosado que atravesaba un jardín de girasoles de casi dos metros de altura, calabazas del tamaño de castañas, sandías y tomateras. Según ella, la única clase de jardines a los que veía el sentido eran aquellos que producían frutos comestibles. Las rosas y las madresevas le eran indiferentes, por muy aromáticas que fuesen.

Se subían cuatro amplios escalones de madera que llevaba hasta una de esas galerías sombreadas en las que se sueña tomar té helado en pleno agosto. Arquitectura en el más puro estilo Norman Rockwell, verdaderamente. Había una hamaca blanca suficientemente grande para contener a diez personas, dos mecedoras del mismo color con cojines verdes en el asiento, y un perro completamente blanco que se asemejaba a un cochinillo.

—Eh, ahí está Clavos. Es un bulterrier, por si no conocéis esta raza.

—¿Clavos?

—Sí..., ¿verdad que su cabeza se parece a uno de esos clavos en forma de cuña? Fue Marshall France quien lo bautizó así.

Nunca me han vuelto loco ni los perros ni los gatos, pero bastaba echar una mirada a Clavos para prendarse de él instantáneamente. Era tan feo y patiocorto, tenía la piel tan tirante que parecía una salchicha a punto de reventar su envoltura. Tenía los ojos a ambos lados de la cabeza, como una lagartija.

—¿Muerde?

—¿Clavos? Dios mío, no. Clavos, ven acá, chico.

Se irguió y se desperezó, y la piel se le puso más tirante aún. Se acercó a nosotros caminando rígidamente y se volvió a echar en seguida, como si el esfuerzo le hubiera dejado exhausto.

—En Inglaterra crían a estos perros para la lucha. Los ponen juntos en un corral o bien en un foso y los dejan que se despedacen mutuamente. Qué locuras hace la gente, ¿eh, Clavos?

El perro tenía la cara inexpresiva, si bien sus ojos no se perdían detalle. Ojillos castaños oscuros hundidos profundamente en una blanca cara de muñeco de nieve.

—Venga, Tom, acarícialo. Es muy cariñoso con la gente.

Alargué la mano, vacilante, y le di dos palmaditas en la cabeza, como si fuera una campanilla de la mesa de recepción de un hotel. El perro levantó el coco hasta mi mano y lo apretó contra ella. Le rasqué detrás de una oreja. Eso le provocó tal ataque de convulsiones que dejé mi maleta en el suelo y me senté a su lado en la galería. Él se puso derecho, se subió a medias a mi regazo, y volvió a caerse sobre la panza. Saxony me dio su cesta de mimbre y bajó al jardín para admirar las tomateras.

—¿Por qué no os quedáis aquí afuera un ratito mientras yo voy a adecentar un poco la casa? —Cruzó la galería y entró en la casa. Clavos irguió la cabeza pero decidió quedarse en mi regazo.

Luego de que Anna nos dejara, le dije a la señora Fletcher que nos interesaría alquilar su «planta baja» durante unos días, y que si las cosas marchaban bien, lo haríamos por toda la semana. Ella estuvo de acuerdo y repitió que no le importaba que ni estuviéramos casados. Le entregué catorce dólares por adelantado.

Al lado de su casa se levantaba un enorme depósito de hielo de finales de siglo, pintado de amarillo. Era en parte agradable y en parte siniestro a la vista. Una construcción sólida e inalterable, que, a pesar de todo, resultaba de lo más incongruente en un pueblecito aletargado como Galen, donde, sin

lugar a dudas, todavía se podían comprar diversas variedades de golosinas por un centavo. La anciana dijo que lo habían venido utilizando como almacén hasta que, unos años antes, se había desplomado la mitad del techo a consecuencia de la podredumbre, matando a dos trabajadores de la localidad. Un «grupo de maricones» procedentes de St. Louis fueron a Galen a inspeccionar el depósito para ver si sería factible convertirlo en una tienda de antigüedades, pero los vecinos del pueblo les comunicaron que no querían verles más por allí ni tampoco deseaban que les transformaran su depósito de hielo, muchas gracias.

En lo que a Saxony se refería, estaba tan alterado por todo cuanto había ocurrido que no tenía la más mínima intención de preguntarle por qué había revelado tantas cosas. Pero mientras estaba sentado en los escalones de madera, acariciando a Clavos y contemplando el depósito de hielo, hice una valoración de lo que habíamos conseguido y tuve que admitir que habíamos avanzado más en una sola tarde en Galen de lo que nunca hubiera creído posible. Habíamos llegado, encontrado alojamiento, conocido a algunos de los vecinos y a Anna France de un único golpe, y —maravilla de maravillas— iríamos a cenar a su casa esa misma noche. Así pues, ¿hasta qué punto la había pifiado Saxony? ¿O acaso no era más que la suerte la que nos había asentado tan firmemente los pies en la tierra de France?

4

—Es una foto de Joe, mi marido. Espero que no os molesten las fotografías de difuntos. Si queréis, me la llevaré.

La señora Fletcher tenía las manos en las caderas y miraba de reojo, desdeñosamente, a Joe. Éste parecía el Barón de las Tres Puñetas. Podía imaginarme sin mucho esfuerzo cómo había sido su vida en común.

—En vida, éste era su despacho. Por eso puse aquí su fotografía. Ahí está su televisor portátil, su radio, la mesa en la que redactaba sus pólizas y sus cartas... —Recorrió precipitadamente la estancia, señalando su televisor, su radio y su mesa. Las paredes estaban cubiertas de diplomas y títulos, de fotografías suyas en las que se le podía ver sosteniendo un pez de respetable tamaño, tocando el hombro de su hijo en la ceremonia de licenciatura del muchacho. Había, también, una librería verde, de media altura, apoyada contra una pared del mismo color, que estaba repleta de ejemplares de *The Reader's Digest*, *Mecánica Popular*, *La vida de los jóvenes* y unos cuantos libros. En uno de los títulos de la pared se le expresaba reconocimiento por haber sido jefe de sección de niños exploradores allá en 1961. Aun cuando una verdirroja alfombra circular ocupaba la mayor parte del suelo, Clavos se echó a mis pies en la parte visible del mismo, de madera oscura, tan pronto pasamos a la estancia. Él y yo nos llevábamos ya como amigos de toda la vida. Junto a la ventana había otra mecedora de aspecto confortable. Casi en seguida me di cuenta de que me sentiría a mis anchas en una habitación así. La ventana salediza tenía vistas al huerto de enfrente, que seguía iluminado por el sol.

Había tres habitaciones más aparte del despacho. Un dormitorio en el que todo era blanco como un glaciar y olía a lavanda, un salón provisto de enormes muebles victorianos que sobresalían de todas partes y que muy posiblemente me harían sentirme abatido alguna que otra vez, y una cocina-comedor anejos que era bastante amplia para albergar el Congreso de los Demócratas. Pensando en los treinta y cinco dólares semanales, me pregunté si habría alguna plaza vacante de profesor de inglés en el instituto de Galen. Trasladarme aquí con Saxony, obtener el título docente para el estado de Missouri, e impartir clases diurnas en la escuela, investigar y escribir el libro

por las noches en caso de que por fin Anna diera su consentimiento... Clavos recostó la cabeza sobre mi pie y me hizo volver a la tierra.

Me percaté de que mientras estaba soñando había tenido los ojos clavados en la librería. De pronto tomé conciencia de lo que había estado mirando y me dirigí como un rayo hacia la librería, tendiendo la mano hacia el libro como si temiera que se volatilizara ante mis ojos.

—¡Saxony! *La noche corre tras Anna*. ¡Fíjate! —Cogí el libro y pasé las páginas rápidamente, de cabo a rabo—. ¡Oye, oye, fíjate en esto! ¡Contiene tres capítulos más que la edición que tienes tú, Saxony!

Al oírlo se acercó a toda prisa. Me lo arrancó de la mano.

—Tienes razón, pero no lo entiendo. —Se dio la vuelta para preguntárselo a la señora Fletcher, pero la anciana se había marchado. Cambiamos miradas y luego miré por la ventana, que estaba encima mismo del hombro de Saxony. Empequeñecida por los negros y amarillos girasoles cimbreantes, nuestra nueva patrona estaba cruzando el huerto. Miraba en dirección a la ventana, hacia nosotros.

Saxony se sentó en la elevada cama blanca y se quitó las chinelas con la punta de los pies.

—¿Te importa que lo lea primero? No tardaré mucho.

—No, qué va. Quiero ducharme.

Pero no había ducha, únicamente una de esas bañeras de dos metros y pico de largo, con blancas zarpas de león que sujetaban esferas del mismo color a modo de patas. Me daba igual tomar un relajante baño caliente; de hecho, después de todos los acontecimientos del día, parecía lo mejor. Incluso había una compacta pastilla de jabón Ivory por estrenar, en la bandeja de metal, así como también una gruesa toalla de color púrpura y una manopla colgada en el borde de la bañera.

Me estaba enjabonando la cabeza y canturreando una canción de Randy Newman, cuando ella entró. Llevaba el libro en la mano, y, sin decir palabra, se sentó sobre la canasta de mimbre para la ropa.

—¿Te encuentras bien, Sax?

—Sí. No tenía ganas de leer, nada más. Me imaginaba que sí. ¿Estás enfadado conmigo?

—No. Sí. Sí, supongo que antes, al volver, lo estaba; pero todo ha salido tan bien que ya no puedo estar enfadado.

—¿Fue porque mencioné a tu padre?

—En parte. En parte fue por eso, y luego cuando les contaste lo de la biografía.

Ella se levantó de la canasta y se acercó al lavabo. Se miró en el espejo del botiquín.

—Ya me lo imaginaba. ¿Estás entusiasmado con lo de ir a cenar con ella?

Hablaba en un tono invariable, a lo cual yo no estaba acostumbrado. Normalmente su voz variaba de acuerdo con su estado de ánimo, y era fácil determinar cómo se sentía por el modo en que hablaba. Desde que había entrado en el baño, sin embargo, parecía un ordenador parlante.

—¡Claro que estoy entusiasmado! ¿Sabes que si nos acepta, entre comillas, estaremos a medio camino?

—Sí, ya lo sé. ¿Qué te parece el pueblo?

—Saxony, ¿quieres hacer el favor de decirme lo que te pasa? Pareces un personaje de *La noche de los muertos vivientes*. ¿Estás medio dormida o qué? No sé si te das cuenta de que esta noche nos ha invitado a cenar Anna France, y además en su casa. —Creo que estaba enojado y mi voz lo manifestaba. La miré por el espejo y ella me sonrió débilmente. A continuación se dio la vuelta y me miró; me sentí como una especie de gilipollas, metido allí en la bañera, con las rodillas debajo de la barba y la cabeza llena de espuma de champú.

—Ya lo sé. —Siguió mirándome, y luego lo repitió—. Ya lo sé. —Fue hacia la canasta, cogió el libro y salió del cuarto.

—¿Qué puñetas habrá querido decir con eso? —pregunté a la bañera. El jabón me resbaló entre los dedos como un pez y cayó en el agua con ruido apagado.

Acabé de bañarme sin prestar mucha atención a lo que hacía, puesto que estaba tratando de entender lo que pasaba. Sin embargo, cuando hube terminado y entré otra vez en la habitación dejando un rastro de gotitas a mi paso, Saxony estaba mucho mejor, de modo que resolví no decir nada.

Queríamos ir a la casa de France a pie. La señora Fletcher se encontraba en la galería sentada en una de las mecedoras, desgranando maíz. Clavos estaba echado junto a ella, protegiendo un gran hueso de color blanco y rosado aunque sin comérselo. Nos dio detalladas instrucciones para ir andando a la casa de Anna, que resultó estar a unas seis calles de distancia. Al bajar la escalera de la galería tuve la certeza de que la anciana no nos quitaba el ojo de encima, pero no volví la cabeza para comprobarlo. Se habría notado excesivamente, y no quería enemistarme con ella. En el supuesto de que decidiéramos quedarnos una temporada, su casa era demasiado cómoda (y

barata) para sacrificarla inútilmente tan sólo porque era una persona extraña y entrometida.

El sol se estaba poniendo en lo alto del depósito de hielo, pero tenía un aspecto desvaído comparado con el intenso color limón del edificio. En un costado del mismo se distinguían los fantasmas de unas letras que fueron negras en otro tiempo, que nos habían pasado inadvertidas a nuestra llegada.

—Eh, fíjate, «Fletcher y familia». ¿Por qué no nos habrá dicho antes que era suyo?

—A lo mejor le daba vergüenza reconocer que es rica. —Sax me miró y entornó los ojos para protegerse del sol.

—¿Rica? ¿Alquila habitaciones en su casa y tiene un depósito de hielo cerrado? Yo diría que no ha querido confesar que era dueña de un sitio en el que la gente se mata por culpa de las negligencias del propietario.

Mi suposición nos mantuvo mentalmente ocupados unos minutos, durante los cuales caminamos sin decir nada.

Estaba anocheciendo, y el cielo había adquirido un límpido color azul cobalto, atravesado a lo largo del centro por una blanquísima línea de gases de escape de avión. Un cortacésped silbaba en alguna parte y reinaba en el ambiente el aroma a hierba cortada, al que se añadió el olor a aceite y gasolina cuando pasamos por delante de la gasolinera Exxon de Bert Keener. Un individuo estaba sentado frente al despacho en una roja silla plegable de aluminio, con una lata de cerveza encima de una pila de neumáticos viejos y gastados al alcance de la mano. Otro cuadro de Norman Rockwell, que en este caso se titularía «La gasolinera Exxon de Bert en junio». Un flamante Volkswagen blanco entró en la gasolinera y se detuvo junto a los surtidores. El conductor bajó la ventanilla y sacó la cabeza.

—Menéate, Larry. ¿Te pagan por beber cerveza o qué?

Larry, el de la silla plegable, hizo una mueca y nos miró; luego se puso en pie.

—A todos los tíos que se compran cochecitos alemanes acaba por entrarles complejo de Hitler, ¿no lo sabíais?

Pasamos por delante de una tienda de comestibles cerrada, cuyo escaparate estaba cubierto de pegatinas multicolores que anunciaban las ofertas de la semana. Advertí que los precios eran más bajos que en Connecticut.

A continuación dejamos atrás una auto-hamburguesería en la que predominaban generosamente el color anaranjado brillante, y en el aparcamiento sin asfaltar de la misma, por un altavoz que coronaba el

reducido edificio cuadrado que se alzaba en un extremo, sonaba música *rock*. Un Chevrolet de mil novecientos sesenta y tantos era el único vehículo que había, y me fijé en que todos sus ocupantes estaban dando cuenta de grandes cucuruchos de helado.

Sin apenas enterarnos habíamos llegado a la calle donde Anna vivía. Mi estómago, que hasta entonces se había mantenido relativamente tranquilo, dio la orden de «contacto» al resto de mi organismo y, en cuestión de unas décimas de segundo, me encontré hecho un manojo de nervios.

—Thomas...

—Venga, Sax, entremos sin más. Acabemos de una vez. —El corazón me iba a cien por hora, y sabía que de no obligarme a continuar me empezaría a temblar las rodillas y me quedaría sin habla.

—Thomas...

—¡Venga *ya!* —Cogí su mano flácida del pliegue de mi codo y la arrastré calle arriba.

Todo el mundo debía estar cenando o bien fuera de casa, puesto que conforme nos íbamos aproximando a la residencia de Anna no vimos ni un alma. Resultaba incluso un tanto misterioso. La arquitectura era la propia de aquella parte del país, se componía principalmente de casas blancas y sólidas. Vallas de estacas revestidas de aluminio, y alguna que otra estatua de metal en los jardines. Buzones con nombre tales como Calder y Schreiner, y mi predilecto: «El castillo de Bob y Leona Burns». Me imaginaba cómo sería el lugar en diciembre: resplandeciente de luces navideñas colgadas en las puertas de entrada, y grandes figuras iluminadas de Santa Claus en los tejados.

Y de pronto, llegamos. La casa era muy fácil de reconocer, ya que había mirado infinidad de veces su fotografía en la revista. Una mole victoriana de color marrón, rebosante de complicadas y ostentosas molduras, con ventanitas polícromas que no se distinguían hasta estar más cerca. Setos vivos en la parte delantera, crecidos y meticulosamente recortados. Aun cuando tenía un color marrón coco, diríase que la casa estaba recién pintada.

Mi abuela residía en una casa semejante. Vivió en Iowa hasta los noventa y cuatro años y jamás quiso ver ninguna de las películas de su hijo. Cuando murió y procedieron a revisar sus pertenencias, hallaron entre ellas once álbumes de recortes con cubiertas de piel repletos de noticias relativas a su carrera. Siempre quiso que fuese veterinario. La buena mujer tenía numerosos animales en su amplia casa de campo y en los terrenos circundantes, entre los

que se contaban un asno y una cabra. Cada vez que iba a visitarla, el asno no se olvidaba de darme un mordisco, y luego se reía.

—¿... llamar?

Saxony volvía a tener la mano en el pliegue de mi codo y me estaba mirando fijamente.

—¿Decías?

Tenía la cara encendida y tensa; me dije que debía de estar tan nerviosa como yo.

—¿No crees que deberíamos llamar ya? Quiero decir que ya es hora, ¿no? Consulté el reloj sin verlo realmente, y afirmé con la cabeza.

Cruzamos la calle y nos encaminamos paseo arriba en dirección a la casa. Una puerta de tela metálica, un buzón de madera auténtica en el que no ponía más que el apellido en mayúsculas (¡qué increíble cantidad de cartas debían echar en él en cierta época!), y un timbre negro del tamaño de una ficha del juego de las damas. Lo pulsé y sonó un grave repiqueteo en la parte posterior del edificio. Ladró un perro y en seguida se calló bruscamente. Miré hacia el suelo y vi una estera marrón que hacía juego con la casa y que decía: ¡LARGO! Di un ligero codazo a Saxony y la señalé.

—¿Crees que va por nosotros?

Eso era lo único que faltaba. Había pensado que lo de la estera tenía gracia, y entonces ella tuvo que convertirlo en un motivo más de preocupación. ¿Y si realmente Anna no quería que...?

—Hola. Pasen. Más vale que no les dé la mano. Las tengo pringosas del pollo.

—¡Eh, mira, si es Clavos!

En efecto. Un bulterrier blanco acababa de meter la cabeza entre las rodillas de Anna y nos estaba inspeccionando con sus ojillos graciosamente rasgados.

Anna cerró las rodillas un poco más y retuvo su cabeza en medio como si fueran un cepo. El perro no se movió, pero vi como meneaba la cola detrás de Anna.

—No, es Pétalos; es la novia de Clavos. —Anna la soltó y Pétalos salió corriendo a darnos la bienvenida. Era tan cariñosa como el otro. Hasta hoy nunca había visto ningún bulterrier, y en pocas horas ya me había topado con dos de ellos. Aunque era lógico, teniendo en cuenta que Clavos estaba a cuatro pasos de allí.

Un amplio recibidor llevaba directamente a una escalera. En mitad de la misma, sobre el rellano, había dos ventanales polícromos por los que

penetraba luz en Technicolor que incidía sobre algunos de los primeros peldaños y en el extremo más alejado del recibidor. Las paredes eran blancas. A la izquierda según se entraba, había un gran espejo convexo de color dorado, junto a una percha para sombreros, de madera torcida, con dos sombreros flexibles de hombre colgados en ella. ¿Sombreros *suyos*? ¿Los habría llevado Marshall France verdaderamente? A la derecha de ésta había grabados de globos aerostáticos y zepelines de los siglos dieciocho y diecinueve en modernos y costosos marcos de plata. Con gran sorpresa mía, dado que siempre tuve a France por una persona modesta, vi que al lado de los mismos estaban expuestas maquetas de todas las portadas que había realizado Van Walt para sus libros. No quería causar la impresión de ser demasiado curioso, así que dejé de mirar a hurtadillas los grabados. A lo mejor después, cuando nos encontráramos más a gusto unos con otros (suponiendo que *hubiera* un después tras esta noche) podría echarles una buena mirada. Me puse a jugar con Pétalos, que no paraba de dar brincos sin motivo aparente en medio del recibidor. Luego empezó a saltar encima mío.

—Estos perros son increíbles. Hasta hoy no sabía ni que existieran, ¡pero me parece que ya quiero tener uno!

—Verá usted muchos por aquí. Ésta es una pequeña región de bulterriers. Eran los únicos perros que gustaban a mi padre. Si se pone pesada la aparta de un empujón y ya está. Son los mejores perros del mundo, pero a veces tienen tendencia a volverse un poco locos. Vamos, pasemos al salón.

Me pregunté cómo sería Anna en la cama, si bien al instante reprimí el pensamiento puesto que hacerlo con la hija de France tenía visos de sacrilegio. Vaya chorrada..., era una mujer sensual, tenía una magnífica y profunda voz, y a juzgar por como le caían los pantalones tejanos y la camiseta que llevaba puestos, tenía un tipo atractivo y rellenito. Al entrar en el salón me la imaginé en un estudio de París, viviendo con un desquiciado pintor ruso cuyos ojos refulgían como los de Rasputín y que la poseía cincuenta veces al día cuando no la pintaba desnuda o se echaba tragos de absenta.

En el increíble salón de France efectué asombrado mi primer inventario: Un Pinocho de madera de olivo, con brazos y piernas móviles, tallado a mano; un maniquí de grandes almacenes de 1920, de metro ochenta de alto, plateado y con el aspecto de Jean Harlow con el pelo recogido en lo alto de la cabeza; una alfombrilla de los indios navajos. Títeres de los que se manejan con la mano y marionetas. ¡*Máscaras!* (A simple vista, japonesas, sudamericanas y africanas principalmente). Plumas de pavo real metidas en

un jarro de loza. Grabados japoneses (Hokusai y Hiroshige). Un estante lleno de antiguos relojes despertadores con caras pintadas, huchas de metal y juguetes de hojalata. Viejos libros encuadernados en piel. Tres cajas de madera cuadradas de un exportador de té en Shanghai decoradas con flores amarillas, rojas y negras, abanicos, y mujeres en sampanes. En un estéreo invisible sonaba la música de *Cabaret*. Un ventilador de techo con paletas de madera colgaba inmóvil.

Nos quedamos en la puerta boquiabiertos. France era el autor de los libros, éste era el salón de su casa y todo resultaba perfectamente lógico.

—Los que ven esta habitación por primera vez se quedan encantados o bien les repele. —Anna pasó en medio de nosotros y entró en el salón. Saxony y yo permanecemos en la puerta, petrificados de asombro, mirando—. Mi madre era muy conservadora. Le gustaban los antimacasares, los pañitos de adorno y las cubiertas para tetera. Ahora todas sus cosas están guardadas en el desván, ya que a su muerte mi padre y yo transformamos esta habitación. Lo hicimos del modo que teníamos previsto desde mucho tiempo atrás. Incluso de muy pequeña, me gustaban ya las mismas cosas que a él.

—¡Pero si es magnífico! Cuando pienso en sus libros, y sus personajes, y luego miro todo esto... —Extendí los brazos hacia el salón—. Todo tiene que ver con él. Es Marshall France por entero.

Eso le agradó. Se detuvo en medio de la habitación, sonriendo de oreja a oreja, y nos hizo pasar y sentarnos. Digo «nos hizo» y no «nos invitó» porque todo cuanto ella decía sonaba como una orden o bien como un rotundo imperativo. No era una persona insegura.

Saxony, no obstante, se acercó directamente a un títere que colgaba de un clavo en la pared.

—¿Puedo probarlo?

No me pareció la clase de pregunta que se debe hacer cuando se termina de entrar en casa ajena, pero Anna dio su consentimiento.

Sax alargó la mano para cogerlo; entonces se detuvo y dio un paso atrás.

—¡Es un Klee!

Anna afirmó con la cabeza pero no dijo nada. Dirigió la vista hacia mí y enarcó las cejas.

—¡Pero si es un Paul Klee! —Saxony levantó los ojos del títere y nos miró primero a mí y luego a Anna, completamente estupefacta—. ¿Cómo lo...?

—Es usted muy perspicaz, señorita Gardner. Pocas personas se dan cuenta de lo excepcional que es.

—Es titiritera —informé, tratando de meter mi baza.

—¡Pero si es un Klee!

Me pregunté si estaría intentando imitar a una cotorra. Lo descolgó de la pared y lo tomó como si fuera el Santo Grial. Se puso a hablar, pero en voz tan baja que debía de hacerlo consigo misma o bien con el títere.

—Sax, ¿qué estás diciendo?

Levantó la vista.

—Paul Klee fabricó cincuenta títeres como éste para su hijo, Félix. Pero veinte de los primeros fueron destruidos en el bombardeo que sufrió la ciudad de Dessau durante la guerra. Tengo entendido que los restantes se encuentran en un museo de Suiza.

—Sí, se encuentran en Berna. Pero mi padre y Klee se cartearon durante años. Fue Klee quien le escribió primero para decirle lo mucho que le gustaba *La pena del Perro Verde*. Cuando posteriormente mi padre le habló de su colección, Klee le envió este títere.

A mí el títere me recordaba el trabajo manual de un alumno de párvulos.

Sax se dejó caer en una silla de cuero y siguió conversando con el Klee. Miré a Anna y sonreí. Y Anna me miró a mí y sonrió. Durante dos segundos pareció que Saxony no estaba en la estancia con nosotros. Durante dos segundos tomé conciencia de lo fácil y grato que sería ser el amante de Anna. La sensación desapareció, pero no así sus ecos.

—¿Y quién es usted, señor Abbey? Además del hijo de Stephen Abbey.

—¿Quién soy yo?

—Sí, ¿quién es usted? ¿De dónde es, a qué se dedica...?

—Ah, ya entiendo. Pues, verá, he estado dando clases en una escuela privada de enseñanza secundaria de Connecticut...

—¿Dando clases? ¿Eso quiere decir que no es actor?

Respiré lo más profundamente que pude y crucé las piernas. El pantalón se me subió un poco mostrando algo de mi pierna peluda, por lo que la tapé con la mano. Procuré tomarme a risa su pregunta/afirmación.

—Ja, ja, ja, no; un actor en la familia ya era suficiente.

—Sí, *genug*. Opino lo mismo. Yo nunca podría ser escritora.

Me miró tranquilamente. Aquella especie de intimidad no expresada, exclusivamente de los dos, estaba allí otra vez. ¿O acaso estaba fantaseando? Tiré del cordón de mi zapato y deshice el lazo. Lo estaba volviendo a atar cuando me preguntó ella:

—¿Cuál es el libro de mi padre que le gusta más?

—*El país de las risas*.

—¿Por qué? —Cogió un alargado pisapapeles de cristal de una mesita colocada al lado de un sofá y lo hizo girar entre sus manos.

—Porque nadie más se ha aproximado tanto a mi mundo. —Descrucé las piernas y me incliné hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas—. Leer un libro, al menos para mí, es como viajar en el mundo de otra persona. Si es un buen libro, entonces uno se encuentra cómodo y sin embargo tiene muchas ganas de ver lo que le ocurre en él, lo que habrá en la esquina siguiente. Pero si es un libro malísimo, entonces es como atravesar Secaucus, Nueva Jersey: huele fatal, y uno daría lo que fuera por no estar allí; pero, ya que se ha emprendido el viaje, no hay más remedio que subir las ventanillas y respirar por la boca hasta llegar al final.

Ella se echó a reír y se agachó para acariciar a Pétalos que apoyaba su sólida cabeza sobre el pie de Anna.

—¿Quiere decir que acaba todos los libros que empieza?

—Sí, es una costumbre terrible que tengo. Aunque sea lo peor que se ha escrito nunca, en cuanto lo empiezo no hay quien me pare; tengo que enterarme del desenlace a toda costa.

—Eso es muy interesante, porque a mi padre le sucedía otro tanto. Cogiese el libro que cogiese —aunque fuera la guía telefónica— lo leía hasta terminarlo por mucho que le costara.

—¿No hicieron una famosa película basada en ese libro?

—¿Qué libro?

—La guía telefónica. —Apenas lo dije comprendí que era un chiste pésimo, si bien Anna ni siquiera esbozó una sonrisa. Me pregunté si la opinión que se formaba de los futuros biógrafos dependería del sentido del humor de éstos últimos.

—¿Me disculpa un momento? He de ir a vigilar la cena. —Dejó la estancia a disposición de Saxony y mía. Pétalos irguió la cabeza y meneó la cola pero no se movió de donde estaba. Me levanté de un salto, instintivamente, y me puse a fisgonear. Por lo visto, a France o a alguien de la casa le gustaban las biografías y autobiografías, por cuanto las había en gran número, con las páginas dobladas y con párrafos enteros subrayados. Era, asimismo, una extraña y variada colección: *La alfombra mágica*, de Richard Halliburton; los cuadernos de notas de Max Frisch (en alemán); Aleister Crowley; *Encuentros con hombres notables*, de Gurdjieff; un cura francés que colaboró con la resistencia en la Segunda Guerra Mundial; *Mein Kampf* (en alemán); los cuadernos de notas de Leonardo da Vinci, *Tres en un cepillo de dientes*, de Jack Paar.

Una caja de zapatos de cartón que contenía una colección de postales antiguas. Al inspeccionarlas por encima reparé en que la mayoría eran de estaciones de tren europeas. Miré el dorso de una de la Vienna Westbahnhof y me dieron escalofríos al mirar la firma que estaba escrita al pie de la misma: «Isaac». La postal estaba fechada en 1933. Yo no sabía el alemán, pero estuve casi por robarla y enviársela a David Louis a Nueva York. «Estimado señor Louis: Supuse que pudiera interesarle ver una postal remitida a Marshall France por Isaac, su inexistente hermano».

—¡La cena está lista! Venga a comer antes de que se enfríe.

No me había dado cuenta de lo hambriento que estaba hasta que pasamos al comedor y vi las grandes fuentes de pollo frito humeante, guisantes y puré de patatas.

—Ya que es la primera vez que vienen ustedes, se me ocurrió que podía prepararles el plato predilecto de mi padre. Mi padre se enfadaba mucho si no se lo preparaba al menos una vez a la semana. Si le hubiera apetecido comerlo cada día, así lo habríamos hecho. Siéntese, por favor.

Era una mesita ovalada con tres tapetes de paja individuales. Yo me senté a la derecha de Anna, Saxony a su izquierda. Los aromas de la comida me estaban volviendo loco. Anna nos sirvió, cargando mi plato con dos gruesos muslos, un montón de guisantes y una espesa nube amarilla de puré de patatas. Estaba a punto de lamerme los labios y lanzarme inmediatamente al ataque, cuando cogí el cuchillo y el tenedor y los miré.

—¡Extraordinario!

Anna se volvió a mí y, viendo lo que pasaba, esbozó una sonrisa.

—Estaba esperando a ver cuánto tardaría en reaccionar. ¿Verdad que son extravagantes? También eran de mi padre. Se los encargó a un platero de Nueva York.

Mi tenedor era un payaso de plata. Tenía la cabeza echada hacia atrás y las púas salían de su boca abierta. Mi cuchillo era un brazo musculoso que sujetaba una especie de raqueta. Y no de *ping-pong*, precisamente, sino algo de aspecto más siniestro: la clase de objeto con el que azotan a los niños en las escuelas privadas inglesas. Saxony acercó los suyos a la luz, y eran completamente distintos. Su tenedor figuraba una bruja montada en una escoba. Las púas imitaban la escoba y el mango, el palo.

—¡Son increíbles!

—En total hay seis juegos de cubiertos. Después de cenar les enseñaré los demás.

No bien empecé a comer, supe que iba a ser una cena larguísima. Me pregunté por qué estaría condenado a comer espantosos comestibles preparados por mujeres interesantes.

A mitad del incalificable café, Anna dejó la servilleta en la mesa y se puso a hablar de France. De cuando en cuando cogía su tenedor y jugueteaba con él, pasándoselo por entre los dedos como si hiciera prácticas de ilusionismo. Se miraba las manos casi todo el rato, si bien alguna que otra vez se interrumpía y miraba a alguno de nosotros para comprobar, por nuestro gesto, si entendíamos de lo que estaba hablando.

—A mi padre le encantaba vivir en Galen. Sus padres le enviaron a América antes de la guerra porque eran judíos y Hitler empezó a atemorizarles mucho antes que a la mayoría. Al hermano de mi padre, Isaac, le asesinaron en uno de los campos de concentración.

—David Louis me dijo que su padre era hijo único.

—¿Habla usted alemán, señor Abbey? ¿No? Pues, bien; hay un dicho alemán que le viene a Louis como anillo al dedo: «*Dreck mit zwei augen*». ¿Entiende lo que significa? «Porquería con dos ojos». Habría algunos que lo traducirían «*Mierda con dos ojos*», pero esta noche me siento caritativa. — Pasó varias veces el borde de su tenedor por la mesa, de un lado a otro. Hasta entonces había utilizado un tono amable, pero la palabra «mierda» lo alteró en seco. No la consideraba una persona proclive a decir palabrotas. Lo que me vino a la cabeza fue una imagen de Louis en su despacho, sentado en el sofá de lona, contándome aquella extraña historia acerca de Anna y sus gatos bufándole con odio. Sus gatos. No había ningún gato. Me dije que hacerle una inofensiva pregunta al respecto podría servir para despejar el ambiente de la «mierda» que seguía suspendida en él.

—¿No tiene ningún gato?

—¿Un gato? ¡No, qué va! No soporto a los gatos.

—Y su padre, ¿tenía alguno?

—No. Él detestaba a casi todos los animales. Los bulterriers eran las únicas bestias peludas que podía soportar.

—¿Ah sí? Pues entonces, ¿cómo podía conocer tan bien a los animales que describía en sus libros?

—¿Quiere otra taza de café?

Meneé la cabeza con tanto vigor que casi se me desprendió del cuello. A Saxony no le ofreció más café. Empezaba a pensar que no estaba loca por Sax, precisamente. Sin embargo, ¿se debía acaso a la personalidad de ésta, o bien a que era otra mujer? ¿Estaría compitiendo por mí? Me temo que no.

Hay veces en que se conoce a una persona y, en el momento de darle la mano, sobreviene una instantánea aversión hacia ella, o viceversa. Por muy brillante, atractiva o sensual que sea, a uno *le es antipática* y no hay nada que hacer. De ser esto lo que ocurría en realidad, las cosas iban a ponerse muy difíciles. Resolví no darle más vueltas hasta que Anna accediera a dejarnos escribir la biografía.

Nos levantamos y Saxony salió en primer lugar hacia la otra habitación. Reinaba ya la oscuridad, si bien lo que se filtraba por las ventanas procedentes de la calle aclaraba un tanto las sombras. Ese resplandor indefinible incidía sobre los bordes y los contornos demediados de las máscaras, sobre un maniquí, y sobre otras cosas, y resultaba, hummm, un poco espectral, para no decir más. Anna se encontraba delante mío, con la mano en el interruptor, aunque no encendió la luz.

—A mi padre le encantaba esta habitación tal como está ahora. Yo solía sorprenderle plantado aquí en la puerta, mirando sus cosas bajo esta luz de gatos.

—¿«Luz de gatos», eh? *La pena del Perro Verde*, ¿eh?

—Así es. Conoce bien a France, ¿verdad? —Encendió la luz, y las criaturas que se arrastran por la noche recobraron su calidad de simples objetos, gracias a Dios. Hay cuatro cosas que no me atraen en absoluto: las películas de terror, los cuentos de miedo, las pesadillas y los seres negros. Que Poe sea uno de los autores que analizo en mis clases no obedece sino a que me lo manda el jefe de estudios de mi departamento, y cada vez que he de leerme «El corazón delator» tardo dos semanas en terminarlo. Sí, soy aficionado a las máscaras, además de a las cosas insólitas y fantásticas; pero que me guste lo irreal y tenga miedo de lo monstruoso difiere considerablemente. Recuérdense, por favor, que soy un cobarde.

Saxony se sentó en el sofá y cruzó las piernas. Pétalos puso una pata a su lado y luego miró a Anna para que le diera su consentimiento. Como ésta no dijera nada, la perra lo interpretó como un «sí» y se encaramó trabajosamente al sofá, adelantando primero una pata, con desgarrada lentitud, y luego la otra.

—Así que llegó a Nueva York entró a trabajar para el director de una funeraria. Oh, lo siento..., ¿les apetece una copa de coñac, o de cualquier otro licor? ¿Una copita de Kahlúa, o de Tía María? Tengo de todo.

Dijimos que no los dos, y ella volvió a arrellanarse en el sofá.

—Esto es un gran secreto, sin embargo. Muy pocos están enterados de lo del primer empleo de mi padre.

Miré a Saxony, pero Saxony miraba a Anna. Fue entonces cuando habló por primera vez desde la cena.

—¿Cuánto tiempo trabajó para el director de esa funeraria?

Era una pregunta intencionada, ya que el propio Lucente me había dado la respuesta cuando hablé con él. Nueve meses.

—Dos años. —Volvía a tener el pisapapeles en las manos y lo hacía girar una y otra vez.

Miré a Saxony, pero Saxony miraba a Anna.

—¿En qué tareas le ayudaba?

—¿En qué tareas? —Anna se encogió de hombros y me sonrió como si la pregunta no valiera la pena de ser contestada y mi amiga fuese una estúpida por haberla formulado—. Pues, bien, no le ayudaba en nada de lo habitual porque sentía náuseas cada vez que veía un cadáver. ¡De veras! Decía que cuando le hacían entrar en la sala donde efectuaban las operaciones pertinentes, echaba un vistazo ¡y salía corriendo en dirección al lavabo! Pobre padre, encargarse de los muertos nunca fue lo suyo. No, ¿saben a qué se dedicó? A cocinar. Se ocupó de la cocina y de limpiar la casa.

—¿No llegó a ayudar en nada al director? ¿Ni siquiera cuando ya llevaba una temporada en la funeraria?

Ella sonrió efusivamente y meneó la cabeza.

—*Jamás*. A mi padre le costaba trabajo mirar el cadáver de un animal atropellado en la carretera. Aunque ya verá, le contaré una divertida anécdota para su biografía, señor Abbey. Alguna que otra vez les acompañaba en la camioneta y se encargaba de conducir cuando volvían de recoger a un cadáver. En una ocasión les avisaron para que fueran a recoger a una persona cuyo piso se encontraba en la sexta planta de un edificio sin ascensor. En cuanto llegaron allí ¡resultó que el cadáver pesaba ciento cincuenta kilos!

—¿Ciento cincuenta kilos? ¿Y cómo lo sacaron de allí? ¿Con un elevador de carga? —A pesar de que seguramente también se lo estaba inventando, la ocurrencia me encantó.

Lo del elevador de carga le hizo gracia. Dejó escapar un bufido y se dio una palmada en la rodilla.

—No, no exactamente. Lo que hicieron fue enviar a mi padre a la planta baja para cerciorarse de que no había nadie en la escalera ni entrando en el edificio. A continuación, tras avisarles de que el terreno estaba despejado, empezó a subir otra vez. De repente oyó un *topetazo*. Luego dos *topetazos* seguidos. Miró entonces hacia arriba por el hueco de la escalera y vio que estaban haciendo rodar el cadáver escaleras abajo con los pies. ¿Se lo

imagina? ¿Se imagina que abre la puerta de uno de los pisos y ve un cadáver de ciento cincuenta kilos bajando a sacudidas hacia usted?

—¿Lo dice en serio?

Levantó la mano extendiendo los dedos índice, anular y medio de la mano derecha, con la palma vuelta hacia afuera, y meneó la cabeza.

—Palabra de exploradora.

—¿Le hicieron *rodar* por las escaleras? ¿Por *seis tramos* de escaleras?

—Efectivamente.

—¿Y qué hicieron cuando llegó abajo? Debió de quedar muy malparado, ¿no?

—Sí, desde luego; pero le llevaron en seguida a la funeraria y le arreglaron con maquillaje y esas cosas que utilizan ellos. Mi padre dijo que al día siguiente, en el entierro, tenía un aspecto inmejorable.

Fuese o no una patraña era un relato excelente, y pude percibir en él una pizca de las dotes narrativas de su padre.

Volvió a poner el pisapapeles en la mesita de junto al sofá.

—¿Quieren ver su estudio? Se me ocurrió que a lo mejor les interesaría.

—Señorita France, ¡no *sabe* usted lo mucho que me gustaría ver su estudio! —Ya me había levantado a medias de la silla.

Ella iba en primer lugar, Pétalos en segundo, Saxony, y después yo. El eterno caballero.

Cuando era pequeño solía sentarme en compañía de mi hermano y mi hermana en lo alto de la escalera alfombrada en rojo de nuestra casa, y observar a mis padres prepararse para salir de noche. Llevábamos pijama y zapatillas Roy Rogers marrones cubiertas de pelusa, y la luz del recibidor apenas si alcanzaba la punta de nuestros abrigados pies. Nuestros padres se encontraban demasiado lejos para que oyéramos lo que se decían, pero estábamos cómodos y adormilados, y ellos iban tan aseados y eran tan atractivos. Fueron éstos los únicos momentos de mi vida en los que consideré a mi padre como algo más que «mi papá», que estaba ausente casi siempre, y cuando venía a vernos se esforzaba por querernos en demasía. Hacía años que no me acordaba de ello; uno de esos mínimos recuerdos proustianos que se olvidan fácilmente, si bien al revivirlos por azar se les concede un valor inapreciable. El encaminarme escaleras arriba hacia el despacho de France me lo trajo a la memoria con tanta nitidez que sentí durante un momento el deseo apremiante de sentarme en los peldaños y experimentar de nuevo aquella sensación. Me pregunté si Anna habría hecho alguna vez lo mismo con sus padres.

Se encendió una luz antes de que llegara al final de la escalera. Una vez allí vi de manera imprecisa cómo desaparecían las tres en un recodo.

Dijo una voz:

—¿Sigue usted ahí?

Apreté el paso y repuse:

—Sí, sí, estoy detrás mismo suyo.

El suelo, que era de madera rubia desguarnecida, cuidadosamente desbastada y barnizada, me recordó el de las viviendas escandinavas. Allí arriba no había mesas ni aparadores, ni tampoco cuadros en las paredes. Diríase que la casa tenía dos personalidades independientes: la del piso superior y la de la planta baja; la primera se caracterizaba por su austera sencillez, la segunda por su demencial abigarramiento. Doblé el recodo del pasillo y vi que salía luz por una angosta puerta. No se oía sonido alguno, ni de voces ni de movimientos. Me acerqué a ella, la franqueé, y al instante tuve una decepción. En la habitación, literalmente, no había nada más que un gran escritorio de roble de tapa corrediza y una silla giratoria metida en el espacio de entre las patas. Encima del escritorio había una hoja de papel secante verde y una antigua pluma estilográfica «Lucky Curve» de color anaranjado. Nada más.

—Qué vacío está.

—Sí, es muy diferente del salón. Mi padre decía que cualquier cosa le distraía de su trabajo, de modo que es así como quería tener su habitación. — Sonó un teléfono, que resultó estar detrás de la puerta, y ella se disculpó y fue a contestarlo. Sax se acercó al escritorio y pasó la mano por encima de la tapa.

—¿Ciega? ¿Qué quieres decir con que se ha quedado ciega? Es imposible. ¿Cómo ha sido?

Miré a Saxony y me di cuenta de que tanto ella como yo estábamos escuchando disimuladamente. Anna tenía tensas las facciones y miraba hacia el suelo. Parecía estar más enojada que trastornada.

—De acuerdo, de acuerdo. No te muevas de aquí y vendré lo antes posible. ¿Cómo? No, *no te muevas de aquí*. —Colgó el teléfono y se pasó la mano por la frente—. Lo siento mucho, pero una amiga mía acaba de sufrir un accidente y está herida. Debo ir al hospital en seguida. Les dejaré en su casa.

—Lo lamento. ¿Podemos ayudar en algo? Lo haríamos encantados, de verdad.

Ella meneó la cabeza y miró por la ventana.

—No. En nada. —Apagó la luz y, sin esperarnos siquiera, echó a correr pasillo abajo en dirección a la escalera.

—¿Estás despierto? —Me tocó el hombro con el dedo.

Me di la vuelta en la cama colocándome de cara a ella. El resplandor de la luna llena penetraba por la ventana y ponía amplias manchas desvaídas sobre su cabello y en su camisón azul claro. Aun estando adormilado, el color me recordó el que tenía el salón de France antes de que Anna encendiera las luces.

—¿Despierto? Sax, no sólo estoy despierto, estoy...

—Por favor, Thomas, no te hagas el gracioso conmigo. En este momento no tengo ganas de broma, ¿vale? ¿Eh?

No le distinguía bien las facciones, aunque a juzgar por el tono de su voz sabía qué aspecto tendrían. Los ojos impasibles, pero las comisuras de los labios inclinadas hacia abajo y, al cabo de un rato, empezaría a parpadear una y otra vez. Era su modo silencioso de dar a entender que quería que la tocasen y abrazasen. Al abrazarla, ella devolvía el abrazo multiplicado por dos, cosa que le ponía triste a uno y le hacía preguntarse si por ahora tendría suficiente entereza para ambos, que era lo que ella exigía.

—¿Te encuentras bien, nena? —Le cogí la parte posterior de la cabeza con la palma de la mano y noté la limpia suavidad de su pelo.

—Sí, pero no digas nada ahora. Abrazame, por favor, y no digas nada.

Ya había ocurrido otras veces. Había noches en que se sentía insignificante y asustada, convencida de que alguna cosa buena iba a desaparecer de su vida y no podría hacer nada para impedirlo. Yo lo llamaba sus «temores nocturnos». Saxony era la primera en admitir que carecían de fundamento, que no eran sino ramalazos de masoquismo que se provocaba ella misma, pero no podía evitarlos. Afirmaba que lo peor de todo era que la mayoría de las veces la acometían cuando se sentía completamente dichosa o bien profundamente abatida.

Mientras la abrazaba me pregunté si yo, por algo que había hecho, sería el responsable de su estado de ánimo. Efectué en dos segundos un veloz repaso de la noche en casa de Anna. Oh-oh; la indiferencia que le había mostrado esta última. La horrible comida. La falta de respuestas concretas en lo tocante a la biografía. El despreocupado coqueteo entre Anna y yo. Valiente gilipollas

que era. Estreché a Saxony con más fuerza y seguí besándola en lo alto de la cabeza. Los roces, los toqueteos y la culpabilidad me hicieron desearla muchísimo. La hice volverse boca arriba suavemente y le levanté el camisón.

6

A la mañana siguiente el sol se coló en la habitación a eso de las siete y se extendió sobre la cama. Me desperté al notar su calor en la cara. Detesto levantarme temprano cuando no hace falta, por tanto me acurruqué en la cama intentando encontrar una sombra. Pero Saxony se había pegado a mí como una lapa durante la noche y moverse resultaba de lo más difícil.

Además, para colmo, la puerta se abrió con un chirrido, entró Clavos al trote y se subió a la cama de un salto. Me hizo la impresión de que nos encontrábamos los tres en un bote salvavidas en medio del océano, ya que estábamos apretujados en el centro de la cama, apoyados respectivamente en quien teníamos más a mano. Todavía no he hablado de la claustrofobia que padezco, pero al hallarme embutido entre dos cuerpos calientes, con el sol friéndome la cabeza y la sábana enredada en los pies..., decidí que ya iba siendo hora de levantarse. Acaricié la cabeza a Clavos y le di un empujoncito. El perro gruñó. Me dije que no sería más que un poco de malhumor matutino, así que lo volví a acariciar y lo empujé de nuevo. Entonces gruñó más alto. Nos miramos mutuamente por encima de la tenue ola rosada que formaba la manta, pero los bulterriers tienen la cara absolutamente inexpresiva, de modo que uno nunca está seguro de las intenciones que llevan.

—Clavos, bonito. Buen chico.

—¿Por qué te gruñe? ¿Qué le has hecho? —Saxony me abrazó más estrechamente aún y noté su cálido aliento en el cuello.

—No le he hecho nada. Sólo le he dado un empujoncito para poder levantarme.

—Caray. ¿Y si volvieras a hacerlo?

—¿Qué sé yo? ¿Cómo sé que no me morderá? —Me volví hacia Saxony y ella parpadeó.

—No, Thomas. No lo creo. A ti te quiere. ¿No te acuerdas de ayer? — Parecía convencida.

—¿Ah, sí? Bien, pues hoy es hoy, y no es tu brazo el que está en peligro.

—Entonces ¿te propones quedarte aquí toda la mañana? —Sonrió y se frotó la nariz con la palma de la mano. Gracias a Dios se había olvidado de lo de la noche anterior—. Tommy es un gallina...

Miré a Clavos y él me miró a mí. Un punto muerto. La punta de su hocico color negro ciruela asomaba de detrás de una de sus patas.

—¡Señora Fletcher!

—¡Venga, ya, Thomas, no la llames! ¿Y si todavía está durmiendo?

—Pues lo siento. No quiero recibir un mordisco. ¡Clavitos, boniiiito, buen chico! ¡Señora Fletcher!

Oímos pasos, y un segundo antes de que la señora Fletcher metiera la cabeza en la habitación, Clavos saltó de la cama para ir a recibirla.

Saxony se echó a reír y se tapó la cabeza con la almohada.

—¿Sí? Buenos días.

—Buenos días. Hum, pues, verá, Clavos se había subido a la cama y yo le di un empujoncito porque quería levantarme, y, hum, me gruñó un poco. Tenía miedo de que fuera en serio.

—¿Quién, Clavos? ¡Qué va! Fijaos. —El perro estaba a su lado aunque seguía sin quitarnos ojo. Ella levantó el pie y lo empujó levemente hacia un lado. Sin mirarla se puso a gruñir. Asimismo, no dejó de menear la cola.

—¿Qué queréis tomar de desayuno? Como es el primer día que estáis aquí pensé en ofrecéroslo gratis. Apuesto a que no habéis ido de compras, ¿verdad, Saxony?

Me incorporé y me pasé las manos por el pelo.

—No tiene por qué hacerlo. No nos cuesta nada...

—Ya sé que no tengo que hacer nada. ¿Qué os apetece? Preparo unas tortitas y unas salchichas estupendas. Sí, ¿por qué no probáis mis tortitas y mis salchichas?

Decidimos tomar tortitas y salchichas. La señora Fletcher salió de la habitación y Clavos volvió a saltar del suelo a la cama. Se subió encima de mis piernas y se instaló a medias sobre la barriga de Saxony.

—¿Te encuentras bien esta mañana, guapetona? —pregunté.

—Sí. Lo que pasa es que algunas noches me pongo muy tonta. Empiezo a pensar que todo se irá a pique, o que tú me dejarás pronto... cosas así. Me viene ocurriendo desde siempre. Supongo que fue porque estaba muy cansada. Por lo general, a la mañana siguiente ya ni me acuerdo.

—¿Padeces un ligero desdoblamiento de personalidad, eh? —Le aparté un mechón de pelo de los ojos.

—Sí, y tanto. Ya sé cómo me voy a sentir cuando me ocurre, pero no puedo hacer nada para evitarlo. —Estuvo unos momentos en silencio, y me cogió la mano—. ¿Crees que estoy loca, Thomas? ¿Me detestas cuando me pongo así?

—No digas tonterías, Sax. A estas alturas ya me conoces..., si te detestara no habría querido saber nada más de ti. No te preocupes más por eso. —Le apreté la mano y le saqué la lengua. Se tapó la cabeza con la almohada, y Clavos trató de introducirse debajo con ella.

Miré por la ventana; el huerto estaba bañado por el sol y mecido por la brisa. Las abejas se cernían sobre algunas de las plantas, y un cardenal se posó en la baranda de la galería a menos de seis metros de distancia.

Primeras horas de la mañana en Galen, Missouri. Pasaron unos cuantos coches y bostecé. A continuación pasó un niño, lamiendo un cucurucho de helado y deslizando la mano por encima de la cerca de la señora Fletcher. Tom Sawyer con un helado de pistacho de intenso color verde. Le miré distraídamente y me pregunté cómo podía alguien ser capaz de tomarse un helado a las ocho de la mañana.

Sin mirar hacia ningún lado, el chiquillo empezó a cruzar la calle y fue inmediatamente embestido por una camioneta descubierta que le lanzó por los aires. Como el vehículo iba de prisa el impacto le envió mucho más allá de la ventana de nuestra habitación. Al desaparecer de mi vista aún no había caído a tierra.

—¡Me cago en la hostia! —Cogí apresuradamente mis pantalones de una silla y me precipité a la puerta. Oí que Saxony me llamaba pero no me detuve a darle explicaciones. Era la segunda vez que presenciaba un atropello. La primera había sido en Nueva York, y la víctima había caído de cabeza. Mientras bajaba volando la escalera de la galería pensé en lo irreal que parecen estos malditos accidentes. Un momento antes está una persona hablando con un amigo o tomándose un cucurucho de helado. Y a continuación, sin más, se oye un golpe seco y un cuerpo sale despedido por el aire.

El conductor había bajado de la camioneta y estaba inclinado delante del cuerpo. Lo primero que vi al llegar fue el helado verde, medio cubierto de tierra y piedrecitas, que empezaba ya a derretirse sobre el negro asfalto.

No había nadie más. Me acerqué al conductor y atisé indeciso por encima de su hombro. Olía a transpiración y a calor corporal. El niño se encontraba tendido de costado, con las piernas completamente separadas, en una posición tal que se diría habían paralizado su imagen mientras iba corriendo. Sangraba por la boca y tenía los ojos muy abiertos. No; tenía *un* ojo muy abierto; el otro estaba entornado y tembloroso.

—¿Puedo hacer alguna cosa? Llamaré a una ambulancia, ¿de acuerdo? Es decir, no se mueva de aquí y yo llamaré a la ambulancia.

El conductor se dio la vuelta y le reconoció: era uno de los que estaban en el banquete al aire libre encargándose de asar la carne. Uno de los bromistas consumados.

—Esto es un *error*. Yo ya lo sabía, sin embargo. Sí, claro, vaya a avisar a la ambulancia. Todavía no me explico lo que ha pasado. —Tenía el semblante crispado y sobrecogido, pero fue el tono de su voz lo que me sorprendió. Expresaba irritación y al mismo tiempo lástima de sí mismo, aunque no miedo y tampoco remordimiento. Debía de ser el efecto de la conmoción: los sucesos terribles hacen que las personas se comporten de manera insensata. Con toda seguridad el pobre desgraciado se estaba dando cuenta de que en adelante su vida se vería ensombrecida por el accidente, le ocurriera al niño lo que le ocurriese. Tendría que vivir durante los próximos cincuenta años con el peso de haber atropellado a un niño. Dios mío, cómo le compadecía.

—¡Joe Jordan! ¡No tenías que ser tú!

La señora Fletcher había salido a la calle y estaba detrás de nosotros con un paño de cocina rosado en la mano.

—¡Ya lo sé, recristo! ¿Cuántas cosas tendrán que irse al carajo hasta que logremos resolver esta situación? ¿Te has enterado de lo de anoche? ¿Cuántas cosas han ocurrido ya? ¿Cuatro? ¿Cinco? ¡Ya nadie sabe nada de *nada*!

—Cálmate, Joe. Esperemos a ver qué pasa. ¿Avisará a la ambulancia, señor Abbey? El número es el uno, dos, tres, cuatro, cinco. Marque solamente los cinco primeros números. Es el servicio de urgencia.

El niño se puso a emitir sonidos ahogados y de pronto sus piernas sufrieron convulsiones, como la pata de una rana estimulada eléctricamente en un experimento de biología. Miré a Jordan, pero éste estaba observando fijamente al niño y meneaba la cabeza.

—¡Te lo digo, Goosey, yo no tenía nada que ver con esto!

Al darme la vuelta para ir corriendo a telefonar, oí decir a la señora Fletcher:

—Conviene tener calma y esperar, Joe, nada más.

Notaba en mis pies descalzos el calor del asfalto, y por el rabillo del ojo volví a ver el cucurucho de helado que se derretía. Pasé corriendo junto a Saxony, que estaba en el último escalón de la galería sujetando a Clavos por su grueso collar de cuero.

—¿Está muerto?

—Vive todavía, pero está muy maltrecho. Tengo que avisar a la ambulancia.

Cuando ésta llegó había unas cuantas personas en la calle, que se limitaban a observar la escena desde cierta distancia. Un coche-patrulla blanco se encontraba detenido en medio de la calle con su hilera de luces azules lanzando continuamente destellos en todas direcciones. Las voces que salían a breves ráfagas de su radio llenaban el ambiente de una crepitación entrecortada que resultaba tenaz y fastidiosa al mismo tiempo.

Permanecimos en la galería viendo como ponían cuidadosamente el cuerpo desmadejado en una camilla y la introducían en la parte posterior de la camioneta. Cuando ésta hubo partido, Joe Jordan y el policía se quedaron hablando enfrente de nuestra casa. Jordan no dejaba de pasarse la mano por la barbilla, y el agente apoyaba las manos en su ancho cinturón negro.

La señora Fletcher se separó de un grupo de mirones y se agregó a ellos dos. Conversaron durante unos minutos, y a continuación Jordan y el policía se fueron juntos en el coche-patrulla. La señora Fletcher les miró alejarse. Al cabo de unos momentos se dio la vuelta y me indicó con una seña que me acercara. Bajé la escalera y anduve por el caliente enlosado.

—Tú lo has visto todo, ¿eh, Tom?

—Sí, por desgracia. Todo el espantoso accidente.

El sol estaba alto y exactamente encima de su hombro. Tenía que entornar los ojos para mirarla.

—¿Se estaba riendo el chico antes de que le atropellaran?

—¿Riendo? No sé a qué se refiere.

—A si se estaba riendo. ¿No sabes si se reía? Se estaba comiendo un helado de pistacho, pero ¿se reía también?

Lo decía con absoluta seriedad. ¿Pero qué coño me estaba preguntando?

—No, que yo recuerde.

—¿Estás *seguro*? ¿Estás seguro de que no se reía?

—Sí, creo que sí. Le vi claramente hasta que le atropellaron, aunque la verdad es que no me fijaba mucho. No; aun así estoy convencido de ello. ¿Por qué es tan importante?

—Pero tocaba la cerca con la mano, ¿verdad?

—Sí, tocaba la cerca. Tocaba la parte de arriba con su mano libre.

Ella me miró. Me sentí perplejo e inquieto. Para sustraerme a aquellos ojos con rayos X miré alrededor y vi que todo el mundo me observaba fijamente con la misma mirada impasible que me había puesto tan nervioso el día anterior en el banquete.

Un viejo agricultor en un Corvair rojizo, un adolescente con una bolsa de comestibles debajo del brazo, una mujer de carnes fofas con el pelo arrollado

en rulos de intenso color rosa y un pitillo colgándole feamente del labio. Todos tenían los ojos clavados en mí...

Al cabo de una hora, más o menos, la señora Fletcher y Saxony salieron a comprar cosas de comer. Dijeron que no regresarían hasta después de mediodía. Yo, en el fondo, tenía ganas de ir con ellas, pero como invitarme a mí mismo a lo que sea siempre me ha puesto en situación violenta, no hice comentario alguno al respecto. De todas formas, me dije que estar separados unas cuantas horas nos sería beneficioso. Yo tenía la intención de anotar algunos detalles sobre los que había estado cavilando desde que llegamos. Mis primeras impresiones de Galen y todo eso. Quería, asimismo, empezar a leer varias de las biografías que habíamos traído para formarme una idea de cómo debía acometerse la empresa.

Me cambié de ropa poniéndome unos pantalones cortos de pana, una camiseta y un par de sandalias y me serví otra taza de café en la cocina. Clavos me seguía a todas partes, pero ya me iba acostumbrando a ello. Pasara lo que pasara con el libro, estaba firmemente decidido a comprarme uno de esos perros locos tan pronto volviera a Connecticut. Puede que incluso lo comprara en Galen y así tendría un perro emparentado con los de Marshall France. Aunque me fuera de Galen sin ninguna biografía, me iría, al menos, con un bulterrier.

Me senté en una de las mecedoras y puse la taza de café en el suelo, al alcance de la mano. Clavos se aventuró a olfatear un par de veces, pero le di un capirotazo y se echó en el suelo. Abrí el libro e inicié su lectura. Llevaba leída media página cuando la imagen del niño tendido en la calle apareció de pronto en mi mente y se instaló en ella. Procuré pensar en Saxony, en Saxony en la cama, en lo que acababa de leer respecto a Raymond Chandler, en el hermoso día que hacía, en cómo sería acostarse con Anna France... pero el niño herido no quería desvanecerse. Me levanté y me acerqué a la baranda de la galería para comprobar si podía reconocer el sitio en el que le habían atropellado. Para comprobar si había sangre aún, o cualquier otro vestigio de que una hora antes hubiéramos asistido a su agonía.

Me acordé de que también yo estaba sentado en una galería cuando me enteré de que mi padre se había matado. La noche anterior al suceso me encontraba con Amy Fischer en el salón de su casa viéndole en *La hora del Sr. y la Sra.* Estaba mucho más interesado en desnudar a Amy que en la actuación de mi padre, que había visto innumerables veces. Dado que sus

padres se encontraban ausentes, Amy me dejaba hacer lo que quisiera. Mientras estuvimos metidos en faena no dejé ni un instante de oír su voz detrás de mí, e incluso me eché a reír una o dos veces porque causaba una sensación extraña joder delante de mi padre. El resplandor blanco grisáceo de la televisión nos dibujaba en el cuerpo tatuajes cambiantes, y en cuanto hubimos terminado nos tumbamos uno al lado del otro y vimos el final de la película. A la mañana siguiente Amy decidió que tomáramos el desayuno en la galería. Pusimos la mesa entre los dos y ella sacó incluso su radio portátil para que nos hiciera compañía. Estaba sonando «Massachusetts», de los Bee Gees, y me encontraba yo cómodamente tendido en la hamaca cuando el diario hablado interrumpió la canción y el locutor comunicó que el avión de Stephen Abbey se había estrellado de Nevada y que no había supervivientes. Ni siquiera moví un músculo cuando la canción, que ya terminaba, continuó sonando. Amy salió a la galería llevando una sartén llena de huevos revueltos y *bacon* canadiense y me llamó a comer. No se había enterado todavía de la noticia, y, como he dicho ya, uno acaba haciendo cosas raras cuando le ha ocurrido algo espantoso. ¿Qué hice yo? Me senté a la mesa y di cuenta de todo lo que había en mi plato; hasta tomé una segunda ración de huevos. Apenas terminé puse el tenedor al lado de mi vaso de zumo de naranja vacío y dije: «Mi padre acaba de matarse en un accidente de aviación». Ésa era mi época de estudiante, y un noventa por ciento de mis comentarios tenían un tono sarcástico, de manera que la angelical Amy Fischer sacudió la cabeza desaprobando mi mal gusto por decir esas cosas a la hora del desayuno y siguió comiendo.

Cada vez que enciendo la televisión y están dando *La hora del Sr. y la Sra.*, lo primero que me viene a la cabeza es la cara de desagrado que puso Amy y la forma en que siguió comiendo sus amarillentos huevos revueltos.

Hubieron de transcurrir unos segundos para que me percatase de que un vehículo se había detenido delante de la casa. No veía al conductor, pero en una de las ventanillas traseras se distinguía una especie de mancha blanca que apretaba el hocico contra el cristal a medio bajar. El vehículo era una vieja autocaravana Dodge, pintada en tonos dorados y blancos, parecida a la que utilizaba la madre de la serie de televisión *Leave It to Beaver* para transportar a la familia. Me esforcé por identificar al conductor, pero el bulterrier blanco había arrancado a saltar del asiento posterior al delantero y me imaginé que serían Anna y Pétalos. Se abrió la puerta del conductor y asomó aquella atractiva cabeza con su corte de pelo monacal. Anna se llevó la mano a los ojos para protegérselos del sol y miró en dirección a la casa.

—¡Hola!

Le hice una seña con el libro y sentí vergüenza de mis pantalones cortos y mi camiseta. Ignoro el motivo, puesto que he logrado reprimir tan perfectamente mi timidez infantil que por regla general me da lo mismo lo que piense la gente de mi manera de vestir.

Anna se apoyó en la puerta de la autocaravana y, llevándose la mano abierta junto a la boca, dijo:

—He venido a ver si seguáis con vida después de lo de anoche. Lamento mucho haberme tenido que marchar así.

Pétalos oprimió con el hocico la ventanilla y se puso a ladrar mirando hacia donde nos encontrábamos nosotros. Clavos irguió las orejas aunque no parecía excesivamente emocionado por el ruidoso recibimiento que le dispensaba la perra. No se movió de donde estaba.

—Oh, no tiene importancia. Fue una velada muy agradable, Anna. Pensaba en llamarte para darte las gracias. —Por el pollo al pergamino del Mar Muerto, y su atropellada fuga posterior...

—Muy bien. Entonces no me siento tan culpable. Lo dices de veras, ¿no?

Pétalos desapareció de la ventanilla y Anna, a su vez, desapareció en el interior del vehículo. Se produjo una breve refriega, se oyeron voces inarticuladas, y acto seguido la perra saltó de la autocaravana y enfiló hacia el sendero del huerto a toda velocidad. Intentó salvar demasiados escalones de la galería de un brinco y se cayó al suelo cuan larga era, pero se puso derecha como un rayo y siguió corriendo hacia su novio. La indiferencia de Clavos se desvaneció como por ensalmo y los dos iniciaron un frenético bailoteo por la galería, pegando regocijados botes y tirándose mordiscos. Ladraban sin parar y se daban mutuas dentelladas en la cabeza, cayendo infaliblemente a cada tres escalones.

—Pétalos está chalada por Clavos. La señora Fletcher y yo los llevamos una vez a la semana al campo de *rugby* del instituto para que se desfoguen.

Se quedó al pie de la escalera de la galería y me dirigió una amplia sonrisa. Llevaba una camiseta escarlata en cuya parte delantera ponía CODASCO, y que confirmaba sin lugar a dudas que sus pechos eran mucho más grandes de lo que me había figurado en un principio. Unos descoloridos tejanos azules que se le ajustaban al cuerpo de una forma atrayente y sensual, y unas zapatillas de tenis agujereadas y de aspecto cómodo.

Cuando me disponía a elogiar su buena planta Anna me señaló con el dedo.

—¿Qué es lo que pone en tu camiseta?

Bajé la vista mirando las enormes letras blancas y, sin pensar, las cubrí con la mano.

—Hum. «Virginia es para los amantes». Yo, ejem, me la regaló un amigo. Se metió las manos en los bolsillos posteriores de sus tejanos.

—Así que eres un amante, ¿eh? —Lo dijo con una sonrisa picaruela y perversa a la vez que me hizo sentirme como un tapón.

—Sí; y muy famoso, además. Escribieron un artículo sobre mí en el *Increíble pero cierto de Ripley*.

—No. —Su sonrisa se ensanchó.

—No ¿qué? —La mía se empequeñeció.

—No me lo creo.

Por suerte, Clavos eligió aquel momento para montar a Pétalos, lo cual me sacó los colores pero constituyó una distracción de la que me alegré. Lo aparté de un tirón. El perro me gruñó. Creo que me gruñeron los dos.

—¿Dónde está Saxony?

—Ella y la señora Fletcher se han ido de compras.

—Qué lástima. Iba a preguntaros si queríais venir conmigo a nadar. Hoy va a hacer mucho calor.

—A decir verdad, no tengo muchas ganas. ¿Te has enterado de lo que ha ocurrido aquí esta mañana? —Indiqué con el libro hacia la calle.

—¿Lo del hijo de los Hayden? Ya lo sé. Ha sido terrible. ¿Tú lo has visto?

—Sí, todo. —Dejé el libro en la baranda y crucé los brazos encima del pecho. Los perros se habían caído redondos y estaban separados como medio metro el uno del otro, resollando como pequeñas locomotoras.

—¿Pues por qué no vienes a dar una vuelta conmigo? Estoy segura de que te ayudará a no pensar más en ello. Nos llevaremos a los perros también.

Se levantaron de golpe los dos, como si lo hubieran comprendido.

—De acuerdo; sí, es posible que sea lo mejor. Gracias, Anna. —Como ella me tuteaba decidí hacer otro tanto.

Pasé adentro, cogí la cartera y las llaves, y escribí una nota a Saxony. No sabía cómo le sentaría no encontrarme en casa cuando volviera, por tanto, en vez de tocarla en la herida diciendo que estaba con Anna, puse tan sólo que iba a salir un rato con Clavos. Al fin y al cabo, ¿por qué motivo no podía ir con Anna? ¿Y por qué había de sentirme culpable?

Teniendo en cuenta que habíamos venido a escribir un libro sobre Marshall France ¿acaso no era provechoso frecuentar el trato de su hija? Chorradas..., me sentí culpable al escribir la nota porque estaba muy

ilusionado pensando en lo que iba a pasar hoy entre Anna y yo, y no únicamente porque fuera la hija del escritor.

El vehículo estaba lleno de cosas. Cajas de cartón vacías, una manguera de jardín amarilla, una vetusta pelota de fútbol, un paquete de comida para perros marca Alpo. Los perros subieron a la parte posterior y Anna, apretando un botón, hizo descender la ventanilla de la compuerta de cola para que les diera el aire.

—Creo que en los últimos años el incremento de los habitantes de Galen ha sido de diez personas. —Sacó una pastilla de chicle del bolsillo y me la ofreció. Dije que no, y empezó a desenvolverlo para comérselo ella—. La agricultura es prácticamente la única actividad a la que uno puede dedicarse en esta región, aunque, como en tantos otros sitios, los muchachos ya no quieren ser agricultores. En cuanto se hacen mayores, se trasladan a la seductora St. Louis.

—Pero tú te has quedado.

—Sí. Yo no tengo que trabajar porque la casa está pagada desde hace mucho tiempo. Los derechos de autor que cobro de los libros de mi padre son más de lo que necesito para los demás gastos.

—¿Todavía tocas el piano?

Hizo un globo con el chicle que reventó nada más salir de su boca.

—¿Te lo dijo David Louis? Sí, toco de tarde en tarde. Hubo una época en que me apasionaba, pero según me hice mayor... —Se encogió de hombros e hizo otro globito.

Masticaba el chicle como una niña: con la boca abierta, haciendo mucho ruido y reventando globos sin parar, hasta que me pareció que iba a volverme loco. Mascar chicle les sienta fatal a las mujeres. A cualquier mujer, sin excepción. Por fortuna se lo sacó de la boca y lo tiró por la ventanilla.

—No me gusta el chicle cuando ya no sabe a nada. ¿Te habló David Louis de aquel individuo que se presentó en Galen con la intención de escribir una biografía de mi padre?

—Sí; el de Princeton, ¿verdad?

—Sí. Menudo *imbécil*. Le invité a cenar y se pasó la noche diciéndome lo heurístico que era *El país de las risas*.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿Heurístico? Siendo profesor de inglés debieras saberlo.

—¿Ah, sí? Ni siquiera sé lo que es un gerundio.

—¿No es terrible? ¿En qué irá a parar nuestra enseñanza?

Bajé la ventanilla y vi una manada de lustrosas vacas que ahuyentaban las moscas agitando sus grandes rabos. Detrás de ellas, a cierta distancia, un tractor avanzaba trabajosamente por un llano trozo de campo marrón, y un minúsculo avión surcaba el cielo con suma lentitud.

—Llegaremos dentro de unos minutos.

—¿A dónde? ¿Puedo preguntar a dónde vamos?

—No, ya lo verás. Te vas a sorprender mucho.

Recorrimos tres o cuatro millas más, y entonces, sin poner el intermitente, Anna giró bruscamente a la izquierda tomando un angosto camino sin firme que atravesaba un bosque tan espeso que la vista no podía penetrar sino unos cinco metros por entre los árboles que lo flanqueaban. Se enfrió el interior del vehículo, y un inmenso olor a madera y follaje se hizo predominante. El camino se tornó accidentado y empezaron a oírse piedras golpeando las llantas.

—No me imaginaba que Missouri fuese tan boscosa.

Los rayos del sol asomaban por entre el ramaje o bien lo traspasaban. Un ciervo se dejó ver un instante y desapareció en medio de los árboles; miré a Anna para comprobar si también lo había visto.

—No te inquietes, ya casi hemos llegado.

En cuanto ella se detuvo miré en derredor pero no vi nada especial.

—A ver si lo adivino: tu padre plantó todos los árboles de este bosque, ¿me equivoco?

—Sí. —Paró el motor y dejó caer las llaves al suelo.

—Hum..., ¿solía venir a pasear?

—Te vas acercando más.

—¿Escribió todos sus libros sobre aquel tocón de allí?

—No.

—Me rindo.

—¡No lo has probado con suficiente ahínco! Está bien. Supuse que te gustaría ver el sitio donde vivió la Reina de Oil.

—¿Dónde vivió? ¿A qué te refieres?

—¿Acaso la gente no se pasa la vida preguntando a los escritores de dónde sacan sus personajes? Para crear a su Reina mi padre se inspiró en una persona que vivía en estos bosques. Venga, te lo enseñaré.

Tras apearme del vehículo me puse a redactar mentalmente el pasaje para la biografía. «El camino que conducía a la casa de la Reina de Oil serpenteaba a través de un bosque salido de la nada. France había descubierto el personaje

principal de *El país de las risas* en el corazón de un bosque cuya existencia en aquel lugar resultaba más bien desconcertante».

Puñeta, qué malo era eso. Mientras Anna me guiaba al interior del bosque de Sherwood traté de idear dos nuevos comienzos, pero en seguida me di por vencido. Los perros se perseguían corriendo de acá para allá. Anna iba a unos tres metros delante mío, y yo me ocupaba a partes iguales de procurar no perderme y de procurar no perder de vista su lindísimo trasero.

—Todavía confío en ver a Hansel y Gretel.

—Ten cuidado con los lobos, nada más.

Me acordé de la ocasión en que mi padre se fue de caza a África en compañía de Hemingway. Estuvo ausente durante dos semanas, y a su vuelta mi madre no quería dejarle entrar mientras fuera cargado de cabezas de rinoceronte, pieles de cebra, y un sinfín de trofeos más que había traído consigo para instalarlos en casa con fines decorativos.

—Allí está.

De haber esperado encontrar una casa de mazapán con una chimenea humeante que oliera a galletas de harina de avena, me habría equivocado. La casa, por llamarla de algún modo, era una barraca de madera toscamente construida, que se inclinaba hacia un lado como si un gigante se hubiera apoyado encima. Los cristales de las dos ventanas, suponiendo que los hubiera habido, habían sido reemplazados por tablas de pino clavadas en forma de aspa. Había una tosca galería en cuyo suelo faltaban varias tablas. El escalón por el que se subía a ella estaba partido en dos.

—Ándate con ojo.

—¿Verdad que dijiste que la casa está deshabitada actualmente?

—Sí, así es. Pero en vida de ella estaba más o menos igual.

—¿Y quién era *ella*?

—Lo sabrás dentro de un minuto.

Sacó una llave larga de estilo antiguo y la introdujo en la cerradura que estaba debajo del oxidado pomo marrón.

—¿Hace falta llave para entrar?

—No; en realidad, no; pero más vale hacerlo así.

Antes de que se me ofreciera la oportunidad de preguntarle a qué se refería, ya había abierto la puerta de par en par y un olor penetrante a humedad y podredumbre genuina salió a recibirnos. Anna hizo ademán de entrar, pero se detuvo de improviso y se volvió hacia mí. Yo estaba justo detrás de ella, así que al darse la vuelta nos quedamos cara a cara. Ella

retrocedió un paso. Me dio un vuelco el corazón al percatarme de lo cerca que habíamos estado durante medio segundo.

—Aguarda un minuto, que iré adentro a encender una lámpara. El suelo está lleno de agujeros y es muy peligroso. Una vez mi padre se torció el tobillo con tan mala fortuna que tuvimos que llevarle al hospital.

Pensé en los agujeros del suelo, en serpientes y arañas, y bostecé. Por regla general bostezo cuando estoy nervioso, lo cual induce a la gente a considerarme muy valiente o, por el contrario, imbécil. Hay veces en que no puedo parar de bostezar. Al pensar en ello más adelante lo encontraba ridículo: uno de los grandes momentos de mi vida, cuando fui con la hija de Marshall France a la casa de la persona que había sugerido a este último el personaje más importante de mi libro predilecto..., ¡y estaba bostezando! Y antes de ello, por si fuera poco, estaba asustado; y anteriormente no dejaba de pensar en el culo de Anna. No en Anna France, la hija de..., sino en el culo de Anna France. ¿Cómo se las apañaban los biógrafos para guardar las debidas distancias con el tema sobre el que debían escribir?

—Ya está, Thomas; ya puedes entrar.

Las paredes estaban recubiertas con papel de periódico que se había vuelto amarillento y pardusco por la acción de la humedad y el tiempo. La lámpara de queroseno y la luz que entraba por la puerta abierta daban a las letras del papel el aspecto de una colonia de chinches que pululaban en las paredes. Yo conocía las fotografías que había tomado Walter Evans de los aparceros del sur, quienes habían «decorado» sus casas de igual manera; no obstante, la realidad se revelaba más triste y mísera todavía. Una mesa de madera basta, pulcramente flanqueada por dos sillas desvencijadas, se hallaba en el centro de la estancia. En un rincón había un catre de metal con una manta de lana gris plegada a los pies y una ligera almohada sin funda a la cabecera. Eso era todo: no había ni fregadero, ni cocina, ni cacharros, ni platos, ni perchas con prendas colgadas, nada de nada. Era la casa de una solitaria que estuviese a dieta estricta, o de una loca.

—La mujer que vivía en esta casa...

Afuera se oyó una voz semejante a un estampido sónico que hizo retumbar las paredes.

—¿¡Quién coño está aquí dentro!? ¡Si habéis vuelto a forzar la cerradura, cochinos cabrones, os voy a romper la puñetera cabeza!

Sonaron pasos huecos en la galería de madera y entró un individuo que llevaba una escopeta en la mano izquierda como si fuera una flor que hubiera recogido en el camino.

—¡Richard, soy yo!

—¡Rapaces de mierda...! —Estaba vuelto hacia mí, sosteniendo la escopeta atravesada en su pecho, cuando las palabras de Anna hicieron mella en sus embotadas entendederas—. ¿Anna?

—¡Sí, Richard! ¿Por qué no te molestas en mirar antes de ponerte a insultar a la gente? Es la tercera vez que ocurre. ¡El día menos pensado se te irá la mano y pegarás un tiro a alguien!

Estaba furiosa, y era evidente que ello afectaba sobremanera al tal Richard, quien, como un perro guardián que por gruñir se gana un golpe en la cabeza propinado por su dueño, se quedó completamente encogido y avergonzado. Estaba demasiado oscuro para advertirlo, pero yo habría jurado que se había puesto de mil colores.

—¡Dios mío, Anna! ¿Cómo puedo saber que eres tú la que está dentro? —gimió para defenderse—. ¿Sabes la de veces que esos puñeteros críos se han metido aquí...?

—Si *mirases* alguna vez, Richard, verías que la puerta está abierta con la llave. ¿Cuántas veces habremos de aguantar el mismo numerito? ¡Por eso echo siempre la llave cuando me voy! —Me cogió de la manga y me llevó resueltamente a la galería pasando delante de él. En cuanto estuvimos fuera me soltó.

Al salir él a su vez le reconocí. Era otro de los tipos del banquete al aire libre. Su cara de agricultor, colorada y llena de sarpullidos, tenía una expresión cansada y malévola a la vez. El pelo, que se había cortado él mismo, le caía en greñas que se agitaban alrededor de su cabezón, y la nariz y los ojos sobresalían desmesuradamente de su cara. Me pregunté un instante a qué prácticas endogámicas se habrían entregado sus antecesores.

—Richard Lee, te presento a Thomas Abbey.

Asintió con la cabeza distraídamente aunque no me estrechó la mano.

—Ayer estaba en el banquete, verdad. —Una afirmación.

—Sí, hum, estábamos allí. —No se me ocurría nada más que decirle. Quería añadir algo, pero no encontraba palabras.

—La madre de Richard era la Reina de Oil.

Miré a Anna como preguntándole: «¿Lo dices en serio?», pero ella asintió con la cabeza para reafirmar lo que acababa de decir.

—Dorothy Lee, la Reina de Oil.

Richard sonrió, enseñando una perfecta dentadura absurdamente nívea.

—En efecto. —Lo pronunció «efesto»—. Y de no haber conocido tan bien a tu padre, Anna, habría dicho que tenía un lío con mi mamá. Ya sabes a qué

me refiero..., esos dos se pasaban más tiempo que nadie en esta casa.

—Cuando estaba escribiendo *El país de las risas* mi padre venía a pie desde el pueblo a visitar a Dorothy. Se ponía sus zapatillas negras y recorría los campos por el borde de la carretera. Nadie se ofrecía nunca a llevarle porque sabían lo mucho que disfrutaba con el paseo.

Richard dejó la escopeta contra la pared y se rascó el mentón oscurecido por una barba incipiente.

—Y mi mamá sabía exactamente cuándo él iba a venir. Nos hacía salir a recoger un tazón de fresas y luego les echaba azúcar en polvo. En cuanto llegaba él se sentaban los dos aquí en la galería y se comían todas las puñeteras fresas sin dejar ni una. ¿No, Anna? Eh, ¿no es usted el que quiere escribir un libro sobre Marshall?

—De eso hemos estado hablando, Richard. Por eso le he traído, para que viese la barraca de tu madre.

Richard se volvió hacia la puerta abierta.

—Mi papá se la construyó para que de cuando en cuando pudiera hacer vida al aire libre en el bosque. Éramos tantos críos en mi familia que mi madre dijo que quería tener un sitio al que ir a descansar alguna que otra vez. Yo lo comprendía perfectamente. Tengo tres hermanas y un hermano, pero ahora soy el único que sigue viviendo en Galen. —Miró a Anna.

—Perdona, Thomas, pero tengo una cita en el pueblo dentro de media hora. ¿Quieres quedarte aquí o regresar conmigo?

No concebía echarme a vagar por el bosque de palique con Richard, si bien no se me ocultaba que más adelante querría hablar con él en el supuesto de que Anna autorizase el libro. La cena y la breve excursión que acabábamos de realizar me habían dado esperanzas, pero ella aún no se había pronunciado ni a favor ni en contra, y a mí seguía faltándome el valor de apremiarla para que diese una respuesta concreta.

—Creo que sería mejor que regresara contigo por si ha vuelto Saxony.

—¿Temes acaso que se preocupe por ti? —El tono de su voz estaba muy cerca de ser burlón.

—Oh, no, qué va. Sólo...

—No, no te apures. Llegaremos a tiempo. A tiempo para que puedas tomar el té. ¿Y tú, Richard? ¿Quieres que te lleve?

—No, he venido en mi camioneta, Anna. Tengo un par de cosas que hacer aquí. Nos veremos luego. —Se dispuso a entrar, pero entonces se detuvo y tocó la manga de Anna—. Qué fuerte lo de Hayden, ¿verdad? Después de lo de anoche es la cuarta cosa que ha ido mal. Y encima, una detrás de otra...

—Luego hablamos de ello, Richard. Y deja de preocuparte, ¿quieres? — Lo dijo en voz baja y uniforme.

—¿Que no me preocupe, dices? ¿Qué coño hace uno para *no* preocuparse? ¡Si al enterarme me cagué en los calzoncillos! Ese desgraciado de Joe Jordan se ha metido en un lío de la hostia.

Observé el semblante de Anna y vi que se iba crispando más y más conforme Richard seguía hablando.

—He dicho que hablaríamos luego, Richard. Luego. —Levantó la mano como en actitud de apartarle de un empujón. Tenía apretados los labios.

Se dispuso él a decir algo pero se quedó con la boca abierta sin articular palabra y dirigió la vista hacia mí. Entonces parpadeó y sonrió como si hubiera caído en la cuenta de algo que lo explicaba todo.

—¡Pues claro! ¡Dios mío, buen bocazas estoy hecho! —Se sonrió y meneó la cabeza—. Perdóname, Anna. Ojo con ella, compañero; hay veces en que se pone de lo más gruñona con uno.

—Vamos, Thomas. Ya nos veremos, Richard.

El camino era bastante ancho para que camináramos juntos.

—Anna, aquí pasan algunas cosas que no acabo de entender.

Ella no se detuvo ni se volvió a mí.

—¿Como cuáles? ¿Te refieres a lo que estaba diciendo Richard? —Se pasó la mano por el pelo mostrándome fugazmente su frente sudorosa. Ver sudar a una mujer me encanta. Es una de las cosas más incitantes y eróticas que se me ocurren.

—Sí, a lo que Richard estaba diciendo. Y esta mañana la señora Fletcher no paraba de preguntarme si ese niño, Hayden, se estaba *riendo* cuando le atropelló la camioneta.

—¿Todavía hay más?

—Sí, hay más. El individuo que le atropelló, ¿Jordan? ¿Joe Jordan? Repetía una y otra vez que no tenía que ser él, y que ya nadie sabía nada. — No pretendía acuciarla, pero tenía ganas de averiguar lo que estaba ocurriendo.

Ella aminoró el paso y dio un puntapié a una piedra. Ésta hizo carambola a otra, que fue a parar al bosque.

—Está bien, te lo diré. En estos últimos seis meses se han producido varios sucesos lamentables en el pueblo. Un hombre se electrocutó, un tendero fue muerto a tiros en un atraco, una anciana quedó ciega anoche, y por último lo de hoy con el niño. Galen es el Pueblo Aletargado, Thomas. Estoy segura de que lo has notado ya. Aquí nunca pasa nada. Es la clase de

lugar sobre el que se hacen chistes cuando se habla de los palurdos. Tú ya me entiendes: «¿Cómo pasáis el rato los de aquí? Pues..., pescamos ¡legalmente!, o vamos a la barbería, contemplamos al barbero cortar el pelo a los clientes». Y de pronto, empiezan a ocurrir esas atrocidades.

—Pero ¿a qué se refería Joe Jordan al decir que no tenía que ser él?

—Joe Jordan es Testigo de Jehová. ¿Conoces algo de ellos? Se creen que son los elegidos. Dios no permitiría jamás que le ocurriera una cosa así a ninguno de ellos; por otra parte, ¿qué dirías tú si hubieras atropellado mortalmente a un niño?

—¿Ha muerto el niño?

—No, pero morirá. Es decir, es muy posible que muera, según los comentarios que he oído.

—De acuerdo; eso tiene sentido, pero por otro lado, ¿qué llevó a la señora Fletcher a preguntarme si el niño se estaba riendo antes de que le atropellaran?

—Goosey Fletcher es la anciana loca de Galen. Seguro que ya te habrás dado cuenta. Mangonea a todo el mundo, hace preguntas absurdas y se siente muy a gusto con su cabecita a pájaros, bendita sea. Tras la muerte de su marido estuvo tres años internada en un manicomio.

Habíamos llegado ya a la autocaravana y ella se dirigió a la parte posterior para dejar subir a los perros. Tal y como lo explicaba Anna, parecía todo bastante lógico. Sí, parecía una explicación inmejorable. Así pues, ¿por qué me di la vuelta y miré por última vez, largamente, en dirección al bosque? Porque no ignoraba que todo cuanto había dicho era, por una u otra razón, una sarta de mentiras.

Nos dejó a Clavos y a mí ante la casa de la señora Fletcher y dijo que me llamaría dentro de uno o dos días. No se comportó con brusquedad, aunque tampoco se mostró encantadora.

En cuanto llegué a la galería apareció Saxony detrás de la puerta de tela metálica.

—¡Ah, querida! ¡Eres una aparición vestida de enrejado!

—¿Has estado con Anna?

—Espera. —Quitó la correa a Clavos y éste se sentó en el primer escalón

—. Sí. Me ha llevado a la casa de la Reina de Oil.

—¿Qué? —Abrió la puerta y salió a la galería.

—Sí. Una vieja llamada Dorothy Lee, quien según parece inspiró a France el personaje de la Reina. Vivía en una ruinoso cabaña que está a tres o cuatro millas del pueblo, en un bosque frondoso. Anna pasó por aquí y me preguntó

si querría verla. La estuve viendo hasta que se presentó el hijo de Dorothy Lee, que casi nos pega un tiro por entrar sin derecho en la propiedad. Richard. Me recordó a Lon Chaney hijo en *La fuerza bruta*. «Cuéntame lo de los conejos, George». Un tipo de éstos, ya sabes.

—¿Cómo era la casa?

—Nada. Una chabola desvencijada, empapelada con periódicos viejos. Muy poco sugerente.

—¿Dijo Anna algo más respecto al libro?

—No, ni una palabra, maldita sea. Mira, me da en la nariz que se está cachondeando de lo lindo. No hace más que contar cosas de su padre, y no cesa de repetir: «He aquí otro detalle para tu libro». Pero no hay manera de que diga de una vez si me lo dejará escribir o no.

Saxony cambió de postura y se esforzó por dar a su voz un tono despreocupado. Su tentativa fallida me inspiró un gran cariño.

—¿Qué opinión te merece Anna? Personalmente, quiero decir.

Reprimí una sonrisa y pasé la mano por su pecosa mejilla. Vi que se había puesto un poco morena yendo de compras. Se apartó bruscamente y me agarró la mano. Aun así sonreí igualmente.

—No, Thomas, en serio, venga, no te hagas el gracioso. Ya sé que la encuentras atractiva, así que no digas mentiras.

—¿Por qué tengo que decir mentiras? Desde luego, no es en absoluto como David Louis la describió. Dios mío, me hizo pensar que íbamos a encontrarnos con Lizzie Borden.

—¿Así que te es simpática? —Seguía agarrándome de la mano.

—De momento, sí. —Me encogí de hombros—. Pero te diré una cosa, Sax. También creo que en este pueblo está sucediendo algo muy raro que no me gusta demasiado.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, ¿sabías que...? —Me callé en el último momento y bajé la voz reduciéndola a un susurro—. ¿Sabías que Goosey Fletcher estuvo tres años en el manicomio?

—Sí, me lo dijo hoy cuando fuimos de compras.

—¿Ah sí?

—Ajá. Empezamos a hablar de películas a causa de tu padre, y me preguntó si había visto *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Dije que sí, y entonces me explicó que hace tiempo había estado en un manicomio. Lo dijo como quitándole importancia.

—Hummm. —Retiré la mano de la *suya* y jugueteé con la correa del perro entre los dedos.

—Pero ¿qué importancia tiene eso?

—¿Qué has comprado para almorzar?

—Toda clase de deliciosos manjares. ¿Tienes hambre?

—Estoy famélico.

Hago los bocadillos calientes de queso más deliciosos del mundo, sin excepción. Mientras me atareaba por la cocina reuniendo los ingredientes para confeccionarnos un par de obras maestras, la puse al corriente de mi idilio forestal con Anna.

—¡Qué bien, has comprado pan integral! A ver, a ver, a ver, un poquitín de mantequiiii-ya...

—¿De verdad crees que Richard Lee os habría disparado?

—Saxony, no solamente lo creo, sino que además tengo varias manchas de sudor que lo demuestran. Ese individuo hablaba en serio.

—Thomas, tú me dijiste que Anna había echado a David Louis con cajas destempladas, según esa extravagancia que te contó él mismo, y que le mandaba cartas insultantes cada vez que se le ocurría enviar a alguien al pueblo para que escribiese acerca de su padre, ¿verdad?

—Louis no comisionaba a nadie, Sax; se limitaba a contestar las preguntas que le formulaban quienes acudían a él. Todos los que se dirigieron a Anna lo hicieron por la propia voluntad, igual que nosotros.

—De acuerdo, lo hicieron por la propia voluntad. Pero ¿acaso no dijo que cuando Anna recibía alguna de tales visitas le mandaba cartas diciéndole que era culpa *suya* y que no tenía ningún derecho a enviar a nadie?

Asentí con la cabeza y golpeé la mesa de la cocina con la espátula.

—De acuerdo; pues a ver si me contestas a eso: ¿por qué es tan amable contigo? Si tanta ojeriza tiene a los biógrafos, ¿por qué nos invitó a cenar y te llevó esta mañana a la casa de la Reina de Oil?

—Ése es uno de los misterios a los que antes me refería, Sax. O David Louis está tarumba perdido, o simplemente detesta a Anna por motivos que ignoramos. Hasta ahora, casi todo lo que dijo de ella ha resultado ser falso.

—Pero recuerda que anoche mintió varias veces respecto a su padre, ¿verdad? —Lo dijo en tono triunfal.

—Sí, mintió. Nos recibió con los brazos abiertos y luego empezó a soltar embustes al hablar de él. —Lancé al aire la espátula y la atrapé por el mango —. Es mejor que no me hagas ciertas preguntas, querida, yo estoy aquí por cuestiones de trabajo, nada más.

—Es interesante, ¿sabes? —Se acercó al armario y sacó dos platos de color azul claro.

—Sssí. —Extraje los bocadillos de la sartén en el momento preciso y los deposité sobre un trozo de papel de cocina para absorber el aceite sobrante. El secreto del perfecto queso caliente.

Durante los días posteriores no ocurrió nada digno de mención. Me dediqué a investigar por el pueblo y a conversar con los vecinos. Todo el mundo era muy amable, si bien nadie me dijo cosa alguna que no supiera ya. Marshall France era un muchacho excelente que gustaba de tumbarse a la bartola y charlar como cualquier otro mortal. Le desagradaba ser famoso, sí señor; era un hombre muy de casa que tal vez mimaba un poco a su hija de cuando en cuando, pero ¿para qué sirve un padre si no?

Fui a la biblioteca del pueblo y releí todas sus obras. La bibliotecaria era una anciana con gafas de montura de piedra falsa, color rosáceo de concha de ostra, y abultadas mejillas cubiertas de colorete. Iba y venía afanosamente, como si tuviera un millón de cosas que hacer por minuto, pero acabé por darme cuenta de que tanto ajeteo no era sino aparente y lo que de verdad le gustaba era sentarse detrás de su gran mesa de roble y entregarse a la lectura.

Un par de chavales se dedicaban a plagiar artículos de la *Enciclopedia del Mundo del Libro*, y una joven guapísima tenía la cara pegada a un ejemplar de *Mecánica Popular* del mes anterior.

Repasé todos los libros de France con una lupa mental para intentar establecer paralelos entre ellos y Galen, pero la búsqueda resultó infructuosa. Di por sentado que lo que France hacía al escribir era tomar una pizca de realidad y luego transformarla radicalmente para sus propios fines. Así pues, la señora Lee no había sido más que un puñado de arcilla humana con la que él había modelado la Reina de Oil.

Cuando di por terminada la investigación me aparté de la mesa y me froté la cara. Estaba trabajando en la sala de revistas, y al entrar había reparado con sorpresa en que los estantes de la misma estaban provistos de un magnífico surtido de revistas de literatura. Me levanté para coger un ejemplar de *Antaeus*. Mis ojos se encontraron con los de la bibliotecaria y ésta curvó el dedo indicándome que me acercara a su mesa. Me sentí como un arrapiezo al que acaban de pillar haciendo ruido detrás de la estanterías.

—¿Es usted el señor Abbey? —susurró severamente.

Asentí con la cabeza y sonreí.

—Le haré un carnet provisional, si quiere. Así podrá retirar los libros en vez de tener que leerlos aquí.

—Oh, eso no es ningún inconveniente; gracias, de todos modos. Es una sala muy acogedora para trabajar.

Me imaginé que mi simpatía le arrancararía al menos una sonrisa, pero la bibliotecaria siguió mostrándose orgullosamente ceñuda. Tenía unas finas arrugas verticales debajo de la nariz, como resultado de haberse pasado la vida con los labios fruncidos. Todos los objetos de su mesa se hallaban asimismo en perfecto orden. Tenía las manos cruzadas ante sí, y al hablar no tamborileaba con los dedos ni hacia ademán alguno. Estaba convencido de que asesinaría a cualquiera que colocase un libro en el estante incorrecto.

—Anteriormente vinieron otras personas que querían escribir acerca de Marshall, ¿sabe usted?

—¿Sí?

—A Anna le resultaron antipáticos todos ellos, especialmente el individuo que quería escribir su biografía. Era tan grosero... —Meneó la cabeza y chascó la lengua.

—¿Era el que venía del este? ¿El de la universidad de Princeton?

—Sí, era el que se proponía escribir la biografía de Marshall. ¿Se imagina? Me han dicho que Princeton es una excelente universidad, pero si todos los que salen de ella licenciados son como aquel individuo no les voy a dar mi voto.

—¿Se acuerda acaso de cómo se llamaba?

La bibliotecaria ladeó la cabeza y levantó de la mesa una mano regordeta. Golpeándose suavemente la barbilla con el dedo, no me quitaba el ojo de encima.

—¿De cómo se llamaba? No, no se le pregunté nunca y él tampoco me lo dijo. Entró aquí con grandes ínfulas y se puso a hacerme preguntas sin dignarse siquiera decirme por favor. —De haber sido ella un pájaro, en aquel momento se le habrían ahuecado las plumas—. Parece ser que se comportaba igual con todos los del pueblo. Yo digo siempre que se puede ser maleducado, pero no en mi casa.

Ya me imaginaba a aquel sujeto repelente de Princeton, con su maletín Mark Cross, un magnetófono Sony y un plazo para la presentación de su tesis, yendo de puerta en puerta intentando sonsacar información a todo el mundo y sin alcanzar el más mínimo resultado, puesto que la gente no tenía ganas de dejarse sonsacar.

—¿Le gustaría ver uno de los libros preferidos de Marshall France, señor Abbey?

—Me encantaría, si no es una molestia para usted.

—Vaya, en eso consiste mi trabajo, ¿no? En ir a buscar libros para la gente.

Salió de detrás de la mesa y se encaminó hacia las estanterías del fondo. Supuse que se estaba dirigiendo a la sección infantil, por tanto me quedé desconcertado cuando se detuvo frente a la estantería con el rótulo «Arquitectura». Miró alrededor cuidadosamente para asegurarse de que no había nadie cerca.

—Entre nosotros, señor Abbey: creo que le permitirá intentarlo. A juzgar por lo que he oído, se lo va a permitir.

—¿Ah, sí? —No estaba seguro de saber a qué se refería. Su voz se había reducido otra vez al mismo susurro que empleara antes—. ¿Se refiere usted a Anna?

—Sí, sí. Por favor, no hable tan alto. Apostaría cualquier cosa a que le permite intentarlo.

Aun proviniendo de tan extraña comunicante, era una noticia alentadora. Lo que no me explicaba era por qué habíamos tenido que trasladarnos hasta el final de la biblioteca para que me dijera que, según su opinión, Anna me permitiría escribir el libro.

Alguien se asomó por el ángulo de la estantería y nos lanzó una mirada. La bibliotecaria alargó la mano y extrajo un libro sobre estaciones de tren.

—¡Éste es el que buscaba! Aquí lo tiene. —Abrió el libro por la contraportada y, sin lugar a dudas, France lo había sacado cinco o seis veces. En la tarjeta figuraban muy pocos nombres más. Apenas el otro lector cogió el volumen que le interesaba y se marchó, la bibliotecaria cerró el libro sobre estaciones de tren y me lo puso debajo del brazo—. Salga llevándolo así. De este modo nadie sospechará que hemos estado hablando aquí detrás. —Miró alrededor y atisbo por entre una estantería hacia el pasillo contiguo antes de volver a decir nada—. Lo único que sé es que le toca a Anna decidirlo. Todos lo sabemos. Pero cuesta mucho no estar impacientes. Desde que... —El sonido de pasos que se acercaban hizo que volviera a interrumpirse en mitad de la frase. Y esta vez no pudo continuar, puesto que apareció una joven acompañada de una niña pequeña y pidió un libro sobre la cría de los peces de colores que no había sabido encontrar.

Llevé mi libro a la mesa de la sala de revistas y empecé a hojearlo. Una fotografía tras otra de estaciones de tren americanas.

La persona que redactó los textos complementarios se excedía un poco en su entusiasmo por cosas tales como la «magnificencia» de la estación de Wainer, Mississippi, una «obra maestra del período anterior a la guerra civil», con sus tres taquillas en vez de una. No obstante, me pasé un buen rato con la nariz metida en el libro porque por un lado me imaginaba a France haciendo lo mismo, y por otro era un tema que le había interesado por motivos que de momento desconocía. Me acordé de Lucente explicándome lo de sus paseítos dominicales en tren, y de las postales de estaciones que tenía en su casa. La tercera vez que inspeccionaba el libro pasé la hoja de Derek, Pennsylvania. Al cabo de medio segundo abrí los ojos desmesuradamente y volví atrás con frenesí, temeroso de no encontrarlo ya. Pero lo encontré. Alguien había hecho numerosas anotaciones en lápiz a lo largo del margen de la página. Yo no había visto más que un par de veces la caligrafía de France, pero se trataba indudablemente de la suya. Las mismas letras esmeradas y picudas. Tales anotaciones no tenían nada que ver con Derek, Pennsylvania, ni con su estación de tren. Diríase que el escritor, en un arrebató de genuina inspiración artística, había apuntado la idea que se le acababa de ocurrir en el único papel que tenía a mano.

Era una descripción de un personaje llamado Inkler. Algunas de las palabras no conseguí descifrarlas, aunque, en esencia, Inkler era un austríaco que decidió dar la vuelta al mundo a pie. A fin de reunir dinero para su viaje, se hizo imprimir unas postales en las que se veía su fotografía y la del bulterrier que se llevaría consigo de acompañante. Debajo de la fotografía estaba escrito el nombre de Inkler, de dónde era, lo que se proponía hacer, la distancia a recorrer (sesenta mil kilómetros), que se tardaría cuatro años, y que la postal era su forma de reunir dinero para el viaje. ¿Querría usted donar un poco para esta noble empresa?

Había anotaciones referentes al aspecto que tendría, el nombre del perro y su descripción, los sitios por donde pasarían, y algunas de las aventuras que correrían por el camino. La tarjeta del libro estaba fechada el 13 de junio de 1947.

Lo copié todo en mi libreta. Me daba cuenta de que, por primera vez, había descubierto verdaderamente un tesoro oculto. En ninguno de los libros de France aparecía un personaje llamado Inkler, por tanto era yo la única persona en el mundo que sabía de su existencia. Estaba tan celoso de mi hallazgo que durante unos momentos dudé si contárselo o no a Saxony. Era mío y de Marshall France... Pero se impuso la bondad y se lo conté. También ella se entusiasmó, y juntos pasamos un segundo día feliz en la biblioteca,

estudiando detenidamente los demás libros que, según la bibliotecaria, le gustaban. No efectuamos ningún descubrimiento más, si bien con el amiguito Inkler teníamos de sobra.

Al otro día estábamos en la cocina tomando el desayuno, cuando me pregunté en voz alta de dónde sacaría France los nombres de sus personajes. Era un detalle de sus libros que me gustaba particularmente.

Saxony iba por la mitad de una tostada cubierta de mermelada de naranja. Tomó otro bocado y dijo entre dientes:

—Del cementerio.

—¿Qué dices? —Me levanté y me serví otra taza de la horrible manzanilla que había comprado Saxony. Mi madre solía utilizarla para darse baños de pies. Sin embargo, era preferible beber manzanilla a una especie de café descafeinado dietético procedente de Urano que Saxony había adquirido aconsejada por la señora Fletcher.

Se sacudió las manos esparciendo migajas por todos lados.

—Sí, del cementerio. El otro día fui a dar una vuelta por el pueblo para reconocer el terreno. Después de la oficina de correos hay una iglesia muy bonita que me recordó una de esas iglesias antiguas que tanto abundan en Inglaterra y que se ven en los calendarios o en las postales. Ya sabes a cuáles me refiero: sombrías y majestuosas, con un muro de piedra alrededor... Me pareció interesante, así que la recorrí entera y me fijé en que había un pequeño cementerio en la parte de atrás. Cuando era pequeña hacía muchísimos calcos de lápidas con un papel y un lápiz, por eso siempre me han interesado los cementerios.

Sentándome a la mesa empecé a mover las cejas arriba y abajo como Peter Lorre.

—Ji..., ji. ¡Jiiii! A mí también, querida. ¡Las ratas y las arañas! ¡Las arañas y las ratas!

—Oh, basta ya, Thomas. ¿Nunca has hecho calcos de lápidas? Son preciosos. *Thomas*, ¿quieres parar de hacer el tonto? Es una imitación maravillosa, ¿vale? Eres un vampiro fabuloso. ¿Quieres que te lo cuente o no?

—Sí, querida.

Introdujo dos rebanadas más de pan integral en la tostadora. Algunas veces, a juzgar por su modo de comer, me preguntaba si no habría pasado hambre en una existencia anterior.

—Me puse a deambular por el cementerio, pero al cabo de unos momentos noté que algo extraño ocurría. Luego me di cuenta de qué se

trataba. Todos los nombres que vi en las lápidas, o casi todos, eran los de los personajes de *La noche corre tras Anna*.

—¿De veras?

—Así es. Leslie Baker, Dave Miller, Irene Weigel... Estaban allí todos.

—No es posible.

—Sí. Iba a volver con una libreta para apuntarlos pero luego pensé que seguramente tú también querrías ir, conque preferí contártelo.

—¡Es fantástico, Saxony! ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Alargó la mano por encima de la mesa y cogió la mía. Cuanto más estábamos juntos, tanto más parecía que le gustaba tocar y que la tocasen. Y no siempre de manera sensual o cariñosa, sino que bastaba un simple toque, un leve contacto eléctrico de uno o dos segundos para hacer sentir uno su presencia al otro. A mí también me gustaba. Pero la faena es la faena, y lo de France era un asunto importante, de modo que la hice engullir lo que quedaba de su tostada y nos dirigimos al cementerio.

Al cabo de quince minutos nos hallábamos frente a la Iglesia de San José. De pequeño tenía muchos amigos católicos quienes al pasar por delante de alguna iglesia de su confesión se santiguaban siempre. Yo no quería ser menos, así que les pedí que me enseñaran a hacerlo; de este modo seguía su ejemplo cada vez que pasábamos juntos ante una iglesia. Cierta día iba en coche con mi madre y pasamos frente a Santa María; yo, como el buen católico que no era, me santigüé inconscientemente delante de los aterrados ojos metodistas de mi madre. Tras ese incidente mi psicoanalista se rompió los cascos durante varias semanas tratando de sonsacarme el origen de mi impulso.

Mientras Saxony y yo contemplábamos la iglesia se abrió la puerta y salió de ella un sacerdote. Bajó rápidamente la escalinata de piedra y saludándonos con una breve y protocolaria inclinación de cabeza, siguió adelante a toda prisa. Me di la vuelta y vi que subía a un Oldsmobile Cutlass color granate.

Saxony enfiló hacia la iglesia y yo la seguí. Hacía un día especialmente agradable. El ambiente estaba fresco; un fuerte aire, soplando en ráfagas persistentes, había agitado los árboles levantando polvo estival por doquier. Asimismo, había dispersado las nubes del cielo como en una película acelerada. El sol era un sello de radiante nitidez en medio de un sobre azul cobalto.

—¿Vienes o no? No tengas miedo, los hombrecillos de debajo de las tumbas no te morderán.

—Sí, señora. —La alcancé y le cogí la mano.

—Mira. —Señaló una lápida con el pie.

—¡Ja! Brian Taylor. ¡Qué te parece! Fíjate: Anne Megibow. Caray, están todos aquí. Sax, ¿por qué no empiezas a apuntar los nombres mientras yo voy a echar un vistazo?

A decir verdad, no me alegré mucho con el descubrimiento. Fuera o no una actitud romántica, deseaba que las obras de mis artistas predilectos se debieran, en todas sus facetas, al dictado de su inspiración. Tramas, escenarios, personajes, nombres..., deseaba que todo fuera completamente suyo, que todo proviniera únicamente de ellos; no de un cementerio, de la guía telefónica o de un periódico. No sé por qué, pero tal cosa revestía a France de una excesiva humanidad.

De cuando en cuando, alguna admiradora febrilmente devota burlaba la vigilancia del guarda jurado que teníamos en nuestra casa de California. La historia favorita de mi padre se titulaba «La mujer que tocó el timbre». Tan furiosamente lo tocó que mi padre fue a abrir convencido de que se trataba de alguna emergencia. Tenía por norma no acudir nunca a la puerta, pero aquella vez hizo una excepción. La mujer, que llevaba una fotografía suya de veinte por veinticinco, lanzó una mirada a su ídolo y al punto retrocedió tambaleándose. «Pero ¿por qué eres tan *bajo*?», exclamó con la voz quebrada, y se la llevaron a rastras deshecha en llanto.

Saxony estaba en lo cierto respecto a las lápidas fascinantes y hermosas de un modo patético. Las inscripciones sugerían dolorosos trances: bebés nacidos el 2 de agosto, fallecidos el 4 de agosto. Hombres y mujeres cuyos hijos murieron mucho antes que ellos. Era tan fácil imaginarse a un matrimonio de edad madura sentado en el comedor de una casa gris y reducida, en silencio permanente, con fotografías de sus hijos muertos en la repisa de la chimenea. E incluso puede que la mujer llamara «señor» a su marido durante todos los años de su vida en común.

—¿Thomas?

Estaba yo enderezando un jarrón de flores que descansaba sobre una lápida mortuoria cuando me llamó Saxony. Creo que antes habían sido caléndulas, pero actualmente parecían ajadas bolitas de papel de crep.

—Thomas, ven aquí.

Saxony se encontraba en el otro extremo del cementerio, que estaba en declive hacia ella, agachada junto a una de las tumbas y balanceándose con una mano detrás apoyada en el suelo. Me puse en pie y mis rodillas crujieron como palos resecos. Don Atlético.

—No sé si te vas a alegrar mucho por esto. He aquí tu amigo Inkler.

—Oh, no.

—Sí. Gert Inkler. Nacido en 1913, fallecido en mil novecientos... Espera. —Extendió la mano y frotó la superficie de la lápida rosado grisácea—. Fallecido en 1964. No era tan viejo.

—Eso es lo que consigue después de recorrer medio mundo. ¡Coño! Estaba seguro de que habíamos hecho un descubrimiento importantísimo. Un personaje de Marshall France que nunca apareció en ninguna de sus obras. Y ahora resulta que no es más que un fiambre en el cementerio del pueblo.

—Cuando hablas así te pareces a Humphrey Bogart. «Un fiambre en el cementerio».

—Pues no intento parecerme a él, Saxony. Perdóname por ser tan poco original. No somos grandes creadores, ¿lo sabías?

—Ay, cállate, Thomas. A veces sólo te metes conmigo para ver si le pego un mordisco al anzuelo.

—Metáfora híbrida. —Me levanté y me froté las manos contra las piernas para quitarme la tierra.

—*Perdone*, señor profesor.

Cambiamos con desgana unos cuantos insultos hasta que Saxony vio algo detrás de mí y se calló. En realidad, no sólo se calló; sus facciones se apagaron como si las hubiera desconectado.

—Es un sitio muy agradable para venir a merendar.

Ya sabía quién era.

—Hola, Anna.

En esta ocasión vestía camiseta blanca, flamantes pantalones caquis y sus zapatillas desastradas: un bombón.

—¿Qué hacéis aquí?

¿Cómo supo que estábamos allí? ¿Por casualidad? El único que nos había visto, diría yo, era el sacerdote, y de eso hacía sólo unos minutos. Aunque la hubiera llamado por teléfono y se lo hubiera dicho, ¿cómo habría venido tan deprisa? ¿En cohete?

—Estamos investigando un poco. Thomas descubrió de dónde sacó tu padre los nombres de los personajes de *La noche corre tras Anna*. Me ha traído para enseñármelo.

La cabeza me giró sobre el cuello como la de Linda Blair en *El exorcista*. ¿Lo había descubierto Yo?

—¿Y os sorprendió?

—¿Si nos sorprendió? Ah, ¿esto? Sí. No. Hum, sí, creo que sí. —Estaba intentando explicarme por qué había mentido Saxony. ¿Se proponía hacerme

quedar bien delante de los fríos ojos de Anna?

—¿De quién es la tumba que estáis mirando? ¿De Gert Inkler? Mi padre no lo utilizó en ninguno de sus libros.

—Sí, ya lo sabemos. Es el que dio la vuelta al mundo a pie. ¿Lo llegó a hacer alguna vez?

La sonrisa se borró instantáneamente de su cara. Y por Dios que sus ojos se volvieron pequeños y malignos.

—¿Cómo lo supisteis?

—Por *Estaciones de tren de América*.

Mi respuesta no devolvió la alegría a su semblante. Su mirada me recordó la que tuviera el otro día en el bosque, cuando trató de aquella forma a Richard Lee. No era exactamente la sulfurosa agresividad que había descrito David Louis, sino más bien una cólera contenida y glacial.

—La bibliotecaria del pueblo me prestó un libro que le gustaba a tu padre. El de las estaciones de tren de América. Lo estuve hojeando y encontré una descripción de Inkler en el margen de una página. La tengo en casa, si quieres verla.

—Veo que ya empezáis a documentaros en serio, vosotros dos. Pero ¿y si no autorizo la biografía?

Primero me miró a mí, directamente a los ojos, y luego dirigió la vista por encima de mi hombro hacia Saxony.

—Si fueras contraria a dejárnosla escribir, ¿por qué entonces nos habrías tratado con tanta amabilidad desde un principio? David Louis dijo que eras un monstruo.

La entrañable Saxony. Tan diplomática ella, tan sensible, siempre con el cumplido justo en el momento preciso. La diplomática de nacimiento.

Tuve el impulso de cubrirme la cabeza con las manos para protegerme de la Guerra de los Titanes, pero, de milagro, ésta no llegó a desencadenarse. Por toda respuesta, Anna sorbió por las narices, se metió las manos en los bolsillos, y se puso a cabecear como una muñeca con la cabeza sujeta por un muelle. Arriba y abajo, arriba y abajo...

—Saxony, tienes razón. He de admitir que a veces me divierto mofándome de la gente. Quería comprobar cuánto tiempo seríais capaces de resistir mis bromitas sin mosquearos y *preguntarme* simplemente si podías escribir el libro.

—Está bien, ¿lo podemos escribir? —Quería que la pregunta sonara enérgica, persuasiva, pero salió medrosa de mi garganta, como si tuviera miedo de la luz del día.

—Sí, podéis escribirlo. El libro es todo vuestro. Si no me guardáis rencor os ayudaré en todo lo que pueda. Estoy segura de que os puedo ayudar de muchas maneras.

Sentí una oleada de triunfo. Me volví hacia Saxony para ver qué efecto le había hecho. Esbozó una sonrisa, cogió una piedrecita blanca y me la tiró a la rodilla.

—¿Y bien, señorita Guapetona?

—¿Y bien, qué? —Cogió otra piedra y la arrojó.

—Bien, creo que ya estamos listos. —Alargué la mano y cogí de nuevo la de Saxony. Ella me la apretó y sonrió. Luego se volvió hacia Anna y le sonrió. La hija de France estaba más encantadora que nunca, pero aquel momento era sólo de Saxony y mío, y quería que ella supiera lo contenta que estaba de que hubiera llegado y de que estuviese conmigo para compartirlo.

8

—Tened cuidado de no romperos el cuello al bajar la escalera. Mi padre no se cansaba de repetir que algún día la arreglaría, pero como podéis comprobar no cumplió su promesa.

Anna llevaba la linterna, pero iba delante de Saxony, quien iba delante mío. En consecuencia, lo único que veía yo del débil haz amarillento era una recta serpiente de luz que iba de un lado a otro coleteando entre sus piernas.

—¿Por qué todos los sótanos huelen igual? —Tendí la mano y toqué la pared para no perder el equilibrio. Estaba desmenuzable y mojada. Me acordé del olor que reinaba en la casa de la Lee en el bosque.

—¿Cuál es ese olor?

—Como el de un vestuario maloliente después de que los jugadores se hayan duchado repetidas veces.

—No, allí huele a limpio. Los sótanos tienen un olor reservado y secreto.

—¿Reservado? ¿Cómo puede una cosa tener un olor reservado?

—¡Lo que sé de cierto es que no huele a vestuario!

—Un momento, que enciendo la luz.

Se oyó un chasquido, y entonces una luz de color amarillo pis, semejante a la de la linterna, alumbró el amplio recinto cuadrado.

—Ojo con la cabeza, Thomas, el techo es muy bajo.

Me encorvé y miré la estancia. En un rincón asomaba una caldera de color verde militar. Las paredes eran de yeso blanco, ásperas y desiguales. El pavimento carecía de baldosas y era prácticamente de tierra. No había muchas cosas allá abajo, aparte de varios atados de viejas revistas. *Pageant*, *Coronel*, *Ken*, *Stage*, *Gentry*. Ninguna de ellas me sonaba de nada.

—¿Qué hacía tu padre aquí?

—Dentro de un momento os lo enseñaré. Seguidme.

Apenas echó a andar, me fijé por primera vez en una puerta abierta que por lo visto llevaba a otra habitación. Se oyó el ruido seco de un interruptor y pasamos a ella.

Había en la pared una pizarra de unos noventa centímetros de alto por un metro ochenta de largo. Llevaba un portatizas acoplado a un extremo, repleto de largos pizarrines blancos por estrenar. Al verla me sentí como en casa.

Tuve que refrenar mi deseo vehemente de acercarme a ella y apuntar una oración.

—Aquí es donde empezaba todos sus libros. —Anna cogió un pizarrín y se puso a garrapatear en medio del encerado. Una especie de tosca versión de Snoopy, de las historietas de los *Peanuts*.

—Me pareció que dijiste que trabajaba en el piso superior.

—Así es, pero sólo después de haber trazado un esquema de todos sus personajes en esta pizarra.

—¿Lo hacía en todos sus libros?

—Sí. Se pasaba varios días escondido aquí abajo creando su siguiente universo.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Aseguraba que siempre tenía en la mente un personaje principal. Para *El país de las risas* era La Reina de Oil, la madre de Richard Lee. Apuntaba su nombre en lo alto de la pizarra y luego ponía una serie de nombres de otras personas debajo.

—¿Nombres de personas verdaderas o que se había inventado?

—De personas verdaderas. Decía que si de entrada pensaba en personas verdaderas, las cosas que le interesaba utilizar de su carácter se le ocurrían luego inmediatamente.

Escribió «Dorothy Lee» en la pizarra, y debajo «Thomas Abbey». A continuación trazó una flecha junto a cada nombre. A la derecha del primero escribió «La Reina de Oil», y «Biógrafo de papá» junto al mío. Su letra no se parecía ni por asomo a la de su padre: era garabatososa, ancha, y poco clara; en definitiva, el tipo de letra que, de encontrarla en un trabajo de algún alumno mío, la comentaría en una nota a pie de página.

Entonces, debajo de «Thomas Abbey-Biógrafo de papá», apuntó: Padre famoso, Profesor de inglés, Inteligente, Inseguro, Optimista. ¿El poder? Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir con lo de «el poder»?

Ella indicó con un movimiento de la mano que mi pregunta no venía al caso.

—Un momento. Lo estoy haciendo tal como él. A las cosas que ignoraba, o no sabía si le serían de utilidad, les ponía un interrogante al lado.

—Las demás características que has apuntado, ¿se refieren a mí también? Inseguro, optimista...

—De ser mi padre, yo anotaría lo que opinara de ti y lo que considerase bastante interesante para utilizarlo. Lo que he puesto no es más que mis

propias impresiones. No te has enfadado conmigo, ¿verdad?

—¿Quién, yo? Nooo. Qué va. Nooo. Qué...

—Vale, Thomas, te he comprendido perfectamente.

—Nooo. Qué...

—¡*Thomas!*

Anna miró a Saxony; Supongo que no me creía.

—¿Está enojado conmigo?

—No. Me parece que lo único que le ha fastidiado es lo de «inseguro» y «padre famoso».

—Debes tener presente que yo no soy mi padre. Si él tuviera la intención de incluirte en uno de sus libros, es probable que te viera desde una óptica completamente distinta.

—En serio, Anna, creo que ésta sería una forma estupenda de empezar el libro. En el prólogo me limitaría a describir a tu padre bajando por esa inestable escalera, a solas, encendiendo las luces, y poniéndose a trabajar en una de sus obras ante la pizarra tal como nos has explicado. Las páginas iniciales son tanto el principio de su libro como el del mío. ¿Qué te parece?

Ella dejó la tiza por primera vez y borró al Snoopy con la palma de su mano.

—No me convence.

—Yo creo que es una idea excelente, Thomas. —No sabía si Sax lo había dicho porque le gustaba de veras o solamente porque quería llevarle la contraria a Anna.

—Pero a ti no te gusta, Anna.

Anna se volvió de la pizarra y se sacudió las manos para limpiárselas.

—Todavía no sabes nada, Thomas, y ya estás intentando exponer truquitos ingeniosos para utilizarlos en...

—No era mi intención ser ingenioso, Anna. Pensaba de buena fe que...

—Déjame terminar. Si te permito escribir ese libro, Thomas, debes proceder con sumo cuidado y cariño. ¿Tienes idea de la cantidad de biografías espantosas que he leído, en las que ni siquiera se consigue tratar el tema con un mínimo de viveza, y mucho menos hacerlo atrayente o fascinante? No puedes imaginar la importancia que concedo a que ese libro esté bien hecho, Thomas. No me cabe duda de que tienes bastante estima a mi padre para querer hacerlo correctamente, así que las mañas literarias, sean cuales sean, están excluidas. Las mañas literarias, las omisiones o los párrafos que empiecen con «Veinte años después...». No puede haber nada por el estilo. Tu libro debe tenerlo todo, de lo contrario él no...

Su diatriba había sido tan apasionada, sincera y potente que cuando se detuvo a media frase me cogió desprevenido.

Tragué saliva.

—¿Anna?

—¿Sí?

Saxony me interrumpió.

—Anna, ¿estás segura de que quieres que Thomas escriba ese libro? ¿Estás completamente segura?

—Sí, ahora sí. Convencida del todo.

Respiré profundamente y expulsé el aire con fuerza, esperando que de algún modo disminuyera la tensión que flotaba en el ambiente, de potencia comparable a la de una bomba atómica.

Saxony fue a la pizarra, cogió una tiza y se puso a hacer un dibujo junto a donde estaban escritos mi nombre y el de la señora Lee. Yo ya sabía que era una buena dibujante por los bocetos que había visto de sus títeres, pero con éste se superó.

La Reina de Oil —una rápida y lograda versión de la famosa ilustración de Van Walt— y yo nos encontrábamos de pie ante la tumba de Marshall France. En lo alto, encima de nosotros, France observaba desde una nube mientras manejaba unas cuerdas de títere que teníamos los dos fijadas por todos lados. Estaba bien hecho, sin lugar a dudas, pero era asimismo una imagen inquietante a causa de lo que Anna había estado diciendo.

—No creo que estés convencida, Anna. —Saxony terminó el dibujo y volvió a poner la tiza en el portatizas del extremo de la pizarra.

—¿Ah, no? —Anna lo dijo en voz queda. Miraba fijamente a Sax.

—No, no lo creo. En mi opinión, una biografía es en gran medida la interpretación que lleva a cabo un escritor de la vida del personaje que ha elegido. No debiera limitarse a «hizo esto y lo de más allá».

—¿He dicho nunca lo contrario? —La voz de Anna dejó de ser perentoria y adquirió un tono que se diría... divertido.

—No, pero de momento has dejado muy claro que en este asunto quieres llevar la batuta. Tengo el presentimiento de que quieres que Thomas escriba tu versión de la vida de Marshall France, y no la versión de Thomas Abbey.

—Venga, Sax...

—Ni venga ni nada, Thomas. Ya sabes que tengo razón.

—¿He dicho yo algo?

—No, pero has estado a punto. —Se lamió los labios y luego se frotó el lado de la nariz. Cuando se enfadaba en serio tenía picazón en la nariz.

—Eso que dices es bastante grosero, Saxony, teniendo en cuenta quién soy yo y el gran interés que tengo por este asunto, ¿no crees? Sí, claro que soy parcial. *Considero* que el libro debiera escribirse de una forma determinada...

—¿Qué te decía? —Saxony me miró y asintió tristemente con la cabeza.

—No es eso lo que quiero decir. No interpretes mal mis palabras.

Las dos tenían los brazos cruzados, *trabados*, sobre el pecho.

—Vamos, señoritas, calma. Ni siquiera he empezado todavía la primera página y vosotras ya estáis a la que salta. —No querían mirarme, pero me estaban escuchando—. Anna, tú deseas que en el libro no falte nada, ¿verdad? Yo también. Sax, tú quieres que lo escriba a mi manera. Yo también. Así pues, ¿querrá alguien explicarme cuál es el gran inconveniente que hay? ¿Eh? ¿Qué pasa?

Mientras hablaba me decía que era la clase de escena que interpretaría mi padre. Puede que recargase un poco las tintas, pero era suficiente para contener sus ataques.

—¿De acuerdo? Está bien, oíd, quiero sugerir una cosa. ¿Me concedéis la palabra? ¿Sí? Perfecto, allá va: Anna, tú me ofreces todos los datos que necesito para escribir el primer capítulo del libro a *mi* manera. Por mucho tiempo que tarde, no dejaré que lo leas —ni una frase— hasta que lo haya terminado y me satisfaga por completo. Apenas lo concluya, te lo entregaré a ti y podrás hacer con él lo que te dé la gana. Suprimir cosas, ordenarlo de otro modo tirarlo a la basura... No sé, puede que incluso te guste tal como está. De todas formas, si no te gusta y terminas encontrándolo aborrecible, entonces te doy mi palabra de que trabajaré contigo tan estrechamente como quieras. No grabaré lo que digas ni nada parecido, pero será un empeño conjunto de los tres de principio a fin. Estoy seguro de que esta idea no tiene nada de profesional y que cualquier editor se tiraría de los pelos si llegara a enterarse, pero me da lo mismo. Si estás conforme, lo haremos así.

—¿Y qué pasa si el primer capítulo me gusta tal como está?

—Entonces puedo escribir todo el libro a mi manera y traértelo cuando lo haya terminado.

¿Acaso podía ser más equitativo? Si el primer capítulo le parecía una birria, entonces trabajaríamos juntos desde el comienzo. Si la obra completa seguía pareciéndole una birria, entonces tendría derecho a —glub— tirarla a la basura y hacer que yo u otra persona empezara de nuevo. No quería pensar en semejante perspectiva.

—De acuerdo. —Cogió el negro borrador de fieltro e hizo desaparecer el dibujo de Saxony en dos rápidas pasadas—. De acuerdo, Thomas, pero voy a

darte un plazo de un mes para que trabajes completamente por ti mismo. Transcurrido ese plazo, el primer capítulo debe estar listo. Hoy en día el tiempo no es algo que se pueda malgastar.

Saxony habló sin darme ocasión para hacerlo yo.

—Está bien, pero al mismo tiempo tú tienes que facilitarnos todo cuanto nos haga falta. No ocultarnos nada, ni contarnos más mentiras.

Con esto Anna arqueó una ceja. La franqueza de Saxony me admiraba y exasperaba simultáneamente.

—Si piensas hacerlo en orden cronológico..., supongo que sí, ¿no?, te entregaré todo el material relativo a él desde su llegada a América. El primer capítulo tratará únicamente de esa parte de su vida.

Y así quedó la cosa. Según lo prometido, los libros y diarios, las cartas y postales fueron retirados de la casa de France y cayeron en nuestras manos. En principio, no podíamos sino centrar nuestras investigaciones en ese material, ya que no descifrarlo.

Al parecer, France lo había conservado todo, o bien lo hizo otra persona y se lo entregó a él posteriormente. Había un sobre de papel manila repleto de dibujos infantiles, faltos de interés, de caballos y vacas. El maestro a los cuatro años. Una libreta entre cuyas hojas yacían prensadas resecas flores silvestres y algas marinas ennegrecidas, que se caían al colocarla en cualquier posición. Las algas y las petunias que quedaban llevaban etiquetas en alemán escritas con la letra vacilante de un niño. Una caja de zapatos contenía antiguas vitolas, rojas y doradas, cajas de cerillas, billetes de tren y de barco cancelados. En otra había más postales viejas de las que tanto parecían gustarle. Muchas de ellas eran de montañas y antiguos *hüttes* en los que se hospedaban los alpinistas. Causaba asombro ver la clase de indumentaria que gastaban para ir de excursión: las mujeres vestían largos trajes al estilo Daisy Miller y sombreros tipo macedonia de frutas; los hombres pantalones bombacho de *tweed* que se inflaban a la altura de las rodillas y cómicos sombreros tiroleses con plumas enhiestas a un lado. Miraban todos ellos a la cámara con sonrisas maníacas o con el gesto adusto del que acaba de perder a su esposa. Nunca ponían la cara de ambigüedad que normalmente le sacan a uno los fotógrafos modernos.

Las postales, según Anna, eran de amigos de la escuela o parientes. En la caja de zapatos había asimismo un cuadernillo marrón que, tras examinarlo detenidamente, resultó ser un registro de las postales recibidas. La cosa resultaba divertida, sobre todo si se tenía en cuenta que lo estuvo llevando un niño de ocho o nueve años. De quién, de dónde, la fecha, hasta los sitios en los que se encontraba al recibir cada una de ellas.

—Anna, ¿por qué se *cambió* el nombre de Martin Frank por el de Marshall France?

—¿No os habéis fijado en las señas de algunas de las postales? ¿En lo de «Marshall France al cuidado de Martin Frank»? A los ocho años, más o

menos, se inventó un personaje llamado Marshall France. Era una mezcla de D'Artagnan, Beau Geste, y El Virginiano. Me explicó que durante años no quiso que le llamaran por otro nombre. Todo el mundo sabía que tenían que decirle Marshall, si no se negaba a contestar. —Se rió entre dientes—. Sería un chiquillo bastante obsesivo, ¿eh?

—Sí, vale, todo eso está muy bien, pero ¿por qué hizo de éste su nombre al llegar a América?

—La verdad, Thomas, es que no lo sé a ciencia cierta. Debes tener presente, sin embargo, que era un judío que escapaba de los nazis. Tal vez creyera que si llegaban a invadir los Estados Unidos, con un nombre no judío como France había menos posibilidades de que le atraparan. —Se agachó para atarse el cordón del zapato. Apenas alcanzaba a oírla cuando siguió hablando—. Dejando aparte el motivo, a ti te va de perlas, ¿no? Se convirtió en uno de sus propios personajes, ¿verdad? *Muy simbólico*, doctor. —Se dio varios golpecitos en la sien con el dedo y me dijo que me vería luego.

Saxony y yo invertimos al menos una semana en revisarlo todo. A continuación cambiamos impresiones largamente y, aunque había un par de puntos en los que discrepábamos, convinimos que France había sido un niño más bien extraño.

Discutimos sobre cuál sería la mejor manera de iniciar el capítulo de prueba. En la universidad tuve a un profesor de práctica literaria que el primer día trajo un muñeco a clase. Nos lo enseñó y dijo que la mayoría de personas, si se les pidiera que lo describiesen, lo harían desde el punto de vista más evidente. Trazó una invisible línea horizontal que iba desde su ojo al del muñeco. Sin embargo, siguió diciendo, el verdadero escritor sabía que el muñeco podía describirse desde innumerables puntos de vista, diferentes y mucho más interesantes —desde arriba, desde abajo—, y que era entonces cuando empezaba la auténtica creación literaria. Se lo expliqué a Sax, diciéndole que en este caso era uno de tales puntos de vista particulares lo que andaba buscando. Ella estuvo de acuerdo, pero terminamos enzarzándonos en una fenomenal discusión sobre cuál sería ese punto de vista particular. Afirmaba Sax que, de ser ella la autora del libro, empezaría describiendo a un extraño chiquillo sentado en su cuarto, en un pueblo alpino de Austria, efectuando cuidadosas anotaciones en su cuaderno de postales. Después haría que saliese al campo a recoger plantas para su herbolario, que hiciera un dibujo de una vaca, etcétera. Un modo indirecto de expresar que el niño tenía talento para el arte, era excéntrico y sensible desde el primer día de su vida.

Me pareció una buena idea; aun así, teniendo en cuenta que Anna había rechazado desdeñosamente la escena mía de France bajando la escalera para disponerse a comenzar *El país de las risas*, tenía miedo de que torpedease también la de Saxony por encontrarla demasiado «ingeniosa». Sax refunfuñó un rato, pero al final convino que a Anna pudiera resultarle excesivamente original.

Desaproveché varios días más, pues me sentía cansado, perplejo y abatido. Saxony evitaba todo contacto conmigo y se pasaba las horas holgazaneando en el huerto con la señora Fletcher. Ésta le era mucho más simpática que a mí. Donde ella veía la proverbial franqueza de las buenas gentes de Missouri, yo no veía sino rimbombancia y conservadurismo a ultranza. No hablábamos nunca de ella porque sabíamos que ese tema sería motivo de discusión. Baste decir, pues, que la Rimbombante Fletcher me dio la idea para la primera frase del libro.

Una mañana, tras haber renunciado a seguir buscando me encontraba sentado en el último escalón de la galería observando a las dos mujeres perder el tiempo con las tomateras. El día estaba nublado y bochornoso, y yo alimentaba la esperanza de que se produjera una tormenta de padre y muy señor mío que purificase el mundo.

El buen Clavos subió la escalera pausadamente y se sentó a mi lado, emitiendo un resuello que sonaba a «Kaa-kaa-kaa». Fuimos dos quienes contemplamos entonces a las recolectoras de tomates, y apoyé mi mano sobre su pétrea cabeza. Los bulterriers tienen piedras por cabeza; lo que ocurre es que disimulan para que parezcan de carne y hueso.

—¿Te gustan los tomates, Tom?

—¿Cómo dice?

—Te he preguntado si te gustaban los tomates. —La señora Fletcher se irguió despacio y, llevándose la mano a los ojos para protegérselos del sol, miró en dirección a Clavos y a mí.

—¿Los tomates? Sí, me gustan mucho.

—¿Pues sabes lo que le pasaba a Marshall? Que los detestaba. Decía que de joven su padre se los daba a comer constantemente, y a partir de entonces no quería ni probarlos. No quería tomar *ketchup*, ni salsa de tomate, ¡ni nada!
—Eché un puñado de gordos tomates colorados en una cesta de madera para áridos que sostenía Saxony.

De repente comprendí que ya tenía la frase inicial y una idea para el primer capítulo.

Al cabo de una hora, Saxony entró en el dormitorio, me cogió de los hombros y se agachó preguntándome qué estaba haciendo. Aunque era del todo innecesario y teatral, arranqué de mi libreta la primera página que había escrito y se la entregué sin dejar de escribir apresuradamente.

—«No le gustaban los tomates». ¿Así comenzará tu libro?

—Sigue leyendo. —Yo continué escribiendo.

—«No le gustaban los tomates. Coleccionaba postales de estaciones de tren. Sacaba los nombres de sus personajes de un pequeño cementerio de Missouri. Empezaba sus libros en una pizarra de escuela que había en un cuarto que olía a humedad del sótano de su casa. Conservaba todos los objetos que había atesorado de niño, y cuando llegó a América procedente de Europa, se cambió el nombre por el de un personaje imaginario que se había inventado cuando era pequeño. Pasaba su tiempo ocupándose de la caja registradora de una tienda de comestibles...».

Se detuvo, y tras un momento de silencio tan profundo como un cañón, yo dejé de simular que escribía.

—¿Ves lo que pretendo hacer? Meterlo todo en una pistola y disparárselo de frente a los lectores. Que saquen lo que quieran de ese primer disparo; luego, en los capítulos sucesivos, desarrollaré cada idea con todo lujo de detalles. Se lo explicaré a Anna, claro está, pero ¿no te parece que el primer capítulo podría plantearse así, de forma que agarre a los lectores por el cuello y, literalmente, les sumerja sin contemplaciones en la vida de France? Hemos procurado evitarlo constantemente, Sax. Reconocemos, desde luego, que fue un niño más bien rarillo, ¡pero no me negarás que de adulto también se las traía! Es el perfecto artista excéntrico. ¡Fíjate en su casa, en este pueblecito que tanto le gustaba, en los libros que escribió! Hemos ido con rodeos desde un principio porque nos resistíamos a admitir que nuestro personaje era un bicho raro. Pero..., ¡menudo bicho raro!

—¿Cómo crees que reaccionará Anna si llamas así a su padre, Thomas? No olvides que le pondría en un pedestal a las primeras de cambio.

—Sí, ya sé que es algo a tener en cuenta; con todo, me parece que si lo hago correctamente comprenderá lo que quiero decir.

—¿Estás dispuesto a arriesgarte?

—Eh, Sax..., ¡fuiste tú la que dijo que había de ser un libro personal por encima de todo!

—Sí, es cierto.

—Pues, mira, es así como quiero escribirlo. Ya lo tengo claro y no pienso echarme atrás.

—Hasta que Anna lo vea.

—Venga, Sax. Un poco de apoyo moral de cuando en cuando, ¿eh?

Llegó la tormenta que tanto anhelaba y ya no hubo forma de que despejara. En el curso de la semana siguiente llovió a intervalos. Saxony fue a la biblioteca y regresó con una brazada de famosos libros infantiles. Me explicó que la bibliotecaria le había encargado que me dijera: «Ya se lo dije».

Habíamos decidido leer y releer tantos clásicos de la literatura infantil como nos fuera posible por si encontrábamos en ellos algo que pudiera compararse con las obras del Rey, como yo le llamaba.

El Hobbit, El león, la bruja y el armario, A través del espejo... Nos pasábamos casi todo el día leyendo en la galería, sentados en las húmedas sillas de mimbre de la señora Fletcher. La lluvia caía suave, agradablemente, y confería al paisaje tonos azulados o de un verde intenso.

Nuestra patrona debía de notar lo enfrascados que estábamos, pues raramente se dejaba ver. Si a eso vamos, otro tanto podía decirse de Anna, de quien no volvimos a tener noticia después de que nos entregara las cajas de efectos de France. Me había dicho que la llamase si la necesitaba para algo, pero no fue así.

Entre la lectura, la escritura, la lluvia y los retozos con Saxony (decía que el mal tiempo la ponía cachonda, con lo cual nuestra vida sexual fue mejorando a ojos vistas), los días estaban llenos de actividad y pasaban como un tren expreso. Sin apenas darme cuenta, había terminado *La casa en la esquina de Pooh, Charlie y la fábrica de chocolate, El rey del río de oro*, y el primer borrador de mi capítulo. Había tardado dos semanas y pico. Lo celebramos aquella noche con pollo asado, una botella de Mateus Rosé, y una de las mejores películas de mi padre, *Tren con destino a Alemania*, que ponían por televisión.

Al otro día me desperté tan eufórico que me levanté de la cama de un brinco e hice veinte flexiones en el suelo. Por primera vez desde hacía muchísimo tiempo no necesitaba de ningún mapa para saber hacia dónde me dirigía. Era una sensación formidable.

Después de las flexiones me acerqué de puntillas a la mesa de despacho y encendí la lamparilla Tensor que había comprado en la ferretería Wade's del pueblo. Allí estaban las páginas. ¡Mis páginas! No dudaba que terminaría reescribiéndolas una docena de veces, pero me daba lo mismo. Estaba haciendo exactamente lo que quería y con quien quería, y, quizá, sólo quizá, a Anna France le gustarían realmente, y... De momento prefería no pensar en ello. Era cuestión de arrimar el hombro y luego ya veríamos.

Oí un ruido de olfateo al otro lado de la puerta. Ésta se abrió con un chirrido y entró Clavos en la habitación. Se subió a la cama de un bote y se tumbó cuan largo era. Por lo general nos venía a visitar todas las mañanas para echarse una siestecita hasta que nos levantábamos definitivamente. La señora Fletcher tenía en el pasillo un estupendo canapé desvencijado que le servía al perro de catre, pero desde nuestra llegada le había dado por pasarse cada vez más tiempo con nosotros, tanto de día como de noche. Una noche estábamos a punto de hacer el amor cuando nos saltó encima de improviso y deslizó su gélido hocico por mi pierna desnuda. Me pegué un cabezazo contra el borde de la cama y, entre risas y maldiciones, me quedé sin erección.

Miré por encima del hombro y vi que había vuelto a acomodarse sobre el pecho de Saxony, que sonreía y se esforzaba por apartarlo. Pero el perro se hacía el sueco; no tenía ninguna intención de moverse. Cerró los ojos. Se ruega no molestar. Me aparté de la mesa y fui hasta la cama.

—El Bello y la Bestia, ¿eh? —Le acaricié la cabeza—. Hola, Bello.

—Muy gracioso. No te quedes como un pasmarote. ¡Me está aplastando!

—Quizá es un maníaco sexual y lo que está haciendo en realidad es abusar de ti, repulsivamente al estilo perruno.

—Thomas, ¿harás el favor de sacármelo de encima? Gracias.

En cuanto logramos llevarlo tras desigual batalla al lado de la cama que ocupaba yo (sobre cuya almohada, ni más ni menos, descansó inmediatamente la cabeza), Saxony cruzó las manos en la nuca y me miró.

—¿Sabes lo que he estado pensando?

—No, Petunia, ¿qué has estado pensando?

—Que al terminar ésta debieras escribir la biografía de tu padre.

—¿De mi padre? ¿Y eso por qué?

—Me pareció que deberías hacerlo, nada más. —Su mirada se apartó de mí y se dirigió hacia el techo.

—No hay ningún motivo.

Su vista se volvió de nuevo a mí.

—¿De verdad quieres que te lo diga?

—Sí, claro que quiero. Nunca me habías comentado nada al respecto.

—Ya lo sé, pero últimamente he estado reflexionando sobre la importancia que tuvo él en tu vida, quieras o no admitirlo. Oye, ¿te das cuenta de lo mucho que hablas de él? —Levantó la mano para hacerme callar—. Ya lo sé, ya lo sé..., te sacaba de quicio y casi nunca le veías el pelo. De acuerdo. Pero tú le llevas *dentro*, Thomas. Mucho más que en cualquier relación entre padre e hijo de la que yo tenga noticia. Te guste o no, le llevas en lo más

hondo de tu alma; por eso creo que te haría mucho bien agarrar y, tranquilamente, ponerte a escribir alguna cosa relacionada con él un día de éstos. Lo mismo da que sea una auténtica biografía o simplemente tus memorias...

Me senté precariamente al borde de la cama, con la espalda vuelta hacia ella.

—Pero ¿de qué serviría?

—Pues, mira, en muchos aspectos mi madre me resultaba incomprendible, ¿sabes? Ya te he hablado de ella, ¿verdad?

—Sí, me dijiste que era capaz de hacer sentirse culpable a cualquiera.

—Exacto. Un día, sin embargo, mi padre me contó que la madre de ella se había suicidado. ¿Tienes idea de la cantidad de cosas que para mí adquirieron sentido tras esta revelación? No es que aumentara mucho mi *afecto* hacia ella, que digamos, pero de repente la vi como una persona distinta.

—¿Y tú crees que si profundizara en la vida de mi padre entendería mejor mi relación con él?

—Tal vez sí, o tal vez no. —Alargó la mano y la puso en mi rodilla—. Creo, no obstante, que hay demasiadas cosas sin resolver por cuya causa has terminado queriéndole y odiándole al mismo tiempo. Si ahondaras en su personalidad a lo mejor se te allanaría el camino. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, creo que sí. No sé, Sax. Ahora no tengo demasiadas ganas de pensar en ello. En estos momentos hay muchas otras cosas que hacer.

—Vale. Yo no te estoy diciendo que lo abandones todo y te pongas a ello en este preciso instante, Thomas. No lo entiendas al revés. Solamente creo que tendrías que meditarlo.

—Lo haré. Claro que sí.

Clavos le hundió el hocico en el cuello, cosa que la hizo incorporarse y salir pitando de la cama. Me alegré de que la conversación terminara en ese punto.

Hacía un día soleado, y después de desayunarnos decidimos dar una vuelta por el pueblo. Era temprano aún, y todo relucía como cristal mojado a causa del rocío y los efectos de la lluvia. En estos momentos conocíamos a medias a unas cuantas personas —tenderos y demás— que nos saludaban con la mano al pasar en sus coches. He aquí otra cualidad que hace grata la vida en un pueblo: no había bastante gente como para que fuera posible despreciar a nadie, pues a lo mejor uno se veía en la necesidad de comprarle una col a algunos de ellos o de llevar el coche al mecánico aquella misma tarde.

Cuando llegamos a la biblioteca, mi amiga la señora «ya se lo dije» venía caminando hacia nosotros por la otra acera. Me imaginé que se disponía a abrir.

—¡Si es el ermitaño! Un momento, que cruzo. —Miró con tanto cuidado a un lado y a otro de la calle que cualquiera diría que estaba cruzando la autopista de San Diego. Pasó silenciosamente un Toyota conducido por una mujer a quien había visto con frecuencia en el pueblo aunque no la conocía verdaderamente. Pero ella también nos saludó.

—Tengo más libros para usted, señor Abbey. ¿Se los quiere llevar? —El sonrosado colorete de sus mejillas me entristeció inexplicablemente.

—Thomas todavía está leyendo *El viento entre los sauces*, señora Ameden. Tan pronto lo termine, le devolveré todo el lote y me llevaré de nuevos.

—*El viento entre los sauces* nunca ha sido uno de mis libros predilectos. ¿Cómo se puede tener simpatía a un protagonista que es una ranita?

Le llevé la contraria. Ella me miró con ceño y meneó su cabeza gris azulada.

—¡Pues es la verdad! Ranas, criaturas enanas con pelo encima de los pies como los hobbits... ¿Sabe lo que solía decir Marshall al respecto? «Lo peor que le puede ocurrir a una persona en un cuento de hadas es que la transformen en un animal. Pero la mayor recompensa que puede recibir un animal en uno de ellos es que lo transformen en una persona». Yo opino exactamente lo mismo. En fin, no quiero hablar más de ese tema. ¿Cómo va su libro?

Cuanto más charlábamos con ella, tanto más parecía que en aquel pueblo todo el mundo sabía al dedillo lo que hacía todo el mundo: la bibliotecaria estaba enterada de lo del capítulo de prueba, de cuántos datos relativos a France nos había facilitado su hija, y del plazo de un mes. Pero ¿por qué? Sin lugar a dudas, los vecinos, al igual que Anna, tenían cierto derecho a reivindicar a France, puesto que había convivido largo tiempo con ellos; sin embargo, ¿les contaba todo Anna por este motivo, o existía otro mucho más turbio?

Una imagen pasó como un rayo por mi mente: Anna, desnuda y atada con correas de cuero a una barra, en el sótano de alguien, siendo azotada sin piedad con un zurriago hasta que contara a los imperturbables vecinos de Galen que formaban un círculo a su alrededor lo que querían saber acerca de Saxony y de mí.

—¿Les diste también las postales de estaciones de tren?

—¡No, jamás! ¡Aaaay, sí, sí, se lo di todo!

Entonces (en la misma imagen), la puerta de madera contrachapada salta en pedazos e irrumpo yo en el sótano, con dos *nunchakus* de kung-fu de los utilizados por Bruce Lee girando en mis manos como dos hélices de avión.

—¿... la casa?

—¡Thomas!

Me llevé un susto y vi que las dos mujeres estaban esperando una respuesta mía. Saxony me fulminó con la mirada y me dio un pellizco asesino debajo del brazo.

—Lo siento. ¿Qué estabais diciendo?

—Es escritor, ¿verdad? Tiene la cabeza en las nubes..., lo mismo que Marshall. ¿Sabían que Anna le quitó las llaves del coche un par de años antes de su muerte? Con aquella vieja autocaravana suya se dio contra más árboles... Siempre iba soñando. Soñando, simplemente.

Todo quisque tenía al menos diez anécdotas sobre Marshall France que contar. Marshall al volante, Marshall en la caja registradora, Marshall y su aversión a los tomates. Era el paraíso de un biógrafo; no obstante, ya había empezado a preguntarme a qué se debería que le hubiesen dispensado tanta atención, y por qué habría tanto contacto entre ellos. Pensaba constantemente en Faulkner, que vivió en Oxford, Mississippi. Según había leído, todos los vecinos del pueblo le conocían y estaban orgullosos de que residiera allí, aunque para ellos tal cosa no era el *súmmum*, ni mucho menos; Faulkner no era más que su escritor célebre. Pero a juzgar por el modo en que las gentes de Galen hablaban de France, cabría pensar que fue una especie de dioscecillo del sur, o, cuando menos, el hermano al que tenían en más estima de la familia.

Optamos por dejar de lado la biblioteca y terminar en cambio nuestro paseo por el pueblo. Esa mañana no me apetecía consultar libro alguno, principalmente porque había unos cuantos sitios a los que no había ido desde hacía días.

El recorrido organizado por Thomas Abbey empezó en la estación de autobuses, con sus desconchados bancos pintados de blanco en la parte de afuera y los horarios pegados justamente encima, con lo cual uno casi había de sentarse en las piernas de alguien para enterarse de la hora de llegada del expreso de St. Louis. Una mujer, obesa y atractiva, estaba sentada al otro lado de la minúscula ventanilla de plexiglás vendiendo billetes. ¿Cuántas películas no se iniciaban en una polvorienta estación de autobuses como ésta situada allí donde Cristo perdió la alpargata? Un autocar de la compañía Greyhound

avanza despacio por la calle Mayor y se detiene enfrente del Nick and Bonnie's Café, o de la estación de Taylor. En lo alto del parabrisas, donde una franja de color verde cruza el cristal, hay un rótulo que indica que el autocar se dirige a Houston o bien a Los Ángeles. Pero por el camino ha hecho un alto en Taylor, Kansas (léase Galen, Missouri), y uno se pregunta por qué. La puerta delantera se abre con un siseo y desciende Spencer Tracy o John Garfield. Lleva una maleta desastrada en la mano y tiene aspecto de mendigo, o por el contrario viste de punta en blanco con un traje de ciudad. Pero, de todas formas, no hay ningún motivo para que baje en semejante sitio...

Mi segundo lugar favorito era un siniestro establecimiento situado a cuatro pasos de la estación. En su interior había centenares de blancas esculturas de escayola: Apolo, Venus, el *David* de Miguel Ángel, Laurel y Hardy, Charlie Chaplin, jinetes que sostenían argollas en su mano extendida. Guirnaldas navideñas esperaban en espectrales hileras a hipotéticos compradores. El dueño era un italiano que trabajaba en la trastienda y que casi nunca salía a atender a quienes entraban a echar una ojeada. Durante toda mi estancia en Galen solamente había visto dos o tres de sus piezas en las casas o jardines del pueblo, aunque me figuraba que le proporcionaban dinero suficiente para ganarse la vida. Lo que resultaba más terrorífico era la completa blancura de todos los objetos. Entrar en la tienda era como internarse en las nubes, pero con la salvedad de que las nubes imitaban a John F. Kennedy o a Cristo crucificado. Saxony detestaba aquel sitio y, en vez de acompañarme, se iba siempre al *drugstore* a ver si había llegado algún libro nuevo. Yo me había hecho la solemne promesa de que antes de marcharnos le compraría alguna cosa al escultor, nada más que en pago de las horas que me pasaba curioseando por su local. Aunque, a decir verdad, no es que nunca hubiese nadie en él.

—¡Eh, señor Abbey! Le estaba esperando. Tengo algo que he hecho especialmente para usted. Aguarde.

El dueño se metió en su taller y salió al cabo de unos segundos con una preciosa estatuilla de la Reina de Oil. A diferencia de las demás, ésta la había pintado de los mismos colores que la ilustración del libro.

—¡Estupendo! Es magnífica. ¿Cómo sabía...?

—Deje, deje, no me dé las gracias. Fue un encargo y punto. Anna se presentó hace cosa de una semana y me pidió que la hiciera para usted. Si quiere dar las gracias a alguien, déselas a ella.

Afilando el ingenio, me metí la estatuilla en el bolsillo y decidí que de momento no se la enseñaría a Saxony. No tenía ganas de pelearme con ella.

Me quedaban un par de minutos para ir a buscarla al *drugstore*, conque entré de golpe en una cabina de teléfono y marqué el número de Anna.

—France. —Su voz sonó como un mazazo en un yunque.

—Hola, Anna. Soy Thomas Abbey. ¿Qué tal estás?

—Hola, Thomas. Estoy bien. ¿Qué me cuentas? ¿Cómo anda el libro?

—Muy bien. He terminado el primer borrador del capítulo y creo que ha salido bien.

—¡Enhorabuena! ¡Tom el Fabuloso! Te has adelantado a la fecha prevista. ¿Me esperan muchas sorpresas? —En un instante su tono de voz había pasado de la aspereza a la coquetería.

—Sí... No lo sé. Creo que sí. Escucha, acabo de ir a la tienda de Marrone y éste me ha dado tu obsequio. Me encanta. Qué buena idea tuviste. Estoy muy emocionado.

—Y Saxony, ¿qué opina? —El tono de su voz cambió de nuevo; esta vez sonaba marrullero.

—Hum, pues..., la verdad es que todavía no se lo he enseñado.

—No sabía si lo harías. Pero ¿por qué no vas y le dices que es un obsequio para vosotros dos? Dile que es una tontería que os regalo por haber terminado el capítulo. No se va a enfadar contigo por eso, ¿verdad?

—¿Y por qué he de hacerlo? ¿Acaso no me lo has regalado a mí?

—Sí, así es, pero te ruego que no me interpretes mal. —Su voz se interrumpió y quedó flotando en el aire, sin indicar nada.

—Ya, pero escucha: si es un regalo que me ofreces a mí, no tengo por qué compartirlo con nadie. —Me di cuenta de que parecía ofendido.

—Pero si en realidad no lo compartirías. Tú y yo sabríamos que...

Continuamos hablando y nos enzarzamos en una auténtica discusión. Si he de ser totalmente franco, resultó al fin que me quedé decepcionado. Puede que aquel regalo me hubiera hecho concebir toda suerte de fantasías relativas a Anna y a mí, y oírla luego quitar importancia al asunto tan alegremente, me sentó como una ducha de agua fría. De todos modos, dijo que tenía hora con el veterinario para vacunar a Pétalos, así que el resto de la conversación duró poco. Al final repitió que tendría mucho gusto en ayudarme si necesitaba alguna cosa más, y luego se despidió. Colgué el teléfono pero no aparté la mano del negro auricular una vez lo hube dejado en su horquilla. ¿Adónde diablos quería ir a parar? Aquella misma mañana había estado felicitándome de lo bien que marchaba mi vida, y después, al cabo de dos horas, estaba colgando de golpe el teléfono porque no conseguía tontear con Anna France.

Salí de la cabina y me dirigí al *drugstore* a paso ligero.

—Eh, Sax, ¿qué pasa? ¿Qué estás haciendo?

—¡Thomas! ¡Uy!, te prohíbo que mires.

El dependiente, que estaba delante de ella al otro lado del mostrador, me dirigió una sonrisa beatífica. Tenía un par de estuches de rímel en la mano.

—¿Desde cuándo te pones rímel, Sax?

—Solamente lo estoy *probando*, no te sulfures.

Quería decirle que sus ojos me gustaban tal como eran, pero no tenía ganas de parecerme a un personaje de *Mi pequeña Margie* delante del dependiente. Éste llevaba prendido a la americana una tarjetita con el nombre: Melvin Parker. Me recordó a uno de esos misioneros mormones que van de puerta en puerta predicando el Evangelio.

Detrás de nosotros se oyó un estampido, y al darme la vuelta vi a Richard Lee atizarse un botellón de Coca-Cola de litro tragando ruidosamente.

—Hola, Mel. Hola, Abbey. Holaaa. —El último iba dirigido a Saxony. Lo dijo con tanta galantería que creí que iba a tocarse la visera de su gorra de béisbol. Sentí una levísima punzada de celos.

—Mel, ¿puedes venir un momento?

El farmacéutico, seguido de Lee, fue hasta un mostrador en el que ponía «Recetas». Metió la mano debajo del mismo y sacó una enorme caja roja y blanca de condones «El troyano» sin lubricar. Lee no le había dicho ni una palabra de lo que quería.

No quiero parecer elitista, pero «El troyano» eran la clase de gomas que uno lleva en la cartera a los doce o trece años hasta cumplir los quince o dieciséis debido a su gran resistencia y grosor. Se decía que, fuera de un camión atravesando uno a toda velocidad, nada podía hacer estragos en ellos. Eran resistentes, en efecto, pero cuando llegaba el momento mágico y uno lo utilizaba de veras, era como joder en el interior de un zeppelin.

Lee se inclinó hacia Parker y le dijo algo muy largo al oído. Procuré no prestarles atención, pero si no eran ellos eran las pestañas de Saxony en el espejo del mostrador.

—¡Ahora, cuando encuentre esa mierda de llaves, os sacaré de aquí a los dos en mi excavadora! —Me imaginé que sería el final de un chiste verde, puesto que Lee pareció encabritarse como si le hubiera picado una avispa en el trasero.

Ambos tenían risas potentes, aunque la de Lee era más forzada y áspera, y duró mucho más que la de Parker.

Los condones «El troyano» desaparecieron dentro de una bolsa de papel marrón y fueron pagados con un mugriento billete de veinte dólares.

Poniéndose la bolsa debajo del brazo, Lee cogió el cambio y se volvió hacia mí. Tengo la mala costumbre de juzgar a las personas a primera vista. Por desgracia, me equivoco las más de las veces. Asimismo soy testarudo, lo cual quiere decir que si una persona no me es simpática en el acto —aunque sea un ángel disfrazado— me cuesta una barbaridad comprender que me he engañado y empezar a tratarla de manera distinta. Richard Lee no era santo de mi devoción. Tenía pinta de andar en calzoncillos todo el día y de bañarse un jueves sí y otro no. Llevaba legañas en las comisuras de los ojos, cosa que me hace sentir un fuerte impulso de alargar la mano y quitarlas. Como las migajas que lleva alguien en la barba sin darse cuenta.

—Me he enterado de que Anna os deja escribir el libro. ¡Enhorabuena!

Se me ablandó un poco el corazón cuando extendió su manaza para estrechar la mía, pero se me congeló de nuevo cuando vi la sonrisa impúdica que dirigía a Saxony.

—¿Por qué no venís esta noche a mi casa? Os enseñaré fotografías de mi madre y otras cosas por el estilo. ¿Por qué no venís a cenar? Creo que tenemos suficiente para todos.

Miré a Sax confiando vagamente en que inventaría alguna excusa. Pero no se me ocultaba que tarde o temprano habría de hablar con ese individuo a causa de la importancia de su madre.

—Por mí no hay inconveniente. ¿Thomas? No tenemos nada que hacer, que yo sepa.

—No. Sí. No, estupendo. Sería sensacional, Richard. Muchísimas gracias por pedirnoslo.

—Perfecto. Esta tarde iré de pesca, y con un poco de suerte comeremos barbo fresco.

—Eh, eso es magnífico. Barbo fresco. —Me esforcé por asentir con la cabeza mostrando entusiasmo; pero si mi gesto me traicionó, fue solamente porque estaba pensando en las barbas del barbo.

Se marchó Richard y Saxony decidió comprar el Max Factor. Me acerqué al mostrador a pagar. Mientras lo envolvía, Mel, el farmacéutico, meneó la cabeza.

—Personalmente, el barbo nunca me ha gustado. Son peces de mucho cuerpo, pero es porque comen de todo, no hay otro motivo. Verdaderamente, es un pez que se nutre de porquería, ¿sabe? Serán dos, eh, con siete, señor.

Había crucifijos y más crucifijos. Jesús sangraba por toda la estancia en cincuenta sitios diferentes, en cada uno de los cuales se le veía sufrir nuevos padecimientos. Toda la casa olía a pescado frito y a tomates. A excepción del sofá dónde estaba yo sentado, que olía a perro mojado y a cigarrillos.

La mujer de Lee, Sharon, tenía el semblante candoroso aunque extraño que suele ser característico de las enanas. No paraba de sonreír, ni siquiera cuando tropezó con su bulterrier, Buddy, y dio consigo en el suelo. Sus hijas, Midge y Ruth Ann, eran su antítesis: estaban repanchigadas en un rincón como si el aire pesara demasiado para ellas.

Richard sacó su colección de revólveres, su colección de rifles, su colección de cañas de pescar, y su moneda de cinco centavos con una cabeza de indio grabada. Sharon sacó un álbum de fotografías de la familia, pero casi todas eran de perros que habían tenido en el curso de los años o bien, sorprendentemente, fotografías de la familia reponiéndose de alguna lesión. Richard mirando sonriente su pierna cubierta de una gruesa capa de escayola blanca, Midge señalándose con regocijo un feo ojo morado, Ruth Ann visiblemente dolorida y tendida boca arriba en lo que era sin lugar a dudas una cama de hospital.

—¡Dios mío! ¿Qué pasó aquí? —Indiqué la fotografía de Ruth Ann.

—¿Cuándo fue? Déjame pensar. Ruth Ann, ¿te acuerdas de cuándo te hice esta foto?

Ruth Ann se acercó con paso cansino y miró la foto echándome el aliento al cogote.

—Fue cuando me disloqué el disco de la columna vertebral en la clase de gimnasia, papá. ¿No te acuerdas?

—Oh, eso es, Richard. Esa foto es de cuando se dislocó el disco.

—Coño, sí, ya me acuerdo. Me costó casi trescientos dólares internarla en el hospital. La única habitación que les quedaba libre era de pago, pero la instalamos en ella de todas formas. ¿Verdad que sí, Ruth Ann?

Aunque se expresaban como personajes de *La ruta del tabaco* (y lo parecían y lo eran), saltaba a la vista que se querían mucho. Richard no paraba de rodear con el brazo, afectuosamente, a sus hijas o a su mujer. A ellas les encantaba; cada vez que lo hacía se arrimaban a él lanzándole fugaces miradas de satisfacción. Era extraño imaginarse a ese grupo reunido en su triste casa mirando las fotografías de Ruth Ann inmovilizada con

poleas, pero ¿cuántas familias se conocen que estén satisfechas y se encuentren a gusto entre los suyos?

—La cena está lista, a comer todos.

Como invitado de honor, recibí el barbo más grande, cuya boca estaba abierta en un rictus definitivo. Iba acompañado de tomates cocidos y dientes de león. Por mucho que cortara el pescado o lo arrinconara al máximo en mi plato, no podía hacerlo desaparecer. No ignoraba que la batalla estaba perdida de antemano y que habría de comerme un poco.

—¿Habéis adelantado mucho en vuestro libro?

—No, la verdad es que acabamos de empezar. Probablemente llevará mucho tiempo.

Los Lee cambiaron miradas a través de la mesa, y hubo un par de segundos de silencio.

—Escribir un libro. Es una cosa que yo no haría nunca. Cuando iba a la escuela a veces me gustaba leer.

—Pero qué dices, Richard. Si todavía lees. Estás suscrito a toda clase de revistas. —Sharon nos miró asintiendo con la cabeza, como para reafirmar la veracidad de sus palabras. No había dejado de sonreír ni una sola vez, ni siquiera al masticar.

—Sí, bien; Marshall sí que sabía escribir, ¿eh? Ese tío tenía más historias en su dedo meñique que la hostia... —Meneó la cabeza y cogió de su plato un tomate chorreante—. Yo creo que uno ha de ser escritor cuando tiene tantas ideas estrafalarias y cuentos que explicar. Si no las escribiera, reventaría. ¿Tú qué opinas, Tom? —Se metió el tomate entero en la boca y habló con la boca llena—. Hay tíos a los que se les ocurren cuentos, de acuerdo, pero lo único que tienen que hacer para no reventar es decirlos en voz alta. Los explican y se vuelven a quedar tranquilos. Como Bob Fumo, ¿no, Sharon? Ese tío, Bob, es capaz de pasarse la noche contando una porrada de cuentos, y luego levantarse a la mañana siguiente y contarte un centenar más. Pero él se limita a explicarlos y ya está. Me figuro que la gente como vosotros lo tenéis mucho peor, ¿no?

—Y vamos mucho más despacio. —Sonreí mirando el plato y arrinconé un poco más de pescado con el tenedor.

—Ir despacio; eso es lo que conviene, chico. ¿Cuánto crees que tardaréis en terminar la vida de Marshall?

—La verdad es que cuesta mucho decirlo. Nunca había escrito ningún libro, y habré de enterarme de infinidad de cosas para poder entrar verdaderamente en materia.

Hubo otro silencio en la conversación. Sharon se puso en pie y empezó a quitar la mesa. Saxony se prestó a ayudarla, pero ella la disuadió rápidamente con una sonrisa.

—¿Os habéis enterado de que el hijo de los Hayden, el que atropellaron el otro día delante de vuestra casa, ha muerto? —No había gesto alguno en el semblante de Richard mientras lo decía. Ni de preocupación ni de lástima.

Pero a mí me dio un vuelco el estómago, tanto porque había presenciado el accidente, como porque aquel chiquillo iba la mar de contento un momento antes de quedar despatarrado en medio de la calle.

—¿Cómo están sus padres?

Richard se desperezó y miró en dirección a la puerta de la cocina.

—Están bien. En estos casos no se puede hacer gran cosa, ¿verdad?

¿Cómo es posible que la gente reaccione de este modo? Cuando muere un niño, ¿quién no tiene ganas de pegar un puñetazo a alguien, o por lo menos de amenazar a Dios con el puño? Los campesinos y las personas como ellos son una raza aparte, desde luego, se pasan la vida mirando de frente a la muerte, todo el mundo lo sabe, pero la humanidad es la humanidad, coño. ¿Cómo es posible no llorar la muerte de un niño? Ojalá que Lee no estuviese sino actuando con estoicismo.

—¡Dios mío, acabo de acordarme de algo! Anna me *dijo* que moriría. ¿No es sorprendente?

Saxony, que había dado cuenta del pescado, los tomates y el diente de león, cogió una cuchara y se puso a jugar con ella.

—¿Qué quieres decir con que te lo dijo? ¿Cómo podía saber que moriría?

—No me lo preguntes, Sax. Lo único que recuerdo es que dijo muy convencida que moriría. Es decir, no fue nada espectacular al estilo Svengali..., estaba muy maltrecho cuando se lo llevaron.

—¿Quién te crees que es Anna, Tom? ¿El Asombroso Kreskin? ¿Habéis visto a ese tío en el programa de *Johnny Carson*? ¿El mago? Hace cosas increíbles...

Se abrió la puerta de la cocina y Sharon pasó al comedor llevando en la mano una negra bandeja de metal en la que había un gran pastel humeante.

Pues bien, eso es lo que vi, y que cada cual saque sus propias conclusiones. Pero conste que yo lo vi. No, Saxony me aseguró que ella no había visto nada. Cuando se lo conté posteriormente, me tomó por loco, y a continuación se mostró solícita al no dejar yo de insistir en que era cierto. Era *cierto*.

Hay un personaje en *La pena del Perro Verde* llamado Krang. Krang es una cometa loca que se ha empeñado en que el viento es enemigo suyo. Cada día ruega que la eleven en el aire para poder continuar su guerra en el invariable campo de batalla que es el cielo. El Perro Verde se enamora de la cara pintada en la cometa. Cuando huye de la casa donde vive, la casa en la que «Bostezos era dueño y señor de todo cuanto los hombres tenían por suyo», roba a Krang del armario, ata su blanco hilo a su collar, y los dos se marchan juntos.

Lo primero que vi cuando Sharon Lee salió de la cocina fue a Sharon Lee. Parpadeé, y apenas abrí los ojos, vi a Krang salir de la cocina llevando un pastel humeante en una negra bandeja de metal. La ilustración de Van Walt: los grandes ojos vacuos que acusaban la alegría de la sonrisa radiante que dibujaba su boca carnosa. Las mejillas coloradas, los rojos labios, la piel de un amarillo de carpa de circo... Al principio me dije que sería una especie de máscara extraordinaria que tenían los Lee. ¿Y les había tomado por zopencos? Alguien que poseyera una máscara como aquélla, y además tuviera el acierto de ponérsela en aquel momento tan perfecto, era indiscutiblemente genial. Genial con cierta dosis de chifladura, pero genial al fin y al cabo. Era como una película de Fellini, o una extraña pesadilla de la que uno no quiere despertar por muy aterradora que sea.

—¡Es increíble, Sharon! —exclamé una docena de veces, en voz demasiado alta; pero estaba atónito. Luego miré a mi derecha para ver cómo había reaccionado Saxony. Me miró con ceño.

—¿El qué es increíble?

—¡Sharon! Vamos, Sax, ¡es asombroso!

Ella dirigió la vista hacia la cocina y sonrió a Krang.

—¡Y tanto! —dijo al fin repentinamente; pero a continuación añadió en voz baja—: No te pases, Thomas, no es más que un pastel.

—Sí, ja, ja, un pastel al pastel. Muy gracioso.

—Thomas... —Su sonrisa desapareció; su voz dejaba traslucir una advertencia.

Allí pasaba algo. Me giré rápidamente y vi a la buena de Sharon cortando el pastel. No a Krang. En aquella casa no había ni rastro de Krang. No había nadie más que la risueña Sharon Lee con su excelente pastel de melocotón.

—Me parece que Tom quiere un buen pedazo. ¿Eh, Richard?

—Yo diría que es la indirecta más directa que he oído nunca. Quizá tendrías que dárselo entero, cariño, y hacer una hornada de palomitas para nosotros.

Se rieron todos y Sharon me sirvió un pedazo enorme. Yo estaba boquiabierto. *Era* Krang, hostia. Idéntico, hasta en sus más mínimos detalles, a la ilustración de Van Walt. Lo comprobé posteriormente para cerciorarme. Lo comprobé cientos de veces posteriormente.

Pero es que tampoco había ninguna máscara. Primero era Sharon, después Krang, y luego Sharon otra vez. Yo era el único que había presenciado la transformación. De haber estado día y noche trabajando en la biografía, la cosa habría tenido algo más de lógica: El biógrafo A se zambulle en la vida de Autor B y se sumerge tan profundamente en ella que pronto empieza a ver a los personajes de B por todas partes. De acuerdo, de acuerdo, la idea está sobadísima, pero la verdad es que yo ni siquiera había empezado el libro todavía, y tampoco hacía mucho que lo llevaba entre manos.

Un par de días después, al ir Saxony otra vez de compras con la señora Fletcher, fui a comer con Anna.

Le conté lo de mi «visión», soltando al terminar una risita lúgubre.

—¿Krang? ¿Solamente Krang? ¿Nadie más? —Me pasó los huevos revueltos.

—¿Solamente Krang, dices? Santo Dios, Anna, de seguir así las cosas, la semana que viene veré a todos los personajes a caballo de Clavos en el jardín.

Pétalos oyó el nombre del otro perro y su cola golpeó el suelo dos veces seguidas. Estaba sentada junto a Anna, esperando las sobras de la mesa que pudieran caerle.

Anna tomó un poco de *chutney* y esbozó una sonrisa.

—No es que Sharon Lee se parezca mucho a Krang, ¿verdad?

—Qué va. Lo único que tienen en común son esas sonrisas bobaliconas.

—Sin embargo, te voy a contar una cosa que a lo mejor te tranquiliza, Thomas. ¿Sabías que Van Walt era mi padre?

—Van Walt era tu padre... ¿Quieres decir que tu padre ilustró sus propias obras? ¿Que todos los dibujos son suyos?

—El auténtico Van Walt era un amigo suyo de la infancia que fue asesinado por los nazis durante la guerra. Mi padre adoptó su nombre cuando empezó a hacer los dibujos para sus libros.

—Así pues, hipotéticamente, de alguna forma extraña, Sharon Lee pudo haber inspirado el personaje de Krang.

—Oh, sí, es posible. Tú mismo acabas de decir que tienen la misma sonrisa. —Se limpió la boca con la servilleta y la puso al lado de su plato—. Yo diría que es una buena señal para ti que te haya ocurrido eso. Mi padre se está convirtiendo en tu pequeño espíritu; ya te ha poseído, y de ahora en

adelante te obsesionará todo el tiempo, noche y día, hasta que termines su libro.

La miré por encima del blanquísimo mantel. Ella pestañeó, se echó a reír, y le dio a Pétalos un trozo de huevo por debajo de la mesa. Tardé un momento en darme cuenta de que al mirarme de ese modo me había producido una fabulosa erección.

Si esta narración fuese una película de mil novecientos cuarenta y tantos, en la próxima escena se vería un calendario. Las hojas empezarían a desprenderse rápidamente, a razón de una por día, el método al que recurre Cinelandia para indicar el paso del tiempo. Trabajaba como un mulo, mejorando el estilo, quitando paja y puliendo el texto. Un día me gustaba y al siguiente me parecía una birria. Una vez me levanté en mitad de la noche, después de hacer el amor larga y agotadoramente con Saxony. Me acerqué a la mesa de despacho y me quedé mirando como un imbécil el puñetero manuscrito a la luz de la luna. Lo envié a tomar por el saco mentalmente durante cosa de un minuto, y luego volví a la cama sintiéndome exactamente igual. Deseaba que fuera buenísimo..., mucho más de lo que nunca había soñado. En cierto modo sabía, aunque fuera en lo hondo de mi alma, que aquel libro era una especie de última oportunidad. Si no le entregaba todo lo que llevaba dentro, sería mucho más lógico regresar a Connecticut en mi autocaravana y seguir enseñando *La letra escarlata* a mis alumnos durante el resto de mi vida.

Mientras tanto, entre investigaciones, lecturas y las discusiones que sosteníamos constantemente, Saxony se las había apañado para ponerse a trabajar en una nueva marioneta. He de admitir que no le hacía mucho caso. Nos habíamos acostumbrado a levantarnos temprano, desayunarnos de prisa y frugalmente, y luego retirarnos a nuestros escondites respectivos hasta la hora de comer.

Terminé definitivamente dos días antes de que se cumpliera el plazo. Puse el capuchón a mi Montblanc, cerré tranquilamente la libreta, coloqué el lápiz paralelo a ella. Puse las manos encima del libro y miré por la ventana. Me pregunté si tenía ganas de llorar. Me pregunté si tenía ganas de dar saltos y bailar unas cuantas gigas, pero también me abstuve de hacerlo. Esbocé una sonrisa y cogí la grande y maciza Montblanc. Era de un color negro brillante y dorada, y pesaba mucho más que las plumas corrientes. Con ella había corregido un millón de composiciones, y ahora había escrito una parte de mi libro. La entrañable Montblanc. Algún día la pondrían en la vitrina de un museo, con una flecha blanca señalándola. «La pluma que utilizó Thomas

Abbey para escribir la biografía de France». Tenía la sensación de que la brisa más leve podría levantarme de la silla y hacerme flotar por la habitación. Mi mente se tumbó y se puso las manos detrás de la cabeza. Dirigió la vista al cielo y se sintió la mar de bien. Condenadamente bien.

—¿Has terminado de verdad?

—He terminado de verdad.

—¿Del todo y por completo?

—Se acabó, Saxolini. Del todo. —Sacudí los hombros; aún me sentía como si pesara un kilo.

Saxony estaba sentada en un alto taburete cromado, lijando lo que parecía ser una tosca mano de madera. Clavos se encontraba debajo de la mesa husmeando un hueso de gran tamaño que le habíamos comprado el día anterior.

—Un momento. —Dejó la mano en la mesa y bajó del taburete—. Sal de la cocina un ratito. Ya te avisaré cuando puedas entrar.

Clavos y yo salimos a la galería. El perro soltó el hueso al detenerme yo y se tumbó encima. Miré hacia el huerto inmóvil y la calle vacía. No tenía ni idea, literalmente, de a qué día estábamos.

—Vale, Thomas, ya puedes entrar.

Sin que yo le dijera palabra. Clavos recogió el hueso y fue hasta la puerta de tela metálica. Aguardó allí con el hocico contra el enrejado. ¿Cómo era posible que supiera estas cosas? Clavos, el Perro Portentoso.

—Aún tengo que darle los últimos toques, pero quería enseñártela hoy.

A partir de una fotografía de Marshall, Saxony había tallado en madera una máscara del Rey con todo lujo de detalles. El gesto de las facciones, el color de sus ojos, su piel, los labios..., era todo de un realismo imponente. La hice girar una y otra vez entre mis manos, observándola desde todos los ángulos posibles. Me encantaba, pero al mismo tiempo me ponía los pelos de punta.

Una Reina de Oil obsequio de Anna, un Marshall France de Saxony, el capítulo terminado, y el otoño, mi estación predilecta, a la vuelta de la esquina.

A Anna le encantó el primer capítulo.

Se lo entregué y me pasé una hora deambulando nerviosamente por el salón de su casa, tembloroso y agitado, tocando todo lo que estaba a mi alcance y convencido de que mis páginas le parecerían un auténtico desastre y querría que me largase del pueblo en el próximo tren de mercancías. En cuanto regresó con el manuscrito debajo del brazo como si de un periódico

viejo se tratara, comprendí que era el fin para mí. Pero no lo era. En vez de tirármelo a la cara, se acercó, me lo devolvió, y me besó efusivamente en ambas mejillas, como hacen los franceses.

—*Wunderbar!*

—¿Ah sí? —Sonreí, fruncí el ceño, me esforcé por volver a sonreír pero no pude.

—Sí; lo es sin lugar a dudas, señor Abbey. Al empezar a leer no sabía qué te proponías, pero luego todo se desplegó como aquellas piedras japonesas que al tirarlas al agua florecen de repente como campanillas tropicales. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Creo que sí. —Me costaba tragar saliva.

Se sentó en el sofá y cogió un negro cojín de seda con la figura de un dragón bordada.

—Tuviste razón desde el principio. El libro debía abrirse como la cola de un pavo real: ¡fuuuuu! Habría sido un error que se iniciara en Rattenberg. «Marshall France nació en Rattenberg». No, no. «No le gustaban los tomates». ¡Perfecto! El comienzo perfecto. ¿Cómo lo supiste? Detestaba los tomates. Se habría mondado, *desternillado* de risa de haber sabido que su biografía autorizada iba a empezar así. Es estupendo, Thomas.

—¿Ah sí?

—No digas más «¿Ah sí?». Claro que sí. Lo sabes tan bien como yo. Le has sabido retratar a la perfección. Si el resto de su libro es así de bueno... —lo agitó delante de mi cara y a continuación besó aquel maldito montón de páginas—, él revivirá y respirará de nuevo. Y será gracias a ti. No pienso decir ni una palabra más sobre cómo considero que debiera escribirse.

Si la cosa hubiera terminado allí, los títulos de crédito habrían aparecido superpuestos a una imagen del joven Thomas Abbey despidiéndose de la seductora Anna France después de que ésta le devolviera su manuscrito, saliendo de la casa y alejándose por la calle camino de la fama, la fortuna y el amor de una buena mujer. Una película de Joyas de la Pantalla. Fin.

En cambio, lo que ocurrió dos días después fue que un huracán inesperado azotó Galen y lo dejó todo hecho un asco. El único herido registrado resultó ser Saxony, que sufrió una doble fractura de la pierna izquierda y la tuvieron que internar en el hospital.

Aun cuando el huracán arrasó la lavandería Laundromat y causó varios desperfectos en la escuela de primera enseñanza y la oficina de correos, los vecinos no perdieron la calma. Fuera o no una demostración de estoicismo de las gentes de los estados centrales, nadie se quejó ni armó mucho follón.

Diversas personas me habían comentado alguna que otra vez que este tipo de cosas eran habituales en estos pagos.

Echaba de menos a Saxony, y me pasé dos días sin salir de casa, alicaído por su ausencia y sin dar golpe, pero luego me obligué a ceñirme a un plan de trabajo diario, que resultaría cómodo y productivo a la vez. Lo hice porque sabía que me habría echado una bronca de haberse enterado de que mientras ella estaba en el hospital yo no trabajaba en el libro.

Me levantaba sobre las ocho, me desayunaba, y escribía hasta las doce o la una del mediodía. A continuación preparaba un par de bocadillos e iba al hospital, donde almorzaba sin apresuramiento con Saxony. A las tres o las cuatro volvía a casa y, si estaba en vena, trabajaba un poco más, o si no empezaba a preparar mi cena de soltero. La señora Fletcher se prestó a hacerme la comida, pero eso quería decir que tendría que comer con ella. Después de cenar pasaba a máquina lo que había escrito por la mañana; terminaba el día viendo un rato la televisión o leyendo.

El segundo capítulo avanzó *muy* despacio. Era en éste donde, por primera vez, empezaba a retroceder en la vida de France. Me daba cuenta de que sería mejor remontarme a su infancia, pero el interrogante era: ¿en qué momento de su infancia? ¿Empezar por el principio, con él berreando en la cuna? ¿O cuando era un niño que coleccionaba postales, según la idea de Saxony? Escribí tres esquemas enrevesados y se los leí, pero coincidimos en que ninguno de ellos era apropiado. Decidí, pues, cambiar de táctica; simplemente me pondría a escribir, como había hecho con el primer capítulo, y ya iría viendo en qué paraba la cosa. Me basaría en los datos de que disponía sobre su estancia en Rattenberg, aunque, en el supuesto de que empezara a descaminarme, no haría nada por encauzarme de nuevo, como si me guiara con una varilla de zahorí. Si la cosa empeoraba y terminaba por salirse de madre, siempre había la posibilidad de tirarla a la basura.

Por las noches, entre series como *Las calles de San Francisco* y *Los Ángeles de Charlie*, comencé a dar vueltas a lo de escribir un libro acerca de mi padre. Al mencionarlo Saxony, caí en la cuenta de que efectivamente, era con frecuencia el tema de mis comentarios o pensamientos. Cada día, literalmente, se materializaba alguna clase de ectoplasma de Stephen Abbey: anécdotas, alguna de sus películas en televisión, algún rasgo característico suyo del que yo me acordase y luego reconociera en mí mismo. ¿Exorcizaría de mí a Stephen Abbey si escribiera sobre él? ¿Y cómo iba a reaccionar mi madre? Yo sabía que seguía enamorada de él mucho después de que la pertinaz chifladura de mi padre la hubiera inducido a abandonarle. Si

escribiera acerca de él, querría contar todo lo que recordaba, y no uno de esos librecitos repugnantes que pudieran titularse «Recuerdo a mi papáito», que escriben sin cesar los hijos de las personas famosas y que por regla general son una muestra aborrecible de falsa adoración o, por el contrario, han sido escritos por «negros» con la intención manifiesta de poner verde al odiado papáito de marras. Telefoneé a mi madre para desearle un feliz primero de septiembre (una pequeña costumbre que teníamos), pero no tuve el valor de sacar a colación el tema.

Una noche estaba sentado a la mesa de la cocina apuntando algunos recuerdos, cuando sonó el timbre. Exhalé un suspiro y tapé la pluma. Había llenado dos hojas, por ambas caras, del largo papel amarillo que utilizo yo, y me parecía que tan sólo acababa de empezar. «Mi vida con papá», de Thomas Abbey. Fui a abrir la puerta.

—Hola, Thomas, vengo a llevarte a una fiesta de medianoche.

Vestía completamente de negro, como si formara parte de un comando a punto de lanzarse al ataque.

—Hola, Anna. Pasa, pasa. —Mantuve la puerta abierta pero ella no se movió.

—No, tengo el coche lleno de cosas y es preciso que vengas ahora mismo. Y no digas que son las once de la noche. Es entonces cuando empiezan las fiestas así.

La miré para comprobar si estaba bromeando. Cuando vi que hablaba en serio apagué todas las luces y cogí la chaqueta.

Durante el día hacía fresco, y algunas noches un auténtico frío otoñal. Me había comprado una chaqueta de lana gruesa a cuadros escoceses, de un rojo subido, en la tienda de rebajas de Lazy Larry. Saxony aseguraba que con ella parecía una mezcla de semáforo y Pedro Picapiedra. La luna era la delicia de un hombre lobo —llena, cenicienta— y diríase que estaba a media milla de distancia. Las estrellas también habían salido, pero la luna brillaba con luz propia. Antes de subir a la autocaravana me detuve un momento y miré hacia lo alto mientras me abrochaba todos los botones de la chaqueta. Mi aliento enturbiaba el aire inmóvil. Anna estaba al otro lado del vehículo, con sus negros codos apoyados en el techo.

—No me explico cómo está tan despejado el cielo por las noches en esta parte del mundo. Deben de haber filtrado todas las impurezas.

—Noventa y nueve coma cuarenta y cuatro por ciento de cielo puro de Missouri.

—Exacto.

—Vámonos. Hace frío.

La autocaravana olía a manzanas. Me di la vuelta y vi dos cestas repletas de ellas en el asiento posterior.

—¿Puedo comerme una manzana?

—Sí, pero ten cuidado con los gusanos.

Decidí no comerme ninguna manzana. Anna se sonrió. En la oscuridad azulada del interior del coche sus dientes eran tan blancos como la línea de la carretera.

—¿Qué es una «fiesta de medianoche»?

—Prohibido hacer preguntas. Ponte cómodo y disfruta del viaje. Ya lo verás en cuanto lleguemos.

Hice lo que me mandaban. Recosté la cabeza en el asiento y por encima de la nariz miré hacia la oscura carretera que se deslizaba al otro lado de la ventanilla.

—Por la noche se tiene que andar con ojo. Es fácil encontrarse con vacas, perros o mapaches en medio de la carretera. Una vez atropellé una zarigüeya hembra. Bajé del coche y corrí a ver si podía hacer algo, pero cuando llegué ya estaba muerta. Lo peor de todo fue que sus crías estaban empezando a salir de su bolsa, arrastrándose. Todavía tenían los ojos cerrados.

—Encantador.

—Fue horrible. Me sentí igual que una asesina.

—Hum. ¿Cómo está Pétalos? Clavos le manda muchos besos.

—Está en celo; no podré dejarla salir hasta dentro de dos semanas.

La carretera serpenteaba en todas direcciones. Estaba cansado, y el aire caliente que brotaba del suelo me hacía notar los párpados como gruesas cortinas de terciopelo.

—Thomas, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro. ¿Puedo bajar la calefacción?

—Sí, dale al botón de en medio. ¿Te importa que sea una pregunta íntima?

Apreté el botón de en medio y el aire caliente salió a chorros. Ella alargó la mano y, poniéndola sobre la mía, pulsó el botón que correspondía. El aire disminuyó de potencia y por primera vez oí el ruido del motor y las ruedas.

—¿Cuál es tu pregunta íntima?

—¿Qué relación tienes con Saxony?

Ahí viene... Saxony instalada a buen seguro en el hospital, la pequeña guerrillera negra de la noche a mi lado al volante... Podría haberle contestado de muchas maneras. ¿Qué quería que pensara? ¿Que era un soltero satisfecho

de la vida? ¿Que solamente estaba pasando el rato con Sax hasta que apareciese la mujer ideal? ¿Que deseaba que fuese Anna la mujer ideal, aunque ello implicara llevar las cosas demasiado lejos?

—¿Qué relación tengo? ¿Te refieres a si la quiero?

Estábamos completamente solos. Si pasaba alguna cosa entre los dos aquella noche, nadie se enteraría jamás. Era imposible que hiciera daño a Saxony contándole una mentira de nada sobre lo que ocurrió en la oscuridad. Imposible. Eran las once de la noche, Anna y yo estábamos juntos y Saxony no venía con nosotros... y lo que terminé diciendo fue: «Sí, Anna, la quiero». A continuación exhalé un suspiro. ¿Qué coño podía hacer si no? ¿Mentir? Sí, ya sé que podría haber mentido, pero no lo hice. ¿Acaso no soy maravilloso?

—Y ella, ¿te quiere a ti? —Tenía las dos manos arriba del volante y la vista dirigida hacia delante.

—Sí, creo que sí. Ella dice que sí. —Con esto noté que algo se desprendía en mi interior y se desinflaba; me sentí entonces más tranquilo y relajado. Como si se hubiera terminado el juego y mi sistema nervioso pudiera desconectarse automáticamente durante el resto de la noche dado que ya no iba a necesitarlo más.

—¿Por qué lo preguntas, Anna?

—Porque tú me interesas. ¿Tan sorprendente resulta?

—Depende. ¿Te intereso como escritor o como hombre?

—Como hombre. —Eso fue todo. Eso fue todo lo que dijo en una voz profunda como la de Lauren Bacall al declarar: «si necesitas algo no tienes más que silbar». «Como hombre». No me atrevía a volverme hacia ella. Cerré los ojos y noté con qué fuerza me latía el corazón en la parte superior del pecho. Me pregunté si algún día fallecería de un ataque cardíaco. Me pregunté si estaba a punto de sufrir uno. Dos segundos antes había estado a punto de quedarme dormido.

—Hum, ¿qué tengo que decir ahora?

—Nada. No tienes que decir ni una palabra. Yo no he hecho más que contestarte.

—Oh. —Respiré profundamente e intenté buscar una posición cómoda en el asiento de plástico, tanto para mí como para mi erección kilométrica.

Soy de lo más incompetente en lo que se refiere a la seducción de mujeres. Durante años opiné que el mejor modo de persuadirlas es por medio de conversaciones íntimas de tres horas, al final de las cuales uno manifiesta sin tapujos que quería acostarse con ellas. Ese método, sin embargo, no resultaba completamente satisfactorio, sobre todo cuando yo iba a la

universidad y las chicas que me atraían eran principalmente «intelectuales», que llevaban siempre consigo ejemplares de *La náusea* o algún libro de Kate Millett, y empleaban para punto una postal con una reproducción de Renoir. La mayor dificultad que surgía entonces era que, al haber bebido tanto café negro o asqueroso exprés, en caso de que se presentara el momento mágico tendría que ir a hurtadillas a mear repetidas veces. Estoy seguro de que además las aburría mortalmente a casi todas, ya que una muchacha me dijo un día: «¿Por qué no paras de decir tantas chorradas y te limitas a *tomarme*?». Como escarmiento no estuvo mal por entonces, si bien posteriormente lo intenté a menudo y el número de rechazos superó con creces el de éxitos. Por consiguiente, ni siquiera a estas alturas sabía a ciencia cierta si 1) una mujer me deseaba o no, 2) en el supuesto de que fuera así, ¿cómo debía «tomarla»? 3)... No es necesario, pues me parece que la descripción ya está bastante clara. Afortunadamente, con Saxony la atracción había sido mutua..., y yo daba gracias a Dios por ello. Pero ¿y Anna? Anna France, la dulce mamá e hija de mi héroe. ¿Estaba insinuando que me deseaba? ¿O solamente coqueteaba conmigo intentando comprobar hasta dónde podía llegar para que yo entrara en acción y tuviera que pararme los pies?

—¿Anna?

—¿Thomas?

—No sé lo que quieres que haga. No sé si dar crédito a mis oídos. ¿Me entiendes?

—Sí, creo que sí.

Me temblaba la mano cuando la extendí hacia ella. Era la mano izquierda. No lo hice con la derecha porque si Anna no quería dejarse tocar podría apartarla de sí, con lo cual yo la retiraría más deprisa a mi lado del asiento. Un momento antes de tocarla, aún no sabía dónde sería conveniente poner la mano. ¿En su rodilla, su pecho, su brazo? En seguida supe que tenía que ponerla en su cara. Despacio, temblando todavía, le toqué la mejilla y noté que estaba caliente. Ella me cogió la mano y, llevándosela a los labios, la besó. La apretó con fuerza y la hizo bajar hasta su rodilla derecha. Tenía la cabeza a punto de estallar. Recorrimos lo que faltaba para llegar a su «fiesta» sin cambiar de posición.

Lo que ocurrió a continuación podría describirse diciendo que Anna se entregó a mí por completo. No me refiero a que se sometiera como una esclava o quisiera que nos dedicáramos a desviaciones sexuales de alguna índole, pero al hacer el amor con ella noté de inmediato que me dejaría hacerle lo que me diera la gana, o que ella me haría cualquier cosa que le

pidiese. No se puso a brincar ni pegó fuego al techo, pero estaba tan *aplicada* a ello que en algunos momentos me parecía que se lo había hecho todo y tendría que empezar de nuevo para que uno de los dos quedase satisfecho, o, por lo menos, terminara. Cuando después le pregunté si éste había sido el verdadero motivo del viaje, ella contestó que sí.

Aquella noche conseguí incluso que hablara un poco de sí misma. Hacer el amor había derribado algunas de las barreras que se interponían entre nosotros, y cuando empezaba a clarear (nos habíamos trasladado a su saco de dormir doble, que colocamos junto al coche en un monte que tenía vistas a unos prados en los que pacían vacas), me enteré de que, al igual que yo, había pasado por muchas de las situaciones desagradables propias de quienes tienen un padre famoso. Anna, sin embargo, no paraba de repetir que sus experiencias no eran nada comparadas con las mías, aunque las cosas que me contó acerca de compañeras suyas, de cuando iba al instituto, del trato que recibía, distinto al de los demás, etc., me sonaban tanto que casi se me desprendió la cabeza a fuerza de asentir una y otra vez.

Yo le hablé de mí y no me sentí molesto ni violento al hacerlo.

Fuimos a un restaurante de la autopista y nos desayunamos los dos con el «Trucker's Special», el plato del día reservado para camioneros: huevos y tortas, salchichas, tostadas y café a discreción. Yo tenía un hambre canina y me lo comí todo. Al terminar miré a Anna y vi que también había dejado su plato limpio, con las rayas rojas y blancas pintadas en su fondo de nuevo a la vista. Me puso la mano en la rodilla y pidió a Millie, la camarera, que nos trajera otras dos tazas de café. Yo quería que todas las personas que estaban en el restaurante supieran que Anna estaba conmigo y que unas horas antes habíamos hecho el amor una y otra vez en lo alto de un monte a dos millas de allí. Estaba agotado, contento, y no pensaba en Saxony.

Posteriormente, hasta que volvió Sax, pasaba buena parte de todas las noches en casa de Anna. Ya preparaba ella la cena (rezaba devotamente para que no fuera así), ya acudía yo más tarde y conversábamos o mirábamos la televisión, pero luego, inevitablemente, terminábamos en la cama. Después me marchaba tambaleándome, a la una o las dos de la mañana, y volvía a casa en mi coche congelado.

Al principio, mi relación con ella me halagaba increíblemente. La adorable y encantadora Anna France me deseaba. La impresionante hija de Marshall France me deseaba a mí, a *mí*, no al hijo de Stephen Abbey. Esto último había ocurrido más de una vez con otras mujeres; en cuanto se enteraban de quién era yo, por lo visto se les encendía una bombilla en la

cabeza: si no puedo acostarme con el padre, entonces ¿por qué no con el hijo? ¿Tiene alguien idea de lo que es joder con una persona de la que se sabe que no lo hace con uno sino con el que uno representa?

En cuanto a Anna, me decía que el único —y trivial— motivo que podía existir era que, siendo yo el biógrafo de su padre y al ser de su agrado lo que había producido hasta el momento, quería que continuase escribiendo sin perder el tono. Si de verdad quisiera dar mi opinión de una manera cruda y cínica, podría decirse que su cuerpo se me ofrecía como un incentivo más para animarme a realizar un buen trabajo.

No tenía ganas de pensar en las dificultades que iban a soliviantar los ánimos de un momento a otro. Trabajaba por la mañana, y trabajaba a conciencia, iba al hospital por la tarde y a casa de France por la noche.

Los médicos habían tenido que poner una especie de varilla en la pierna de Saxony, cosa que prolongó su estancia en el hospital. Al saberlo se desalentó mucho, aunque yo hice lo que pude, que era bien poco, para animarla. Le llevé todo lo que había escrito y le pedí que lo corrigiera e hiciese sugerencias. Me pidió que le trajera una caja de lápices marca Dixon Beginners, negros y de tamaño considerable, y llenó el manuscrito de observaciones. Se había convertido en una excelente correctora, y nuestros pensamientos estaban en la misma onda en un noventa por ciento de los casos. Cuando no estaba dale que dale con el lápiz, se dedicaba a leer biografías de personajes diversos —Andrew Carnegie, Einstein, Delmore Schwartz— y extrayendo de ellas páginas y más páginas de anotaciones. Estoy convencido de que las enfermeras creían que nos odiábamos, puesto que no parábamos de discutir. Ella se sentaba recostada en la cama, con la protuberante escayola blanca asomando por entre las sábanas, y me daba una conferencia leyendo lo que había apuntado en un cuaderno blanco y negro. Yo tenía un cuaderno igual (otro par de tesoros procedentes de la tienda de Lazy Larry), en el que apuntaba alguna que otra cosa, aunque no tan a menudo como según ella debiera hacerlo.

No sé si en el hospital se sentía desamparada o si, por el contrario, notaba algo diferente en mí. Si bien Saxony solía ser brusca y gruñona de temperamento, ahora, ya fuese por lo uno o por lo otro, se la veía delicada y falible, lo cual era nuevo para mí y me hacía quererla con locura; pero el amor no me apartaba de Anna.

En mi vida me había sentido tan eufórico. Cada día tenía veinte motivos distintos para seguir viviendo. Al acostarme a altas horas de la noche apenas si podía dormir —por muy cansado que estuviera— pensando en el día

siguiente, que se presentaba lleno de atractivos. Me encantaban todas las vidas diferentes que llevaba: escritor, investigador, amante de Anna, amor de Saxony. Pero tampoco se me ocultaba que ese mundo tan cómodo se acabaría en cualquier momento, y que entonces puede que me pusiera a pegar saltos como si el suelo estuviera al rojo vivo, pugnando por salvar lo que pudiera de las ruinas. Pregúnteseme, sin embargo, cuál fue la época más increíble de mi vida, e indudablemente contestaré que aquellas semanas de otoño que pasé en Galen, antes de que llegara el invierno y empezaran las muertes.

Tercera parte

1

La-de-da-de-da..., una noche me dirigía tan fresco a casa de Anna, un poco antes de lo que habíamos quedado. Faltaban dos días para que volviera Saxony, pero hasta que llegara el momento no quería preocuparme al respecto. A pocos metros de su casa vi que se encendía la luz de la galería y se abría la puerta principal. Salió ella, acompañada de Richard Lee. Se estaban riendo los dos y Anna le apoyaba la mano en la espalda. Él no la miraba, pero en el último instante se dio la vuelta y la abrazó. Se besaron debajo mismo de la luz. Interminablemente. Richard Lee. ¡Por el amor de Dios...! ¡*Richard Lee!* Cuando se separaron, él le puso las manos en la delantera de su blusa blanca, y Anna se rió de algo que le dijo; luego se llevó una de sus manos a los labios y la besó. Lee giró sobre sus talones y bajó la escalera de la galería. Pétalos le siguió hasta la camioneta, que estaba aparcada delante de la casa.

—Así que mañana te va bien, ¿no, Anna? —le gritó por encima del techo.

Anna asintió con la cabeza y volvió a sonreír. Él dio una palmada en el techo de la camioneta, alegremente, y en el momento de arrancar dejó caer un pedazo de goma en la calle.

Cuando «llegué» al cabo de unos minutos, pareció alegrarse de mi puntualidad. Tenía las mejillas más encendidas que el infierno. La llevé a rastras a su habitación y le hice el amor como si fuera un muñeco para prácticas de *rugby*. Así que terminamos, en menos de dos segundos ya volvía a estar encima de ella y bregando con más ímpetu todavía. Casi nunca decíamos nada al joder, pero esta vez le pregunté si lo hacía con otros hombres.

Ella se revolvía y meneaba debajo de mí, y sus dedos estrujaban y pellizcaban todo lo que se les ponía por delante. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta en una encantadora sonrisa lujuriosa.

—Sí. Sí. Sí. —Me apretó el cuello con fuerza y me gimió al oído. No abrió los ojos pero siguió sonriendo. Lo sé porque la estaba observando.

—¿*Con quién?* —Tenía sus pechos en las manos y frotaba ásperamente sus pezones color ciruela con los pulgares. No sé si quería hacerle daño, echarle un polvo de muerte, largarme pitando o qué.

—Sí. Sí. Sí. —Se meneaba, asentía con la cabeza y hablaba, todo al mismo tiempo. Las palabras le salían al compás de sus caderas.

—¿Con quién?

—Richard Lee. —Sus ojos seguían cerrados—. Tú-y-Richard. ¡Oh! ¡Tú-y-Richard!

¿Por qué coño tenía que ser él? ¿Por qué había aceptado a ese palurdo con gorra de béisbol? La enorme caja de condones «El troyano» que compró aquel día, ¿habría sido para utilizarla con Anna? ¿Un centenar de gomas baratas metiéndose una y otra vez dentro de ella?

No dijo nada más al respecto, aunque yo estaba seguro de que habría contestado algunas cosas más que podía preguntarle acerca de «ellos». Semejante franqueza no hizo sino desconcertarme aún más. Por primera vez, pasé allí la noche.

2

—¡Otra vez en casa! Estarás en la gloria, ¿no?

Se ayudaba de unas muletas de madera de los tiempos de maricastaña. Sus facciones estaban pálidas del hospital. Se acercó cojeando a nuestra cama, puso encima las muletas, y se sentó bruscamente. Los muelles gimieron y chirriaron.

—¿Puedes traerme un vaso de agua? Clavos, ¿quieres hacer el favor de estarte *quieto*?

El perro no había parado de corretear por la habitación desde la llegada de Saxony. Al principio le había hecho gracia que se alegrara tanto de verla, pero pronto se hartó de tropezar con él a cada momento y se puso hecha una furia. Yo no dije nada, aunque a mi modo de ver se estaba tomando las cosas demasiado a pecho. El pobre no podía reprimir su alborozo.

—Te he comprado una lata de zumo de tomate, Sax. ¿Quieres que te prepare un Virgin Mary? Tenemos salsa de Worcestershire y pimienta.

—Estoy para el arrastre. Dios mío, qué estupidez. Acabo de salir del hospital hace unos diez minutos y casi ni me tengo en pie.

Me acerqué a ella y me senté a su lado. Le puse la mano allí donde su rodilla se había convertido en escayola endurecida.

—Escucha, eso es lo que ocurre siempre cuando uno se pasa mucho tiempo en la cama. El cuerpo se habitúa a estar en posición horizontal. No es ninguna ganga. ¿Qué te crees que tienes que hacer? ¿Ir a correr la maratón de Boston?

—Adelante, Thomas, cuéntame más cosas, ¿quieres? ¡Como que no sé lo que es un hospital! ¡Como que no me he pasado media vida metida en uno!

—No te pongas nerviosa, Sax. Aún te dará un infarto.

Me escabullí a la primera oportunidad, con Clavos pegado a los talones. No la había visto tan fuera de sí desde el día que coincidimos en la librería y quise comprarle el libro de France.

La cocina estaba inundada de sol. Afuera hacía un frío que pelaba, pero nuestro piso era un oasis; el sol que penetraba por las ventanas lo volvía cálido y acogedor.

Cogí un vaso y lo miré al trasluz; Saxony tenía verdadera fobia a comer en patos sucios y a la vajilla de plata. El vaso pasó la inspección de Thomas Abbey y fui a la nevera a buscar la lata de zumo de tomate; su bebida de siempre.

Sonaron pisadas firmes en la otra habitación, y ella apareció en la puerta, apoyándose con fuerza en sus muletas.

—¿Thomas?

—¿Sí, nena? —Atravesé la lata con un abrelatas y la giré para poder agujerear el otro lado.

—No podía soportar estar encerrada en ese hospital. Perdona que esté tan estúpida y nerviosa, pero es que me alegro tanto de volver a verte, de volver aquí contigo, con Clavos y todo lo demás, que lo hago todo al revés. Me comporto como una bruja, y lo siento.

Dejé el abrelatas en la mesa y la miré. El marco de la puerta dibujaba su vestido verde pino sobre un amplio fondo blanco. Sus facciones parecían cansadas y circunspectas a un tiempo. Una imagen fugaz de Anna, desnuda debajo de Richard Lee, me pasó por la mente dejando una estela llameante.

—Sax, ¿quieres que hagamos el amor? Es decir, ¿te sentirías mejor si lo hiciéramos? ¿Más relajada? Tal vez sea la mejor manera de romper el hielo. No decir nada más e irnos derechos a la cama. Desahogarnos bien desahogados los dos.

—¿No te molesta que lleve esta cosa encima? ¿No será muy violento para ti hacerlo en estas condiciones? Ésta era otra de las cosas que me atormentaban estando en el hospital. —Bajó la vista y meneó la cabeza—. Tienes tanto tiempo para pensar en idioteces, y luego empiezas a forjarte toda clase de preocupaciones nuevas. Tenía miedo de que no pudiéramos hacer nuestras cositas hasta dentro de unos meses por culpa de este chisme que llevo en la pierna.

Cogí una cuchara y la sostuve en la mano como si de un puro se tratara. Moví las cejas al estilo Groucho Marx.

—¡Mi querido floripondio, lo único violento será el empujón que habrás de darme para librarte de mí en cuanto empecemos a bailar el tango! —Volví a mover las cejas y di unos golpecitos en el puro para quitar la ceniza. No tenía las mínimas ganas de hacer el amor—. ¡Pronuncia la palabra mágica y vendrá el pájaro a regalarte cincuenta dólares!

Me acerqué a ella y, doblando las rodillas, la levanté y la cargué sobre mi hombro. Noté su calor y la suavidad de su cuerpo; pesaba mucho y olía a ropa

limpia. Lancé un grito de Tarzán y, tambaleándome un poco, me dirigí con paso vacilante a nuestra habitación.

¿Y cómo fue todo? Bien. No estuvo nada mal. No, la verdad es que salió la mar de bien. Perfectamente. Y la escayola era como si no existiese.

3

Repentinamente, todos los vecinos de Galen me trataban con suma cortesía. Yo ignoraba si era debido a que sabían que a Anna le había agradado el primer capítulo o porque estaban enterados de que éramos amantes (mejor dicho, que yo era uno de sus amantes). En cualquier caso, tenía la certeza de que la señora Fletcher estaba en el ajo, puesto que muchas veces, tras la vuelta de Saxony, me facilitaba las cosas cuando quería salir para dirigirme a casa de Anna.

Las dos pasaban mucho tiempo juntas. A menudo las veía tocarse o echarse a reír con la familiaridad de una madre y una hija. Saxony le daba clases de escultura en madera, y Goosey la enseñaba a preparar «cosas del campo». Su relación me producía emociones opuestas: por una parte, algo parecido a celos, y, por otra, cierto alivio. Yo nunca había mantenido una amistad auténtica con ninguna persona de edad, ni siquiera con mi madre, que era muy agradable, aunque excesivamente neurótica y posesiva para aguantarla durante mucho tiempo. Pero Sax y Goosey se reían con risillas sofocadas, se entretenían cocinando y tallando madera, y a todas horas parecían dos chiquillas sentadas en el rincón de un cuarto entregándose a esos juegos secretos y estafalarios propios de las niñas. Yo conocía tales juegos porque solía espiar a mi hermana y sus amigas cuando estaban preparando alguno. Estaban siempre tan alegres y contentas que yo me apartaba a grandes zancadas del ojo de la cerradura o de la puerta entreabierta de su habitación, gritando a voz en cuello que lo había visto *todo* y que iba a chivarme. La verdad es que nunca hacían nada.

Entretanto, en el otro extremo del pueblo, Anna me permitió revisar los papeles de France, y muchas veces me pasaba tardes enteras sentado en su escritorio, estudiando a fondo sus apuntes juveniles, sus notas, sus dibujos, etc.

Poco a poco, de entre una nebulosa de palabras comencé a discernir un verdadero retrato del autor. Los datos sobre él que habíamos obtenido en un principio fueron perdiendo importancia. Su lugar de nacimiento, lo que hizo en 1927, dónde pasaba las vacaciones su familia... Yo lo anotaba todo como era mi deber, aunque tales detalles empezaba a verlos como la ropa que

vestía, y mi intención era ir más adentro y tocar la piel que había debajo. Quería conocerle de tal modo que fuera capaz de averiguar en qué pensaba a los doce años, a los veinticinco o a los cuarenta. ¿Acaso quería ser él? Algunas veces. Me preguntaba si semejante pretensión no podía aplicarse a todos los biógrafos. ¿Cómo podía uno desear sumergirse en la vida de una persona y no anhelar, cuando menos en secreto, ser esa persona?

¿Qué era lo que tanto me atraía de Marshall France? Su imaginación. Su talento para crear, uno detrás de otro, mundos que silenciosamente le fascinaban a uno, le atemorizaban, le ponían los ojos como platos o le inspiraban recelo, le hacían cerrar los ojos o prorrumpir en aplausos regocijados. Y lo conseguía continuamente. Un día se lo dije a Anna, y me preguntó en qué se diferenciaban los libros de su padre de una buena película, que en el fondo le produce a uno las mismas sensaciones. En cierto modo tenía razón, pero a mi entender, la diferencia estaba en que yo no había visto nunca ninguna película que me tocara tanto en lo más vivo como los libros de France. Él podría haber sido mi psicoanalista, mi amigo más íntimo o mi confesor. Él sabía lo que me hacía reír, lo que me asustaba, cómo terminar un relato de la forma precisa. Era un cocinero y sabía a la perfección qué especias me gustaban en las comidas. Cuando uno se da cuenta de que cientos de miles de personas opinaban lo mismo de las obras de Marshall France, sólo cabía maravillarse de lo que el escritor había logrado.

Algunas veces, cuando llegaba a casa por la tarde, Saxony no estaba todavía. Nunca le preguntaba a dónde había ido, aunque me imaginaba que habría salido con la señora Fletcher. La casa estaba fría y oscura, y solamente la luz tristísima de octubre yacía sin ganas en el suelo y sobre los muebles que había junto a las ventanas, dándoles una tonalidad grisácea. El ambiente que reinaba allí dentro me desalentaba sobremanera. Para combatir el vacío que irremediablemente se adueñaba de mí a continuación, iba como loco de un lado a otro encendiendo todas las luces. Me sabía mal no encontrarla en casa, pero en seguida tragaba quina, avergonzándome de ser tan hipócrita. Teniendo en cuenta, sobre todo, que me había pasado la mitad de la tarde trabajando, y la otra mitad haciendo el amor con Anna.

Por aquel entonces hacía mucho el amor. No sé si pretendía castigar a Anna por lo de Richard Lee o intentaba demostrarle que yo era mejor que él. Pronto, sin embargo, no empecé a verle sino como una especie de sombra, cuyas manos surgían de la oscuridad. Lo que Anna hacía, sin lugar a dudas, era devolver materialmente las caricias de una sombra, gemir y menearse para

ella, desearla. Era eso lo que introducía un pincho afilado y blanco en mi imaginación cada vez que pensaba en ella.

Fue en una de esas tardes de absorta tristeza cuando descubrí lo de Clavos. Anna y yo habíamos echado un polvo verdaderamente apoteósico. Fue de lo más intenso y terminó con un orgasmo de padre y muy señor mío, pero aquel día no estaba satisfecho de mi trabajo, y a continuación me encontré cansado y alicaído. Tenía muchas ganas de pasar la noche con Saxony. Íbamos a ver un clásico protagonizado por Ronald Colman que ponían en la televisión y que habíamos estado esperando toda la semana. Pensaba darle una sorpresa, pues en el camino de casa me había detenido en el mercado y comprado todos los ingredientes para preparar helados de chocolate con crema, fruta, almíbar y nueces.

Al subir la escalera vi que estaban apagadas las luces de nuestro piso. Hice una mueca y levanté de golpe la bolsa de comestibles que llevaba apoyada en el pecho. Cuando venía hacia casa había preparado una escena ridícula y encantadora al mismo tiempo: abriendo la puerta bruscamente iría corriendo a donde se encontrara Sax. Le diría que abandonara todo lo que estuviera haciendo porque «El Gran Thomas» había llegado. «Tesoros del misterioso Este, señora». Sacaría las nueces cortadas. «Incienso y mirra de las cavernas de Zanzíbar», las cerezas de marrasquino saldrían a continuación. Luego añadiría alguna frase estúpida más —la crème de la crème o algo parecido—, y el chocolate caería sobre la mesa de la cocina. Incluso había ido a un par de tiendas para encontrar el que más le gustaba.

De todos modos, era igual; ella no estaba. Abrí la puerta principal y la cerré sin hacer ruido. La casa olía al polvo que cubría los radiadores calientes, y del suelo emanaba un olor a madera húmeda propio del invierno. Alargué la mano para encender la luz, pero me quedé indeciso al oír a alguien hablar o murmurar en el dormitorio. ¡Ajá! Saxony estaba echando una siestecita.

Mientras iba de puntillas de la cocina al dormitorio, oí de nuevo el murmullo. La voz me sonó rara, casi desconocida. Como muy aguda y balbuciente para ser la suya. Abrí la puerta tan despacio como pude para que no chirriaran las bisagras. La persiana estaba completamente bajada. El único ocupante de la cama era un bulto de un blanco etéreo, que yo conocía muy bien y cuya espalda estaba vuelta hacia mí. Clavos. Una criatura monísima, aunque en aquel momento era un pálido sustituto de Saxony.

Tenía las patas extendidas rígidamente delante suyo. Se agitó varias veces con movimientos convulsivos y tiró un mordisco al aire. Me dije que no era más que otra de sus pesadillas. Entonces habló.

—La piel. Eso es. Respira por la piel.

Una aguja helada recorrió mi espinazo en dirección al cuello. El perro de la hostia estaba hablando. No podía moverme. Quería oírlo otra vez, quería largarme como alma que lleva el diablo.

Mis ojos inspeccionaron velozmente todos los rincones de la habitación. Estábamos solos. Estaba solo.

La biografía de James Jones escrita por Willie Morris descansaba en la mesilla de noche, mi otro par de zapatillas de deporte negras estaban delante del armario, el perro yacía en la cama.

—Thomas. Sí, Thomas.

Dejé escapar un gemido. No di un brinco cuando pronunció mi nombre, pero un espasmo me contrajo la espina dorsal y lancé un grito al mismo tiempo.

Hubo un revuelo de piel blanca, sonaron un par de ladridos agudos, y al instante se había levantado el perro sobre la cama y me miraba meneando la cola. Parecía, ni más ni menos, el buenazo de Clavos.

—¡Te he oído! —Asustado como estaba, me sentí idiota al hablarle así. Clavos siguió meneando su blanco látigo de rabo. Durante una décima de segundo pareció que lo movía más despacio, pero en seguida recuperó la velocidad de limpiaparabrisas de antes—. No me vengas con chuminadas, Clavos. ¡Te digo que te he oído! —¿Qué coño estaba haciendo yo? Clavos puso en práctica el truco del perro malo: metió el rabo entre las patas y agachó las orejas—. Maldita sea, perro. Lo he oído todo. ¡No te hagas el longuis! He oído lo que has dicho. «Respira por la piel».

Estaba a punto de añadir algo más, cuando el perro hizo una cosa extraña. Cerró los ojos largo rato, luego se sentó sobre sus cuartos traseros como una rana, con cara de resignación.

—¿Y bien? ¿Eh? Bien, di algo más. Adelante. ¡Y deja de hacerte el sueco! —La verdad es que no sabía lo que decía. El perro abrió los ojos y me miró de frente.

—Ya vienen —dijo—. Llegarán dentro de un minuto. —Tenía la voz clara e inteligible, aunque recordaba la de un enano: era aguda y le salía con dificultad de lo más hondo de la garganta. Pero no se equivocaba. Se oyeron portezuelas de coche cerrándose ruidosamente y un murmullo de voces que venían de fuera. Yo le miré y el perro parpadeó.

—Pero ¿quién eres tú?

No dijo nada más. Sonó la cerradura de la puerta principal, y en unos segundos la casa se llenó de bolsas de compras de fino papel marrón, de

mejillas frías, y los ladridos de Clavos.

Me moría de ganas de contárselo a alguien, pero cada vez que hacía de tripas corazón y me disponía a hablar con Saxony, me acordaba de aquel relato de James Thurber sobre el unicornio en el jardín. Un hombrecillo apocado descubre que en su jardín hay un unicornio. Se lo dice a su monstruosa mujer. Ella se lo toma a risa, del mismo modo que se toma a risa todo cuanto dice su marido. El unicornio sigue frecuentando su jardín, aunque por lo visto sólo va a verle a él. El protagonista continúa contando cosas sobre su encantador amigo a la vieja arpía. Al final ella se harta y llama a los tipos de la bata blanca y las redes de cazar mariposas. El relato continúa, y por último se la llevan también a ella, pero yo no pasaba del momento en que el marido se ponía demasiado insistente con lo del unicornio y ella marcaba el número del manicomio.

Si no se lo decía a Saxony, a Anna, indudablemente, tampoco se lo diría. Ya me había enredado bastante al contarle que Sharon Lee tenía la cara de Krang la cometa. Lo único que me faltaba era añadir en la lista a Clavos, el perro parlante, para que peligrase mi situación de biógrafo de Marshall France.

Tras esto, no obstante, el perro no se acercaba mucho a mí. No subía a la cama por las mañanas, y ya no me seguía a todas partes. Cuando estábamos en la misma habitación le vigilaba con ojos de lince, pero su cara tirante y abstraída no revelaba nada más que unos ojos caninos y un vislumbre de encías de color rosado chicle cada vez que comía o se limpiaba con la lengua. Era, inconfundiblemente, un perro.

¿Acaso no hablaban los delfines? ¿Y no se habían descubierto un par de palabras en el lenguaje de los simios? ¿Y aquella mujer de África, Goodall? Entonces, ¿qué tenía de particular un perro que hablaba? Estas y otras explicaciones racionales de lo más absurdo revoloteaban en mi mente con alas desplumadas. Había presenciado uno de los mayores prodigios del mundo, y aun así me preguntaba si no sería ésta la forma en que la locura empieza a manifestarse. Mujeres con cara de cometa, perros parlantes... Todas mis «rarezas» se levantaron al unísono en mi interior, salieron a recibir los aplausos, y echaron a correr a toda velocidad dando vueltas y más vueltas: mi gusto un tanto desmedido por mi colección de máscaras, mi propensión a hablar tanto de mi padre, que, evidentemente, su imagen me obsesionaba de algún modo... Cosas así.

Cuarenta y ocho horas después, Clavos había muerto. Todas las noches, antes de la hora de acostarse, la señora Fletcher le daba de comer y le sacaba a

pasear por última vez. En Galen nadie observaba mucho la obligatoriedad de utilizar traíllas, y era habitual ver a todas horas perros deambulando por las calles.

Aquella noche una espesa niebla invernal se había posado sobre el pueblo, y los escasos ruidos provenientes de la calle llegaban amortiguados. Saxony se encontraba en la cocina, trabajando en su marioneta, y yo estaba pasando a máquina unas notas para el tercer capítulo, cuando sonó el timbre. Le dije con un grito que abriría yo la puerta, pulsé una última tecla y me levanté de la silla.

Una jovencita de buen ver a la que no conocía de nada se hallaba en la galería debajo de la bombilla desnuda. Parecía estar muy contenta.

—Hola, señor Abbey. ¿Está la señora Fletcher?

—¿La señora Fletcher? Creo que sí. —La puerta del piso superior estaba cerrada. Subí la escalera y llamé con los nudillos. Ella salió al poco rato, en batín y zapatillas.

—Hola, Tom. ¿Qué pasa? Estaba viendo *Kojak*.

—Hay una muchacha que quiere verla.

—¿A estas horas?

—Sí. La espera abajo.

—¿Está en la calle con este tiempesito? Dame el brazo para que pueda bajar la escalera sin romperme la pierna.

Cuando llegamos abajo, la muchacha seguía en el mismo sitio.

—¡Carolyn Cort! ¿Qué te trae por aquí esta noche? —Hurgando en el bolsillo del batín sacó un deslucido estuche para gafas de color rosado. Colocándose unos lentes de aspecto frágil, dio un paso hacia adelante—. ¿Eh?

Carolyn Cort esbozó una sonrisa, extendió la mano, y tocó a la anciana en el codo. Ésta miró entre nosotros a uno y otro lado. Durante un momento me temí que fuera una Amiga de Dios, una Servidora de Jesús o algo semejante, salida de la noche con la misión divina de convertir a los paganos.

—Señora Fletcher, no se lo va a creer. ¡Clavos acaba de morir! Lo han atropellado a causa de la niebla.

Cerré los ojos y me froté la barbilla. Noté que la niebla se me introducía por la nariz, y casi me hizo toser. Aún tenía los ojos cerrados cuando habló la anciana. Su voz era aguda y llena de emoción.

—¿A qué día estamos? ¿Es hoy, Carolyn? ¡No me acuerdo!

Oí una risita nerviosa y abrí los ojos. Carolyn estaba sonriendo de oreja a oreja y asentía con la cabeza.

—¡Es exacto, Goosey! ¡Estamos a veinticuatro de octubre!

Miré a la señora Fletcher. Ella también sonreía, tan efusivamente como Carolyn. Se llevó la mano a la boca. Su sonrisa asomó por debajo de la mano y por alguna razón se hizo más amplia.

—¿Quién ha sido, Carolyn?

—¡Sam Dorris! ¡Como tenía que ser!

—¡Gracias a Dios!

—Sí. ¡Y además Timmy Benjamin se rompió el dedo jugando al *rugby* con sus hermanos!

—¿El dedo pequeño? ¿Se rompió el meñique? —La señora Fletcher asió de la manga a Carolyn.

—Sí, sí, el dedo pequeñito de la mano izquierda.

Estaban extasiadas. Se abrazaron y besaron como si fuera el final de la guerra. La señora Fletcher me miró y tenía los ojos arrasados en lágrimas. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—*Debes* de ser tú, Tom. Ahora todo volverá a ir bien. —Tenía las facciones resplandecientes. Acababan de atropellar a su perro y estaba resplandeciente.

—¿Puedo darle un beso, señor Abbey? Si le parece bien, naturalmente.

Carolyn me plantó un besito en la mejilla y luego desapareció agitadísima entre la niebla. Yo no sabría decir si era más lúgubre la calle o el interior de la casa.

La señora Fletcher me dirigió otra mirada llena de júbilo.

—Desde que empezaste a escribir este libro, Tom, las cosas han mejorado en el pueblo. Anna no se equivocaba contigo, muchacho. —Cogió mi mano y la tuvo entre las suyas.

—Pero ¿y Clavos, señora Fletcher? Acaban de atropellarle. Está muerto.

—Ya lo sé. Hasta mañana, Tom. —Al llegar a lo alto de la escalera me dijo adiós agitando la mano una sola vez y luego cerró la puerta que separaba su mundo del nuestro.

Entré en el piso y cerré la puerta sin hacer ruido. Clavos estaba muerto. El perro que me había hablado estaba muerto, lo cual era una desgracia (o una suerte, según se mire), pero por otro lado seguía viendo la cara de satisfacción que se les había puesto a las dos mujeres cuando Carolyn dio la noticia...

No entendía nada, pero, por otra parte, me acordaba de un pasaje de *El país de las risas*, aquel en que la Reina de Oil dice a uno de sus hijos:

Las preguntas son el peligro.

No las molestes y dormirán.

Pregunta, despiértalas, y más de lo que imaginas se va a desvelar.

—¿Thomas? ¿Estás ahí? ¿Qué ha pasado?

Vi la luz amarillenta que salía de la cocina y oí la radio portátil de Saxony, en la que estaba sonando, con ruido de cascajo, la nueva canción de *rock* que se escuchaba a todas horas por aquel entonces. Ella la había retitulado «La canción de la tortura china del agua».

Apenas entré, levantó los ojos de la pieza que estaba tallando y se encogió de hombros.

—¿Qué pasaba ahí fuera?

4

—¿Anna?

Se apartó el pelo de los ojos y se pasó el brazo desnudo por detrás del cuello.

—¿Sí?

—¿Te has enterado de lo del perro de la señora Fletcher? —Le miré los pechos. Sus pequeños pezones estaban todavía erectos y oscuros a causa del frío que hacía en la habitación.

—Sí, he oído que lo atropellaron anoche. Qué pena, ¿verdad? —A juzgar por como lo dijo no parecía excesivamente triste. No estaba seguro de si quería verle la cara al hacerle la siguiente pregunta. Reinaba la penumbra en la habitación. Olía a fluidos de amor y a muebles viejos de madera expuestos al frío invernal. Por primera vez me daba cuenta del olor, así como también de que no me resultaba muy agradable.

—Yo estaba con ella cuando se lo dijeron. —Los dos primeros dedos de mi mano derecha empezaron a golpear ligeramente la parte de la manta que no rodeaba la cintura.

—¿Hum?

—He dicho que estaba con ella cuando se lo dijeron. ¿Sabes lo que hizo? Ella se volvió lentamente hacia mí.

—¿Qué hizo, Thomas?

—Sonrió. Estaba encantada. Actuó como si fuera lo mejor que había oído en años.

—Es una vieja loca, Thomas.

—Ya lo sé, me lo has dicho infinidad de veces. Pero Carolyn Cort no está loca, ¿verdad?

—¿Qué pinta aquí Carolyn Cort? ¿Cómo es que la conoces? —Diríase que estaba enojada.

—Fue la que vino a decírselo a la señora Fletcher. También sonreía. Al marcharse me dio un beso. —Agarré un puñado de manta y la estrujé.

—¡La madre que las *parió!* —Se incorporó en la cama y cogió su jersey y sus pantalones del suelo. No sabía si levantarme o permanecer donde estaba. Cuando Anna se ponía furiosa era mejor no cruzarse en su camino.

Se vistió en dos minutos. En cuanto hubo terminado se quedó junto a la cama con las manos en las caderas y me miró ceñuda. Durante un momento pensé que iba a pegarme un bofetón o algo semejante.

—¡Pétalos! —Me observó fijamente mientras llamaba a la perra a gritos, en una voz que no era muy propia de Anna—. ¡Pétalos, ven aquí! —Nos miramos el uno al otro mientras duró la espera. Se oyó el ruido que hacían las uñas al golpear los escalones de madera, y luego el rumor de patas sobre la alfombra del pasillo. Anna se acercó a la puerta del dormitorio y la abrió. Entró Pétalos al trote y, tras echarme una mirada rápida, se sentó a los pies de Anna y se reclinó contra sus piernas.

—Pétalos, di a Thomas quién eres.

La perra la miró con su cara fría e inexpresiva.

—¡Venga, díselo! No pasa nada..., ya es hora de que lo sepa. Se lo hemos de decir.

La perra lloriqueó y agachó la cabeza. Alargó una pata, como si tratara de dar la mano.

—¡Díselo!

—Wil-Wilma Inkler.

Hice ademán de incorporarme y salir de la cama. La voz era la misma que la de Clavos. Una voz de enano, sólo que ésta era más siniestra o perversa debido a su inconfundible femineidad. Dentro del animal, en alguna parte, había una mujer. Enano o un bulterrier, la voz no admitía duda: era la de una mujer.

—Dile cuál era el verdadero nombre de Clavos.

La perra cerró los ojos y exhaló un suspiro, como si estuviera sufriendo mucho.

—Gert Inkler. Era mi marido.

—¡Joder! ¡El tío del libro sobre estaciones de tren! ¡El tío que dio la vuelta al mundo a pie!

Estaba hablando con un perro.

—¿Es que he perdido el juicio o qué? ¡Estoy hablando con un puñetero perro!

—¡No soy ningún perro! ¡Lo soy ahora, pero hoy mismo las cosas cambiarán! ¡Hoy se habrá terminado! ¡Terminado! ¡Para siempre! —Pétalos estaba que mordía. Su cara seguía sin reflejar emoción alguna, pero su voz era más chillona e inflexible. Que no me pregunten lo que me pasaba por la cabeza, no sería capaz ni de empezar a explicarlo. Estoy desnudo, sentado en

la cama de Anna France, hablando con un bulterrier que dice que después de hoy dejará de ser un bulterrier.

—Wilma, sal un momento para que podamos hablar. Te avisaré dentro de unos minutos.

Miré como se iba. Me sentía como si un ovillo muy apretado se estuviera desenredando dentro de mi cabeza. Me figuraba que en el momento de levantarme me darían mareos, pero no fue así.

—¿Lo entiendes ya, Thomas?

Me recosté en la cama, con un sentimiento de impotencia. No había alcanzado nada más que mis calzoncillos blancos.

—Si entiendo, ¿qué, Anna? ¿Que en este pueblo hay perros que hablan? No. ¿Que supieras que aquel niño iba a morir? No. ¿Que la gente de aquí celebre que atropellen a un perro? Un perro parlante, dicho sea de paso. No. ¿Quieres hacerme alguna otra pregunta? A todas responderé con un no.

—¿Cómo sabías lo de Clavos?

—Habló conmigo poco antes de morir. Solamente por descuido: lo cogí desprevenido, mientras dormía. Hablaba en sueños.

—¿Tienes miedo?

—Sí. ¿Dónde he puesto los pantalones?

—No parece estar asustado.

—Si ahora dejo de moverme, me da un ataque espástico y me quedo tieso. ¿Dónde cojones están mis pantalones? —Me levanté de un salto y me puse a dar vueltas frenéticamente por la habitación. Estaba muerto de miedo, agotado de tanto joder, y me devoraba la curiosidad.

Anna me agarró de la pierna y tiró de mí.

—¿Quieres que te lo explique todo?

—¿Qué tienes que explicarme, Anna? ¿Me harás el favor de soltarme? ¿Qué coño hay que explicar?

—Galen. Mi padre. Todo.

—¿Quieres decir que nada de lo que has dicho hasta ahora es la verdad? Bien, muy bien, es maravilloso. *Mierda*. ¿Dónde está mi puta camisa?

—Basta ya, Thomas, por favor. Lo que has sacado en limpio hasta ahora es cierto, pero sólo en parte. Por favor, para de dar vueltas. ¡Quiero contártelo todo, y es importante!

Vi el faldón de mi camisa asomando por debajo de una de las almohadas, pero el tono de voz de Anna era tan imperioso que no fui a cogerla. Junto a la cama había una antigua poltrona con respaldo ajustable al estilo de las misiones californianas; me senté en ella. No quería que me tocara mientras

me decía todo lo que me tenía que decir. Me miré los pies descalzo y noté la frialdad del suelo de madera penetrar en mis talones. No quería mirar a Anna. Ni siquiera estaba seguro de si en aquel momento la podría mirar.

Oí un bocinazo que venía de afuera. Tal vez el bueno de Richard Lee nos iba a acompañar. Me pregunté qué estaría haciendo Saxony.

Anna se acercó a una cómoda con armario, la cual, cada vez que la veía, me recordaba una dama de hierro. Abrió una de las puertas y se inclinó hacia dentro. No di una buena mirada en dirección a ella hasta que no estuve seguro de que no me veía. Las prendas de ropa fueron revueltas, los zapatos arrinconados. Salió volando una sandalia, seguida de cerca por una gruesa percha de madera. Al cabo de unos momentos sacó la cabeza del armario llevando una voluminosa caja fuerte de metal gris, más o menos del tamaño de una máquina de escribir portátil. La abrió y sacó un cuaderno de muelle de color azul. Puso la caja en el suelo y hojeó las primeras páginas del cuaderno.

—Sí, es éste. —Lo miró una vez más y luego me lo entregó—. Las páginas están numeradas. Empieza a leer a partir de la cuarenta o así.

Busqué la página; allí estaba otra vez: la peculiar letra corrida, de trazos largos, en tinta marrón, algo descolorida, de pluma estilográfica. En las páginas no figuraba letra alguna. Nada más que un flujo incesante de palabras. Ni dibujos, ni los garabatos que hace uno para distraerse. Solamente descripciones de Galen, Missouri. Galen desde el este, Galen desde el oeste, desde todos lados. Cada tienda, cada calle, los nombres de los vecinos, cómo se ganaban la vida, quiénes eran sus parientes, los nombres de sus hijos. Yo conocía a muchos de ellos.

Había veces en que una descripción determinada abarcaba diez o doce páginas. La línea de la ceja de un hombre, el color del fino bigote que oscurecía el labio de una mujer.

Fui pasando las páginas y comprobé que todo el cuaderno era así. France había llevado a cabo el inventario de un pueblo entero, si tal cosa era posible. Recelosamente, volví la última hoja. Al pie de la misma ponía «Segundo cuaderno». Levanté la vista para dar con Anna. Estaba mirando por la ventana, con la espalda vuelta hacia mí.

—¿Cuántos cuadernos de éstos hay?

—Cuarenta y tres.

—¿Son todos como éste? ¿Listas y cosas así?

—Sí, el Primer Ciclo se compone únicamente de listas y detalles.

—¿El Primer Ciclo? ¿Qué quieres decir?

—El Primer Ciclo de Galen. Así es como lo llamaba. Él sabía que el único modo de emprender siquiera el Segundo Ciclo era empezar por componer una especie de enciclopedia de Galen. Del pueblo y todo cuanto éste englobaba, según lo percibía él. Tardó más de dos años en acabarlo.

Dejé el cuaderno sobre mis rodillas. En la habitación hacía más frío que antes, así que cogí la camisa de debajo de la almohada y me la puse.

—Entonces, ¿en qué consiste el Segundo Ciclo?

Anna siguió hablando como si no me hubiera ni oído.

—Dejó a medias *La noche corre tras Anna* para poder dedicarse completamente a ello. David Louis quería que reescribiese párrafos enteros, pero en aquellos momentos ese libro ya no significaba nada para él. La única revelación importante que le había proporcionado era descubrir a los gatos.

—Un momento, Anna, espera. Me parece que se me ha escapado alguna cosa. ¿Qué pintan aquí los gatos? ¿Dónde encajan en todo esto? —Cogí el cuaderno y me puse a manosear el muelle plateado.

—¿Has leído *La noche corre tras Anna*? ¿La versión que tienen los de Galen?

—Sí, es más larga.

—Tiene ochenta y tres páginas. ¿Te acuerdas de lo que ocurre en las últimas páginas de nuestra edición?

Avergonzado, dije que no.

—La anciana, la señora Little, muere. Pero antes de morir, dice a sus tres gatos que vayan a casa de su mejor amiga y se queden con ella.

Empecé a recordar.

—Eso es. Y luego, cuando ella muere, los gatos abandonan su casa y cruzan el pueblo en dirección a la casa de su amiga. Entienden todo lo que ha ocurrido.

La lluvia repiqueteaba sobre el tejado. La luz de un farol parpadeaba en la calle; yo veía la lluvia caer a su través.

—Mi padre escribió esa escena el día que murió Dorothy Lee. —Se interrumpió y me miró—. En el libro, cambió el apellido de Dorothy por el de señora *Little*. Dorothy Little. —Se interrumpió de nuevo. Esperé que continuara, pero solamente la lluvia llenaba el silencio.

—¿Escribió esa escena el día de su muerte? ¡Dios mío, qué casualidad!

—No, Thomas. Mi padre escribió su muerte.

Mis manos estaban heladas. La lluvia atravesaba la luz del farol oblicuamente.

—Mi padre escribió su muerte, y luego, una hora después, los gatos de Dorothy vinieron a avisarnos, tal como él lo había escrito. Fue así como lo descubrió. Yo los oí llegar y abrí la puerta. Estaban al pie de la escalera de la galería, y sus ojos reflejaban la luz del vestíbulo, con lo cual parecían de oro molido. Yo sabía que mi padre no soportaba a los gatos, así que traté ahuyentarlos; pero no querían marcharse. Entonces se pusieron a maullar lastimeramente, y al final mi padre bajó de su estudio a averiguar de dónde venía aquel ruido. Los vio allí reunidos, maullando y con los ojos resplandecientes, y lo entendió todo de inmediato. Se sentó en un escalón y se echó a llorar, porque sabía que había muerto por culpa suya. Se quedó sentado y los gatos se subieron a su regazo.

Me senté al borde de la silla y me froté los brazos. Afuera se había levantado viento, que agitaba los árboles y esparcía la lluvia. Se calmó tan de improviso como había empezado. Yo me resistía a entenderlo, pero era inútil. Marshall France había descubierto que cuando escribía alguna cosa, ocurría; tenía lugar: se producía. Así, sin más.

No esperé que continuara.

—¡Eso es ridículo, Anna! ¡Es una chorrada!

Se sentó en el alféizar de la ventana y se metió las manos debajo del jersey para calentárselas. Una imagen de sus pechos desnudos me pasó por la cabeza como un rayo, alegre, absurdamente. Ella empezó a hacer entrechocar las rodillas. Lo siguió haciendo mientras hablaba.

—Mi padre sabía que se había operado un cambio en su interior; se dio cuenta al terminar *El país de las risas*. Mi madre me dijo que estaba al borde de una crisis nerviosa a causa de la sobreexcitación que padecía. Casi dos años se pasó sin escribir una vez acabado ese libro. Y entonces ella murió, lo cual estuvo a punto de hacerle perder la cabeza. En el momento de su publicación, el libro adquirió tanta fama que, de haberlo querido, mi padre podría haberse convertido en una celebridad de la noche a la mañana; pero él tenía otros planes. En vez de eso, entró a trabajar en el supermercado para el anterior propietario, y de cuando en cuando hacía sus viajes a St. Louis y a Lake of the Ozarks.

Estaba por decirle que cortara el rollo y contestara mis preguntas, aunque me imaginaba que lo iba a hacer de un momento a otro.

—Yo, por aquel entonces, iba a la universidad. Quería ser pianista de concierto. No sé si era bastante buena, pero no me faltaban ni empuje ni capacidad de entrega. Eso era después de la muerte de mi madre, y en algunas ocasiones me sentía culpable de que él estuviera solo en Galen, pero cada vez

que sacaba el tema a colación, mi padre se echaba a reír y me decía que no fuera tonta.

Bajó del antepecho de la ventana y se dio la vuelta para contemplar la noche lluviosa. Yo me esforzaba para frenar el castañeteo de mis dientes. Cuando siguió hablando, su voz, al chocar contra el cristal, sonaba algo distinta.

—En aquel tiempo salía con un chico llamado Peter Mexico. Qué nombre tan curioso, ¿verdad? Él también era pianista, aunque muy brillante, cosa que sabíamos todos. No nos explicábamos por qué seguía viviendo en América..., tendría que haber estado en París estudiando con Boulanger, o en Viena, con Weber. Fuimos uña y carne desde el preciso instante de conocernos. No hacía más de una semana que nos conocíamos y ya nos fuimos a vivir juntos. Ten en cuenta que eso fue en mil novecientos sesenta y tantos, cuando ese tipo de cosas aún no se llevaba.

»Estábamos coladísimos el uno por el otro. Soñábamos con vivir en un estudio con tragaluces y dos pianos Bösendorfer en el salón.

Se apartó de la ventana y se acercó a mi sillón. Se sentó en el brazo de madera y me puso la mano en el hombro. Habló con la vista fija en la oscuridad.

—Teníamos un pisito espantoso cuyo alquiler apenas podíamos pagar, con una sola habitación para los dos, pero era nuestro refugio secreto. Íbamos allí al salir de clase por la noche, en cualquier momento que no tuviéramos prácticas de piano. Y aprovechábamos los fines de semana de principio a fin. Era un sitio completamente desprovisto de todo. Habíamos comprado dos catres sobrantes del ejército y los atamos por las patas para convertirlos en una especie de cama doble.

»Una mañana me desperté y Peter estaba muerto.

Todo el mundo ha oído las voces de los que anuncian los vuelos en los aeropuertos o las salidas y llegadas de trenes en las estaciones. Son absolutamente monótonas. «El expreso tal saliendo por la vía siete». Así era la voz de Anna.

—Vino la policía, efectuaron sus estúpidos análisis de rigor y dictaminaron que la muerte era debida a un ataque cardíaco.

»Después del entierro, mi padre vino a buscarme y volví a casa a vivir con él. No tenía ganas de nada. Todo me daba igual. Me quedaba en mi cuarto leyendo librotos plomíferos: *El proceso* y *El corazón de las tinieblas*, Raskolnikov... —Se echó a reír y me apretó el hombro—. En aquella época estaba de lo más existencial. Me leí *El extranjero* diez veces seguidas. Pobre

padre. Se estaba restableciendo de su crisis nerviosa y aparezco yo con la mía a cuestas.

»Pero era un pedazo de pan. Mi padre siempre fue un pedazo de pan cuando se trataba de estas cosas.

—¿Qué hizo?

—Lo hacía todo: la comida, limpiar, escuchar pacientemente mis interminables quejas sobre lo cruel e injusta que era la vida. Hasta me dio el dinero para comprar un armario de vestidos negros. ¿Conoces las obras de Edward Gorey?

—¿*El arpa sin cuerdas*?

—Sí. Pues yo era como una de esas mujeres de color que pinta Gorey: de pie en medio de un campo, al atardecer, oteando el horizonte. Era todo un caso, créeme.

»No había nada que pudiera consolarme, así que mi padre empezó a escribir *La noche corre tras Anna* como último recurso, a la desesperada. Se iba a apartar por completo de todo cuanto había escrito anteriormente. Yo era el personaje principal, pero iba a ser una mezcla de realidad y fantasía. Me dijo que cuando era pequeña solía contarme cuentos las veces que me despertaba en plena noche a causa de una pesadilla. Se imaginaba que si escribía algo pensado para mí, a lo mejor, por el motivo que fuese, el efecto sería el mismo que entonces. Era un hombre tan maravilloso.

»Ese imbécil de David Louis había estado insistiendo machaconamente en que escribiera otro libro. En cuanto se enteró de que mi padre había empezado a trabajar en uno, le mandó una carta diciéndole que quería venir a Galen para leer lo que había escrito.

»La cuestión es que llegó dos días después de la muerte de Dorothy Lee. ¡Ya puedes imaginarte lo que suponía tenerle aquí en esos momentos!

—Anna, todo esto es increíble. ¡Me estás insinuando que tu padre era Dios! ¡O el doctor Frankenstein!

—¿Acaso no me crees?

—Vamos, ¿qué quieres que te diga, eh?

—No lo sé, Thomas. No sé lo que diría yo en tu lugar. Menuda historia, ¿eh?

—Hum, sí. Sí. Creo que dirías eso.

—¿Necesitas más pruebas? Un momento. ¡Pétalos! Pétalos, ven aquí.

Cuando me fui de casa de Anna France aquella noche, estaba completamente convencido. Había visto libros, documentos, anotaciones de diarios. Incluso vino Pétalos y habló de su «vida anterior» como el ser humano Wilma Inkler.

¿Os imagináis? Uno está sentado en un sillón con un perro a sus pies mirándole a los ojos. El perro se pone a hablar en una voz chillona y cascada que parece la de un personaje de Munchkinland. Y uno se queda allí tan tranquilo, asintiendo con la cabeza, como si estas cosas ocurrieran todos los días.

El doctor Dolittle en Galen. El doctor Dolittle en Cloud-Cuckooland. Era la misma puñetera historia.

En cierta ocasión di un curso de prácticas literarias en mi escuela. Los chicos se pirraban por escribir cuentos brutales y horripilantes acerca de violaciones, sobredosis de drogas y decapitaciones. Al final de los mismos, la única forma que encontraban los «autores» para salir de los pantanos sanguinolentos que habían creado, era diciendo: «Keith se revolvió en la cama y tocó la sedosa cabellera rubia de Diana. Gracias a Dios, no había sido más que un sueño».

Perros parlantes, un Prometeo moderno que utilizaba una pluma estilográfica de color naranja en vez de arcilla, una hija que estaba para mojar pan y que se la ponía tiesa a uno por el mero hecho de lavarse los dientes, que se acostaba con uno y con el tonto del pueblo al mismo tiempo, y que podía o no haber provocado ataques cardíacos a antiguos pretendientes. «Thomas se revolvió en la cama y tocó al bulterrier. “Sólo estabas soñando, querido”, dijo éste».

Pero ¿qué debía hacer yo? ¿Seguir buscando datos para el libro? ¿Seguir escribiéndolo? Cuando estaba a medio camino de casa se me empezó a ofuscar la cabeza.

—¿Qué coño voy a hacer ahora?

Di un manotazo sobre el volante, que aún estaba frío, y detuve el coche en una gasolinera en cuya entrada había una cabina de teléfono.

—¿Anna?

—¿Thomas? Hola.

Me pregunté si estaría con Richard. Eso habría sido perfecto.

—Anna, ¿qué tengo que hacer ahora? Ahora que lo sé todo. ¿Qué quieres que haga?

—Toma, ¡escribir el libro, naturalmente!

—¿Pero por qué? ¿No querrás que todo el mundo se entere? Mira, aunque me salga bien el libro y termine publicándose, cuando la gente lo lea se va a producir una alucinada colectiva. Tu Galen se convertirá en..., qué sé yo..., en una especie de Meca para lunáticos. A tu padre lo tomarán por el pito del sereno porque nadie se va a tragar nada de nada. En fin, que sólo se lo van a tragar los colgados de turno.

—¿Thomas? —Su voz flotó en la cabina de teléfono como si viniera de otro planeta. El calor de mi cuerpo empezó a empañar los cristales de alrededor; la esfera iluminada del reloj con el logotipo de Pepsi-Cola que había en el despacho de la gasolinera se había parado a las diez y cuatro minutos.

—¿Sí?

—Thomas, todavía he de contarte muchas más cosas al respecto.

Me apoyé la mano en la sien.

—¿*Más cosas*? ¿Qué más me puedes contar, Anna?

—Aún no conoces la parte más importante. Mañana te la contaré. Ya es muy tarde, así que vete a dormir y mañana hablaremos, ¿de acuerdo? Que pases una buena noche, amigo mío. Y..., ¿Thomas? No te preocupes. De momento ya sabes lo más asombroso. El resto no son más que posdatas. Nos veremos mañana por la mañana.

La niebla ascendía lentamente por los cristales. Pasó un coche lleno de niños en el momento que colgaba el teléfono.

Uno de ellos sacó una botella por la ventanilla y me saludó agitándola. Brotó una cinta de líquido espumoso y quedó suspendida en el aire como un banderín congelado, después cayó al suelo y se deshizo en mil salpicaduras.

—Thomas, ya sé que tú y Anna os entendéis.

Estaba mascando un bocado de bellotas dulces ralladas y recubiertas de azúcar moreno derretido al horno. Obra de Saxony y Julia Child. Hice como que masticaba hasta que caí en la cuenta de que en realidad las bellotas dulces ralladas no se mastican: se amasan con las encías una o dos veces y luego se tragan. Coloqué el tenedor en el borde del plato amarillo, procurando hacer el menos ruido posible.

Sax tomó un panecillo de la panera y lo partió por la mitad. Cogió el cuchillo y, delicadamente, untó un abultado trozo con mantequilla. Reinaba el silencio. Uno tenía ganas de torcer la vista y hundirse los dedos hasta lo más hondo de los oídos. Se avecinaba algo estruendoso y horrísono. Saxony cogió la otra mitad del panecillo y rebañó el plato con extrema frialdad.

—¿Creías que no lo sabía?

Me dio un vuelco el corazón.

—No, no lo sé, Saxony. Como agente secreto soy muy malo.

—Yo también, pero, mira, creo que supe lo que pasaba casi desde el primer momento. De verdad. ¿Me crees? No lo digo por decirlo.

—No, ya lo sé. Te creo. Mi madre sabía siempre cuando mi padre estaba..., tramando algo. Creo que cuando se conoce bien a una persona no cuesta mucho notar si se comporta de manera rara.

—Exacto. —Bebió un traguito de 7-Up. Fui capaz de mirarla por primera vez desde que arrojó la bomba. Tenía las facciones levemente encendidas, pero acaso no se debiera más que a la atmósfera cargada de la habitación. Estoy seguro de que mi cara parecía la del jefe Trueno.

—¿La quieres? —Mantuvo el vaso en la mano. Se lo apoyó en la mejilla y vi las burbujas que ascendían a través del vidrio.

—Oh, Sax, no lo sé. Todo es tan absurdo ahora. No es ninguna excusa, entiéndelo, por favor. Hay veces que me siento como si acabara de nacer y tuviera la menopausia al mismo tiempo.

Dejó el vaso en la mesa y lo apartó de sí.

—¿Por eso te fuiste con ella?

—No, no, me fui con ella porque la deseaba. El único culpable soy yo.

—Eres muy amable al admitirlo. —Su voz dejó traslucir una leve malignidad, de lo cual me alegré enormemente. Hasta aquí había estado tranquilísima y ecuánime. Había oído la última pelea que tuvieron mis padres antes de que mi madre se marchara de casa y me llevara de nuevo a Connecticut. Hablaban también con tanta frialdad, con tanto aplomo..., igual podrían haber estado comentando las cotizaciones de bolsa.

—¿Qué quieres que haga, Sax? ¿Quieres que me vaya?

Parpadeó ella y tocó distraídamente el mantel.

—Haz lo que quieras, Thomas. Yo no soy tu dueña.

—No, por favor. Venga. ¿Tú qué quieres que haga?

—¿Que qué quiero? ¿Y ahora por qué me preguntas eso? Yo te quería, Thomas. *Todavía* te quiero. Pero ¿acaso importa ya?

—¿Quieres que me quede aquí contigo? —Hice una bola con mi servilleta y me miré el puño. A Saxony le encantaba utilizar servilletas de hilo genuinas en las comidas. Las lavaba a mano y las planchaba una vez a la semana. Había comprado dos de color azul pálido, dos de color ladrillo y dos de verdes, con las que alternaba continuamente. Me sentía como una mierda.

Levanté los ojos y me encontré con los suyos, que me observaban fijamente. Estaban anegados. Una lágrima afluyó a la comisura y se deslizó por su mejilla colorada. Se llevó la servilleta a la cara y me miró otra vez. No pude sostener su mirada.

—No tengo ningún derecho a retenerte, Thomas. —Su respiración era profunda, irregular. Empezó una frase, se interrumpió y no lo volvió a intentar. Bajó la vista y meneó la cabeza. Se llevó la servilleta a los ojos y dijo:

—¡Mierda, *ya!*

Deshice mi servilleta y traté de doblarla, con sumo cuidado, por el pliegue inicial.

6

Una mujer salió a recibirme sonriendo efusivamente; me cogió la mano y la apretó con fuerza.

—Hum, hola, hum. ¿Qué tal?

—No sabes quién soy, ¿verdad? —Su sonrisa era un tanto desquiciada. Me pregunté dónde estaría Anna.

—No, lo siento, pero no lo sé. —Me esforcé por esbozar una sonrisa encantadora y fracasé.

—Arf-arf. Guauguau. —Me asió de los hombros y me dio un abrazo.

—¿Pétalos?

—¡Claro que sí, Pétalos! Aunque un poco diferente ahora, ¿no crees?

—¡Dios mío! Quiere decir que realmente...

—Sí, Thomas, ya te dije que se había terminado. He salido de aquella vida y vuelvo a ser yo. Yo. Yo. Yo. —Se dio una palmada en su abultado pecho. No podía parar de sonreír.

—No sé..., santo Dios. No sé qué decir. Yo..., hum, enhorabuena, me alegro mucho por usted. Lo que ocurre es que, hum...

—Lo sé, lo sé. Pasa. Anna está en el salón. Quería que saliera a recibirte para darte una sorpresa.

Tragué saliva e hice esfuerzos por carraspear. Mi voz parecía el chirrido de una tiza sobre una pizarra.

—Es..., pues..., hum, menuda sorpresa.

Anna estaba sentada en el sofá bebiendo café en una gruesa taza de porcelana. Me preguntó si quería tomarlo, y como dije que sí, miró a Pétalos, mejor dicho, a Wilma, que salió con pies alados de la estancia a preparar otra taza.

—¿Todavía estás afectado por lo que te conté?

—Saxony sabe lo nuestro, Anna. —Me senté en un sillón enfrente suyo.

Volvió a coger Anna la taza, y, teniéndola con las dos manos, se la llevó a los labios. Me miró a hurtadillas por encima del borde.

—¿Cómo reaccionó?

—No lo sé. Como era de esperar. Con presencia de ánimo y con mala uva, mitad y mitad. Al cabo de un rato se echó a llorar, pero no fue nada aparatoso.

Me parece que es bastante dura.

—Y tú, ¿cómo te sientes? —Bebió un traguito de café, aunque sin quitarme ojo. El humo tenue que salía de la taza se disolvió impulsado por su aliento.

—¿Que cómo me siento? Fatal. ¿Cómo voy a sentirme si no?

—No estás casado con ella.

Hice una mueca y tamborileé sobre el brazo del sillón.

—Sí, ya lo sé..., no estamos casados, no tengo ninguna obligación para con ella, somos independientes... Me he repetido esta perorata infinidad de veces para acallar mi conciencia, pero todavía me siento fatal.

Se encogió de hombros y lamió el borde de la taza.

—De acuerdo. Yo sólo quería...

—Mira, Anna, no le des más vueltas, ¿quieres? Es cosa mía, y tengo que resolverla por mí mismo.

—En parte, también es cosa mía, Thomas.

—Sí, vale, de acuerdo, es de los dos. Pero de momento dejémoslo como está, a ver qué ocurre, ¿de acuerdo? Me he pasado la noche discutiendo, y esta mañana no tengo ganas de volver a empezar. ¿Vale?

—Vale.

Ni ella ni yo dijimos nada más hasta que me trajeron el café. Entonces me acordé de que, por lo visto, la mujer que me lo estaba sirviendo había sido un bulterrier la noche antes. Cuando me pasó la taza, olfateé disimuladamente para comprobar si olía a perro.

Anna dijo algo que no alcancé a oír. Dejé de olfatear y me volví hacia ella.

—¿Perdón?

Anna miró a la mujer.

—¿Te importaría dejarnos solos para que hablemos un rato, Wilma?

—Claro que no, Anna. Hoy comeremos cazuela, y he de ponerme a prepararla. No os podéis ni imaginar lo divertido que es cocinar de nuevo. ¡Jamás habría pensado que llegaría a decir tal cosa! —Se retiró, pero el taconeo que producían sus zapatos altos me hizo pensar en las uñas de un perro rozando un suelo de madera.

—¿De verdad es cierto, Anna? ¿Lo de Wilma?

—Sí. Hace años, mi padre se enojó con los Inkler porque trataban mal a sus hijos. No podía soportar que se cometiera ninguna clase de injusticia contra los niños. Al enterarse de que pegaban a su hijo, les transformó en

perros. No pongas esa cara de incredulidad, Thomas. Él los había creado..., podía hacerles lo que se le antojara.

—¿Así que les transformó en bulterriers?

—Sí, y seguirían siéndolo hasta que Gert Inkler muriese. Entonces Wilma recuperaría su condición de mujer. Mi padre no quería volver a verles juntos por ahí como pareja humana. Si convivían como perros, no le molestaban. Él no podía soportar a los perros. —Se rió con disimulo y estiró los brazos hacia los costados, placentemente.

—Entonces, ¿todos los animales que hay en Galen son personas?

—Muchos de ellos. Aunque Clavos y Pétalos eran los únicos capaces de hablar. Mi padre los hizo así a propósito. No olvides que los perros pueden hacer cosas vedadas a las personas. Ése es uno de los motivos de por qué Clavos se fue a vivir a casa de Goosey Fletcher cuando llegasteis vosotros. Por regla general, ambos se alojaban aquí conmigo. Vosotros no lo sabíais, pero Clavos se pasaba mucho tiempo espiándoos.

Me acordé de todas las veces que había entrado en el cuarto por la mañana o dormido con nosotros por la noche, o de cuando permanecía en la habitación mientras hacíamos el amor...

—Todos los bulterriers del pueblo habían sido personas. Mi padre opinaba que eran los perros menos repugnantes de todos debido al aspecto cómico que tienen. Decía que si habíamos de convivir con ellos, sería mejor que no resultaran ofensivos a la vista.

Me toqué la frente. Me sorprendió notarla tan fría. Ardía en deseos de decir ciertas cosas, pero en aquellos momentos me sentía incapaz de hacerlo. Beber un poco de café me dio nuevos ánimos.

—De acuerdo, si tales personas le disgustaban, ¿cómo es que no se limitara a borrarlas del mapa? ¿Cómo es que no agarrara el infalible aniquilador de tinta y acabara con ellas? Dios mío, ya no sé ni lo que me digo. ¿Por qué *cojones* dejaste que me espiara un perro? —Me levanté bruscamente de la silla y, sin mirarla siquiera, me acerqué a la ventana.

Pasó una niña con un impermeable amarillo, montada en una desvencijada bicicleta. Me pregunté lo que habría sido anteriormente: ¿Un canario? ¿Un carburador? ¿O siempre una niña?

—¿Thomas?

La bicicleta se perdió de vista tras una esquina. No tenía ganas de hablar con Anna. Lo que me apetecía de verdad era echar una siesta en el fondo del océano.

—Thomas, ¿me estás escuchando? ¿Tienes idea de por qué te permito hacerlo? ¿De por qué te estoy proporcionando tantos datos relativos a mi padre?

Me di la vuelta y la miré. Sonó el teléfono, interponiendo su estridente pared invisible entre nosotros. Anna no contestó. Dejamos que sonara cinco, seis, siete veces. Luego enmudeció. Me dije que a lo mejor era Saxony.

—En mi mesa hay un cuaderno negro. Cógelo y léete la página trescientos cuarenta y dos.

Dicho cuaderno era distinto al que había estado hojeando la noche anterior. Era enorme. Debía de medir unos treinta centímetros de largo y contener unas quinientas o seiscientas páginas. Lo abrí por la contraportada y comprobé que todas las páginas estaban llenas de la descuidada caligrafía de France. Las volví con el pulgar izquierdo y saltaron de golpe desde la trescientos sesenta y tres hasta la trescientos dos, así que tuve que parar y volver atrás.

El color de la tinta iba cambiando en todo el cuaderno: la página trescientos cuarenta y dos estaba escrita en un chillón color verde: «La dificultad más grave que se me plantea, es que cuanto he creado en Galen acaso no sea más que un fragmento de mi imaginación. En el supuesto de que muera yo, ¿es posible, entonces, que ellos mueran conmigo debido a que son producto de mi imaginación? Es una cuestión fascinante y terrible a un tiempo. Conviene tenerla en cuenta y precaverse contra ella. ¡Qué pérdida tan lamentable supondría!».

Cerré el cuaderno sobre mi dedo índice y miré a Anna.

—¿Tenía miedo de que Galen desapareciera después de su muerte?

—No; el Galen material, no..., únicamente las personas y los animales que eran obra suya. Él no había creado el pueblo..., tan sólo a sus habitantes.

—Pues debía de estar equivocado, ¿no? Es decir, todos siguen existiendo, ¿verdad? —A lo lejos se oyó el pitido de un tren.

—Sí, pero no enteramente. Antes de morir, mi padre había escrito la historia del pueblo hasta el año tres mil...

—¿Tres *mil*?

—Sí, tres mil catorce. Seguía trabajando en ello cuando murió. De manera completamente inesperada. Una tarde fue a dormir la siesta y ya no se levantó. Fue espantoso. Todo el mundo tenía miedo de desvanecerse en el momento que él muriese; por eso, cuando no ocurrió nada y las cosas siguieron su curso habitual, todos nos alegramos muchísimo.

—Anna, ¿has leído un cuento de Borges titulado «Las ruinas circulares»?

—No.

—El protagonista quiere crear a un hombre en sueños, aunque no un simple hombrecillo imaginario: un hombre verdadero, de carne y hueso.

—¿Lo consigue? —Deslizó la mano por el asiento del sofá.

—Sí.

Llega un momento en que ni siquiera una esponja puede absorber más agua pues ha alcanzado el punto de saturación. Un exceso de estímulos y de acontecimientos inesperados que, aun siendo increíbles, debía ir asimilando sobre la marcha obligaban a mi cerebro a jugar una partida de ajedrez en cinco dimensiones.

Anna dio unas palmaditas en el cojín que había a su lado.

—Anda, Thomas, ven a sentarte a mi lado.

—En estos momentos no tengo muchas ganas.

—Thomas, quiero que lo sepas todo. Me estoy esforzando por ser completamente sincera contigo. Quiero que sepas todo lo referente a mí, a Galen y a mi padre. ¿Y sabes por qué? —Se volvió del todo para mirarme por encima del respaldo del sofá. Sus puñeteros pechos descansaron sobre aquel mullido soporte—. Hace un par de años, todo cuanto había escrito mi padre seguía verificándose. Si alguien tenía que dar a luz a un varón un viernes nueve de enero, así ocurría indefectiblemente. Todo se desarrollaba conforme él lo había escrito en sus *Diarios de Galen*. Era utópico...

—¿Utópico? ¿De veras? Entonces, ¿qué me dices del morir? ¿Acaso los habitantes de Galen no tenían miedo a la muerte?

Cerró Anna los ojos y meneó la cabeza. El alumno estúpido volvía a formular otra pregunta estúpida.

—En absoluto, porque la muerte es la nada.

—Anda ya, Anna. No me vengas con monsergas religiosas a estas alturas, ¿quieres? Límitate a contestar mi pregunta.

—No, Thomas, no me entiendes. Ten presente que el hecho de morir no es lo mismo para uno de *ellos* que para una persona normal. Cuando nosotros fallecemos, hay la posibilidad de que exista un cielo o un infierno. Mi padre, sin embargo, no creó ninguna vida ultraterrena para los habitantes de Galen, por tanto ellos no viven pendientes de interrogante alguno. Desaparecen así, sin más. ¡Puf! —Levantó las manos bruscamente, como soltando un puñado de luciérnagas.

—La delicia de un existencialista, ¿eh?

—En efecto; puesto que saben que el más allá no existe, no pierden el tiempo preocupándose al respecto. Nadie les va a juzgar, ni a arrojarles a un

pozo ardiente. Se limitan a vivir y a morir. En consecuencia, la mayoría de ellos procuran pasárselo lo mejor posible.

—¿Y nadie se rebela? ¿No hay por lo menos alguno que desee vivir más tiempo?

—Naturalmente, pero tal cosa no es posible. Tienen que hacerse a la idea.

—¿Y nadie se queja? ¿Nadie se escapa?

—Cualquier habitante de Galen que pretenda abandonar el pueblo, morirá.

—¡Por el amor de Dios! Oye, a ver si...

Anna se echó a reír y agitó la mano delante de mi cara.

—No, no, no es lo que te imaginas. Eso forma parte del dispositivo de seguridad ideado por mi padre. En tanto que residan en el pueblo, a ninguno de ellos le pasará nada. Pero si lo abandonan y permanecen fuera durante más de una semana, morirán de un ataque cardíaco, una hemorragia cerebral, una hepatitis fulminante... —La mano se agitó otra vez y luego regresó lentamente al sofá—. Es una tontería hablar de ello pues no hay nadie que trate siquiera de escapar, dado que no está escrito...

—¡Escrito! ¡Escrito! Vale, de acuerdo. ¿Dónde está, pues, ese omnipotente oráculo suyo?

—Te lo enseñaré en seguida, pero antes quiero que conozcas su historia; así, cuando lo veas, te resultará más fácil atar cabos.

—¡Ja! Permíteme que lo dude. ¡Sigo estando absolutamente *in albis*!

Lo que Anna refirió era fantástico y enrevesado; además, se desvió del tema infinidad de veces. Al final terminé sentándome a su lado en el sofá, pero solamente después de haberme pasado una hora encaramado en postura incómoda en el radiador caliente, debajo del antepecho de la ventana.

Marshall France acometió *La noche corre tras Anna* para levantar el ánimo a su hija. Uno de los personajes principales del libro era su buena amiga Dorothy Lee, aunque él cambió su nombre por el de Dorothy Little. Después de «matarla» sin querer y de que sus gatos fueran a darle la noticia, tomó él conciencia de los poderes que poseía. Interrumpió la redacción de *La noche corre tras Anna* y empezó *Los diarios de Galen*. Invirtió meses en investigar, en escribir y reescribir. Puesto que era un perfeccionista, había llegado a hacer hasta veinte borradores de sus libros para convencerse de que no había errado en nada; así, pues, no cuesta imaginar lo mucho que trabajó y se «preparó» para lo de Galen.

La primera persona que creó tras la muerte de Dorothy Lee fue un hombre llamado Karl Tremmel. Un inofensivo fontanero de Pine Island, Nueva York,

que llevó a Galen a su mujer y sus dos hijas en una *roulotte* Airstream. Hacía años que en Galen no había fontaneros.

A continuación llegó el turno a un barbero de nombre Sillman, a un empresario de una funeraria llamado Lucente (me esforcé por celebrar el chiste con una sonrisa, pero no me salió)..., y el desfile de personajes de Marshall France acababa de empezar.

Llevaban éstos vidas tranquilas, sin ningún tipo de incidentes, con excepción de un empleado de correos de nombre Beraard Stackhouse, el cual se embriagó una noche y por descuido se voló la cabeza con una escopeta.

Etcétera, etcétera. Una pequeña fábrica en la que trabajaban quinientas personas, situada en las afueras del pueblo, se incendió misteriosamente en plena noche; después de percibir la indemnización de la aseguradora, los propietarios decidieron reedificarla a cien millas más cerca de St. Louis.

—Al cabo de unos años, los únicos que quedábamos en el pueblo éramos mi padre y yo, Richard y «las personas de mi padre».

—¿Por qué dejó que Richard se quedara?

—Oh, porque al menos habíamos de tener un par de personas normales, por si alguna vez ocurría algún imprevisto y uno de nosotros tenía que marcharse temporalmente. No olvides que los demás morirían si pasaran más de una semana fuera del pueblo.

—¿Cómo se las arregló para conseguir que las restantes personas «normales» se fueran? Es decir, las que no trabajaban en la fábrica.

—Mi padre escribió que algunos de ellos —algunos de los vecinos de Galen normales— se vieran obligados a trasladarse. Una persona llegó a convencerse de que su casa estaba encantada; a otra le explotó el depósito de gas natural cuando estaba de vacaciones, lo cual la persuadió a trasladarse a Illinois... ¿Quieres que continúe?

—¿Y nadie sospechó nada?

—No, claro que no. Mi padre lo escribió de manera que pareciese completamente normal y aceptable. No estaba dispuesto a recibir alguna visita preguntona.

—¿Alguna vez...? —No pude reprimir uno de mis bostezos de miedo—. ¿Alguna vez se sirvió de, hum, de la violencia?

—No. Cuando el incendio de la fábrica nadie resultó herido. Pero eso depende de lo que consideres tú violencia. El incendio lo provocó él, y también hizo que explotara el depósito de gas de aquel hombre. Pero nunca perjudicó a nadie. No le hacía falta, Thomas. Le bastaba con *escribir* lo que quisiera.

France siguió creando, aunque ignoraba el tiempo que duraría su obra. Por ese motivo me había hecho leer Anna la anotación del cuaderno. Finalmente llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer era apuntar tantos datos sobre cada personaje como le fuera posible y desarrollar luego su vida futura lo más que pudiese. Después sólo cabía esperar que las cosas siguieran marchando normalmente tras su muerte.

—Seguro que en los cuadernos se encuentra la explicación, Anna; pero, dime, ¿hasta qué punto controlaba la vida de las personas? Me refiero a si consignaba cosas como «Joe Smith se despertó a las ocho y veinte y bostezó durante tres segundos. Luego se...».

Anna meneó la cabeza.

—No, no. Descubrió que podía dejarles asumir la responsabilidad de la mayor parte de sus vidas. Más adelante sólo fue el artífice de los grandes momentos de sus vidas, de los acontecimientos importantes: con quién iban a casarse, cuántos hijos tendría cada uno, cuándo y cómo morirían... Quería que gozaran de...

—¡No te *atrevas* a decir de libre albedrío!

—No, no lo digo. Pero en cierto modo era así. Fíjate en el caso de Gert y Wilma Inkler: les dio rienda suelta para que se ocuparan de su hijo como creyeran conveniente. Apenas se pasaron de la raya, les transformó en perros.

—Mira que es envidioso nuestro Dios, ¿eh?

—No digas eso, Thomas. —Dos llamas malignas se encendieron en sus ojos.

—¿Que no diga *qué*? ¿Que jugaba con ellos? Oye, Anna, yo no quiero cabrearte, pero si todo lo que me has contado es cierto, entonces tu padre era el más... —Me esforcé por encontrar las palabras justas que definieran lo que había llevado a cabo, pero no las había—. No sé qué decir..., era la persona más asombrosa que jamás haya existido. Y no precisamente como artista. Con un papel y una pluma estilográfica ¡ese hombre era capaz de insuflar la *vida* a las personas! —Me daba cuenta de que no hablaba con Anna, sino conmigo mismo, pero me resultaba indiferente—. No, es imposible.

De pronto todo aquello se me vino encima y me quedé abrumado por su viscosa incoherencia. ¿Cómo podía ser tan idiota para tragarme aquella sarta de burradas? Pero, por otra parte, ¿qué decir de Clavos y Pétalos, los perros que me habían hablado? Además, lo poco que había leído en los cuadernos coincidía con los hechos, y Anna sabía que el niño que atropelló la camioneta iba a morir...

—¿Por qué estaban todos tan impacientes por saber si el hijo de los Hayden se estaba riendo, Anna? ¿Qué sentido tiene ese detalle?

—Porque tenía que morir de accidente aquel mismo día. Tenía que andar risueño y contento hasta el preciso instante en que le atropellara la camioneta. Lo que desconcertó a Joe Jordan y los demás fue que la camioneta debía conducirla otra persona. El niño no se estaba riendo y no le atropelló la persona prevista.

En tanto que las cosas marcharan según los designios de France, Anna y los habitantes de Galen tenían muy poca comunicación con el mundo exterior. Algunos de ellos se trasladaban de tarde en tarde a un pueblo vecino, para ir de compras o bien al cine, y las tiendas de Galen se abastecían regularmente por medio de camiones procedentes de St. Louis o Kansas City, pero ahí terminaba la cosa. Para cubrir las apariencias, había una inmobiliaria en el pueblo, si bien las únicas fincas en venta estaban ubicadas en otras localidades. Los terrenos que no eran particulares pertenecían al pueblo de Galen, y ninguno se ponía nunca a la venta ni se alquilaba.

—Pero ¿y la señora Fletcher? ¿Y la casa...?

—Tú y Saxony sois las primeras personas del exterior que permanecéis en Galen desde la muerte de mi padre.

—¡Por eso dijo que no le importaba que no estuviéramos casados en cuanto nos ofreció su casa el primer día! Lo repitió diez veces, por lo menos. Tú lo preparaste todo, ¿verdad, Anna? ¡Fue un enorme tinglado!

Ella asintió con la cabeza.

—Así que David Louis me comunicó que ibais a venir, llamé a Goosey Fletcher y le pedí que se trasladara al piso superior. Después envié a Clavos a su casa para que se alojara en ella.

—Y yo me figuraba que lo hacía por el dinero.

—Goosey es muy buena actriz.

—¿Es verdad que estuvo en el manicomio?

—No.

—¿No, simplemente? ¿Nada más?

—¿Cómo quieres que estuviera en el manicomio, Thomas, si es una de las personas de mi padre? Tan pronto empieces a leer los diarios, Thomas, te vas a enterar de todo.

No iba descaminado al decir que el biógrafo de Princeton había acudido al sitio equivocado en un mal momento. Debido a su secreto, Galen se hallaba por aquel entonces encerrado en sí mismo, y nadie estaba dispuesto a decir ni mu a aquel fulano. Según Anna, se quedó unos cuantos días y luego se largó

echando pestes a California, donde, según sus propias palabras, iba a escribir la biografía definitiva de Robert Crumb.

Pero, al cabo de un tiempo, comenzaron los incidentes en Galen. Durante los dos últimos años las cosas empezaron a salirse de madre. Un individuo que tenía que llegar a los noventa años y expirar tranquilamente en su lecho, se electrocutó con un cable de alta tensión que se partió y le cayó encima mientras iba por la calle. Acababa de cumplir cuarenta y siete años. Un niño que debía pirrarse por el maíz no podía mirarlo sin sentir ascos. Una mujer a la que habían transformado en bulterrier parió inesperadamente una camada de nueve cachorros. A ninguna de las perras le había ocurrido nunca semejante cosa: a ninguna de ellas podía ocurrirle.

Me puse las manos debajo de los sobacos para calentarlas. Bostecé por enésima vez.

—¿Qué pasaba, pues?

Anna cogió su taza vacía y la hizo tintinear con la uña.

—A mi padre se le estaban acabando los poderes. Se le estaban agotando. En uno de los diarios escribí acerca de tal posibilidad. Puedes leerlo, si quieres; ahora solamente te contaré lo fundamental. Él dijo que podían ocurrir dos cosas después de su muerte. La primera, que todo cuanto había creado se desvaneciera inmediatamente.

—Ya lo he leído. —Aún tenía el diario en la mano y lo sostuve en alto para que lo viese.

—Sí. La segunda posibilidad es que después todo siguiera igual porque les había conferido tanta... —Apretó los labios y vaciló durante un momento—. Les había conferido tanta *vitalidad*, que seguirían realizando sus actividades una vez muerto él.

—Y así fue. ¿Así fue? ¿No?

—Sí, Thomas, así fue hasta hace dos años. Hasta entonces todo había ido sobre ruedas. Pero de pronto las cosas se trastornaron..., ya te he contado algunas de ellas. Pero mi padre también tuvo en cuenta esta posibilidad. Escribió sobre ella en el cuaderno que tienes en la mano.

—Mejor que me lo expliques, Anna. La verdad es que ahora no estoy para leer nada.

—De acuerdo. —Miró la taza como si no supiera cómo había llegado a sus manos. La puso en la mesa y la apartó bruscamente—. Estaba convencido de que, habiendo sido él capaz de crear a los habitantes de Galen, entonces, en caso de que muriese, alguien habría en el mundo que pudiera recrearle.

—¿Qué? —Lagartijas heladas recorrieron mi espalda.

—En efecto; creía que su biógrafo —se interrumpió y me miró arqueando las cejas, a su *biógrafo*—, si su biógrafo tenía el talento suficiente, podría hacerle revivir..., podría hacerle revivir, siempre y cuando escribiera su vida adecuadamente.

—Por el amor de Dios, Anna. ¿Acaso insinúas que soy el biógrafo en cuestión? ¡Esto es como echar marranos a los puercos! Qué digo, ¡margaritas a los puercos! Tu padre era... era..., yo qué sé, *Dios*. ¿Quién coño soy yo?

—¿Tienes idea de por qué te he dejado llegar tan lejos, Thomas?

—No sé si lo quiero saber. Está bien, está bien, ¿a ver?

—Porque tienes una cualidad que, al decir de mi padre, era indispensable: estás obsesionado por él. Siempre estás hablando de la importancia que tienen sus libros para ti. Es casi tan importante su obra para ti como lo es para nosotros.

—Vamos, Anna, ¡no es lo mismo!

—Basta, Thomas. —Alzó la mano como un policía municipal—. Tú no lo sabes, pero desde que escribiste el primer capítulo todo ha vuelto a la normalidad en el pueblo. Las cosas que escribió en los diarios para que sucedieran, ya *han* sucedido, igual que antes. Todo; la muerte de Clavos fue la última.

La miré y abrí la boca para decir algo, pero no había nada que decir. Acababan de dedicarme el elogio más atroz de mi vida. Tenía la mente atrapada en un ascensor que estaba a medio camino entre el terror más visceral, y una euforia absoluta que me impulsaba a aferrarme a la vida con uñas y dientes. ¡Válgame Dios! ¿Y si tenía razón?

Continuamos trabajando, sólo que ahora Saxony no quería saber nada de la biografía. Cuando no se dedicaba a tallar tres marionetas, leía *La serpiente Ouroboros*, de Eddison.

Yo iba todavía a casa de Anna, aunque solamente de día, y no más tarde de las cinco y media. Después guardaba mis cosas en mi maletín marrón y regresaba.

Estaba muy preocupado porque no sabía si contarle o no a Saxony la verdad sobre France y Galen. Había momentos en que no podía soportar guardar semejante secreto, no revelárselo todo de una vez. Por otra parte, no se me ocultaba que a personas con ideas menos peregrinas que las mías las habían internado en el manicomio; así, pues, me decía que era preferible no descubrir el pastel hasta que no se viera qué rumbo tomaban los acontecimientos.

Cayó una nevada sobre el pueblo y lo pintó todo de un blanco espeso. Una tarde salí a estirar las piernas y me encontré con tres gatos que retozaban en un descampado. Se lo estaba pasando tan bien que me detuve a observarlos. Siguieron saltando y persiguiéndose durante un par de minutos, hasta que uno de ellos reparó en mí y se quedó paralizado. Al instante todos me estaban mirando, y yo, sin pensar, levanté la mano para saludarlos. Oí entonces un débil sonido, amortiguado por la nieve: estaban maullando. Al cabo de unos segundos caí en la cuenta de que era el modo que tenían de decir hola.

Por otra parte, todos los vecinos ya habían empezado a franquearse conmigo. Con lo que me decían habría tenido motivo suficiente, unos meses atrás, para largarme del pueblo como alma que lleva el diablo, pero lo único que hacía ahora era menear la cabeza y comerme otra de las galletas de harina de avena con pasas que hacía Debby (o Gretchen, o Mary Ann...).

Su actitud, inevitablemente, no admitía sino dos variantes: la acusación o la súplica. Más valdría que terminara de escribir el libro, porque si no habría muchísima gente que las pasaría putas; o bien: gracias a Dios que había llegado en aquellos momentos, y, ¿me faltaban todavía muchas páginas? Según el día y la persona, me sentía el mesías o, por el contrario, como el reparador del teléfono. La incierta posibilidad de que mi libro, una vez

acabado, devolviera la vida a Marshall, me daba vueltas y más vueltas en la cabeza, como la canica de un niño en una secadora. Había momento en que me paraba a pensar y me lo tomaba todo a risa, de lo absurdo y disparatado que era. En otras ocasiones, las lagartijas del miedo correteaban por mi piel y yo me esforzaba por sacármelo de la cabeza.

—Hummm, Larry, ¿cómo se siente uno al saber..., hum, que le han creado?

Larry se tiró un pedo y me dedicó una sonrisa.

—¿Creado? ¿Y eso qué quiere decir? Mira, chaval: tú saliste disparado de tu padre, ¿no? —Asentí con la cabeza y me encogí de hombros—. Pues yo salí de algún otro lado y ya está. ¿Quieres otra cerveza?

Catherine acarició su conejo gris tan suavemente como si fuera de cristal.

—¿Creado? Hummm. Me suena rara esa palabra. Cómo me siento al saber que me han creado. —Lo dijo marcando mucho cada palabra—. La verdad es que no pienso en ello, Thomas. Hay muchas cosas que me preocupan más.

Mis esperanzas de recibir respuestas del sanctasanctórum no se vieron colmadas. Galen era un pueblo de clase media baja, situado en el corazón de Missouri, cuyo vecindario se componía de trabajadores que iban a la bolera los viernes por la noche, les encantaba *La mujer biónica*, y ahorran para comprarse un cortacéspedes nuevo o una casita de campo en Lake Tekawitha.

La anécdota más interesante que me contaron fue la de un individuo que, sin querer, disparó a su hermano a la cara con un revólver de la policía. Se accionó el gatillo, estalló el cartucho, humo, mucho ruido..., pero al hermano no le pasó nada. Na-da.

Pero la gente no paraba de hablar. Ahora que yo era uno «de los suyos» me ponían al corriente de todo: de su lumbago, su vida sexual, me daban recetas para preparar el barbo. Apenas si me decían nada relativo a mi investigación, aunque llevaban tanto tiempo contándose las mismas cosas los unos a los otros que debía de resultarles muy agradable tener a una persona nueva para volverlas a contar.

—¿Sabes lo que no me gusta de la situación actual? El hecho de no saber nada. Antes podía ir por la calle tranquilamente, sin preocuparme de que pudiera caerme un avión de los cojones en la cabeza. ¿Me entiendes? Cuando se sabe, se sabe. Uno no tiene que andar por ahí preocupándose por lo que pueda pasarle. Fíjate en ese puñetero cómo se llame..., Joe Jordan. Sale a comprar una mierda de paquete de cigarrillos, y en un abrir y cerrar de ojos ve que acaba de atropellar a un crío. A mí esto no me va, no señor; yo quiero

saber cuándo me llegará la hora. Así no tengo que preocuparme lo más mínimo hasta que llega la hora.

—Pero ¿y qué hará entonces? ¿Cuando llegue su hora?

—¡Mearme en los pantalones! —Su propio chiste le arrancó la carcajada al viejo.

Conforme iba haciendo más preguntas a la gente, más palmario resultaba que la inmensa mayoría se contentaban con la «táctica» de France y les horrorizaba que les hubieran puesto, de manera repentina y cruel, en las torpes manos del destino.

Sin embargo, había unas cuantas personas que no querían saber qué suerte les esperaba. No había nada malo en ello. Años atrás, se había dispuesto que la persona de más edad de cada familia tuviera a su cargo una relación detallada de la historia presente y futura de los suyos que France le había entregado. Todo aquel que tuviera más de dieciocho años y deseara enterarse de su destino podía acudir al «mayor» y formularle cualquier pregunta sobre el particular.

Un dependiente del supermercado me miró como si estuviera loco cuando le pregunté si no le gustaría vivir más años de los cincuenta y uno que France le había concedido.

—¿Por qué? Hasta entonces puedo hacer lo que me dé la gana. ¿Acaso no se puede llevar a cabo cualquier cosa en cincuenta años?

—Pero es que..., es tan agobiante. No sé qué le diga, es claustrofóbico.

Sus manos artríticas sacaron un peine marca Ace del bolsillo de su guardapolvo y lo pasaron por su pelo completamente negro.

—No, Tom; mira, actualmente tengo treinta y nueve años, ¿no? Sé a ciencia cierta que me quedan doce años más de vida. Nunca me preocupo de nada: de si me voy a morir y esas cosas. Pero tú sí, ¿verdad? Seguro que algunas veces, al levantarte por la mañana, te dices: «Puede que hoy sea el día de mi *muerte*», o bien «Puede que hoy me quede inválido de por vida». Cosas así. Pero nosotros no pensamos en ello ni dos segundos, ¿sabes? Yo tengo algo de artritis en las manos, y moriré de cáncer a los cincuenta y un años. Por tanto, ¿quién lo tiene peor, tú o yo? Dímelo con franqueza.

—¿Puedo hacerle otra pregunta?

—No faltaría más. Adelante.

—Digamos que yo vivo en Galen y me entero de que tengo que morir mañana, que usted me atropellará con su camión. ¿Qué ocurre si voy a mi casa y al día siguiente no salgo a la calle? ¿Y si me meto en el armario impidiéndole por completo que me atropelle?

—Morirás en el armario a la misma hora que yo tenía que haberte atropellado.

En una película de mi padre titulada *Café de la Paix* hay una escena que siempre me ha gustado y que no deja de venirme a la memoria cada vez que hago mi recorrido por Galen.

Richard Eliot, alias «Shakespeare», que resulta ser el agente secreto más diestro que ha destinado Inglaterra a la Francia ocupada por los nazis, ha sido descubierto. Envía a su esposa fuera del país por conducto de la resistencia y luego se dirige al Café de la Paix a esperar que los alemanes vayan a capturarlo. Pide un *café crème*, saca un librito del bolsillo y, más frío que un témpano, empieza a leer. Le traen el café, pero el camarero se lo sirve lo más deprisa que puede y se larga zumbando porque ya sabe lo que se avecina. La calle está vacía, y unas cuantas hojas secas se mueven con lentitud extrema junto a las patas de las mesas. El director de la película era de lo más avisado, ya que dejó un tiempo muerto de tres minutos durante el cual no ocurría absolutamente nada. Cuando aparece el Mercedes negro con chirriar de neumáticos, a uno ya no le quedan uñas que morderse y se alegra de que por fin hayan llegado. Se oye el ruido de puertas cerrándose y la cámara sigue dos pares de botas militares que cruzan la calle.

—¿Herr Eliot? —El oficial alemán es el típico bueno/malo (creo recordar que Curt Jurgens interpretaba el papel) que ha tenido la astucia necesaria para localizar a Shakespeare, pero en el curso de sus investigaciones ha ido cobrando respeto al espía que está a punto de detener.

Mi padre levanta la mirada del libro y sonrío.

—Hola, Fuchs.

El otro nazi hace ademán de prenderle, pero Fuchs le coge del brazo y le ordena que regrese al coche.

Mi padre paga la cuenta y los dos personajes cruzan lentamente la calle.

—De haber tenido éxito tu misión, Eliot, ¿qué habrías hecho al volver a tu casa?

—¿Que qué habría hecho? —Mi padre rompe a reír; levanta la vista y contempla el cielo largamente—. No lo sé, Fuchs. Algunas veces semejante posibilidad me aterraba mucho más que la de que me capturasen. Es curioso, ¿verdad? Puede que en mis adentros haya esperado tal cosa desde el principio; así ya no habría de preocuparme más por el futuro. ¿Te has parado nunca a pensar en lo que harás tú cuando Alemania pierda la guerra?

¿Cuántas chorradas no habría yo llegado a decir cuando a las tres de la mañana hacía esfuerzos sobrehumanos para explicarle en qué consistía la vida a un compañero de la universidad con el que tenía una habitación a medias, o a una amante, que se caían de sueño? Me embarullaba tanto con las infinitas respuestas contradictorias y posibilidades diversas, que al final acababa acostándome, haciendo el amor o bien desanimándome en grado sumo porque me daba cuenta de que no sabía nada de nada.

Los habitantes de Galen no tenían ese problema. Sus vidas se fundaban en un calvinismo de pura cepa, salvo que ellos no tenían que preocuparse de lo que les ocurriría una vez franquearan el umbral de la muerte. No podían cambiar su personalidad ni su destino, pero el ser conocedores de que obtendrían irremediabilmente un notable o un aprobado en su examen final tenía tanta importancia como la que tenía su vida hecha de momentos efímeros.

Por fin quitaron la escayola a Saxony, y aunque anduvo cojeando durante unos días porque tenía la pierna delgada y floja, recuperó el ánimo considerablemente.

Las hojas se habían lanzado de los árboles en paracaídas y formaban una capa sobre calles y aceras. Se habían acortado los días, que amanecían lluviosos, grises, o ambas cosas a la vez. Galen se tornó recogido. El equipo de baloncesto empezó a jugar partidos las noches de los viernes, y el polideportivo estaba siempre de bote en bote. El cine, las tiendas, todas las actividades que se realizaban en interiores volvieron a cobrar popularidad. Se percibían en el aire las fuertes comidas de invierno, la húmeda lana de los abrigos, el olor denso de los guantes, calcetines y gorras de punto puestos a secar sobre radiadores que despedían calor polvoriento.

Pensaba yo en los otros pequeños Galen que había por doquier, y que se estaban preparando para pasar el invierno. Cadenas para el coche, aceite para la calefacción, trineos nuevos, alpiste para el comedero de pájaros del jardín, burletes para las ventanas, sal gema para el camino de entrada...

En todos los pequeños Galen que había por doquier se llevaban a cabo los mismos preparativos, pero «en el exterior» un hombre se disponía a coger el coche para ir a la tienda. Lo que no sabía era que a medio camino se saldría de la carretera patinando e iría a estrellarse contra un árbol, muriendo en el acto. Su esposa no empezaría a preocuparse hasta al cabo de unas horas. Más adelante, puede que alguno de sus amigos descubriese el coche accidentado,

de cuya parte trasera seguiría brotando una columna de humo del tubo de escape, fundiendo la nieve manchada de tierra que había debajo.

O un anciano de Maine se pondría su jersey L. L. Bean de lana tejida y sus pantalones verdes de pana, ignorando que al cabo de dos horas tendría un ataque cardíaco mientras ponía la correa a su perro pachón.

La señora Fletcher se enteró de que era mi cumpleaños y me hizo un enorme pastel de zanahoria que no se podía comer. Recibí asimismo numerosos regalos. En todas las casas donde ponía los pies tenían un pastel o un regalo esperándome. Me obsequiaron con un tejón disecado, con diez moscas de pesca ensartadas a mano, y con una primera edición de *Os guardaréis de llamarlo traición*. Cuando volví a casa al concluir las entrevistas, me encontré a Saxony junto la puerta, sonriente y meneando la cabeza, anticipándose a que le enseñara mi más reciente tesoro y le contara todo.

—Por lo visto has causado sensación en el pueblo, ¿eh? —Se llevó el estereoscopio a los ojos y contempló Dobbs Ferry, Nueva York.

—Eh, oye, esto vale mucho dinero, Sax. Han sido muy amables al regalármelo.

—No seas tan susceptible, Thomas. Lo único que quería decir es que debe de ser muy agradable que te quieran tanto.

No supe si hablaba en serio o se mofaba, pero de haber tenido que contestarle en aquel momento, le habría dado la razón: *era* agradable. Conocía, desde luego, el motivo por el que la mayor parte de vecinos de Galen me habían agasajado de tal manera —no era tan ingenuo—, pero había logrado enterarme de lo que se sentía al verse respetado, apreciado y venerado: era terriblemente agradable. Era una pequeña muestra de lo que habían saboreado en abundancia tanto mi padre como Marshall France durante casi toda su vida.

France se había embarcado en el Carguero *Arthur Bellingham*, que iba de Liverpool a Nueva York. A bordo trabó amistad con un matrimonio judío y tuvo un pequeño idilio con su hija de diecinueve años. En Nueva York, posteriormente, llegó a salir con la muchacha, pero su relación quedó en aguas de borrajas. Consiguió el trabajo con Lucente y alquiló una habitación en un hotel para personas de paso, que distaba una calle de la funeraria.

—Anna, ¿por qué me mentiste cuando te pregunté cuánto tiempo había trabajado tu padre para Lucente?

Se estaba tomando un tazón de Krispies de arroz, sentada a la mesa del comedor, y yo alcanzaba a oír los ruiditos secos que producían los cereales al

inflarse.

—No quiero que discutamos por eso..., me gustaría saber por qué mentiste, nada más.

Masticó la cucharada que se había tomado y se limpió los labios con una servilleta de papel.

—Antes de dejarte vía libre de verdad, quería comprobar qué clase de escritor eras. Es lógico, ¿no? Por ese motivo te facilité todos los datos anteriores a su llegada a los Estados Unidos como inmigrante. El primer capítulo que escribieras reflejaría de este modo si eras bueno. Si eras malo, me limitaría a decirte que te marcharas y nunca te habrías enterado de nada. —Volvió a hundir la cuchara en los cereales y se concentró de nuevo en la revista que estaba leyendo.

—¿Anna? Otra pregunta: ¿cómo es que nunca hablas de tu madre?

—Mi madre era una muchacha de Missouri, guapa y reservada, que me hizo ingresar en las *Girl Scouts* a los ocho años. Era una magnífica cocinera, y a mi padre le hizo la vida muy agradable. Creo que la quería y estaba muy contento con ella porque era exactamente lo contrario de él: muy práctica y realista. Admiraba a las personas dotadas de gran imaginación o de capacidad creadora, pero yo diría que en su fuero interno se alegraba de no tener ninguna de las dos. Una vez me dijo, en secreto, que opinaba que los libros de mi padre eran tontos. Menuda forma de llamarlos ¿no? ¡Tontos!

El tío de France, Otto Frank, no tuvo demasiado éxito como impresor. Se había trasladado a Galen desde Hermann, Missouri, porque le gustaba el lugar y porque en él vendían una imprenta por un precio muy bajo. Imprimió participaciones de boda, folletos comerciales, carteles para tómbolas y subastas de granjas. En cierto momento había abrigado la ilusión de editar un periódico comarcal (por eso había escrito a su hermano de Austria rogándole que le enviara a uno de los muchachos), pero no disponía de dinero suficiente y no encontró a nadie que estuviera dispuesto a invertir en su sueño.

Llegó Martin (tras haberse cambiado el nombre por el de Marshall France, con gran consternación de Otto), y su tío le puso de aprendiz en la imprenta. A France, por lo visto, le gustó el trabajo y lo siguió desempeñando hasta que Otto falleció en 1945, año en que se publicó *Un lago de estrellas*.

En el momento de su aparición, el libro no tuvo muy buena acogida, pero al editor le gustó lo bastante como para ofrecer a France un adelanto de mil dólares sobre su próxima obra, que resultó ser la igualmente fallida *Sombras de color melocotón*. No obstante, un crítico llamado Charles White escribió un largo artículo sobre France en la última página de la revista *Atlantic*

Monthly, comparando al autor con Lewis Carroll y Lord Dunsany; éste fue uno de los elementos que consolidaron la reputación de France. Anna conservaba casi toda la correspondencia que había recibido en Galen, así como también las copias de sus contestaciones a las mismas; France no se enteró de que White había escrito aquel artículo hasta unos meses después de su publicación. Escribió entonces al crítico dándole las gracias. Se cartearon durante años, hasta que White falleció.

La pena del Perro Verde salió a la luz dos años después de *Sombras de color melocotón*, y muy pronto se convirtió en un éxito editorial. Una de las cartas que White envió a France empezaba de un modo muy divertido: «Estimado señor France: Nunca he conocido a ningún autor famoso. ¿Lo es usted actualmente? En tal caso, ¿podría prestarme cien dólares?...». De la noche a la mañana se reimprimieron sus dos libros anteriores, le pidieron que preparase una antología de sus cuentos infantiles preferidos, Walt Disney planeó llevar *Sombras de color melocotón* al cine... Marshall France era un personaje importante.

Sin embargo, escribió una carta a Disney diciéndole con buenas palabras que se fuera a paseo, y otro tanto al editor de la antología de cuentos infantiles. Rechazó casi todas las ofertas, y al cabo de un tiempo ni siquiera se molestó en enviar contestación; se hizo imprimir una tarjeta en la que ponía: «Marshall France se lo agradece mucho, pero le presenta sus excusas...». Parecía la nota de rechazo de una revista. El día de mi cumpleaños me regaló Anna una de tales notas enmarcadas, en la que podía verse un bulterrier que él había bosquejado.

En el curso de los años recibió, literalmente, centenares de ofertas. Querían sacar al mercado una colección de muñecos de goma que representaran los personajes de *El país de las risas*, bolígrafos con motivos de *El Perro Verde*, un transistor inspirado en la Radio Nube de *Sombras de color melocotón*. Al decir de Anna, y a juzgar por lo que vi posteriormente, muchas de esas empresas se lanzaron a fabricar tales productos aun oponiéndose France a ellos. Me explicó que había perdido cientos de miles de dólares porque no tenía ganas de meterse en pleitos. David Louis contaba con abogados que hubieran podido acabar con semejante especulación en un abrir y cerrar de ojos, pero France decía siempre que no. No quería complicaciones ni que le molestaran; la notoriedad le repugnaba y no quería irse de Galen. Al final, hasta David Louis dejó de importunarle, pero se desquitó enviándole, año tras año, muestras y más muestras de muñecos pirateados, linternas y un largo etcétera, solamente para hacerle ver lo mucho que estaba perdiendo.

Nos pasamos una tarde en el sótano, sacándolas de mohosas y deformadas cajas de cartón, que llevaban años arrinconadas.

—De haberlo sabido, David Louis se habría puesto furioso. —Sacó Anna de la caja un cuaderno para colorear con ilustraciones de *El Perro Verde*—. Éstos eran una buena parte de mis juguetes cuando era pequeña. —Abrió el cuaderno y lo volvió hacia mí. Había un dibujo a medio pintar de Krang y el Perro Verde caminando juntos por un camino barrido por el viento; el hilo de Krang estaba atado con un lazo al collar del perro. El perro era azul, Krang completamente dorado, y el camino de un rojo ondulante.

—¿Qué habría dicho tu padre de haber sabido que habías pintado el perro de azul?

—¡Pero si fue culpa suya! Me acuerdo muy bien. Le pregunté si el Perro Verde había sido alguna vez de otro color. Me explicó que antes de escribir el libro había sido azul, pero que no lo dijera nunca a nadie porque era un gran secreto. —Deslizó la mano por el dibujo azul, amorosamente, como si quisiera acariciar el perro o el recuerdo de su padre.

La observé con fijeza, tratando de imaginarme qué sería de nosotros. Ella tenía treinta y seis años (por fin tuve el descaro de preguntárselo un día y Anna me lo dijo sin pestañear), y yo treinta y uno, lo cual, en resumidas cuentas, carecía de importancia. Si quería continuar nuestra relación habría de pasarme el resto de mis días en Galen. Pero ¿qué tenía eso de malo? Podía dedicarme a escribir —quizá el libro sobre mi padre sería el próximo—, enseñar inglés en el instituto de Galen, viajar de cuando en cuando. Siempre estaríamos obligados a volver, pero tampoco era una perspectiva tan espantosa: vivir en la casa de mi ídolo, hacer el amor con su hija, ser alguien para los habitantes de Galen porque, extrañamente, quizá acabara siendo su salvador.

—Supongo, Thomas, que ya sabes que Saxony habrá de irse pronto.

Abandoné mis borrosas cavilaciones y me puse a toser. Reinaban el frío y la humedad en el sótano, y yo había dejado mi jersey de lana arriba, en el dormitorio.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—He dicho que tendrá que irse pronto. Ahora que ya lo sabes todo de Galen, te quedarás a terminar el libro, pero tú solo; Saxony ya no tiene nada que ver con él. Debe marcharse.

Hablaba con suma tranquilidad e indiferencia. Lo dijo mientras hojeaba el cuaderno para colorear.

—¿Por qué, Anna? —exclamé quejosamente. ¿Por qué coño me quejaba? Se lo arranqué de las manos y lo volví a poner en su sitio con una buena dosis de indignación—. ¿De qué estás hablando? —Tiré en la caja el muñeco que tenía en la mano.

—Ya te lo dije, Thomas: en el pueblo no viven sino las personas que creó mi padre. Tú ya puedes quedarte, pero Saxony, no. Ella ya no tiene por qué estar aquí.

Me di una palmada en la cabeza teatralmente y me esforcé por tomármelo a risa.

—Vamos, Anna, empiezas a parecerte a Bette Davis en *Canción de cuna para un cadáver*. —Simulé, sin pizca de gracia, el acento del sur—. «Lo siento, Gilbert, pero ya es hora de que Jeanette se vaya». —Me eché a reír otra vez y puse cara de loco. Anna me sonrió amablemente—. ¡Venga, ya, Anna! ¿Qué estás diciendo? Me estarás tomando el pelo, ¿no? ¿Qué coño importa que esté o no aquí? No le he contado nada. Tú ya lo sabes.

Metió el cuaderno para colorear en la caja y se puso en pie. Cerró la tapa y la precintó con una tira de banda adhesiva que había traído consigo. Cuando se disponía a arrinconar la caja otra vez la agarré por la muñeca y la obligué a mirarme.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué, Thomas. No me hagas perder el tiempo con tus preguntas. —Sus facciones mostraron la misma cólera que aquel día en el bosque con Richard Lee.

Al cabo de diez minutos dio la puntilla diciendo que debía marcharme porque tenía que ver a Richard.

En cuanto llegué a casa aquella noche, Saxony y yo nos enzarzamos en una discusión violenta. Tuvo la culpa una tontería de encargo que no me acordé de hacerle. El arrebató de furia que nos hizo perder los estribos tuvo su origen, naturalmente, en todo lo que hasta entonces habíamos venido reprimiendo. En unos minutos se le puso la cara roja como un tomate y yo me encontré abriendo y cerrando los puños como el marido irritado de una comedia televisiva.

—Te lo he repetido no sé cuántas veces, Thomas, pero si tan mal te sientes aquí, entonces, ¿por qué no te marchas de una vez?

—Saxony, ¿me harás el favor de tranquilizarte? Yo no he dicho...

—Sí que lo has dicho. Si te lo pasas tan bien con ella, ¡pues vete! ¿Crees que me gustan mucho tus idas y venidas a hurtadillas, de aquí a su casa, dale que dale?

Traté de desarmarla con la mirada, pero en aquellos momentos no me sentía con fuerzas para medir las armas con ella durante mucho rato. Aparté la vista, y luego volví a mirarla. Seguía estando que echaba chispas.

—¿Qué quieres que haga, Sax?

—¡Deja de preguntarme eso! Tienes un aspecto tan desamparado. Lo que tú quieres es que te saque las castañas del fuego, y no me da la gana de hacerlo. Quieres que te ponga de patitas en la calle, o, por el contrario, que te diga que vuelvas conmigo y la abandones a ella. Pero no pienso darte ese gusto, Thomas. Aquí el único culpable eres tú. Eres tú quien se lo ha buscado, así que tendrás que resolver la situación por ti mismo. Yo te quiero, y lo sabes muy bien. Pero ya no podré aguantar mucho más tiempo. Más vale que decidas algo pronto. —Las últimas palabras las pronunció casi en susurros, y tuve que inclinarme para oírlas. Pero las próximas las soltó de golpe y yo me eché atrás de un salto—. ¡No me cabe en la cabeza lo imbécil que llegas a ser, Thomas! Me vienen ganas de estrangularte. ¿Cómo puedes ser tan gilipollas? ¿No sabes lo bien que nos lo podríamos pasar juntos? En cuanto terminaras el libro podríamos ir a algún sitio y vivir de cien maneras distintas y estupendas. ¿No te das cuenta de lo que Anna te está haciendo? Te está obligando a postrarte delante del horrible altar que le ha montado a su padre para que lo adores...

—Eh, oye, Saxony, ¿y tu interés por Fr...?

—Ya sé, ya sé, yo también. Pero France ya no me interesa, Thomas. Ya no quiero tener un libro, o bien un títere, por amantes. Quiero tenerte a ti. Todo lo demás podemos hacerlo en los ratos libres, pero el resto del tiempo es para nosotros. ¡Espera! ¡Un momento! —Se levantó de la silla y fue cojeando a la cocina. Volvió al cabo de dos segundos, con unas marionetas en la mano—. ¿Las ves? ¿Sabes por qué las he tallado? Para no pensar en nada. Es la verdad. Qué lastimoso era pasarse la tarde escarbando y escarbando la madera, haciendo esfuerzos por no pensar muy seguido en dónde estarías, o en lo que estarías haciendo. Cuando emprendimos el viaje hacia Galen me sentí como nunca. En mi vida había pasado un solo día sin trabajar. ¡Me encantaba! Y me daba igual, porque tú y yo teníamos muchas cosas que hacer. Ya sé lo mucho que te importa ese libro, Thomas. Ya sé lo mucho que te importa terminarlo...

—No sé lo que estás diciendo, Sax.

—Vale, de acuerdo. Oye, ¿te acuerdas del día que llegamos? ¿Del banquete al aire libre que celebraban en el centro del pueblo?

Me mordí el labio superior y asentí con la cabeza.

—¿Te acuerdas de que lo primero que hice al ponerme a hablar con Goosey fue contarle lo del libro?

—¡Vaya si me acuerdo! Me dieron ganas de asesinarte. ¿A qué vino eso después de todo lo que habíamos hablado?

Dejó Saxony los títeres en el sofá y se pasó las manos por el pelo. Ese ademán me hizo ver cuánto le había crecido. No le había dicho nunca que le sentaba muy bien.

—¿Has oído hablar de la intuición femenina? No empieces a hacer muecas, Thomas, porque existe de verdad. No falla casi nunca. Llámalo sexto sentido, o lo que sea. ¿Recuerdas que te dije que había notado desde el principio que te acostabas con Anna? Pues bien; lo creas o no, a poco de llegar ya tenía la certeza de que, por uno u otro motivo, las cosas se torcerían entre nosotros si empezabas a escribir ese libro. Estaba intentando que nos echaran del pueblo aquel mismo día. Lo siento, pero llevaba esa idea. Me imaginaba que si les ponía al corriente de nuestras intenciones, no nos dejarían acercarnos a Anna France ni de lejos.

—Querías provocar nuestra expulsión intencionadamente.

—Sí, así es. En los pocos días que llevábamos juntos nos habíamos unido mucho y no quería que nada se interpusiera entre nosotros. Me daba cuenta de que tan pronto te enfrascaras en la preparación del libro las cosas empezarían a ir mal. Y tenía razón, ¿verdad? —Cogió sus títeres y salió de la habitación. Aquella noche ya no hablamos más.

Dos días después me topé con la señora Fletcher que salía del supermercado. Su carro de compras metálico contenía una bolsa de patatas de veinticinco kilos y unas diez botellas de litro de zumo de ciruela.

—Vaya, ¿qué tal, forastero? ¡Dichosos los ojos que te ven! ¿Trabajando en serio, eh?

—Hola, señora Fletcher. Sí, trabajando en serio.

—Me ha dicho Anna que el libro marcha ya viento en popa.

—Sí, va bien. —Tenía el pensamiento ocupado en un millón de cosas y no me apetecía charlar con ella.

—Pronto habrás de hacer que Saxony se vaya del pueblo, Tom. Lo sabes, ¿no?

Ladró un perro, y oí arrancar un coche. El aire frío se llenó de humo de tubo de escape.

Un pedazo de rabia y desesperación ascendió por mis entrañas y se detuvo en mi pecho.

—¿Qué coño importa que se quede o se vaya? Santo Dios, empiezo a estar hasta las *narices* de que me digan lo que tengo que hacer. ¿Qué coño importa que Saxony se quede?

Su sonrisa desapareció.

—¿No te lo dijo Anna? —Me puso la mano en el hombro—. ¿De verdad no te dijo nada?

El tono de su voz me dio miedo.

—No, nada. ¿De qué se trata? Vamos, ¿de qué está usted hablando? — Los coches y las personas se movían alrededor de nosotros como peces en un acuario.

—¿No viste...? No, claro, no pudiste verlo. Mira, Tom, si de verdad te contara algo podría meterme en un buen lío. Lo digo en serio. Es un asunto muy peligroso. Sin embargo, te diré lo que pueda... —Hizo como que ponía en orden las cosas del carro de la compra mientras hablaba—. Verás..., si no haces que tu Saxony se vaya del pueblo, se pondrá enferma. Se pondrá tan enferma que morirá. Estaba escrito en los diarios. Así fue como Marshall mantuvo Galen apartado del resto del mundo.

—Pero ¿y yo qué? ¿No enfermaré también? Yo vengo de fuera.

—Tú eres el biógrafo. Estás protegido. Así es como Marshall lo escribió. No hay manera de cambiarlo.

—Pero, señora Fletcher, ¿y los diarios? Lo que dice en ellos ha dejado de ocurrir hace mucho. En el pueblo ya no hay nada que funcione.

—No, Tom, estás equivocado. Desde que empezaste a escribir todo ha vuelto a ir bien; eso es lo que importa. —Se frotó la boca con el dorso de la mano—. Tienes que hacer que se vaya, Tom. Escúchame bien. Aunque los diarios se hayan ajustado y ella no se ponga enferma, Anna no quiere verla en el pueblo. Eso es lo que debiera preocuparte más. Anna es una mujer fuerte, Tom. No quieras jugar con ella. —Se alejó apresuradamente; oí el traqueteo vibrante que hacía su carro metálico al cruzar el aparcamiento.

—¿Tienes un minuto?

Estaba cortando apio en un tajo de cocina que le había comprado.

—Tienes mala cara, Thomas. ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro, me encuentro perfectamente, Sax. Mira, no quiero engañarte más, ¿eh? Quiero decirte exactamente cómo me siento y dejar que tomes una decisión.

Dejó el cuchillo y fue al fregadero a lavarse las manos. Volvió a la mesa secándose las manos con un paño de cocina amarillo que nunca había visto.

—Está bien. Adelante.

—Sax, tú no sabes lo importante que eres para mí. Eres la única persona que he conocido en mi vida que ve el mundo de la misma manera que yo. No me había ocurrido nunca.

—¿Y Anna? ¿Ella no ve las cosas igual que tú?

—No, es del todo distinta. Mi relación con ella es del todo distinta. Me parece que sé bastante bien lo que pasaría si tú y yo viviéramos juntos.

Se secaba las manos muy despacio, cuidadosamente.

—¿Y lo quieres?

—Eso es lo que no sé, Sax. Creo que sí, pero no lo sé todavía. De lo que estoy seguro es de que quiero terminar el libro. Resulta asombroso que en el mismo momento de mi vida me haya encontrado con dos cosas tan importantes para mí. Ojalá hubiera ocurrido de otra manera, pero no ha sido así. Por tanto, ahora he de intentar hacerlo bien, aunque lo más seguro es que termine haciéndolo al revés y mal.

»En fin, si te parece, te diré lo que he pensado: si de mí dependiera, querría que te marcharas durante una temporada. Hasta que acabe el borrador y supere este asunto entre Anna y yo.

Esbozó Saxony una sonrisa afectada y dejó el paño de cocina en la mesa.

—¿Y qué pasa si no «superas» lo de Anna? ¿Eh? ¿Entonces, qué, Thomas?

—Tienes razón, Sax. La verdad: no sé qué pasaría entonces. Lo único que tengo claro es que hacerlo así es una vergüenza, pero ni a ti ni a mí nos gusta lo que está pasando, y el malestar, la inquietud y la incertidumbre nos están jodiendo de mala manera. Ya sé que es culpa mía. Ya lo sé, pero es algo que no se puede evitar, de lo contrario... —Cogí el paño y me envolví la mano con él.

—De lo contrario, ¿qué? ¿Qué es lo que no se puede evitar..., que termines el libro o que te acuestes con Anna?

—Sí, de acuerdo, ambas cosas. Ambas cosas son inevitables si...

Se puso de pie. Cogió un trocito de apio y se lo metió en la boca.

—Quieres que me vaya para que puedas terminar el borrador y, según cabe suponer, para que puedas superar tu «asunto» con Anna. Eso es lo que quieres, ¿no? De acuerdo. Me iré, Thomas. Me iré a St. Louis y esperaré tres meses. Tendrás que darme algo de dinero porque ya no me queda. Pero al cabo de tres meses, me marcharé. Tanto si vienes como si no, me marcharé.

—Se dirigió a la puerta de la cocina—. Estoy en deuda contigo, Thomas, pero, por lo demás, te has portado como un cabrón. De lo único que me alegro es de que por fin te hayas decidido sobre algo.

El día de su marcha cayó una nevada. Me desperté a eso de las siete y miré aturdidamente por la ventana. El sol aún no había salido, pero había clareado bastante para que el paisaje apareciese inmerso en tonos gris azulados. Apenas tomé conciencia de lo que iba a ocurrir, no supe si alegrarme o entristecerme de la posibilidad de que la nieve nos dejara incomunicados y Saxony no pudiera marcharse. Me acerqué a la ventana con paso vacilante para estudiar mejor la situación y vi que en la galería se había amontonado a considerable altura. Seguía nevando, pero los copos eran grandes y caían con lentitud, verticalmente, cosa que, tenía entendido, era señal de que pararía pronto. La casa no había traicionado todavía el secreto de la nieve; notaba el suelo caliente, y aunque sólo llevaba puesta la chaqueta del pijama y los calzoncillos, no tenía frío.

Nieve. Mi padre la detestaba. En cierta ocasión había tenido que intervenir en una película que se rodaba en Suiza, en pleno invierno, y nunca se sobrepuso a la conmoción. Le gustaban los parajes tropicales. El agua de la piscina que teníamos en el jardín de mi casa debía estar al borde de la ebullición para que quisiera zambullirse en ella. A su ver, el paraíso era la selva del Amazonas en plena ola de calor.

Esta vez Saxony no se iba a llevar más que una maleta; el resto de sus cosas —cuadernos de notas, marionetas y libros— los dejaría a mi cuidado en Galen. No quería decirme lo que tenía intención de hacer en St. Louis, pero yo estaba intranquilo porque había visto que no metía en la maleta ninguno de sus títeres ni herramientas. La había dejado en el suelo, junto a la ventana. La moví unos centímetros, empujándola con el pie descalzo. ¿Qué pasaría dentro de tres meses? ¿Dónde estaría yo? ¿Qué sería del libro, de todo lo demás? No, todo lo demás, no: los habitantes de Galen seguirían en Galen, y Anna también.

Saxony estaba durmiendo todavía cuando entré furtivamente en la habitación; cogí mi ropa de la silla y fui de puntillas al cuarto de baño a vestirme. Quería prepararle un desayuno de despedida verdaderamente suntuoso, y a tal efecto había comprado un gordo pomelo de Florida.

Salchichas, huevos revueltos con crema ácida, pan integral tierno, y el pomelo en cuestión. Saqué las viandas de la nevera y las puse en fila encima

de la mesa de fórmica. El desayuno de Sax. Hacia el mediodía, posiblemente ya se habría marchado. Ya no habría más pelos en el lavabo, ni más peleas a causa de Anna, ni más episodios de Rocky y Bullwinkle en la televisión a las cuatro de la tarde. Dios mío, se acabó. Me puse a preparar el desayuno como un cocinero loco; ni siquiera se había levantado, y ya empezaba a echarla de menos. Al poco rato entró en la cocina; vestía la misma ropa de cuando nos habíamos conocido. Terminé quemando tres salchichas.

Me preguntó si llamaría a la estación de autobuses para saber si el autocar de St. Louis saldría a pesar de la nieve. Utilicé el teléfono que había en el vestíbulo del piso de abajo. Contemplé la blancura del paisaje por la ventana rasgada de la puerta principal. Había parado de nevar.

—¡Ya no nieva!

—Ya lo veo desde aquí. ¿Estarás encantado, no?

Hice una mueca y tamborileé en el suelo con el pie.

—Estación de autobuses de Galen.

—Hola, sí, hum, ¿podría decirme si el autobús que va a St. Louis saldrá hoy?

—¿Y por qué no? —Quienquiera que fuese parecía la estatua del indio que ponen en las entradas de las tabacaleras.

—Pues, no sé, a causa de la nieve y tal.

—Lleva cadenas. Ese autocar no se detiene por nada, joven. A veces va con retraso, pero nunca se detiene.

Apareció Saxony con un pomelo en una mano y una cuchara en la otra. Tapé el auricular y se lo comuniqué. Se acercó a la puerta y se quedó mirando la nieve.

Colgué el teléfono; no sabía si volver a la cocina o bien preguntar a Saxony qué iba a hacer. Me rajé y volví a la cocina.

Los huevos aún estaban calientes; eché un poco de crema en el borde de mi plato y me puse a comer rápidamente.

—Sax, ¿no te vas a terminar el desayuno? Hay un buen trecho hasta St. Louis.

Como no contestara, me dije que lo mejor sería dejarla en paz. Mientras me tomaba el desayuno, me la imaginé delante de la puerta, comiéndose el pomelo y mirando como caían los últimos copos de nieve.

Después de tomarse una segunda taza de café, empecé a inquietarme por ella. Su plato estaba intacto, y su taza de té llena hasta el borde.

—¿Sax?

Arrojé la servilleta en la mesa y me puse de pie. No estaba en el vestíbulo, y su maleta y abrigo habían desaparecido. Había dejado la cáscara del pomelo sobre el radiador de junto a la puerta. Descolgué el abrigo de la percha y, cuando me disponía a salir, sonó el teléfono. Solté un taco y lo cogí.

—¿Sí? ¿Qué hay?

—¿Thomas? —Era Anna.

—Oye, Anna, ahora no puedo hablar contigo, ¿vale? Saxony acaba de irse y tengo que alcanzarla antes de que se marche.

—¿Qué? No seas tonto, Thomas. Está claro que si se ha ido sin decirte nada es porque no quiere verte. Déjala en paz. No quiere despedirse de ti. Entiéndelo.

Sus palabras me irritaron. Ya estaba harto de los sabios consejos de Anna, y no quería que Saxony se marchara sin poder hablar con ella. Le dije a Anna que ya la llamaría y colgué.

No bien salí a la galería, el frío absorbió el calor de todo mi cuerpo, y al llegar al portón de la verja me castañeteaban los dientes. Pasó un coche muy despacio, con traqueteo de cadenas, despidiendo nieve pulverizada por debajo de las ruedas. Sabía muy bien que el autocar no partiría hasta dentro de una hora, pero aun así eché a correr. Llevaba unas pesadas botas de faena aislantes; el dependiente de la zapatería me había garantizado que eran a prueba de heladas. Pero con ellas en los pies se corría a cámara lenta. Además, como no llevaba guantes, tenía que ir con las manos en los bolsillos; tampoco había cogido el gorro de lana, por lo que empezaron a dolerme las orejas y hasta las mejillas.

Cuando por fin la vi, aminoré el paso. No tenía idea de lo que quería decirle, pero tenía que decirle alguna cosa antes de que se fuera.

Debió de oírme venir, pues cuando estaba a punto de alcanzarla se dio la vuelta y me miró fijamente.

—No quería que vinieses, Thomas.

Estaba sofocado, y tenía los ojos llorosos a causa del frío.

—¿Por qué te has marchado así, Sax? ¿Por qué no me has esperado?

—¿Es que no tengo derecho a hacer algo por mí misma, para variar? ¿Acaso te importa que me vaya de este sitio como mejor me parezca?

—Venga, Sax...

La cólera que se reflejaba en sus ojos se desvaneció; los cerró durante unos segundos, y empezó a hablar sin abrirlos.

—Me cuesta mucho hacer lo que estoy haciendo, Thomas. Te ruego que no me lo pongas más difícil aún. Vuelve a casa de la señora Fletcher y sigue

trabajando. En seguida se me pasará. Me he llevado un libro y me sentaré en la estación a leerlo hasta que llegue el autocar: ¿De acuerdo? Te llamaré al final de la semana. ¿De acuerdo?

Me dedicó una breve sonrisa y recogió la maleta. Ni siquiera hice ademán de sacar las manos de los bolsillos. Avanzó un par de pasos, haciendo crujir la nieve, y luego levantó la maleta para cogerla mejor.

Pero al final de la semana no llamó. Me había propuesto firmemente quedarme en casa todas las noches a partir del miércoles, pero el teléfono no llegó a sonar. No tenía idea de si era buena señal, de si habría sido un descuido o bien una jugarreta. Teniendo en cuenta que no era el tipo de persona que suele olvidarse de cosas semejantes, no pude evitar ponerme nervioso. Me la imaginaba subiendo trabajosamente, rendida de cansancio, la escalera de un cochambroso edificio, en cuya planta baja había un letrero arrugado en una ventana en el que ponía que se alquilaban habitaciones. Saxony llamaba a la puerta y abría el violador loco o el asesino del cuchillo de carnicero, dándole la bienvenida e invitándola a una taza de té.

O, por el contrario, lo cual era peor, el edificio en cuestión era nuevo y flamante, el casero medía un metro noventa, era rubio platino y condenadamente atractivo. Estaba desesperado. Si pasaba la noche en nuestro piso, la cama me parecía inmensa y helada como el océano. Si dormía en casa de Anna, entonces pensaba en Saxony todo el tiempo. Me daba cuenta, naturalmente, de que de haber estado Saxony conmigo no la habría necesitado tanto y estaríamos peleándonos de nuevo; pero no estaba conmigo, y la echaba de menos. La echaba muchísimo de menos.

Finalmente llamó el martes por la noche. Parecía estar muy entusiasmada, y tenía la mar de cosas que contarme. Por lo visto, en St. Louis había residido un viejo amigo suyo de la universidad. Resultó que seguía viviendo allí. Incluso había encontrado un trabajo por horas en una guardería infantil. Había ido al cine dos veces, y había visto la última película de Robert Altman. Su amigo se llamaba Geoff Wiggins.

Me esforcé para que no se me trabara la lengua demasiado pronto. Sonreí débilmente al teléfono, tomándolo momentáneamente por Saxony. Le pregunté quién era el tal Geoff. Un profesor de arquitectura de la universidad de Washington. ¿Vivía con..., hum..., se alojaba en su casa hasta que encontrara un sitio? No, no, estaba contentísima porque ya no tendría que molestarse en buscar piso..., Geoff la había invitado a alojarse en su casa, con él...

Saxony me dio las señas y el número de teléfono del bueno de Geoff y traté de poner término a nuestra conversación con la mayor frialdad posible; comprendí, sin embargo, que al poco rato mi voz parecía una combinación de la del ordenador Hal y la del Pájaro Loco. Cuando colgué, estaba hecho migas.

Recibí una carta de un alumno mío. Con sólo ver el nombre del chaval en el remite ya me quedé de una pieza, pero el contenido de la puñetera carta me dejó destrozado todavía.

Estimado señor Abbey:

¿Cómo está usted? Supongo que se alegrará mucho de no haber tenido que venir a la escuela este año. Yo todavía no sé lo que es eso, pero en junio, cuando —lo crea o no— obtenga el título, me enteraré de una vez. Por ahora me estoy tomando las cosas con bastante calma. Voy mucho al pabellón de los estudiantes de último año a ver la televisión, e incluso he estado leyendo varios de los libros de aquella lista que nos dio el año pasado, diciéndonos que nos gustarían.

Mi favorito, de momento, es *El baile de los malditos* (de Irwin Shaw), pero también me gustó mucho *La metamorfosis* (Franz Kafka) y *Vuelve los ojos hacia casa, Ángel* (Thomas Wolfe). Creo que hablando de libros es como mejor puedo explicarle por qué le escribo esta carta. Llevo casi seis años en la escuela (¡y créame si le digo que han sido muy largos!), y he tenido a todos los profesores (o casi). En fin, que el otro día pensando llegué a la conclusión de que usted era el mejor. Nunca saqué ningún sobresaliente en su asignatura, lo reconozco, y ya sé que hacía mucho el tonto en clase con Romero, pero, lo crea o no, aprendí más cosas con usted el año pasado que en cualquier otro curso. Los comentarios de libros que hacíamos en clase me parecían siempre muy interesantes, y he de admitir que algunos de los libros que nos mandaba leer no me gustaban demasiado, pero en cuanto usted los analizaba en clase terminaban gustándome, o al menos entendía las intenciones del autor. Usted siempre decía que ilustráramos los ejercicios con ejemplos; pues el que se me ocurre ahora es que

cuando leímos *Walden*, casi todos lo encontramos muy malo, y no se ofenda. Sin embargo, una vez que usted lo hubo analizado, me di cuenta de las intenciones que tenía Thoreau al escribirlo, aunque a mí el libro no llegara a convencerme del todo.

Este año tengo a Stevenson de profesor (vamos por la mitad del *Rey Lear*), y ya que está usted ausente, creo que tengo derecho a decir que, comparado con usted, es un rollista. La mitad de las veces nos dormimos en su clase, y la otra mitad me la paso garabateando en la libreta. Reconozco que en su clase también lo hacía, pero quiero que sepa que siempre estaba escuchando, y aunque sólo me pusiera suficientes, su asignatura era la mejor de todas, sin excepción.

Espero que todo le vaya bien por aquí. A lo mejor vuelve a tiempo para asistir a la ceremonia de entrega de títulos y podrá reírse cuando me levante para ir a recibir el mío. ¡Ja, Ja!

Cordialmente,
Tom Rankin

Tom Rankin era uno de esos muchachos que parecen haber salido de un pote de anguilas. Flaco y cargado de espaldas, con el pelo largo y grasiento y pringosas gafas de culo de vaso. Yo siempre había sabido que no era ningún estúpido, sino que carecía por completo de acicates. Uno de esos alumnos que son capaces de leerse por encima un libro la noche antes de un examen y hacerse todavía con un aprobado justito.

Otro ensueño relativo al «Futuro de Thomas Abbey» apareció en mi mente: concluir la biografía y luego volver al este con Saxony. Dar clases por horas en alguna escuela (¡puede que incluso en la de antes, después de la carta de Rankin!) y ocupar el tiempo que me quede libre escribiendo. Comprar una casa antigua con ventanas saledizas y placas de puerta de latón, con espacio suficiente para tener cada uno su propio estudio. No sé si era culpa de Geoff Wiggins, pero después de aquella llamada telefónica pensé en Saxony una barbaridad.

8

—Señora Fletcher, ¿alguien se ha marchado nunca de Galen? ¿Alguna de las personas de Marshall?

Una noche me había invitado a subir a su piso, a tomar una copa de coco natural, fuera lo que fuese. Tenía buen sabor.

—¿Si se ha marchado alguien? ¿A qué punto has llegado de los diarios?

—Estoy en enero de mil novecientos sesenta y cuatro.

—¿Mil novecientos sesenta y cuatro? Pues, bien, hubo una muchacha, Susy Dagenais, pero ya leerás acerca de ella en el cuaderno de mil novecientos sesenta y cinco. De todos modos, puedo hablarte de ella, si tú quieres.

—Sí, por favor.

—Susy Dagenais era una auténtica rebelde, una persona de las que tú hablabas..., de las que no querían conocer su destino. Mientras vivió en el pueblo no pudo soportar nunca ser una de nosotros. Aseguraba que ello la hacía sentirse como un fenómeno de circo, y que un día se marcharía de Galen porque no se creía que hubiese venido al mundo de aquella manera. Todo eso ya lo sabes, ¿verdad, Tom? Así que un niño empieza a entender las cosas, sus padres le explican quiénes son y por qué son tan especiales. No le cuentan nada más hasta que el muchacho cumple dieciocho años, pero algunas cosas se le tienen que explicar cuanto antes para que no se les ocurra hacer una tontería, como escaparse de casa.

—Sí, ya lo sabía; pero ¿cómo era Susy?

—Oh, era una chica estupenda: guapa y muy lista. Nosotros la queríamos mucho, pero no pudimos hacer nada para disuadirla. Hizo la maleta, tomó el autocar que iba a Nueva York, y se fue. Pobrecita..., llevaba solamente dos días en Nueva York cuando murió.

—Pero en aquel tiempo Marshall estaba vivo. ¿Por qué no le paró los pies? Podría haberlo hecho, de haberlo querido.

—Tom, Tom, recapacita. En efecto, Marshall estaba vivo, y seguro que podría haberle parado los pies.

—¡Pero no lo hizo!

—No, no lo hizo. Recapacita, Tom. ¿Por qué crees que no lo hizo?

—Lo único que se me ocurre es que quería demostrar a la gente que hablaba en serio. Se sirvió de ella para dar una especie de ejemplo horrible.

—Exacto. Has dado en el clavo. Pero yo no utilizaría la palabra «horrible».

—¡Claro que es horrible! Creó a un personaje desgraciado que desde el principio no quería conocer su destino, y a continuación escribió que se iría de Galen y moriría al cabo de una semana. ¿Esto no es horrible?

—Nadie más ha intentado abandonar el pueblo desde entonces, Tom. Y ella se sintió dichosa..., estaba convencida de que iba a marcharse para siempre. Y se marchó para siempre.

—¡Pero Marshall lo escribió así! ¡Ella no tenía otra alternativa!

—Murió haciendo lo que quería, Tom.

Phil Moon y Larry Stone trabajaban juntos en la oficina de correos de Galen. Eran amigos desde mucho antes de contraer matrimonio con las hermanas Chandler, pero el hecho de casarse estrechó aún más su amistad.

Tenían pasión por el juego de bolos. Poseían ambas costosas bolsas marca Brunswick fabricadas por encargo con sus bolsas correspondientes, y con haber sido éstas un poco mejores podrían haberse equiparado a las que utilizaban los profesionales. Los miércoles y viernes por la noche acostumbraban a ir a Frederick, el pueblo vecino, a jugar en las boleras de Scappy Harmony. Alternaban con los coches y pagaban la gasolina a medias. De cuando en cuando les acompañaban sus esposas, pero ambas mujeres se daban cuenta de lo mucho que apreciaban sus maridos tales noches de parranda entre amigos, y por ello solían organizar sus propias veladas de dispendio, yendo al cine, o bien a cenar y luego de compras al centro comercial de Frederick.

Había dos maneras de ir allí. Se podía coger la autopista y luego desviarse en la primera salida, o, si no, tomar la carretera comarcal de Garah, que más o menos corría paralela a la autopista hasta desembocar en la plaza de acceso a Frederick, rodeando la cual se podía seguir en cualquier dirección. Casi siempre tomaban la carretera comarcal, dado que una vez calcularon el tiempo y resultó que ganaban cuatro minutos, si bien era perfectamente posible acelerar a fondo durante una o dos millas en la autopista, con lo cual quedaría compensada la diferencia.

Yo sabía todo eso porque en cierta ocasión había ido con ellos a la bolera, y por el camino se entretuvieron los cuatro en comentar los pormenores de sus

salidas nocturnas.

La noche que tuvieron el accidente habían decidido ir por la autopista. Larry, que conducía su Lavender 442, bajó por el tramo de acceso a demasiada velocidad. Encontró una gran mancha de hielo y, dando bandazos, se saltó la señal de *stop* que había al final de la cuesta. Un camión con remolque Stix, Baer y Fuller les embistió de lleno y arrastró el coche a más de sesenta metros.

Larry recibió múltiples fracturas en el tórax y las caderas, y no murió de milagro. Su mujer, que iba sentada detrás de él, se rompió las dos piernas y la mano derecha. Phil sufrió una grave conmoción cerebral, y su esposa se fracturó la clavícula.

Semejante accidente, según los diarios, no tenía que ocurrir.

Me enteré del mismo a través de Anna, que me llamó desde el hospital provincial. Me explicó inmediatamente lo que había sucedido. Hablaba en voz queda, alarmante. No entendí por qué hasta que ella me lo recordó.

—No sé lo que esto significa, Thomas. —Se oía un rumor de voces, un bullicio lejano, una llamada a alguien por un altavoz.

—¿A qué te refieres?

—Es la primera vez, desde que empezaste a escribir la biografía, que algo no sale conforme estaba previsto. No me explico lo que ocurre.

—Oye, Anna, esto no *significa* nada. Ocurre, simplemente, que te forjaste demasiadas ilusiones. ¿Cómo quieres que las cosas empiecen a ir bien si el libro no está terminado todavía? —Mientras pronunciaba estas palabras me daba cuenta de lo seguro de mí mismo que parecía estar. Como si en estos momentos no quedara más que chascar los dedos, y por arte de birlibirloque, France regresaría de entre los muertos.

Mientras esperaba su respuesta, llamaron a un tal doctor Bradshaw por los altavoces.

—¿Anna? ¿Estás con alguien?

—Con Richard. —Colgó el teléfono.

Me puse a trabajar como un poseso. Dos, tres, cuatro páginas por la mañana, investigar por la tarde, y tres o cuatro páginas más por la noche.

No me había sobrepuesto aún a la conmoción que me produjo el «descubrimiento» de Galen, pero al permanecer en el pueblo día tras día me veía obligado a aceptarlo. Yo era la polilla, y Galen era la llama, y aquel maldito pueblo me impulsaba a describir tantos y tantos círculos a su

alrededor, que no sabía en qué ocupar la mayor parte del día, salvo en seguir escribiendo.

Estaba viviendo en medio de la mayor creación artística de la historia de la humanidad. Valiéndome de mis recursos insignificantes, estaba narrando la vida de la persona que la había llevado a cabo. Tanto si mi narración le devolvía la vida... No, no, no es verdad. Iba a decir que me daba lo mismo que mi narración le devolviera la vida, pero eso no es más que una inmensa chorrada. France había asegurado que tal cosa era posible, y su hija, posteriormente, me había elegido a mí para que la convirtiera en realidad. Ello justificaba, en parte, que hubiera inducido a Saxony a marcharse. La otra «justificación» era Anna, naturalmente, pero después del accidente hacíamos poco el amor. Me imaginaba que el bueno de Richard se la seguía trajinando, pero ni siquiera eso me molestaba excesivamente, por cuanto toda mi energía —*toda*— la invertía en el trabajo. Quisiera haber comprendido, sin embargo, por qué se acostaba con él, pero en este momento albergaba una soterrada sospecha. Supongamos que Richard estuviera harto de vivir en Galen. Teniendo en cuenta que Anna y él eran las dos únicas personas «normales» de la población, ¿de qué manera podría retenerle allí? Muy sencillo: acostándose con él. Ni en sus sueños más descabellados podría un tipejo semejante haber tenido pensamientos (¡o deseos!) de meterse en la cama de una mujer como Anna France. Por tanto, mientras le pusiera cachondo y nervioso, y consiguiera mantener vivo su interés por ella, era suyo. Y de Galen. Me pregunté si su mujer sabría que se entendían.

Casi nunca salía de casa. La señora Fletcher empezó a prepararme la comida, y Anna venía de cuando en cuando para comprobar si había hecho progresos. Saxony llamó un par de veces, pero nuestras conversaciones eran breves, secas y forzadas. Yo no me interesé por Geoff Wiggins y ella tampoco se interesó por Anna. En tales ocasiones me encontraba excesivamente cansado y no tenía ganas de tontear, pero me daba cuenta de que sería preferible no hacer ningún comentario referente a lo casto que me había vuelto de un tiempo a esta parte. Una vez, no obstante, le fastidió tanto hablar conmigo que me llamó antipático y colgó.

Joanne Collins dio a luz a un robusto niño, el cual, según los diarios, tenía que ser una robusta niña.

Se presentó Anna y me exigió que le enseñara el manuscrito. Mi propia reacción me dejó atónito, pues me mantuve en mis trece y me negué en redondo. En vista de ello se marchó, pero en modo alguno satisfecha.

Telefonéó Saxony y me preguntó si me daba cuenta de que ya había transcurrido un mes.

Escribí a Tom Rankin, diciéndole que haría lo posible por volver en junio para asistir a la entrega de títulos.

Recibí carta de mi madre, y, sintiéndome culpable por no haberla vuelto a llamar desde septiembre, la telefoneé y charlamos acerca de lo estupendamente que me iban las cosas de un tiempo a esta parte.

Cierta mañana, cuando Joanne Collins fue a dar el biberón a su bebé, encontró en la cuna un bulterrier de tres semanas profundamente dormido.

Ya había trabajado bastante por aquel día y resolví llegarme a la Taberna Verde a tomar una copa. Eran las nueve de la noche y en el pueblo reinaba un silencio sepulcral. La calle estaba cubierta de nieve a medio derretir, pero la que se había depositado en las aceras se conservaba blanca y crujía al pisarla. Un viento desagradable, que corría sin ruido, perforaba la oscuridad. De cuando en cuando se detenía, esperaba que uno saliera del caparazón, y luego arreciaba de improviso, riéndose entre dientes. Los cables telefónicos estaban helados, pero, no bien los sacudía una ráfaga de viento, el hielo se desgajaba y caía a la calle en pedazos cortos y rectos. Hasta que llegué a la taberna, no dejé de repetirme que tendría que haberme quedado en casa, o, si no, haber cogido el puñetero coche. Hacía un frío que pelaba.

Se entraba al local por una gruesa puerta de roble que, sin exagerar, se tenía que abrir empujándola con el hombro. Una cálida vaharada de aire viciado, humo de cigarrillos, y la voz de George Jones que sonaba en el tocadiscos automático. La perra de la taberna —una perra auténtica, según tenía entendido—, que se llamaba Fanny, se me acercó meneando la cola. Era el saludo oficial a los parroquianos. Me quité un guante y le acaricié la cabeza. La tenía caliente y húmeda.

Debido a lo oscura que estaba la calle, no tardé mucho en acostumbrarme a la penumbra neblinosa de la taberna.

Conocía a casi todos los presentes: Jan Phend, John Esperian, Neil Bull, Vince Flynn, Dave Marty.

—¿Qué tal, Tom?

Me di la vuelta y entorné los ojos para ver en la penumbra. Richard Lee se levantó de una mesa y vino hacia mí.

—¿Qué vas a tomar, Tom?

Aspiré los mocos que me caían de las narices.

—Pues..., una cerveza y un *whisky*.

—Una cerveza y un *whisky*. Me parece muy bien. Johnny, dos cervezas y dos *whiskys*.

Richard esbozó una sonrisa y se me acercó un poco más. Me dio una palmada en el brazo y no apartó la mano.

—Ven a sentarte a la mesa conmigo, Tom. Que se vayan a la mierda estos taburetes que se te meten en el culo.

Me quité la chaqueta y la colgué en una percha de madera que había al lado de la puerta. Ahora se percibían otros olores en el ambiente: colonia, patatas fritas y cuero húmedo.

—Y, qué, chico ¿cómo te va en casa de Goosey? Mira, ya llegan las bebidas. Gracias, Johnny.

Bebí un sorbo de cerveza y un traguito de *whisky*. Eran a cual más amargos, y el *whisky* me incendió el estómago; pero me sentó bien, después del largo rato que me había pasado a la intemperie.

—¿Qué te apuestas a que sé algo a punto fijo? Desde que Phil tuvo el accidente, ¿verdad que Anna no está tan contenta contigo?

—Y que lo digas. —Tomé otro sorbo de *whisky*.

—Sí, ya me lo figuraba. ¿Te has enterado de lo del crío de Collins?

—Sí. ¿Sigue siendo..., un perro?

Lee esbozó una sonrisa y se bebió de un trago la cerveza que le quedaba.

—Creo que sí. La última noticia que tuve fue que sí. Últimamente las cosas están cambiando tan aprisa en el pueblo, que nunca se sabe. —Bebió otro poco de *whisky* y dejó de sonreír—. ¿Quieres que te diga una cosa, amigo? Estoy cagado de miedo.

Me incliné hacia la mesa y me esforcé por hablar con la mayor tranquilidad posible.

—¿Pero por qué, Richard? Que los demás lo estén, es decir, que estén preocupados, lo entiendo; pero tú eres normal. —Aproximé la cabeza a la suya y dije la palabra en voz baja.

—¿Normal? ¡Y una mierda! Yo sí que lo soy, desde luego; pero mi mujer y mis hijas, no. ¿Sabes lo que le viene ocurriendo a mi Sharon de un tiempo a esta parte? La semana pasada me desperté, me di la vuelta en la cama, ¡y me encontré en la almohada, a mi lado, al jodido *Krang*! ¿Te lo puedes creer?

No dije nada, pero me lo creía. Lo había visto con mis propios ojos la noche que fuimos a cenar a su casa.

—No me estoy cachondeando de ti, Tom. De repente todos los personajes de Marshall France están empezando a entremezclarse. No es que sólo no

ocurran las cosas según lo que pone en los diarios, sino que ahora los personajes salen por donde menos se espera y se transforman una y otra vez. Fíjate en el hijo de Collins. Unas veces es un niño, ¡y otras un puñetero *perro*! —Cogió mi vaso de *whisky* y se lo bebió entero con un simple movimiento de muñeca—. ¿Qué coño se tiene que hacer, eh? En estos momentos ya ni siquiera puedo volverme sin miedo a que mi mujer o una de mis niñas se hayan transformado. ¿Y qué pasará si algún día una de ellas se me queda así?

—¿Cómo se lo están tomando?

—¿Cómo coño quieres que se lo tomen? ¡Están cagadas de miedo!

—¿A cuántas personas les ha ocurrido hasta ahora?

Meneó la cabeza y puso el vaso de *whisky* en la mesa, boca abajo.

—No lo sé. A unas pocas, de momento; pero todo el mundo tiene miedo de ser el siguiente. Lo que quiero saber es cuándo vas a terminar ese condenado libro.

El tocadiscos automático seguía sonando, pero el rumor de voces se había interrumpido.

Reprimí un bostezo y deseé con todas mis fuerzas encontrarme en otra parte.

—Ya lo tengo muy adelantado. Pero aún me falta mucho para terminar. Es así, y lo siento. No quiero mentirte.

—Eso no responde la pregunta de Richard, Abbey.

—¿Y qué más puedo decirlos? ¿Qué queréis que os diga? ¿Que estará listo en diez minutos? Eso es imposible. Queréis que todo salga a la perfección, y al mismo tiempo ya lo queríais ver terminado. ¿No os dais cuenta de que hay una contradicción en ello?

—¡A la mierda las contradicciones, gilipollas!

—Vale, vale, ¡a la mierda con ellas! Dices eso porque no eres tú quien lo está escribiendo. Si el final resulta una birria, las cosas no van a cambiar en este pueblo. Por eso France era tan genial, ¿no lo entendéis? Por eso estáis todos *aquí*. France sabía escribir como nadie en el mundo. Por el amor de Dios, ¿qué os cuesta entenderlo? Este libro tiene que estar a la altura de los suyos..., tiene que ser incluso *mejor* que los suyos..., que los diarios, que todo cuanto él escribió. No tiene vuelta de hoja.

Surgió otra voz de la cenagosa media luz de la taberna.

—Corta el rollo, Abbey. Limítate a terminar pronto ese libro o te vamos a putear como al otro biógrafo.

Se abrió la puerta y entraron una pareja de gordos que sonreían de oreja a oreja. Como no les había visto nunca me imaginé que serían forasteros.

Normales. El hombretón golpeaba el sombrero contra su pierna.

—No sé cómo diablos se llamará este pueblo, Dolly, pero mientras puedan servirme una copa es tierra hospitalaria. ¿Qué tal, amigo? Hace un día más glacial que el corazón de un lacero, ¿eh?

Se sentaron enfrente de mí en los taburetes de la barra, me alegré tanto de su llegada que me los hubiera comido a besos. Me puse en pie para irme. Richard tenía un vaso vacío en la mano y lo hacía girar lentamente entre sus dedos. Vio que me levantaba pero no dijo nada más. Fui a coger mi chaqueta. Lancé una mirada en dirección a la barra y vi que la pareja de gordos estaban charlando animadamente con el barman.

Apenas salí a la calle el viento me engulló de un bocado, pero esta vez me pareció la más dulce de las caricias. Una furgoneta Ford Econoline se detuvo en el aparcamiento. Se apeó de ella el Sumo Sacerdote de las Arañas, de *El país de las risas*, y se subió el cuello de su chaqueta de lana roja. Me vio y me saludó con un breve movimiento de la mano.

—¿Qué tal, Tom? ¿Cómo va tu libro?

Fue a paso largo hasta el portalón de roble de la taberna y entró en ella; seguía siendo el Sumo Sacerdote de las Arañas.

Me quedé donde estaba, en espera de acontecimientos. Si la pareja de gordos no se encontraran en la taberna, no ocurriría nada; pero se *encontraban* en ella; por lo tanto, ¿quién coño les iba a explicar lo que veían sus ojos?

Se abrió la puerta de golpe y salieron tres hombres a toda prisa, llevando al Sumo Sacerdote de las Arañas bien agarrado entre ellos. La puerta se cerró con estrépito, y no se oyó nada más que un rumor de pies avanzando sobre la nieve a medio derretir. Ya habían llegado casi a la camioneta cuando Mel Dugan reparó en mí y se detuvo.

—¡Acaba ese jodido libro de una vez, Abbey! ¡Acáballo si no quieres que te corte los huevos!

Consulté la Guía de Televisión para ver qué películas ponían en la sesión de noche. A las once y media daban *Café de la Paix*. Eran las once y veinticinco, así que saqué una Coca-Cola de la nevera y un trozo de queso a la pimienta verde que había comprado en el supermercado.

El televisor era un antiguo Philco de madera, en blanco y negro, provisto de una pantalla enorme. Las noches inclementes resultaba un excelente calentador de pies. Llevé la mecedora delante, puse la bebida y el queso en la

mesa del televisor, y descansé los pies, sin quitarme los calcetines, al lado del aparato. Se escuchó retumbante la música, un refrito de «La marsellesa», «Rule Britannia», y «My Country, 'Tis of Thee». Debe tenerse presente que la película data de 1942.

Una toma de la torre Eiffel. Una lenta panorámica por los Champs-Élysées. Hay banderas nazis colgadas por todos lados. Plano de un *tabac* en el que un hombrecillo gordo con boina vende un periódico a un niño, cigarrillos a un viejo, y por fin un fajo de revistas, que saca de debajo del mostrador, a una persona de la cual sólo se ve la mano, quien las coge sin pagar. Primer plano de la cara del vendedor mientras se las entrega. Adoración en estado puro. El otro dice «*Merci*» cuando la música se extingue. La cámara asciende muy despacio: la mano, el brazo, la cara. *Su* cara. Él hace un guiño y se aleja del *tabac*, con las revistas debajo del brazo. Una lectura matinal en el café de la esquina.

Me disponía a comerme una loncha de queso, cuando rompí a llorar.

El protagonista camina poco a poco por la acera: no tiene prisa. Los tanques pasan con estruendo junto a él. Motocicletas con sidecar en las que van individuos con pinta de peces gordos, con uniforme alemán.

Me levanté de la mecedora y quité el sonido. Sólo quería verle. No quería seguir la trama de la película. Quería contemplar a mi padre. Las luces de la estancia estaban apagadas; por toda iluminación había el resplandor difuso que sobraba a la pantalla y que se esparcía sobre el suelo del salón.

—¿Papá? —Me daba cuenta de que era una locura, pero me encontré de repente hablando con la pantalla—. ¡Ay, papá! ¿Qué voy a hacer? —Entró en una panadería que hacía esquina y señaló tres pastas que había en el escaparate.

—Papá, ¿qué coño voy a *hacer*? —Cerré los ojos con todas mis fuerzas. Las lágrimas trazaron líneas húmedas en mi cara, que noté al cubrirmela con las manos—. ¡Dios *santo*! —Me apreté los globos oculares con las palmas de las manos, provocando una explosión de dibujos geométricos de colores perfectos. No bien empezaron a dolerme, aparté las manos y le observé a través de los últimos colores que se desvanecían rápidamente. En estos momentos se encontraba en la trastienda de la panadería, bajando por la escalera de una trampilla. Un momento antes de que su cabeza se perdiera de vista, se detuvo y se quitó el sombrero. No se oía el sonido, pero yo me sabía de memoria sus palabras.

—Cuida de mi sombrero, Robert. Acaba de regalármelo ella por mi cumpleaños. ¡Y si lo ensucio me freirá en aceite!

—¡Vete a la mierda! ¡Vete a la mierda, padre! ¡Has sido siempre un privilegiado! Con tus jodidos sombreros nuevos..., y todo el mundo te quiere. Incluso te fuiste a morir de la manera más apropiada. ¡A la mierda! ¡A la mierda! ¡Vete a la mierda! —Apagué el televisor y me senté en la oscuridad, viendo como la pantalla se iba volviendo gris, marrón y negra.

Abrí los ojos; estaba completamente despierto. Miré la esfera verde fosforescente de mi reloj, y vi que eran las tres y media de la mañana. Al despertarme así me quedo desvelado durante mucho tiempo. Me puse los brazos detrás de la cabeza y contemplé la oscuridad que se agolpaba sobre mí. No se oía más que el tictac frenético de mi reloj y el viento que soplaba en la calle. Pero había algo más. Afuera. Afuera, en la negrura azulada de la noche, en medio del viento. Volví la cabeza en dirección a la ventana. Estaba allí mismo, con la cara y las garras contra el cristal, pegado a la ventana. Su cuerpo despedía una luz tenue, como una vela blanca apagada.

En seguida que oí a la señora Fletcher irse en el coche, saqué mi maleta del armario y empecé a descolgar de las perchas, violentamente, jerseys, camisas y pantalones. Una maleta. ¿Qué coño necesitaba? Una de las faldas de Saxony me cayó en la cabeza. La cogí de un manotazo y la arrojé al suelo. Me dije que debía tranquilizarme, conservar la serenidad, que disponía por lo menos de una hora hasta que ella regresara, que podía hacer la maleta y largarme en quince minutos si no daba un paso en falso y me delataba. Me detuve y procuré respirar acompasadamente. Parecía un perro en celo.

¿Qué se lleva uno cuando va a escaparse? ¿Cuando sabe que todas las pesadillas que ha tenido le están echando el aliento en el cogote? Cuatro cosas. Mete cuatro cosas en una maleta, la cierra de golpe y no se molesta siquiera en pensar, porque pensando se pierde tiempo y uno no tiene tiempo que perder.

Sonó el teléfono. Estuve por no contestar, pero todo el mundo sabía que estaba en casa, y entre ellos Anna, y yo tenía la intención de aparentar normalidad hasta el preciso instante de pisar el acelerador. Lo descolgué al quinto toque, cosa que era un error por mi parte ya que la gente, a estas alturas, sabía que solía contestar al primero o al segundo.

Antes de hablar carraspeé un par de veces.

—¿Diga?

—Oh, Thomas, *estás* en casa. Soy yo, Saxony. Estoy en la estación de autobuses. Estoy aquí, en Galen.

—¡Santo Dios!

—¡Pues muchas gracias! Siento haber...

—Cállate, Sax, cállate. Oye, hum, oye..., vengo en diez minutos. *Espérame* aquí mismo, delante de la estación. Y no te muevas.

—¿Qué te pasa? ¿Qué...?

—Oye, haz lo que te digo. Quédate donde estás.

Debió de notar el miedo que traslucía mi voz, puesto que se limitó a decir:

—De acuerdo. Estaré delante de la estación —y colgó.

Envolví la maleta completamente en una manta verde y la llevé afuera, sosteniéndola con ambas manos delante de mí. Si alguien me estaba vigilando supondría, como era mi propósito, que no era más que un fardo de ropa sucia que llevaba a la lavandería. Forcé una sonrisa y caminé hacia la autocaravana confiadamente. Resbalé en una mancha de hielo y estuve a punto de caerme. Cuando recuperé el equilibrio tenía el convencimiento de que centenares de ojos me escrutaban desde todos lados. Miré fijamente hacia delante.

—Abbey acaba de salir.

—¿Qué hace?

—Lleva una especie de bulto en los brazos.

—No será una maleta, ¿verdad?

—No lo creo. Parece... No, no sé lo que parece. Mejor que lo veas tú mismo.

—Tal vez habríamos de llamar a Anna.

Después de sacar las llaves, mientras trataba torpemente de abrir la puerta, tenía la certeza de que en cualquier momento iba a oír un grito y un retumbar de pies a la carrera. Al fin conseguí abrirla; entonces, con la mayor naturalidad del mundo, entré a medias en la autocaravana y coloqué la maleta envuelta en la manta en el asiento posterior.

Metí la llave en el contacto. *Vroom*. Tuve que esperar dos minutos a que se calentara el motor, porque lo hacía todas las mañanas. Hoy no arrancaría al estilo Le Mans, por muchas ganas que tuviera. No se divisaba nada sospechoso. Mis ojos saltaron del parabrisas al espejo retrovisor, buscando el Dodge dorado y blanco de Anna, o bien el Rambler negro de la señora Fletcher.

En el momento que salí a la calle patinaron las ruedas, pero se agarraron al firme en seguida y siguieron adelante. Éste fue el primero de una docena de ataques cardíacos que sufrí yendo camino de la estación de autobuses. En un

momento determinado creí ver el Dodge. En otro, mi coche empezó a dar bandazos en medio de la calle. Luego pasó un tren de mercancías con setecientos sesenta y ocho vagones, que avanzaba a paso de tortuga.

Mientras esperaba en el paso a nivel, un listillo de niño me arrojó una bola de nieve. Dio contra una ventanilla lateral, y me torcí un músculo del cuello al girar bruscamente la cabeza para ver qué era lo que estaba a punto de devorarme. Lo único que vi fue aquel miserable huyendo a todo correr.

Pasó el último vagón del tren y se levantaron las barreras. La estación de autobuses se encontraba a dos calles de distancia. Me proponía recoger a Saxony, tomar la carretera que desembocaba en la autopista y viajar por lo menos dos horas hasta detenernos de nuevo a respirar.

Estaba hablando con la señora Fletcher. Las dos se encontraban delante del edificio azul de la estación de autobuses. Distinguía el vaho que salía a intervalos, como señales de humo, de sus bocas.

—Vaya, ¿qué te parece, Tom? Yo volvía de hacer la compra y la he encontrado aquí afuera, con el frío que hace. Ha llegado en el primer autocar.

Saxony se esforzó por sonreír, pero desistió.

—Bien, no te doy más la lata. Me voy para casa. Hasta luego. —Tocó el brazo de Saxony, me lanzó una mirada muy fea, y se perdió de vista tras un edificio que hacía esquina.

—Vámonos. —Cogí su maleta y crucé nuevamente la calle. Oí que venía detrás de mí. Se puso a toser. Era una tos bronca, convulsiva, que no se terminaba nunca. A duras penas consiguió decir: «¡Espera!». Me di la vuelta y vi que estaba encorvada, con una mano en el vientre y tapándose la boca con la otra.

—¿Te encuentras bien?

Siguió tosiendo pero meneó la cabeza al mismo tiempo.

La rodeé con el brazo y la hice arrimarse a mí. Jadeando penosamente, reclinó con desmayo su cuerpo sobre el mío. La llevé hasta el coche y le abrí la portezuela. Se sentó con abandono y se recostó en el reposacabezas del asiento. Dejó de toser, pero tenía los ojos llorosos de agotamiento.

—Estoy muy enferma, Thomas. Lo he estado desde que me fui. Pero últimamente me he puesto mucho peor. —Volvió la cabeza sin levantarla y me miró.

—Margarita Gautier, ¿eh? —Apretó los ojos y se puso a toser otra vez.

—Nada. No hay nada que hacer.

—¡Venga, Anna, por el amor de Dios! ¡No seas tan inhumana!

Llevé a Saxony al piso y la acosté. Afortunadamente, se durmió en seguida. A continuación me dirigí apresuradamente a casa de Anna.

—No tiene nada que ver conmigo, Thomas. Estaba escrito en los diarios y ha ocurrido.

—Pero todo lo que pone en los diarios se ha desbarajustado. ¿Por qué no puede alterarse esto también? Saxony se marchó, ¿verdad? Hizo lo que tú querías.

—No tendría que haber vuelto. —Había una gran frialdad en su voz.

—Saxony no tenía idea de nada, Anna. Yo no le he dicho ni una palabra sobre este asunto. Está muerta de miedo. Por el amor de Dios, ¡ten un poco de compasión por una vez en tu vida!

—Thomas, en los diarios pone bien claro que si una persona innecesariamente permanece en el pueblo largo tiempo se pondrá enferma y acabará por morir. En caso de que se marche, recuperará la salud como si no hubiera ocurrido nada. ¿Verdad que Saxony no estaba enferma cuando se fue? Tú mismo me lo has dicho, ¿no? Entonces, los diarios están desbarajustados a pesar de todo. Ella se puso enferma al *irse*. Y tenía que ser al revés. Esta situación escapa ya a mi dominio. —Separó las manos, y, por primera vez, parecía un poco apenada y todo.

Me di cuenta, mucho antes que nadie, que fue la presencia de Saxony, las correcciones que efectuó en el manuscrito, o bien nuestra presencia *combinada* en Galen lo que devolvió al pueblo la normalidad.

Tan pronto hubo descansado, leyó de cabo a rabo todo cuanto llevaba escrito desde su partida..., y lo criticó sin piedad. Tal cosa estaba mal. ¿Por qué en esta página no hablaba de esta cuestión y no de aquella? Aquel detalle no tenía nada que ver con el tema, y aquel otro simplemente estaba de más... Me sugirió que, de cuanto había escrito, conservara tal vez una tercera parte.

Cuatro días después que reemprendiera la escritura del libro teniendo presentes los consejos de Saxony, la señora Collins entró en la cocina para dar de comer a su bulterrier. En la caja que había colocado junto al fogón encontró a una niña que dormía sobre el papel de periódico que ella misma había cambiado el día anterior.

A Sharon Lee, quien había optado por quedarse en casa permanentemente (al igual que varias personas más, entre ellas el Sumo Sacerdote de las Arañas), la vieron en el pueblo haciendo nuevamente las compras, y tan risueña que diríase le había tocado la lotería.

Y Saxony dejó de toser. Le dije que Anna y yo ya no nos acostábamos juntos, pero de momento no añadí nada más.

No bien llegué a la conclusión de que para el buen éxito del libro Saxony debía encontrarse necesariamente en el pueblo, fui a ver a Anna y me pasé una mañana tratando de hacerle ver que lo que había descubierto era la verdad. Ella me escuchó, pero dijo que habría de verificarlo por sí misma. Después de lo ocurrido con el bebé de los Collins, me dio la razón. Si bien no le diríamos nada, Saxony estaba autorizada a quedarse.

En Galen no tuvieron lugar más sucesos inesperados.

9

La oí entrar en la habitación calzada con las ruidosas zapatillas peludas que le compré en la tienda de Lazy Larry.

Cuando me veía trabajando no quería distraerme, así que dejé la pluma en la mesa y me volví a ella. Su aspecto era mucho mejor. Tenía las mejillas un poco más coloradas y había recuperado el apetito. De hecho, tenía en la mano una galleta de chocolate con un mordisco en forma de medialuna. La casa «Su seguro servidor» las había horneado aquella misma mañana.

—¿Por dónde vas?

—Por donde ayer. Sólo estoy pasando a limpio unas cuantas cosas. France se dispone a tomar el tren para venir a Galen. ¿Por qué me lo preguntas?

Tiró la galleta a la papelera y luego me miró con fijeza.

—He de contarte un par de cosas, Thomas. Cuando llegué no estaba segura de si debía hacerlo. Son dos de los motivos que me decidieron a volver. Luego me puse enferma..., sí, más vale que lo sepas. —Se acercó a mí y se sentó sobre mis rodillas. No tenía costumbre de hacerlo—. ¿Has oído hablar alguna vez de Sidney Swire?

—¿Sidney qué? Me suena a actor inglés.

—Sidney Swire era el tipo de Princeton que acudió a Galen para escribir la biografía de France.

—¿Ah sí? ¿Cómo lo has averiguado? —Saxony era la reina indiscutible de la documentación. Lo había podido comprobar meses atrás, pero cada vez que me ofrecía un nuevo dato de incalculable valor extraído quién sabe de dónde, me quedaba irremediabilmente atónito.

—Fue ése uno de los motivos por los que me fui a St. Louis. Cómo lo averigüé tiene poca importancia.

—¿Wiggins? —Me eché hacia atrás en la silla tanto como pude.

—Vamos, Thomas, por favor. ¡Lo que voy a decirte es importante! Sidney Swire se quedó en Galen durante dos semanas, transcurridas las cuales se marchó, al parecer, con rumbo a California, donde tenía un hermano que vivía en Santa Clara. —Se lamió los labios y carraspeó—. Pero no llegó nunca a su destino. Bajó del autocar en Rolla, Missouri, en un parador de carretera, y

desapareció de la faz de la tierra. Desde entonces, nadie lo ha vuelto a ver, ni siquiera su hermano.

—¿Qué estás insinuando? —La lagartija trepó hasta la mitad de mi espinazo y esperó a que Saxony continuara hablando para proseguir su ascenso.

—Que desapareció. Sin dejar rastro.

—Bien, ¿y su hermano qué? ¿Qué hizo? —La aparté de mis rodillas y me puse en pie.

—La familia Swire avisó a la policía; posteriormente, como no le encontraban por ningún lado, una agencia de detectives privados invirtió seis meses en buscarle. No sirvió de nada, Thomas.

—Vaya, qué misterioso. —La miré, pero no sonreía.

—Hay otra cosa de la que me enteré en St. Louis. Por favor, no te enfades conmigo. ¿Te habló Anna alguna vez de un tal Peter Mexico?

Me incliné hacia delante en la silla.

—Sí, mantuvo relaciones con él cuando iba a la universidad. Murió de un ataque cardíaco.

—No, Thomas, no fue un ataque cardíaco. Anna y Peter Mexico se encontraban en una estación de metro, en Londres, y él se cayó delante de un tren.

—¿Qué?

—Sí. Se llevó a cabo una investigación, y hubo algunos puntos que no llegaron a resolverse. Aparte de un borracho, eran las únicas personas que se hallaban en el andén.

—¿Anna? ¿Qué fue de Sidney Swire?

—¿Sidney Swire? —Me sonrió y pestañeó rápidamente un par de veces. Un gesto monísimo, de lo más insinuante—. Sidney Swire se marchó del pueblo, y, gracias a Dios, nadie le volvió a ver.

—¿Qué pretendes decir con eso? —Traté de mostrarme curioso antes que asustado.

—Que desapareció. Puf. Se fue de aquí, tomó un autocar que iba a Rolla, y desapareció del mapa. La policía permaneció en Galen días y días, revolviéndolo todo e interrogando a la gente. Gracias a Dios que no residía en el pueblo cuando desapareció. Nos habría creado muchas complicaciones.

—¿No te afectó su desaparición?

—No, qué va. Era un fantoche; en buena hora nos libramos de él.

—Es bastante cruel por tu parte que digas eso de una persona que probablemente haya muerto.

—¿Y qué? ¿Qué tendría que decir? ¿Que lo siento? Pues no es así. Bastaba echarle una mirada para darse cuenta de que no habría sido capaz de escribir el libro de mi padre.

Para darle una sorpresa, había decidido facilitarle una copia de lo que llevaba escrito hasta el momento. Ya estaba listo el borrador de la primera parte del libro, y se me ocurrió que sería una idea excelente dejarle ver los progresos que habíamos hecho Saxony y yo. Digamos que sería un seguro adicional por permitir que Saxony se quedara.

Quedaba tanto por hacer en el manuscrito hasta dejarlo concluido, que hasta entonces no había pensado en lo que iba a ser de nosotros una vez le hubiéramos dado los últimos toques. No se me ocultaba que existían un montón de posibilidades peligrosas, pero se hallaban todas en un futuro tan lejano e incierto, que resultaban seductoras y siniestras a un tiempo.

Comprendía, naturalmente, que por muy lograda que nos saliera la biografía, jamás podría publicarse. ¿Fomentar de nuevo el interés por Marshall France para que una oleada de pasmarotes entrometidos acudiesen a Galen a ver el lugar donde había residido el gran hombre? No; el libro constituía los medios conducentes a un único fin. Todos lo sabíamos. Excepto Saxony.

Pero ¿qué ocurriría si yo fracasaba? ¿Qué nos tenía reservado Anna en caso de que falláramos? ¿Nos obligaría a quedarnos en Galen? ¿Nos haría desaparecer, como a Sidney Swire? ¿Nos mataría? (Qué bien me acordaba en estos momentos de lo que había dicho aquel individuo de la taberna acerca de lo que hicieron al otro biógrafo). Reflexioné sobre tales cuestiones, pero todavía faltaba muchísimo tiempo para terminar. Meses y meses. Convenía ir paso a paso. Saxony ya se había restablecido, y el libro brotaba de mí como las cataratas del Niágara, y en el pueblo ya no quedaba ningún Krang, y tampoco había criaturas que mirasen por mi ventana por la noche...

Anna me dio un trozo de bizcocho de pasas. *Gugelhupf*, propiamente hablando. Era lo único que hacía bien.

—Thomas, ¿cuánto tardarás en escribir la escena de la llegada de mi padre al pueblo?

—¿Cuánto tardaré? Está casi terminada. Ya la escribí una vez, pero Sax dijo que tendría que ser más extensa y espectacular. Según ella, no le concedía suficiente importancia.

—De acuerdo, ¿pero cuánto tardarás? Mordisqueé el bizcocho.

—No lo sé. ¿Qué día es hoy? ¿Martes? Yo diría que hacia el viernes.

—¿No podrías...? —Esbozó una sonrisa y bajó la vista, tímidamente, como si hubiera estado a punto de pedir un favor irrealizable.

—¿Qué? ¿No podría, qué? —Ver a Anna avergonzada era algo muy extraño.

—¿Crees que podrías terminarla antes de las cinco y media de la tarde?

—Desde luego. ¿Por qué?

—Simple superstición. Verás, mi padre llegó en tren a las cinco y media y..., no sé. —Se encogió de hombros y sonrió—. Superstición.

—No, no, si ya lo entiendo, Anna. ¡Y estando en Galen lo entiendo todavía más!

—De acuerdo; pues bien, no quería decírtelo, pero voy a ofrecer una fiesta en honor vuestro, para celebrar la llegada de mi padre.

—Entonces más valdría que esperases unos seis meses y tocases madera.

—No; me refiero a una fiesta simbólica. Cuando me di cuenta de lo mucho que habíais conseguido, se me ocurrió la idea de ofrecer una fiesta el día en que él llegue al pueblo en vuestro libro. Tenía que ser una sorpresa, pero, de todas formas, podéis simular que lo es cuando todo el mundo acuda corriendo a vuestra casa.

—¿Piensas invitar a todo el pueblo?

Aunque yo hablaba en broma, se le animó el semblante, me cogió de los brazos y me hizo sentar a su lado en el sofá.

—¡Vaya! Me parece que ahora te lo tendré que contar todo para que veas lo que he pensado. Querría que fuese de la siguiente manera, Thomas: tú escribes la escena de su llegada, ¿de acuerdo? Pero tienes que decirme exactamente el día que la vas a terminar, ¿vale? Entonces, ese mismo día, todos los vecinos de Galen iremos a la estación a las cinco y media y haremos como que él va a llegar en un tren.

—Pero los trenes de pasajeros ya no se detienen en Galen, ¿verdad?

—¡No, qué va! ¡Se trata solamente de imaginárnoslo! ¿A que será estupendo? ¡Será igual que una fiesta de carnaval! Al cabo de cinco o diez minutos nos dirigiremos hacia vuestra casa y prepararemos una cena con lo que haya.

—¿En mi casa?

—¡Sí! Tú y Saxony sois los responsables de su regreso, así que os haremos ofrendas. ¡Ofrendas a los dioses de la máquina de escribir! —Se acercó a mí y me besó en la mejilla. Me di cuenta, entonces, del tiempo que llevábamos sin hacer el amor—. ¿Verdad que será maravilloso? Se parecerá a

una de aquellas procesiones de antes en las que se llevaban antorchas. Tú y Saxony estaréis en casa, y entonces, de improviso, oiréis a la muchedumbre que formaremos nosotros avanzar por la calle. Os asomarán los dos a la ventana y veréis a cientos de personas llevando cosas de comer y antorchas, dirigiéndose precisamente a vuestra puerta. ¡Es magnífico!

—A mí me recuerda una asamblea del Ku Klux Klan.

—Oh, Thomas, no seas tan sarcástico, y desagradable, ¿quieres?

—Lo siento, tienes razón. ¿Pero no podemos acompañaros nosotros a la estación? Lo digo porque si somos los que le hemos hecho volver, y eso...

Anna se mordió el labio y agachó la cabeza. Ya sabía que diría que no.

—¿Quieres que te diga la verdad? Ya hemos hablado de ello, y todo el mundo os agradecería que nos permitierais acudir a la estación a nosotros solos. ¿Te sabe mal que te lo diga? ¿Te he herido en tu amor propio?

Sí, así era, pero entendía perfectamente por qué lo había dicho. Por mucho que hubiéramos contribuido al retorno de Marshall France, jamás formaríamos parte de Galen. Jamás.

—No te preocupes, Anna. Lo entiendo perfectamente.

—¿De veras? ¿Lo dices en serio? Me sentiría muy culpable si...

—No, no pienses más en ello, ¿de acuerdo? Lo entiendo muy bien. Nos quedaremos en casa, esperando que llegue vuestra procesión. —Le sonreí y le di un pellizquito en la mejilla—. Y te prometo que la escena estará lista antes de las cinco y media del viernes.

A Saxony le pareció perfecto todo lo referente a la «fiesta del regreso fantasmal», como ella lo llamaba, salvo la inevitable asistencia de Anna. No quería ver a Anna. Ni siquiera entre una muchedumbre. Hasta ahora habían conseguido huir la una de la otra, si bien ello se debía únicamente a que Sax se había pasado mucho tiempo sin salir de casa.

Al final logré convencerla de que, aun cuando Anna estuviera presente, habría tantas personas reunidas que sería sencillísimo evitar un encuentro con ella.

Invertí una tarde en inspeccionar la estación de tren de Galen a fin de enterarme con detalle del aspecto que ofrecía tanto por fuera como por dentro. La habían construido en 1907, pero el tiempo había depositado una leve pátina en ella. Caminé por el andén y escruté la vía en ambas direcciones. Nada. Ni siquiera un furgón en un apartadero. En el suelo aún se veían algunas manchas de nieve, dispersas y ennegrecidas.

Pero era allí donde Marshall había terminado su viaje. Aquél era uno de los motivos por los que le fascinaban tanto las estaciones de tren. Llegadas y partidas. Principios, finales e intermedios. Lo sabía por sus diarios, no me lo inventaba.

Mientras estaba contemplando los deslustrados rieles, me pregunté cómo me las arreglaría para cambiar su biografía a fin de que al término de su vida, en vez de morir de un ataque cardíaco, tuviera... ¿Un ataque cardíaco pero de una u otra forma sobreviviese? ¿Se marchara a alguna parte y posteriormente regresara al pueblo? No tenía idea. Faltaba tanto todavía. Meneé la cabeza y volví al coche.

Durante el resto de la semana hubo en Galen mucha animación. Las tiendas estaban abarrotadas, todos los que se cruzaban conmigo en la calle parecían tener prisa por pasar de un asunto urgente a otro, incluso los bomberos del cuerpo de voluntarios sacaron los camiones del garaje para lavarlos, preparándose para el desfile. Reinaba en el ambiente una emoción parecida a la que reinaba en vísperas de Navidad, y resultaba divertido pasearse dejándose embriagar por ella, consciente de que era yo quien la había provocado. Yo.

—¡Hola, Tom! ¿Estamos listos para el viernes? ¡Menuda fiestecita nos vamos a montar!

—¡Tommy, tú límitate a terminar el capítulo ése y nosotros nos encargaremos del resto!

Me tomé una copa gratis en La Taberna Verde, y, en resumidas cuentas, me sentí de principio a fin como el héroe victorioso.

De cuando en cuando alguna persona hacía algo raro, como ir corriendo hasta su coche y cerrar de golpe el maletero cuando me veía venir por la calle; sin embargo, me figuraba que estaban preparando comidas especiales, o bien pequeños obsequios destinados a nosotros, y deseaban darnos una sorpresa el día señalado. No había otra causa.

Acabé la escena el viernes a las diez de la mañana. Tenía once páginas y media. Se la enseñé a Saxony y permanecí en un rincón de la habitación mientras ella la leía. Al cabo, levantó la vista y, mirándome, inclinó la cabeza con aire de experta.

—Así está bien, Thomas. Ahora me gusta de verdad.

Llamé a Anna y le di la noticia. Se mostró encantada y me explicó que había terminado en el momento oportuno, pues acababa de regresar cargada de cientos de bolsas de harina y, en cuanto hubiera avisado a todo el mundo, se pondría en seguida a preparar los *gugelhupfs*. Me recordó que le dijera a

Saxony que ni se le ocurriera acercarse a la cocina..., ellos se ocuparían de todo.

Antes de comer salí a dar un paseo, pero las calles estaban casi desiertas. Había una gran expectación en el ambiente —se notaba—, pero, salvo por algún que otro coche que pasaba velozmente rumbo a alguna misión secreta, las calles estaban tan vacías como las de un pueblo fantasma. Cambié de idea y volví a casa.

Durante el resto del día se escapó un delicioso aroma de carne del piso de la señora Fletcher. A pesar del aborrecimiento inmenso que sentía por las fiestas y las actividades sociales, estaba muy ilusionado pensando en la tarde que se avecinaba.

A eso de las cuatro, dejó Saxony de trabajar en su nueva cabeza de marioneta —de un bulterrier, nada menos—, y se atrincheró en el cuarto de baño, detrás de la espuma y el champú.

Traté de leer *Los fines de la hechicería*, de Bettelheim, pero no sirvió de nada. Me pregunté si Saxony se habría acostado con Geoff Wiggins. A continuación intenté adivinar lo que se estaba cocinando en el piso de arriba.

A las cuatro cuarenta y cinco, la señora Fletcher se marchó sin despedirse ni darnos instrucciones para ocuparnos del asado que estaba preparando. La vi alejarse por la calle, y, apenas se perdió de vista, comprendí que me moría de ganas de ir a la estación a las cinco treinta para enterarme de lo que se proponían hacer. Me dije que tenía todo el derecho del mundo de estar allí. ¡Deberían habernos invitado, coño!

Me levanté y fui hasta la puerta del cuarto de baño. Dudé un momento, luego entré. El aire estaba agrisado por el vapor; la humedad se me agarró a la piel, dándome calor y haciendo que me sintiera sudoroso.

—¿Sax?

—¿Sí? —Sacó la cabeza, en la que llevaba un turbante de espuma, por entre las cortinas de la ducha y me miró con los ojos entornados.

—Sax, voy a llegarme furtivamente a la estación, a pesar de todo; quiero ver lo que hacen. Estoy muerto de curiosidad.

—Ay, Thomas, no vayas. Si alguien te descubre se van enojar de verdad, y...

—No, no, no me verá nadie. Iré allí a escondidas a las cinco y cuarto y no me costará nada volver a tiempo para el desfile. Venga, Sax, ¡es un día fabuloso!

Me invitó con el dedo a acercarme.

—Te quiero, Thomas. En St. Louis pensaba en ti constantemente. Por favor, procura que nadie te vea. ¡Se enojarían muchísimo! —Me cogió por la nuca y, mojándome la espalda con el agua que goteaba de su cuerpo, me llevó hacia ella para darme un fuerte y húmedo beso.

Hacía casi media hora que había oscurecido cuando salí de casa y bajé las escaleras de puntillas, como uno de los ladrones de Alí Baba. La primera impresión que me produjo la noche me hizo suponer que volvería a nevar. Hacía menos frío que antes. Reinaba un gran silencio, y el cielo había tomado el color marrón de chocolate con leche que presagia la caída de las nieves.

He tardado más de tres años en comprender por qué no metí a Saxony en el coche en aquel momento y nos largamos pitando de Galen mientras aún estaban todos en la estación preparándose para «la llegada».

Me lo preguntó un día que nos hallábamos en Grinewald, sentados en la soleada terraza de un restaurante del centro del pueblo, desde la cual se divisaba el Eiger. Le lancé una mirada, pero el sol temprano estaba justamente encima de su hombro, así que volví a dirigir la vista hacia la montaña.

—Sólo Dios lo sabe; tendría que haberlo hecho. ¡Habría sido tan sencillo!

Pero se debe tener en cuenta la situación: nunca en la vida había podido concebir que tuviera una pizca de poder creador. Repentinamente, estaba a punto de..., de..., no sé, de convertirme en *Prometeo* o algo parecido. ¡De robar el fuego de los dioses! Por medio de mi poder creador, mejor dicho, de *nuestro* poder creador, íbamos a recrear a un ser humano. ¡Y la persona con la cual lo llevaría a cabo era mi amante! La persona con la que había decidido pasar el resto de vida. También había otros muchos factores, claro. Siempre los hay en ocasiones semejantes. Los habitantes de Galen volvían a tenerme en gran estima, y, naturalmente, eso me halagaba muchísimo. Incluso Anna hacía lo que yo le indicaba... En cuanto volvió Saxony, las cosas dejaron de desbarajustarse en aquel pueblo inmediatamente. Yo me sentí lo que se dice invulnerable. Mientras estuviéramos juntos, no corríamos ningún peligro. ¿Qué podía pasarnos? Éramos los nuevos Marshall France, ¿entiendes? Gozábamos de su poder. Dominábamos todo el jodido pueblo.

—¿Y nunca se te ocurrió pensar...? —Miró hacia su taza de café, como si temiera desconcertarme.

—En mi vida. —Cogí la cucharilla y la puse dentro de mi taza de café expreso.

Las casas que flanqueaban la calle estaban iluminadas y ofrecían un aspecto muy acogedor, pero no había ni rastro de vida en ellas. Todo el mundo se encontraba en la estación de Galen, contento de haber salido un rato de su

casa en compañía de los demás, disfrutando de antemano del día futuro en que Marshall France regresaría de verdad y empuñaría el timón de sus vidas para siempre.

El olor a pino y a gases de tubo de escape me acompañó durante todo el camino hasta que llegué al paso a nivel que había cruzado con el coche un centenar de veces. Consulté el reloj. Eran las cinco y veintiún minutos. Me llevaría de cinco a ocho minutos recorrer la calle paralela a la vía del tren hasta la estación, eso apurándome mucho; pero era muy emocionante, y ya notaba los fuertes latidos de mi corazón en el pecho.

Doblé a la derecha y seguí en dirección este por Hammond Street, apretando a correr de cuando en cuando. Quedaba un poco de nieve en las aceras, y la sentía bajo las suelas de los zapatos; como si caminara sobre piedras afiladas.

Respiraba trabajosamente y los brazos se movían con rapidez a mis costados impulsándome hacia adelante. ¿Qué harían en la estación? ¿Qué aspecto tendrían a las cinco y media? ¿Qué ocurriría...? Y entonces lo oí en la lejanía. Me paré en seco y mis ojos se enturbiaron. Sonaron dos pitidos breves, y luego uno prolongado. Un pitido prolongado que fue cobrando intensidad y permaneció en el aire como el grito de advertencia de un animal fantástico. Bajé de la acera de un salto. El pitido se oyó otra vez, y comprendí que se estaba acercando, que ya casi había llegado, que el tren estaba a punto de entrar en la estación de Galen. *Pero los trenes de pasajeros ya no se detienen en la estación de Galen...* La calle terminaba en un pequeño círculo, cerrado con un muro bajo de piedra; yo lo traspuse y seguí corriendo. Entonces divisé la estación por primera vez. Se encontraba iluminada de tal manera que diríase estaban rodando una película. ¿De dónde salía la luz? Había centenares de personas apiñadas en el andén. Todavía estaba demasiado lejos para verles las caras, pero había un vocerío ensordecedor. Entonces, de pronto, alguien chilló: «¡Allí! ¡Allí!» y las voces enmudecieron. De la oscuridad que se extendía en los límites de la estación, donde no alcanzaba mi vista, procedente del este, de Nueva York, del océano Atlántico y de Austria, apareció una tenue luz amarillenta, y en cuanto dejé de correr, distinguí la máquina deteniéndose en la estación. Me quedé en medio de la calle, inmóvil, y me estremecí de la cabeza a los pies. La máquina era antiquísima, negra, y de su chimenea brotaban chispas y vapor. Avanzó pesadamente y se detuvo otra vez, arrastrando sus relucientes vagones de pasajeros en línea con el andén.

Se paró completamente. No se oía nada más que los resoplidos y el rechinar metálico de la locomotora.

Distinguí apenas a un maquinista que bajaba la escalerilla de la cabina, y a la muchedumbre agolpándose frente a uno de los vagones.

Al llegar a este punto, una oleada descomunal de calor se extendió súbitamente invadiéndolo todo. Yo noté perfectamente cómo se formaba, y cuando me pasó por encima la sentí como una potente ráfaga de viento de verano. Ni más, ni menos. Agradable. Recuerdo que pensé que era muy agradable.

La gente de la estación se aglomeró aún más cerca del tren. Se reanudó el vocerío.

Y en esto se oyó la explosión detrás de mí. Un estampido tremendo que desgarró el cielo; entonces, con la mente en blanco, me di la vuelta para ver de qué se trataba. Una nube de llamas de un amarillo aceitoso se elevó en el aire y volvió a caer, quedando a ras de los tejados y las copas de los árboles. Un abanico de llamas claramente diferenciadas que se alzaban y se esparcían sin pausa.

Miré de nuevo hacia la estación, y vi que estaban apiñados alrededor de algo en el andén. Nadie se había vuelto hacia el lugar de la explosión. El tren pitó dos veces y empezó a avanzar resoplando.

Corría otra vez por Hammond Street, en dirección a mi casa. Oí el pitido de la máquina, vi las llamas en el cielo delante de mí.

El tren estaba cobrando velocidad y se encontraba precisamente a mis espaldas cuando llegué al paso a nivel y torcí a la derecha otra vez, adentrándome en mi calle. En aquel momento, con el fuego ante mis ojos, reconocí la casa. Quise detenerme durante un momento para comprender lo que estaba ocurriendo. El derecho que tiene cualquier persona cuya casa se ha incendiado, a cuya esposa le han disparado o que ha visto cómo atropellaban a su hijo. El derecho que tienen los ya condenados sin remedio a contemplar lo que va a ser su vida en adelante. Pero no me detuve. Oí que el tren pasaba detrás de mí, y seguí corriendo. La casa era una bengala de niño clavada en medio de la calle.

—¡AN-NA! ¡AN-NA! ¡ERES MÁS LISTA QUE LA HOSTIA! ¡HAS SIDO MÁS LISTA QUE LA HOSTIA!

Era lo único que hacía falta, ¿no? Hacernos escribir un primer borrador que nos saliera tan redondo que ya no exigiera retoques, ni repeticiones. Que terminara en el preciso instante que Marshall France llega a Galen. Acudir entonces a la estación a comprobar si surte efecto, a comprobar qué ocurre a

las cinco y media..., si *él* llega a las cinco y media. Si no llega, no se ha perdido nada. Pero en caso contrario, lo único que se tiene que hacer es librarse de los autores, librarse de las pruebas. Ahora ya no hacen ninguna falta. Papá ha vuelto a casa.

Contemplé la casa en llamas desde el otro lado de la calle. No podía acercarme. Había escombros desparramados por todas partes, algunos de los cuales ardían todavía: una almohada, una silla al revés, libros, y junto a la puerta principal estaban los restos de una persona. Llevaba puestos los jirones de la chaqueta de lana a cuadros escoceses que yo había comprado en la tienda de Lazy Larry.

No sabía cuánto tiempo me quedaba, pero no podía desperdiciar ni un segundo. Mi autocaravana estaba aparcada a unos metros de allí. El fuego se había adueñado de todo. Subí al coche; la luz amarillenta parpadeaba en el tablero de mandos. Recuerdo que pensé que no habría de encender los faros de momento porque la claridad era muy intensa. Metí la primera y me alejé despacio. Mientras me dirigía calle abajo hubo otra explosión. ¿La caldera de petróleo? ¿Otro cartucho de dinamita? Por el espejo retrovisor vislumbré un montón de fragmentos elevándose en el aire por encima de la casa, elevándose muy arriba y en cámara lenta.

Epílogo

El otro día vi un bulterrier. No es el primero que veo desde entonces, aunque es la primera vez que no me encojo de miedo ni me escapo corriendo. Era blanco con manchas negras, y me recordó a Pete el Perro, el de la serie de televisión *Nuestra Pandilla*. Yo estaba sentado a una mesita de hierro fundido, en la terraza de un café. Había estado tomándome unas copas de *pastis* y apuntando un par de cosas en mi diario.

Se le había roto una biela al coche, pero por suerte había un taller de reparaciones de la casa Citroën en el pueblo; el propietario era un tipo con boina, que fumaba un cigarro Gitanes amarillo. A pesar de todo, no era mala idea hacer alto durante un par de días. Desde que salimos de Estrasburgo habíamos viajado con un tiempo tempestuoso, conduciendo yo la mayor parte del camino. Pero tan pronto llegamos a Bretaña, el cielo se despejó y el sol salió a darnos la bienvenida.

El perro se llamaba Bobo, y era del dueño del café. Después de observarle un buen rato, volví a concentrarme en mi diario. Desde que me fui de Galen, me había esmerado gran manera en ir tomando nota de todo lo que me ha venido ocurriendo.

Compré la libreta en Burke, Michigan. La primera anotación duraba páginas y páginas. Era coherente a medias, confusa, paranoide. Abundaban los «¡Vienen por mí!», y comentarios de índole parecida. Desde luego, aún no me he librado de la paranoia, pero en tres años uno se acostumbra a vivir con cualquier cosa, aun con ésta. No tengo idea de cuánto tardaron en descubrir que no morí en la explosión, pero desde el principio me imaginé que, apenas lo supieran con certeza, irían por mí.

Así, pues, huí como alma que lleva el diablo, hice un alto momentáneo en Detroit, para obtener un pasaporte, y a continuación crucé el río hasta Canadá. Trabajé en una librería de Toronto durante una temporada, después hablé con mi banco para que transfiriesen todo mi dinero a una cuenta de allí. En cuanto

lo recibí, abandoné el empleo y tomé un avión que me llevó a Frankfurt, Alemania. ¿El itinerario que seguí a partir de entonces? Frankfurt, Munich (a tiempo para el Oktoberfest), Salzburgo, Milán, Stresa, Zermatt, Grindwald, Zurich, Estrasburgo, Dinard...

Mi madre todavía no se ha enterado de lo que sucede, pero siendo una buena chica como es, nunca me ha hecho preguntas. Al recibir inesperadamente un telegrama mío pidiéndole todos los datos biográficos relativos a mi padre que pudiera encontrar, me envió, al cabo de dos semanas, un paquete primorosamente envuelto a la curiosa oficina de correos de Altenseig, donde llegó en una entrega especial. Estaba repleto de libros, artículos y folletos de estudio que debía de haber ido guardando en el curso de los años.

Empecé a escribir el libro en Alemania, en invierno, y trabajé sin tregua en pueblecitos de montaña a los que acudían escasos turistas. Solamente escribiendo dejaba de pensar en Saxony. He llorado, me he odiado a mí mismo por no haber podido salvarla, y la añoro una barbaridad. Creo, de hecho, que acaso la añoro más ahora de lo que nunca podría haberla amado. Si esta frase suena rara, lo siento, pero de momento no doy para más.

También me puse a escribirlo porque necesitaba algo sólido a lo que aferrarme mientras trataba de pensar en lo que iba a hacer. Lo único que sabía de cierto era que algún día, en Holanda o Grecia, me daría la vuelta y me encontraría con el rostro conocido de alguien de Galen, sonriéndome malévolamente. Pero ¿durante cuánto tiempo me perseguirían? ¿Eternamente? ¿O sólo hasta convencerse de que no volvería para desquitarme por la muerte de Saxony? Empecé a escribir la biografía de mi padre para quitarme de la cabeza mis temores incesantes, porque Sax había afirmado que me sería muy beneficioso, y porque quería hacerlo.

Este año he consignado muy pocas cosas en el diario. Tan sólo breves comentarios nacidos de la emoción o la tristeza, que iba anotando cuando lograba apartarme de la vida de Stephen Abbey, estrella de cine.

Acababa de llevarle de Carolina del Norte a Nueva York, a probar suerte en Broadway, cuando un día fui a la oficina de correos y reparé por casualidad en un paquete dirigido a un tal Richard Lee, a través de Gasthaus Steinbauer, en una mesa de detrás de la ventanilla. Di gracias a Dios por las pequeñas oficinas de correos europeas. Mis maletas y notas estuvieron dentro de mi flamante Deux Chevaux en tres segundos, y me lancé montaña abajo tan deprisa como lo permitía aquella rana móvil.

Permanecí en Stresa unos tres meses porque era un pueblo encantador y solitario, y el teniente Henry y su Catherine habían descansado en él poco antes de cruzar a remo el lago Maggiore, rumbo a Suiza.

Era una estupidez enviar a Lee para que siguiera mis huellas, pero tal vez existiera una intención en ello. Tal vez ahora que *él* ha regresado estén intentando purificar Galen completamente: se acabaron las personas verdaderas, los normales, en el pueblo de Marshall France. Entonces, por lo menos, Anna no tendría que joder nunca más con Lee. Sí, y quizá sea Anna la próxima, ¿quién sabe? Su padre podría recrear, mejor que nunca, un nuevo modelo de Anna. No envejecería nunca, nunca se pondría enferma. Tal vez por eso enviaron a Richard: si le pasaba algo, el Maestro no tendría sino que fabricar otro.

Da lo mismo. Le esperamos en Zermatt y le matamos en un callejón en plena noche.

—¡Eh, Richard!

—¡Tom, Tom Abbey! ¡Menuda sorpresa!

Llevaba un largo cuchillo de hoja ondulada que trataba de mantener lo más cerca posible de su costado. Esbozó una sonrisa y miró alrededor mientras se acercaba a mí, por si casualmente había algún amigo mío en las inmediaciones.

Cuando Richard se encontraba a unos dos metros de distancia, papá salió de detrás de mí, emergiendo de la densa negrura, y dijo alegremente por encima de mi hombro:

—¿Quieres que te tenga el sombrero, chaval?

Prorrumpí en carcajadas, y disparé de lleno contra la cara atónita y triste de Richard Lee.

Notas

[1] Hiawatha es el nombre de un famoso caudillo indio de la tribu de los mohicanos a quien el poeta norteamericano H. W. Longfellow (1807-1882) cantó en su poema épico *The Song of Hiawatha*. «A orillas del Gitchy Gummy / En el fondo del lago / Hiawatha y sus compinches / Juegan al póquer apostando». (N. del T.). <<